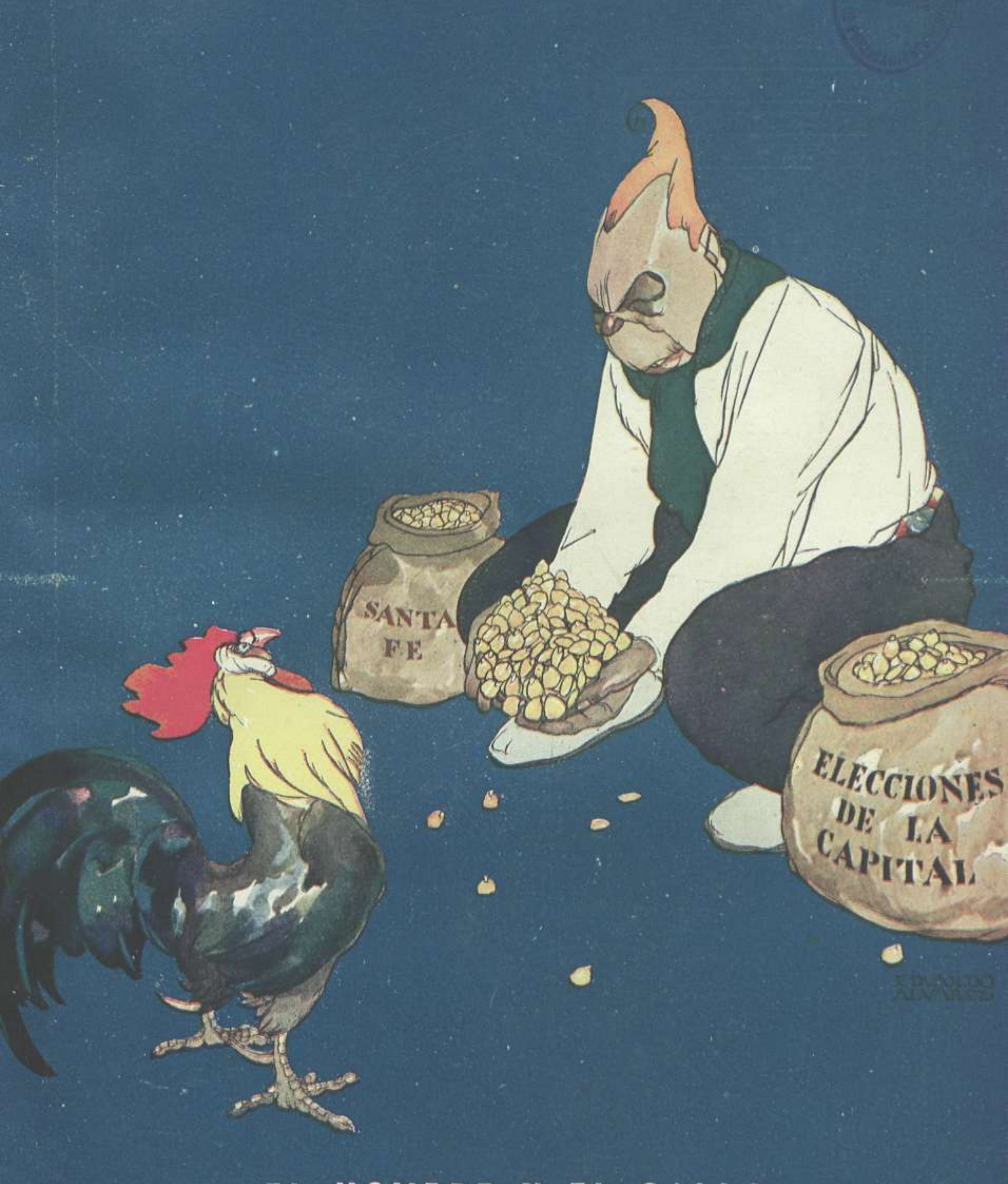
CARAS Y CARETAS



EL HOMBRE Y EL GALLO

(FABULA)

A fin de conquistarle finalmente,
le brinda el grano fresco y excelente.
Si tomas el maíz que te ha ofrecido
¡oh Gallo! estás perdido.


LA BEBE TODO EL MUNDO
EN TODAS PARTES
Y EN CUALQUIER
MOMENTO SIEMPRE
ES BUENA
Unicos Importadores:
MOSS y Cía. Ltd. S. A.
Alsina, 641. - Buenos Aires
Ginebra
Bols
SU COLOR AMBAR PALIDO
COMPRUEBA SU VEJEZ

La DAMA *de* CERA

ERA hacia el lado Norte del Hayde Park, en uno de los pocos bancos en que las gentes acostumbraban a tomar el aire, cuando la temperatura es agradable. En mis vagancias nocturnas a veces averigüé algo sobre los ocupantes que esperan sentados el alba. Una noche caminaba a la caza de impresiones, cuando vi venir hacia mí unas formas extrañas. Cuando estuve más cerca, díme cuenta de que era un hombre pequeño conduciendo un atado. Me dirigí a él, a fin de verlo mejor, aprovechando los efectos de la luz que venían de Victoria Gate, y vi que el bulto que llevaba era una bolsa que conducía con dificultad sobre el hombro derecho. Las gentes que llevan sacos durante la noche son por lo general personas ocupadas en mudanzas sin interés, huídas de los caseros; pero la policía siempre se preocupa de ellos, debido a que también los rateros acostumbran a transportar en la misma forma objetos adquiridos en la forma que ellos saben hacerlo. Cuando el hombre pequeño llegó a Victoria Gate, el policía allí estacionado le detuvo.

—¡Hola, camarada! — exclamó el policía en tono amistoso. ¿Qué es lo que lleva usted? ¿Es pesado?

—Pesa casi una tonelada.

—¿Cuál es su rumbo?

—Voy a Acton.

—Hay camino largo hasta allí. ¿Qué lleva ahí, camarada?

—¿Qué le importa a usted lo que llevo? — replicóle el hombrecillo.

Y se desató en una lluvia de protestas. ¿Este es un país libre? ¿No puede un hombre seguir su camino sin ser obstruído por una cantidad de guardias?

Luego pareció darse cuenta de que su conducta le hacía parecer sospechoso. Su tono cambió rápidamente y tornóse su acento más suave. Colocó el saco en el suelo y dijo al policía: Después de todo, no me preocupa que usted vea lo que llevo en el saco. Desató las cuerdas. Yo di un paso atrás, horrorizado. De la bolsa emergía la cabeza y los hombros de una muchacha. El policía también retrocedió aterrado. Lo que acrecentaba mi horror era el hecho de que la cabeza era totalmente calva.

El pequeño hombre debió darse cuenta de la impresión que esto nos hizo, pues nos dijo rápidamente:

—No es un cuerpo.

El policía palpó las mejillas rosadas de la joven.

—Es de cera — dijo el hombre pequeño enseñando parte del busto, el cuello y los hombros, por los que se veía, a la luz de la luna, que eran de madera.

—¡Oh! — exclamó el policía, después de que pasaron unos instantes. ¿Un maniquí de peinadora? ¿Es eso? Pero sus sospechas profesionales no le abandonaban. ¿Qué es lo que anda haciendo con esto en medio de la noche?

El hombrecillo miró en su derredor con afectación. Acercándose al policía le dijo en voz queda:

—Voy a casarme con ella.

—Ahora bien — le dijo el policía — nada de insensateces ni de bromas.

A los policías no les agrada el «humour»; eso agita sus mentes e impide una dedicación brillante a sus tareas. ¿Dónde lleva eso?

—Hace un rato se lo he dicho. Lo llevo a Acton. Por tercera vez pronunció: *Acton*. Y si desea saber en qué feliz lugar hallé a esta joven, le diré que la compré en los salones de venta de Bunley's al precio de diez chelines, precio de venta. ¿No vale esta muchacha cada uno de los céntimos que he invertido en ella?

—¿Qué piensa usted hacer con eso? — preguntó el policía, desconfiando de sus palabras.

—Ya le he dicho que voy a casarme con ella — repuso el hombrecillo irritado. — Pero no deseo traicionar a ninguna criatura. La colocaré en mi escaparate cuando llegue a Acton. En realidad, soy peinador. Le pondré rulos en el cráneo. ¡Parecerá adorable!

—Muy bien — dijo el policía despaciosamente — puede usted largarse.

El hombrecillo me dirigió una guiñada:

—Esta gente de la policía no sabe ya de quién sospechar. ¿No es así, *gobernador?*

—Sí — le respondí — son gentes un poco suspicaces, pero es cosa de la profesión.

—Una profesión sucia — prosiguió con la palabra el hombrecillo, mientras colocaba nuevamente e saco sobre sus hombros.

—Ahora llevo esta huéspeda nuevamente sobre mis hombros. Sus cortos brazos luchaban desesperadamente con el bulto. Le ayudé a colocárselo donde quería.

—Muchas gracias, *gobernador* — me dijo mirándome con curiosidad y poco acostumbrado sin duda a la ayuda de hombres con corbata y pechera blanca.

—Espere un poco y hablaremos un rato. Estos policías no saben lo que hacen con un pobre hombre; ellos no se preocupan de que uno es hombre sin grandes recursos y le hacen perder la noche.

Caminábamos hacia el Oeste mientras charlábamos. Yo tenía mis razones para ello. El hombrecillo hablaba abundantemente, pero de rato en rato me miraba con asombro. Probablemente me hubiera dicho que lo dejara solo si no hubiera sido por mi estatura. El era un hombre pequeño, yo tenía la altura de los que no podemos penetrar en el ómnibus con el sombrero puesto. Yo le parecería al hombrecillo como una montaña, lo que sin duda le embarazaba. Todavía al dar vuelta el camino, en la esquina de una calle, intentó separarse de mí, diciendo:

—Hasta pronto, *gobernador*. Por aquí doy vuelta.

—¿Cómo es eso? — le observé; — pierde usted su ruta. Esa calle va al Norte. Acton queda al Oeste.

Me miró con aire malévolo: Bien; usted lo ha dicho ahora; es cómico. Se le ocurrió a mi cabeza dar vuelta en esta esquina. Muchas gracias por habérmelo recordado.

Se dirigió al Oeste, pero yo persistí en acompañarle. El se volvió, reservado; se rehusaba a hablar, y así caminamos varios centenares de yardas. Por último decidí jugar mi carta. Le dije:

—¿Usted es peinador? ¿No es así?

—Sí.

—¿Es un buen negocio?

—Así nomás.

—¿Cuál es su trabajo?

—Afeito, peino. Mujeres en su mayor parte.

—¿Cómo es que las mujeres no se fijan en el estado de sus manos?

—¿Qué pasa con mis manos? —preguntó el hombrecillo algo enojado.

—No crea usted que soy tan necio. No tiene usted manos de peinador. Querido amigo, todas las uñas de sus manos están rotas, y además observo que tiene grasa de lubrificantes en la piel de cada uno de los dedos.

—¡Nunca usé eso! ¿Y qué le importa a usted todo esto, vamos a ver?

—Nada. Por eso es que le estoy interrogando. Si hubiera querido molestarle, habría tenido oportunidad hace pocos minutos señalando al policía vuestras manos, cuando afirmaba usted que era peinador. El hubiera querido saber más; hubiera querido saber cómo un hombre con las manos grasientas era peinador y pagaba diez chelines por una figura de madera pintada.

—Bien; se lo dije y se lo creyó.

—El se lo creyó, pero yo no lo creí.

—Entonces usted puede hacer lo que no hizo el policía.

—Muy bien —le dije amigablemente y en tono componedor, mientras le palmoteaba en el hombro, en un transporte cordial que le sorprendió. —Si usted se siente tan seguro de sí mismo, acompáñeme a la estación de policía de Ladbroke Grove, y si le he juzgado equivocadamente le daré cinco libras.

—No quiero su... dinero.

—Creí que era una gran suma. Ahora dígame la verdad; de lo contrario tendré que llevarle a la estación de policía, y de cualquier manera no ganará ya las cinco libras.

Una mirada de odio brilló en sus ojos; de haber tenido un arma yo hubiera sufrido alguna agresión; asimismo su brazo hizo como un movimiento «feo», pero yo no tenía nada que perder con él. Me sobraban más de ocho pulgadas de estatura y unas cincuenta libras de peso. En tono airado me dijo:

—Tengo que contarle una historia. No veo inconveniente en confesarle que no soy peinador. Soy limpiador de calderas, eso es todo.

—Eso ya es mejor: ¿qué va usted a hacer con esa figura? ¿Una mascota para vuestras calderas?

—No.

—Todavía está usted diciendo mentiras y comprometiéndose con ellas. ¿Usted me dijo que pagó diez chelines por *eso?*

—Sí.

—Es barato... al menos estoy seguro de no haber comprado ninguna para mí mismo. ¿Cuánto cree usted que vale?

—¡Oh, no sé!

—Vamos caminando mientras hablamos.

Fuimos hacia el West.

—Piense de nuevo —le dije. —¿Cuánto cree que costaría nuevo ese... maniquí?

—Un par de libras.

—¿Es así? Pues le ofrezco cinco libras por él, así como está.

—No lo vendo.

—¿No vende usted por cinco libras un objeto que puede comprar nuevo por dos? Es muy interesante. La policía...

—¡Oh, acabe con eso! Los policías de nuevo...

—Pues con la policía tendrá usted que entendérselas. Ha hurtado ese objeto y es usted un ladrón.

—¿Me llama usted ladrón?

—¡Usted! —Y en tono bajo agregué. —Si me dice la verdad le dejaré marchar. Pero una sola mentira más y le ataré las manos.

Hubo un gran silencio. Por último, el hombrecillo *aclaró* su garganta y dijo con tono gentil:

—Mire aquí, señor *gobernador*. No pretenderá usted cometer una dureza tal con un pobre trabajador. Usted ha dicho que quiere comprar el *objeto*. Bueno, no estoy tan entusiasmado con él. No pensaba venderlo, pero no puedo soltarlo por cinco libras.

—¿Cuánto quiere?

—Cien libras.

Me reí.

—Ahora, mi hombre —le dije— siento que se haya ido demasiado lejos. Dígame por qué esta figura vale cien libras. De otra manera deberemos ir a la estación de policía.

Había, sin duda, una lucha en el ánimo del hombrecillo. El, quizás pensó, en disparar, pero yo me coloqué en posición ventajosa. Tal medida le hizo capitular, y en tono quejumbroso murmuró:

—Veo que es usted un caballero. Por último con entera franqueza me dijo: Le contaré toda la verdad sobre esto. Pero no lo puedo hacer aquí. Alguien puede pasar. Le enseñaré algo interesante. subamos la calle. Vamos hasta Inverness Terrace; allí habrá un jardín o cualquier cosa donde estaremos solos.

Le seguí en silencio hasta que dimos con una casa deshabitada. Fuimos afortunados, porque el jardinillo que daba a la calle estaba separado de ella por gruesos árboles. Detrás de uno de éstos nos colocamos. De nuevo se había abierto la bolsa y la desnuda belleza se ofrecía a nuestra contemplación.

—Yo tenía un amigo allí —me dijo el hombrecillo —y esta noche derribamos una pared. ¿Usted conoce a Charle Vill, el barbero?

—Por cierto que conozco a Charle Vill. Este era el nombre de uno de los peinadores de moda de Londres cuyo negocio estaba en el esquina de Bond Street desde hacía más de medio siglo.

—Bien, esto es así. Charle Vill tiene un solo barbero que hace pequeños negocios con las damas elegantes mientras las peina. Algunas pierden dinero en el juego y están apuradas financieramente. ¿Usted sabe? Esa clase de mujeres, a quienes no les gusta salir así nomás a la calle...

—De las que no les gusta que se les vea en las casas de empeño. Ya entiendo...

—Usted comprende lo que digo. Ellas llevan toda suerte de objetos a lo de Charle Vill: joyas, vajillas de plata y otras cosas que convierten en metálico, y él les cobra el cien por cien de interés sobre lo que les presta.

—Ya sé; usted y su amigo se permitieron una pequeña piratería en el negocio de Charle Vill.

—Bien; es así, señor *gobernador*. Pero creo que no tiene usted experiencia en la perforación de paredes. Si la tuviera, no andaría como ando yo ahora por las calles de Londres con un saco lleno de dinero y objetos. Mi compañero y yo no sabíamos en realidad qué hacer. Uno puede ponerse tranquilamente todo eso en los bolsillos, pero quedaban una cantidad de objetos de platería, peinetas engarzadas en diamantes, estuches de plata, etc., que ya no nos cabía en los bolsillos. Hubiera *roto* mi alma antes de dejarlas allí. Mi compañero y yo tuvimos una gran idea: colocarlo todo dentro de este busto. Nos repartimos la carga y buena parte de ella va aquí, dentro de este busto, en la parte hueca. Luego la colocamos en la bolsa que ya llevábamos con nosotros y en seguida nos fuimos cada uno por nuestro camino. Cuando el policía empezó a hacerme preguntas yo no me intimidé por ello.

Y señalando el bulto me dijo:

—Aquí está mi parte. Por cien libras lo puede adquirir.

La idea de arrestar a este hombrecillo era tentadora. Todo lo robado podría restaurarse con la captura del otro. Pero yo me sentí curioso antes que justiciero. Conocía muchas mujeres que se arreglaban los cabellos en lo de Charle Vill. Algunas eran realmente intratables; otras habían recibido últimamente regalos míos que sería divertido encontrar en el hueco del maniquí. Le dije:

—No, no le compraré nada. No pienso hacer ningún negocio con usted. Si supiera que lo que lleva usted lo valiera, le daría las cien libras.

El creyó reconocer en mí a algún colega en trapacerías, y tironeando de la bolsa sacó el busto y palpó la parte interior donde se encontraban los objetos. Quería convencerme. Y quedó con la boca abierta. ¡No había nada dentro!

Por un instante el aire llenóse con el agudo «sonsonete» de la miseria. Cuando después de proclamar una docena de veces que él ignoraba cómo pudo haberse producido el hecho, decidí tratarlo un poco ásperamente



—Aquí está mi parte dentro del maniquí. Por 100 libras se la vendo — dijo el hombre.

—Mire aquí, mi hombre — le dije: — usted ha intentado jugarme una sucia partida, ha intentado sacarme cien libras, haciéndome creer que dentro de esa figura había una cantidad de objetos valiosos, y...

—Pero si los había.

—No diga necedades.

—Se debieron caer — dijo — y registró nerviosamente la bolsa.

—¿Por qué clase de tonto me ha tomado usted? ¿Cómo pudieron caerse las cosas cuando la bolsa estaba atada? Nunca hubo nada dentro de esa figura; lo único que me fastidia es que ahora no tiene ningún objeto el entregarle a la policía desde el momento que no tiene usted ya los objetos robados. Pero de todos modos, tiene usted el busto y probablemente es robado. Me parece que le encarcelaré por eso.

—No haga tal cosa, *gobernador* — imploró tartamudeando el hombrecillo. — Creo saber cómo ha ocurrido todo. Soy un necio más grande de lo que cree todo el mundo y le diré porqué.

—¿Le contaría una historia de estas si no fuera cierta?

—No lo sé.

—¿Qué es lo que cree usted que le cuento entonces? ¿Qué he perforado una pared y que es mentira? ¿Es ello una operación que puede realzarlo a uno ante los ojos de un extraño?

—Quizás sea así. ¿Pero ha dicho usted que conocía cómo ha ocurrido?

—Bueno, *gobernador;* yo no lo sé, pero creo que debió ser así: yo tomé una mitad y la otra mi compañero. Cada uno tenía una figura como esta. Yo saqué la mía de donde había como una docena de ellas a la espera de ser cubiertas con pelucas, y la volví a colocar por un rato entre las mismas. Lo que ahora supongo es que al volver a retirarlas saqué una por otra. Y la que estaba llena de objetos ha quedado en el negocio de Charle Vill.

—Es presumible, no debe maravillarme — hice notar. — Tiene el aspecto de lo posible. Supongo que estaría usted muy apurado.

—Uno siempre está muy apurado en estos negocios. Mi compañero estuvo trabajando como dos horas hasta que pudo abrir la caja de hierro, y eso hizo sufrir bastante a mis nervios. Cuando llené mi figura no me preocupé mayormente de nada.

Y una vez más comenzó con su rosario de imprecaciones contra su mala suerte, hasta que le contuve.

—Mire — le dije — todo eso está muy bien, pero el hecho es que ha dejado los objetos en el negocio de Charle Vill y ya no queda oportunidad de obtenerlos nuevamente.

— Por cierto ya no es posible; es muy tarde ahora y yo no tengo nervios para arriesgarme nuevamente. Y para mañana a la noche el lugar estará guardado por media docena de hombres armados de pistolas para que no vuelva a repetirse lo ocurrido. No hay nada que decir ni que hacer sobre esto, sino irse a casa. Y dejaré la dama aquí. No le conservo ningún cariño.

Levantó una pierna para aplicarle un puntapié, pero yo se lo impedí.

—No, no haga eso. Después de todo, ella es hermosa.

—*¡Gobernador!* — gritó el hombrecillo.

—No tan fuerte — le dije.

—Tengo otra idea. Yo seré el primero en ir. No creo haber cometido una equivocación. Las otras figuras de que le he hablado estaban en el suelo. Mi joven *dama* estaba en la mesa. No pensaba en eso al principio, *gobernador;* pero ahora ya no puedo equivocarme. Pasó otra cosa, estoy seguro. Mientras yo no miraba, mi compañero cogió uno de los bustos del suelo y lo puso en la mesa en el lugar de la mía después de haberla llenado yo de objetos. Y yo salí con esta preciosidad. El se quedó atrás, según dijo, para arreglar el desorden, y se ha quedado con todo... ¡Estoy seguro!

Yo no dije nada durante unos instantes. Parecía poco posible lo que decía. Mi hombrecillo no se hubiera dejado engañar tan fácilmente por el compañero; todavía estaba rezongando: *Gobernador* — decía con acento lastimero — lo peor de nuestra profesión es que no hay honor entre los colegas. Pero yo voy a arreglar el asunto.

—¿Qué es lo que va usted a hacer?

—Voy derechamente a tener una charla con él. Ahora me voy a la cama, pero mañana a la mañana le veré.

—¿Por qué esperar hasta mañana a la mañana? ¿Cómo sabe usted que no venderá esta misma noche lo robado?

—*Gobernador* — díjome el hombrecillo — no sé cuáles son sus ocupaciones, pero perdemos el tiempo en estas cosas. Ahora mismo voy a Marylebone.

Yo le acompañé; nos volvimos grandes amigos, a pesar de que hubiera sido interesante, desde mi punto de vista, averiguar dónde vivía el otro.

Tuvimos la fortuna de encontrar un taxímetro, que el hombrecillo, con toda prudencia, hizo que nos condujera primero a Great Central Station, de la que salimos al momento hacia el Norte por las calles de menor importancia. Cuando llegamos al lugar a que íbamos, nos encontramos en la mayor obscuridad. Sólo una luz brillaba en la ventana de una casa de enfrente, de la cual llegaba hasta nosotros el eco de una disputa violenta. La calzada estaba llena de desperdicios y horriblemente sucia. Cuando pensaba en que los premios al crimen y al robo no son necesariamente la opulencia, mi acompañante estaba tocando furiosamente la campana de la entrada, que era particularmente curiosa. La casa tenía dos pisos. No fueron contestadas sus llamadas durante largo rato, por lo que le sugerí que su compañero no estaría en casa. Me dijo que había visto una luz detrás de una cortina. Después de todo, él sabría lo que estaba haciendo. Yo noté que los sonidos de sus llamadas tenían cierto ritmo particular, como golpes inteligentes de telégrafo. Al cabo de diez minutos abrióse la puerta y vi aparecer un hombre elegantemente vestido. Me di cuenta de que trataba con un hombre prudente. Este parecía bastante más fino que su socio. Era alto, flaco, usaba grandes bigotes negros y tenía ojos tristes. Por la manera de mirar al hombrecillo comprendí que desconfiaba de mí.

—Está bien, Jim —le dijo mi hombrecillo en tono confidencial. Y dirigiendo la mirada hacia mí, agregó:

—Es de confianza.

El hombre de los mostachos negros nos hizo pasar, dejando a nuestro cargo el cerrar la puerta. A la luz de un pequeño candil pude darme cuenta de que su rostro demostraba azoramiento. También noté que cambiaba rápidamente el tono mi acompañante.

—¡Así que está usted aquí!... —hizo notar el hombrecillo. —¿Es usted el que ha dejado a su compañero sin la parte que le correspondía? Sin duda está temiendo ya lo que haré con usted a la mañana.

—No entiendo de lo que habla usted —dijo el de los bigotes negros con una educada voz de tiple.

—¡Mírenlo nomás! —replicó el hombrecillo con agresiva mordacidad: —¡contemplen a esta inocente criatura! ¿Quiere decirse que usted no ha cambiado las figuras de cera para quedarse con todo el botín? ¡Oh, traidor, sucio!... ¡Me las pagará todas!

Traté de calmar al hombrecillo.

—¿No querrá usted colgarlo por eso —le dije. Luego hablé al de los bigotes negros. La situación del hombrecillo era la de quien se encuentra robado en la mitad que legítimamente le correspondía de un robo; sostenía que allí estaban las dos figuras con el total de los objetos hurtados. El otro podía probarnos lo contrario con solo dejarnos subir al piso de arriba.

—¿No hablo bien? —preguntóle el hombrecillo al proponérselo: —eso es lo que queremos, Jim, y por eso iremos arriba.

—Estoy seguro que serán bien recibidos —dijo el de los bigotes negros nerviosamente mirando mi contextura física. —Vengan arriba y miren.

Un poco sorprendido por la recepción que nos dispensaba, subimos los escalones hasta la supuesta sala de recibo, ocupada solamente por una mesa y una silla. Ardía una vela. La luz era escasa y nada podía verse con sus contornos precisos. En un rincón había media docena de latas de nafta, lo que venía a probar que estos ladrones usaban automóvil en ciertas ocasiones.

El hombrecillo se dirigió al rincón y destapó varias. No vió nada que le interesara.

—Ahora bien, Jim —le dijo —yo le conozco demasiado. ¿Dónde ha puesto usted lo robado?

El aludido permanecía recostado contra la puerta.

—¿Lo guarda debajo de la cama? —insistió el visitante. Le aseguró que...

—Bien —me advirtió el hombrecillo —ponga el ojo sobre él: vigílelo.

Y él se puso a rebuscar en lo que debería ser el dormitorio del cómplice mientras éste quitaba la bolsa que cubría al busto y me aseguró con aire al parecer desconsolado: —Es cómico, señor, lo que se les viene a la cabeza a ciertos hombres en ciertos casos.

No quise darme por enterado de lo que decía, teniendo mi vista clavada en el dormitorio donde el hombrecillo no se cansaba de encender cerillas y repetir maldiciones, arrastrándose por detrás de los muebles. Repentinamente lanzó un grito de alegría.

Corrí a la habitación vecina. Sobre la cama había una repisa cubierta por una cortina, detrás de la cual se ocultaban dos figuras de cera, idénticas a la que habíamos traído.

—¡Al fin! —exclamó el hombrecillo.

Y se llegó a la sala con las dos figuras.

—¿Las trajo usted? —interrogó irónicamente al de los bigotes negros, mientras éste se dirigía displicentemente hacia el rincón de la nafta.

—Ahora...

No tuvo tiempo de acabar la frase, pues al volver la vista hacia su socio de piraterías una exclamación de ¡fuego! se lo impidió en tanto que la habitación se llenaba de nafta.

—¡Diablos! —exclamó el de los bigotes negros —¡No hay tiempo que perder! ¡Pronto! ¡Tome esto!

Y puso el busto de cera en mis brazos.

Ciegos de terror por las llamas que, sin saber cómo surgieron, comenzando a propagarse, corrimos escaleras abajo. Cuando salimos afuera, oímos las pisadas del de los bigotes negros al bajar. Debía llevarse algo consigo porque desapareció en la obscuridad sin despedirse.

Corrimos juntos, llenos de miedo, como unas cien yardas. Debimos ir más lejos, pues el busto se perdió de mis manos y cayó sobre el pavimento, haciéndose añicos. Al hombrecillo se le escapó un juramento cuando lo vió hecho pedazos. Ni oro ni diamantes: el busto estaba vacío.

Por un momento permanecimos callados y confusos sin atinar a explicarnos lo acontecido. Poco a poco empecé a caer en la cuenta. ¿No ve usted —le dije al hombrecillo —que el fuego fué sólo un truco para hacernos salir de la casa? No le preocupaba que se incendiara la casa; no será de él, supongo. Mientras estábamos en el dormitorio, él destapó una de las latas de nafta y la derramó en el suelo, prendiéndole fuego. Si yo no hubiera ido al dormitorio al oir vuestra exclamación...

—¿Qué se puede sacar hablando ahora? —dijo el hombrecillo irritado. —Ya nos la ha jugado —agregó de pésimo humor —ya no tiene remedio.

Después de un largo silencio empezó a hablar de nuevo y me explicó:

—*Gobernador*: en mi profesión no se pueden buscar los asociados como a uno le gustarían. Yo soy un limpiador de calderas y no tengo muy desarrollado el sentido común. Lo que debí contarle y se me olvidó, es que mi compañero era un canalla.

—No era difícil de colegir —contestéle envolviéndole en una mirada que también lo complicaba a él en la suposición.

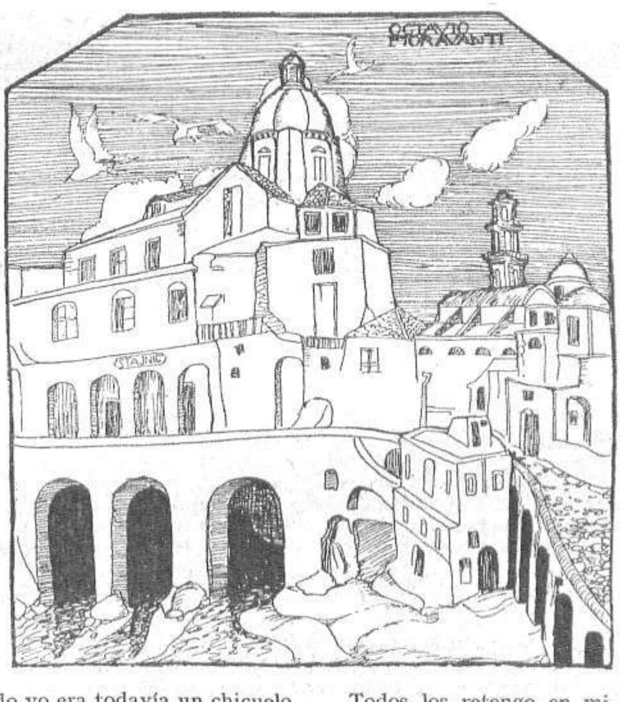
W. L. GEORGE

EL SEÑOR RYSANEK Y EL SEÑOR SCHLEGL

(Propiedad de la Editorial Calpe. Reproducción por convenio especial.)



Sería ridículo dudar de que aquellos de mis lectores que han estado en Praga conocen la fonda del barrio de Malá Strana, «Stajnic». Es la primera fonda de aquel barrio; la primera casa, después de la torre del «puente de piedra», a la izquierda; la esquina que forman las calles del Puente y de los Baños. Tiene grandes ventanas y una gran vidriera. Es la única fonda que se colocó, osadamente, en la calle más frecuentada, abriendo sus puertas, además, directamente a la calle. Todas las demás fondas se encuentran en calles más o menos escondidas, o en la parte posterior de las casas, o, por lo menos, tienen delante arcadas tal como lo exige la verdadera discreción de aquel barrio. Por esa razón, un verdadero hijo de Malá Strana, nacido en una de aquellas calles silenciosas, donde abundan los rincones poéticos, nunca entra en la fonda de «Stajnic». Allí van funcionarios de alguna categoría: catedráticos, oficiales del ejército— a quienes el azar de la vida llevó a aquel barrio y acaso los llevará pronto a otro, — algunos funcionarios retirados, varios ricos caseros, retirados también hace mucho tiempo de sus negocios, y nadie más. Como quien dice, una clientela burocrático-aristocrática.



Ya hace años, cuando yo era todavía un chicuelo que cursaba los primeros años del bachillerato, la clientela tanía aquel carácter exclusivo; sin embargo, era algo diferente de la de ahora. En una palabra, la fonda de «Stajnic» era el Olimpo de la Malá Strana donde se reunieron los dioses de aquel barrio. Es un hecho completamente indiscutible de la historia que los dioses salen directamente de sus respectivos pueblos. Jehovah era un dios sombrío, malo y rencoroso, cruel y sanguinario, como toda la raza judía. Los dioses de los griegos eran elegantes e ingeniosos, hermosos y alegres, helenos siempre en todos sentidos. Los dioses eslavos... ¡Perdón! Nosotros los eslavos no tuvimos bastante fuerza plástica ni para crear grandes Estados ni para formar determinados dioses; nuestros dioses de antaño son para nosotros, a pesar de nuestros sabios, todavía algo nebuloso e indefinido. Acaso escribiré alguna vez un artículo, naturalmente, ingenioso e intencionado, sobre este paralelismo entre lo divino y lo humano. Por hoy sólo quiero decir que los dioses que se reunieron en la fonda de «Stajnic» eran, indudablemente, verdaderos dioses del barrio de Malá Strana. La Malá Strana — tanto en las casas como en la gente — tiene algo silencioso, patriarcal y hasta soñoliento, y este ambiente rodeaba también a todos aquellos señores. Aunque eran funcionarios, oficiales, catedráticos y pensionistas, como hoy, eran diferentes; en aquellos tiempos los funcionarios y la oficialidad no cambiaban de destino con tanta frecuencia como hoy día; los padres procuraban que sus hijos terminasen su carrera en Praga, les conseguían luego un destino y allí se quedaban los hijos para siempre, protegidos por la influencia de los amigos pudientes. Cuando algunos de estos parroquianos de la fonda de «Stajnic» se paraban alguna vez fuera, en la acera, todos los transeuntes los saludaban.

Para nosotros los bachilleres, el Olimpo de la fonda de «Stajnic» era tanto más el Olimpo porque allí estaban también todos nuestros viejos profesores. ¡Viejos! ¿Por qué digo viejos? Conocía perfectamente a todos aquellos dioses de nuestra querida Malá Strana, y siempre me parecía que entre todos no había ninguno joven; mejor dicho, que probablemente todos ellos debían de haber tenido el mismo aspecto desde niños. Acaso habrán sido sólo algo más pequeños.

Todos los retengo en mi memoria como si los viera hoy. Primero, el señor consejero del Tribunal de apelación. Alto, seco y de una dignidad inmensa. Era funcionario activo todavía; no llegué, sin embargo, nunca a tener una idea exacta sobre lo que podrían ser aquellas funciones. Cuando abandonábamos, cerca de las diez, el colegio, él salía de su casa, en la calle de los Carmelitas, y se trasladaba con suma dignidad a la calle de Ostruha, donde entraba en la bodega de Carda. Cuando los jueves no teníamos colegio por la tarde y jugábamos en las fortificaciones antiguas, se paseaba por aquellos parques. Y cerca ya de las cinco de la tarde entraba en la fonda de «Stajnic». Tenía yo entonces el firme propósito de estudiar mucho y hacerme también consejero del Tribunal de apelación; pero luego, no sé cómo, olvidé este propósito.

Después estaba el señor conde tuerto. En el barrio de Malá Strana nunca faltaban condes; pero aquel conde tuerto era probablemente el único que frecuentaba las fondas del barrio, por lo menos en

aquellos tiempos. Alto, huesudo, de colores vivos, con el pelo corto y blanco y con una venda negra encima del ojo izquierdo. Solía estar hasta dos horas en la acera delante de la fonda de «Stajnic». Un día que tuve que pasar por aquel sitio me vi obligado a dar un rodeo. La Natura dió a los aristócratas cierto perfil de cara que se llama aristocrático y que les hace parecerse mucho a las aves de rapiña. El señor conde tenía para mí — la verdad sea dicha — un gran parecido con aquel halcón que, con una puntualidad verdaderamente cruel, acostumbraba sentarse diariamente, cerca de las doce de la mañana, en la aguja de la torre de la iglesia de San Nicolás, donde devoraba su presa: un pichón, cuyas plumas caían en la plaza. Dí, pues, un rodeo cuando vi al conde en la acera, porque tuve un miedo atroz de que me clavara el pico de su cabeza.

También era asiduo a la fonda el gordo médico mayor, todavía muy bien conservado, pero ya retirado. Se cuenta que una vez, cuando una personalidad muy alta inspeccionaba los hospitales de Praga y criticaba algunas cosas, dicho señor contestó a aquella personalidad que no entendía de nada. Lo que le valió el retiro y, al mismo tiempo, nuestra veneración, puesto que nosotros los chicos consideramos a aquel señor gordo como un revolucionario acabado. Era también muy afable. Cuando encontraba un chico que le gustaba — y el chico era a veces una chica — lo paraba, le acariciaba la cara y después le decía: «Recuerdos de mi parte a tu papá», aunque no lo conocía.

Después... ¡pero no quiero continuar! Todos aquellos viejecitos se volvieron de repente todavía más viejos, y luego se murieron. Dejémoslos descansar en paz. Recuerdo con suma satisfacción aquellos momentos que pasé entre ellos y aquella sensación de independencia, hasta de grandeza, que experimenté cuando, después de haberme matriculado en la Universidad, entré por primera vez, sin miedo a los profesores, en la fonda de «Stajnic», entre aquellos seres sublimes. No me hicieron mucho caso, dicha sea la verdad. Mejor dicho, no me hicieron caso del todo. Sólo una vez sucedió, en el transcurso de muchas semanas, que el médico mayor, al pasar por mi lado, me dijo: «Sí, sí, joven, la cerveza hoy día no vale absolutamente nada, digan lo que digan»; y al mismo tiempo miraba con desdén a las personas con quienes estaba sentado momentos antes junto a una mesa... ¡Un verdadero Bruto! Me atrevo a afirmar que aquel hombre hubiera sido capaz de echarle en cara, por ejemplo, al mismísimo César que no entendía ni pizca de cerveza.

Yo, por el contrario, me fijaba bastante en ellos; no por lo mucho que les oía, sino por lo mucho que me llamaban la atención. Me considero sólo una copia muy pobre de aquellos seres; pero todo lo que tengo de sublime y de grande en mi persona se lo debo a ellos. De todos, no olvidaré nunca a dos hombres cuyos apellidos están grabados indeleblemente en mi corazón: se llamaban Rysanek y Schlegl, y no se podían ver el uno al otro.

Y ahora perdona, lector, si empiezo la historia de otra manera.

Entrando en la fonda de «Stajnic» desde la calle del Puente, vense en el primer local, donde se encuentran las mesas de billar, a la derecha, tres ventanas que dan a la calle de los Baños. En el recodo de cada ventana hay una mesita y detrás una banqueta de forma de herradura. Ante aquella mesita pueden sentarse tres personas: una con la espalda a la ventana y las otras dos en los dos lados de la herradura; si esas dos personas quieren sentarse también con la espalda a la ventana, quedan mirando a las mesas de billar y se pueden divertir viendo el juego.

En el recodo de la tercera ventana se congregaban todos los días, de seis a ocho de la tarde, nuestros universalmente estimados ciudadanos el señor Rysanek y el señor Schlegl. Su sitio siempre estaba libre para ellos; pensar que acaso alguna otra persona pudiera tener la osadía de ocupar sus asientos acostumbrados era algo que un verdadero hijo de la Malá Strana consideraba inaudito y rechazaba de su pensamiento como absolutamente imposible. ¡La cosa no era ni para pensarlo! El sitio de al lado de la ventana quedaba siempre vacío; el señor Schlegl se sentaba en el lado de la herradura más cerca de la entrada y el señor Rysanek en el otro lado, una vara más allá. Los dos permanecían dando la espalda a la ventana y, por lo tanto, sin mirarse cara a cara, dedicándose a observar a los que jugaban en las mesas de billar. Hacia la mesita se volvían sólo cuando querían echar un trago y cuando deseaban encender sus pipas. Desde hacía once años ocupaban estos sitios en tal forma, sin faltar un solo día. Y durante todo ese tiempo no se habían dirigido la palabra, ni siquiera para saber el uno del otro.

Toda la Malá Strana conocía el furioso rencor que los dos se tenían. La enemistad entre ellos databa de hacía muchos años, y era implacable. También se conocía la causa. El origen de todo lo malo: una mujer. Los dos amaron a la misma. Ella prefería antes al señor Rysanek, antiguo y acreditado comerciante, de absoluta independencia y con buen establecimiento; pero después, de pronto, inopinadamente se decidió por el señor Schlegl, acaso porque éste tenía casi diez años menos. Y terminó casándose con él.

Ignoro si la señora de Schlegl era realmente una belleza tan excepcional que hubiera podido explicar el dolor eterno y el consiguiente estado de soltero del señor Rysanek. Aquella señora se había despedido del mundo hacía ya muchos años; murió en el primer parto, dejando a su marido una hijita, que era acaso la imagen de su madre. En el tiempo a que me refiero, la señorita de Schlegl había cumplido unos veintidós abriles. La conocí; solía visitar con mucha frecuencia a la señora del capitán Poldyn, que vivía en el piso de encima de nosotros; aquella señora que daba un tropezón cada doce pasos cuando andaba por la calle. La gente decía que la señorita de Schlegl era una belleza. No digo que no; pero su belleza era, por decirlo así, arquitectónica. Todo en su sitio; en toda su persona reinaba la simetría más perfecta y de todo detalle se sabía el porqué. Mas para una persona que no fuese arquitecto, era para desesperarse. Su cara se movía tan poco que parecía la fachada de un palacio. Sus ojos no tenían expresión y brillaban como las ventanas recién lavadas. Su boca, tan bonita como un pequeño arabesco, se abría despacito como un portal, y después se quedaba abierta de par en par o volvía a cerrarse con la misma lentitud. Y todo eso con un cutis que daba la sensación de estar recién enjalbegado. Puede que ahora ya no sea tan bonita, si vive; pero será más guapa. Inmuebles de esta clase ganan con el tiempo.

Siento no poder decir por qué ni cómo el señor Rysanek y el señor Schlegl llegaron a encontrarse en aquella mesita en el recodo de la tercera ventana. Algo de culpa tuvo la maldita casualidad, la cual diariamente quería amargar la vida de aquellos viejos. Cuando aquella casualidad desconocida los hizo encontrarse ante aquella mesita por primera vez, el orgullo de ambos les impidió abandonar sus sitios. La segunda vez se sentaron allí por despecho. Después, para demostrar su imperturbabilidad y «para que la gente no dijese». Y luego comprendieron todos los parroquianos de la fonda de «Stajnic» que para los dos viejos se trataba de una cuestión de honor y que ninguno de los dos podía ceder.

Llegaban hacia la seis, hoy uno un minuto más temprano, mañana el otro. Saludaban cortésmente a todo el mundo y a cada cual en particular, y sola-

mente hacían la excepción el uno con el otro. El camarero les quitaba en el verano el sombrero y el bastón, y en el invierno la gorra de piel y el abrigo, y los colgaba en la percha, destrás de sus respectivos sitios. Después de quitarse dichas prendas inclinaban algunas veces la cabeza como los pichones — la gente vieja tiene esa costumbre cuando quiere sentarse — se apoyan con una mano en la esquina de la mesita — el señor Rysanek con la izquierda y el señor Schlegl con la derecha — y se sentaban con lentitud, volviendo la espalda a la ventana, con la cara hacia las mesas de billar. Cuando se acercaba el gordo hostelero, con su eterna cara sonriente y charlando siempre sin cesar, para ofrecer los polvos de rapé de cumplido, tenía que llamar la atención de cada uno por separado dando unos golpecitos en la tapa de la cajita de polvos, y para cada uno tenía que hacer aparte la eterna observación acerca del buen o el mal tiempo. Si no, el otro no habría aceptado los polvos o se hubiese hecho el sordo. Nadie podía vanagloriarse de haber sostenido una conversación con los dos a la vez. Jamás uno quiso saber nada del otro; el compañero de mesa no existía para ninguno de los dos.

El camarero ponía delante de cada uno su jarro de cerveza. Después de un rato — pero nunca los dos al mismo tiempo, observando uno al otro, a pesar de la aparente indiferencia — se volvían hacia la mesita, sacaban una pipa de espuma de mar con guarniciones de plata, y de un bolsillo exterior de la americana una bolsa llena de tabaco; llenaban las pipas, las encendían y volvían a sentarse como antes. Así permanecían dos horas, y así bebían cada uno sus tres tercios; después se levantaban — hoy uno un minuto antes, mañana el otro — guardaban las pipas, el camarero los ayudaba a ponerse los abrigos, y saludaban a todo el mundo, despidiéndose de todos, con la única excepción el uno del otro.

Me senté a propósito en la mesa de al lado de la chimenea. Así les veía directamente la cara y los podía observar cómodamente sin llamar la atención.

El señor Rysanek era un comerciante en telas; el señor Schlegl tenía una tienda de quincallería. Actualmente ya se habían retirado de sus negocios como ricos propietarios de fincas, pero sus rostros reflejaban todavía sus ocupaciones anteriores. La cara del señor Rysanek hacía recordar siempre la tela con rayas blancas y encarnadas que antes vendía, y la del señor Schlegl me pareció siempre la de un viejo almirez jubilado.

El señor Rysanek era más alto, más seco y, como antes dije, más viejo. No se encontraba ya nada bien, muchas veces se sentía débil, y la mandíbula inferior, involuntariamente, se le descolgaba. Usaba lentes montados en asta negra. Su pelo era gris y, a juzgar por la parte escasa que había conservado del primitivo color, podía asegurarse que el señor Rysanek había sido rubio. Sus mejillas estaban hundidas y pálidas; tan pálidas, que sus largas narices se habían puesto encarnadas y eran de un color casi carmesí. Por la misma razón acaso siempre colgaba de su final una lágrima, una gota, que brotaba de aquel adorno colorado. Como biógrafo concienzudo, tengo que observar que el señor Rysanek trataba de secar aquella lágrima demasiado tarde; algunas veces cuando ya había caído sobre su pecho.

El señor Schlegl era algo achaparrado; quiero decir que no tenía cuello. Su cabeza era como una bola; el cabello, bastante canoso, negro. Su cara, donde estaba afeitada, de un color negro azulado, y donde no tenía pelo, de un color rosado; un pedazo de carne radiante y después un pedazo obscuro; como algún severo cuadro de Rembrandt.

Sentí verdadera estimación hacia aquellos dos héroes, y cuanto más los estimaba más los admiraba. Tal como estaban sentados en aquel banco, libraban diariamente una gran batalla, un combate cruel, inexorable. Luchaban con sus armas: con el silencio saturado de veneno, con el menosprecio más pronunciado. Y la batalla quedaba siempre indecisa. ¿Cuál de los dos pondría por fin su pie sobre la nuca de su adversario vencido? El señor Schlegl era físicamente el más fuerte; todo en él era corto, conciso; cuando hablaba, parecía como si sonaran golpes. El señor Rysanek hablaba más suave, más despacio: era débil, pero guardaba silencio y odiaba con el mismo heroísmo.

II

Había pasado algo.

Era un jueves antes del domingo *Jubilate* cuando llegó el señor Schlegl y ocupó su sitio de costumbre. Se sentó, llenó su pipa, la encendió, echando humo como una chimenea. Entró el hostelero y se dirigió directamente a él. Dió unos golpecitos en la tapa de la cajita de polvos, ofreciéndola. Cuando volvió a cerrar la cajita observó, mirando al mismo tiempo la puerta:

— ¿De modo que hoy no veremos al señor Rysanek?

El señor Schlegl no contestó nada, con la indiferencia de una mirada de estatua en el vacío.

— Allí, el señor médico mayor lo ha dicho — siguió contando el hostelero, de espaldas a la puerta y mirando al señor Schlegl. — Se levantó por la mañana como de costumbre; de repente sintió un escalofrío en todo el cuerpo, tan fuerte, que tuvo que volver a acostarse en seguida, y con toda urgencia se avisó al doctor. ¡Una pulmonía! El médico mayor le vió hoy tres veces. Es un hombre viejo ya. Sin embargo, está en buenas manos; no hay que perder la esperanza.

El señor Schlegl tosía ligeramente, con los labios cerrados. En su mirada no había el más ligero cambio ni la más ligera vacilación. El hostelero se fué a la mesa inmediata.

Yo estaba pendiente de la cara del señor Schlegl. Largo rato quedó por completo inmóvil; luego sólo entreabrió los labios para dejar salir el humo, y alguna que otra vez cambió la boquilla de la pipa de un ángulo de la boca al otro. Después se le acercó uno de sus amigos. Conversaron, y algunas veces el señor Schlegl se rió a carcajadas. Me repugnaba su risa.

En realidad, el señor Schlegl se comportaba deci-

didamente de una manera distinta a la de costumbre. Otras veces parecía clavado en su sitio como un centinela en su puesto de guardia; ahora estaba desasosegado, inquieto. Hasta emprendió una partida de billar con el señor Kohler, el tendero. Tuvo suerte en cada partida hasta que llegó al *dublé*, y confieso que casi me alegré de que no acertara ni una vez en aquella tacada final, en la que el señor Kohler le alcanzaba siempre.

Después volvió a sentarse, fumó y bebió. Cuando se le acercaba alguien hablaba en voz más alta y pronunciaba frases más largas que de costumbre. No se me escapó el menor movimiento suyo; vi claramente que experimentaba una alegría interior y que no tenía ni el sentimiento más elemental de condolencia hacia su amigo enfermo. Total: que volvió a hacérseme sumamente antipático.

Algunas veces su mirada se dirigía de manera furtiva hacia el aparador, cerca del cual estaba sentado el médico mayor. Es seguro que hubiera querido recomendar a éste que no se preocupase demasiado por aquel enfermo. Un hombre malo, decididamente malo.

Hacia las ocho se fué el médico mayor. Se paró ante la tercera mesita.

— Buenas noches — dijo; — tengo que ver todavía al señor Rysanek. Hay que tener mucho cuidado.

— Buenas noches — contestó el señor Schlegl, fríamente.

Aquella tarde bebió Schlegl cuatro tercios y se quedó hasta las ocho y media.

Pasaron los días, pasaron las semanas. Después de un abril frío y desapacible vino un mayo con una temperatura muy agradable y tuvimos una primavera maravillosa. Cuando mayo se porta bien, la Malá Strana es un paraíso. El Petrin es todo una flor blanca, como si por todas partes brotara la nata sabrosa, y toda la Malá Strana está envuelta en el aroma de las blancas lilas.

El señor Rysanek se vió al fin fuera de peligro. La primavera había tenido para el enfermo el efecto de un bálsamo. Con frecuencia me lo encontré tomando el sol en el parque. Andaba despacio, apoyándose en un bastón. Antes no tenía nada de gordo pero ahora era incomparablemente más seco todavía. Su mandíbula inferior no volvió ya a cerrarse. No faltaba más que sujetarle esa mandíbula con un pañuelo, cerrarle los ojos y ponerle en el ataúd. Pero de repente volvió a cobrar fuerzas.

A la fonda de «Stajnic» no iba. Allí reinaba, en la tercera mesita, hasta entonces el señor Schlegl solo. Y allí se sentaba y se movía como le daba la gana.

Llegaron los últimos días de junio y, precisamente el día de San Pedro y San Pablo, volví a ver a los dos viejos sentados ante la misma mesa. Otra vez estaba allí el señor Rysanek como clavado al banco y los dos de espaldas a la ventana.

Los vecinos y amigos acudieron a dar al señor Rysanek la enhorabuena. Cada uno le felicitó de todo corazón, y el viejo, agradablemente emocionado, cabeceaba, se reía y hablaba lo menos posible. Estaba aún débil. El señor Schlegl miraba la mesa de billar y fumaba.

Cuando le dejaron solo un momento, el señor Rysanek dirigió su mirada hacia el aparador, donde estaba sentado su médico: ¡un alma agradecida!

Precisamente en el instante en que el señor Rysanek tornó a mirar hacia el mismo sitio, el señor Schlegl volvía su cabeza hacia su vecino para observarlo. Su mirada pasaba despacio, desde el suelo, por todo el cuerpo del señor Rysanek, recorriendo las rodillas puntiagudas, deteniéndose ante la mano, que reposaba en la esquina de la mesita como un esqueleto cubierto de piel, y subiendo, en fin, hasta llegar a la mandíbula desquiciada y a la cara pálida. Pero todo fué cuestión de un segundo, y en seguida volvió a apartar sus ojos de su rival y a tener la cabeza derecha.

— ¡Hombre! ¡Vaya una alegría! ¡Otra vez bueno! — exclamó el hostelero, llegando en aquel momento de la cocina o de la cueva. Tan pronto había entrado y visto al señor Rysanek, se dirigió a él presurosamente. — ¡Otra vez bueno y entre nosotros! ¡Alabado sea Dios!

— ¡Gracias a Dios, gracias a Dios! — contestó el señor Rysanek, sonriéndose. — Esta vez logré escapar. ¡Ya me siento como es debido!

— ¿Pero el señor Rysanek no fuma? ¿Todavía no le gusta la pipa?

— Hoy me parece que tengo ganas por primera vez. ¡Fumaré!

— Bueno, bueno. ¡Eso está bien! — Cerró su cajita de tabaco, le dió unos golpecitos, volvió a abrirla, ofreciéndola al señor Schlegl, con unas cuantas palabras, y se fué.

El señor Rysanek sacó la pipa y buscó en el bolsillo de su americana el bolso con el tabaco. Sacudió ligeramente la cabeza y volvió a buscar, y como a la tercera vez no encontrara el bolso, llamó a un camarero y le dijo:

— Acércate a mi casa. ¿Tú sabes donde vivo? Aquí en la esquina. Di que te den mi bolso de tabaco, que tiene que estar sobre la mesa.

El camarero salió apresuradamente.

En este momento se movió el señor Schlegl. Alargó su mano derecha despacio hacia su bolso abierto y lo acercó hasta ponerlo casi delante del señor Rysanek.

— Si usted gasta, tengo una mezcla de «Tres Reyes» con cuarterón — dijo en su tono seco; y después tosió ligeramente.

El señor Rysanek nada contestó; ni miró siquiera. Su cabeza se hallaba vuelta del otro lado, tan indiferente como durante los once años anteriores. Algunas veces movió la mano, como animado por un impulso interior; pero su boca permanecía cerrada.

La mano derecha del señor Schlegl quedó pegada al bolso, sus ojos se clavaron en el suelo, y tan pronto se envolvía en humo como tosía cual si tuviera algo en la garganta.

En este momento volvió el camarero.

— ¡Muchas gracias, ya tengo mi bolso, mire! — exclamó entonces el señor Rysanek, dirigiéndose, aunque sin mirarlo, al señor Schlegl. — Yo también gasto la misma mezcla de «Tres Reyes» con cuarterón — añadió después de un rato, como si hubiera comprendido que tenía algo más que decir.

Llenó su pipa, la encendió y fumó.

— ¿Le gusta? — gruñó, después de un rato, el señor Schlegl, en voz cien veces más áspera que la de costumbre.

— Gracias a Dios, me gusta.

— Y tanto que gracias a Dios — repitió el señor Schlegl.

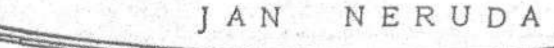
Los músculos de su rostro se contrajeron como si una luz, al fin, resplandeciera en el cielo obscuro.

Y en seguida añadió:

— Ya teníamos miedo aquí de que le fuera a pasar algo.

Sólo entonces el señor Rysanek volvió la cabeza hacia su interlocutor. Las miradas de los dos hombres se encontraron.

Y desde aquel instante se hablaron el señor Rysanek y el señor Schlegl en la tercera mesita de la fonda de «Stajnic».


JAN NERUDA

DIBUJOS DE FIORAVANTI

DICHO Y HECHO, POR MACAYA

LAS GEORGICAS DE LE BRETON



Le Breton. — A ver, che, encárgueme a cualquier escribiente que sepa francés que me traduzca del latín «Las Geórgicas».

LA CARATULA DEL FOLLETO





«Labradores, pedid al cielo veranos húmedos y serenos inviernos... entonces, sobre todo, la Misia es tan fértil que la misma Gárgora...»

— ¿Qué Misia será esa? ¿Una misia que hace gárgaras?



«Júpiter ha querido que la cultura de los campos sea un rudo trabajo...»

— Diga, doctor, ¿y Júpiter también es el que ha querido que paguemos impuestos?

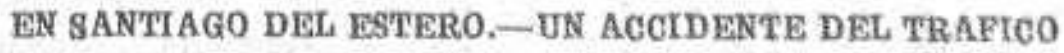


«Además, el labrador debe tener en cuenta la constelación de Arturo, las cabrillas y el luciente Dragón...»

— Todos esos de que habla deben de ser empleados de la Defensa Agrícola.



Un chacarero. — ¿Y quién es el autor de las «Geórgicas»?
Otro chacarero. — Lloyd George.



JUJUY PINTORESCO



El ex **gobernador Córdova.** — No permito que digan que mi gobierno era una caricatura. Que yo era una caricatura de gobernador ¡pase!; pero lo otro no lo tolero.

EN SANTIAGO DEL ESTERO.—UN ACCIDENTE DEL TRAFICO



El Gallo vigilante. — Acompáñeme. Queda detenida.
La provincia. — ¡Pero si yo no he hecho nada!
El Gallo vigilante.—Siga no más. Todo eso se lo dirá al comisario.

LLEGADA DE NICOLÁS LENIN A RUSIA BAJO PRECINTO

Los cálculos de Lenín, expuestos en folletos de propaganda, acerca de las consecuencias de la guerra para el pueblo ruso, se realizaron una vez más. Las tropas rusas, muy mal preparadas para la lucha contra un enemigo poderoso, provisto de todos los medios técnicos, sufrieron una serie de derrotas lamentables. El gobierno perdió el resto de su prestigio. A pesar de su fracaso terrible en los campos de batalla, a pesar de la creciente indignación de las masas, no quiso hacer ninguna concesión política, y seguía tratando al pueblo ruso como a un rebaño, con el cual todo abuso es permitido.

El cáliz estaba ya lleno. La paciencia del pueblo se había agotado y en el mes de febrero de 1917 estalló la revolución. La guarnición de Petrogrado, en la que el zar tenía tanta confianza, se adhirió al movimiento popular. Las olas de la revolución, invadiendo el orgulloso palacio de Invierno, barrieron el trono tres veces secular de la dinastía Romanov.

Lenín, lleno de júbilo, tomó la decisión de volver a Rusia (estaba a la sazón en Suiza) para poner su sello a la revolución. No le quedó otro camino que el de Alemania. «Vámonos, pues, por Alemania» — propuso Lenín a sus partidarios. Muchos socialistas rusos residentes en Suiza vacilaban: «¿Qué dirán en Rusia, cuando informen de que hemos atravesado el país de nuestros enemigos?»

— «Digan lo que quieran — contestó Lenín. — Lo que importa es llegar a Rusia, aunque sea en el mismo coche de Guillermo II».

Inmediatamente, por mediación de unos socialistas suizos y alemanes que se encontraban a la sazón en Berna, entró en negociaciones con el gobierno de Berlín. Este, dándose cuenta de que los bolcheviques podían serle útiles en Rusia, haciendo propaganda en favor de la paz inmediata, consintió en darles el permiso para atravesar Alemania, y a fines de marzo, Lenín con unos setenta partidarios suyos, atravesó en vagones «precintados» el territorio alemán, dirigiéndose a la frontera rusa.

A su llegada a Petrogrado, el 7 de abril de 1917, Lenín fué acogido con entusiasmo por sus amigos y con gritos de protesta por la mayoría de la población. En aquella época no gozaba todavía de una gran popularidad. Su primer discurso en el concejo de los obreros y soldados de Petrogrado careció de éxito. Hasta algunos de sus partidarios actuales censuraron lo que llamaban su fanatismo ciego y le acusaron de tendencias anarquistas.

En el mes de octubre del mismo año, Nicolás Lenín, a pesar de todo, estaba en el poder, dueño absoluto de la situación.

EL PROGRESO ES LA LEY

El hombre es el autor de su propio destino; y se eleva o cae, según sean sus obras. Los seres apegados a los intereses materiales, los avaros, los ambiciosos, los hipócritas, los embusteros, moran como los perversos en las zonas inferiores.

Pero la creación está regida por una ley primordial y absoluta; la del Progreso. Todo se eleva en lo infinito. Las faltas son caídas.

En la ascensión de las almas tienen las cualidades morales tanta parte como las intelectuales. La bondad, la abnegación, el sacrificio purifican el alma y la elevan, lo mismo que el estudio y la ciencia. — CAMILO FLAMMARIÓN.

Srta. Enriqueta Addesso



Profesora de declamación en castellano, recientemente egresada de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres.


IPERBIOTINA
MALESCI
Es el tónico que hace posible dar salud al cuerpo, dar vigor a los nervios y a la sangre, devolviendo al organismo su equilibrio perdido.
Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci. — Firenze (Italia). Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.
VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS
Unico Concesionario-Importador en la República Argentina:
M. C. de MONACO
VIAMONTE, 871.
BUENOS AIRES

Diplomados





Señorita Angélica Morixe. Señorita Margarita José Pelegri. Señorita Teresa Oubiña.
Alumnas egresadas de la Escuela Superior Comercial de Mujeres.



Señor Lerardo Ansalone, egresado de la Escuela Nacional de Profesores.

EL EQUILIBRIO DE LAS POTENCIAS

«No hay sino dos remedios para la presente anarquía de Europa: o el dominio superior de una potencia hegemónica, o una inteligencia entre las potencias grandes y las pequeñas. El primero de estos dos remedios estuvo excluído de la guerra mundial, que destruyó o debilitó a todas las grandes potencias, de manera que siempre está ahora en condiciones de asumir la responsabilidad de dirigir a las otras. Toda la historia de Europa repugna, por lo demás, esta solución. Queda la otra, la inteligencia entre los pueblos a la cual será menester que Europa llegue, tarde o temprano, de grado o por fuerza, si no quiere recaer en la barbarie.

«Era la idea de Wilson. En este sentido, Wilson había visto con exactitud, aunque en la acción cometiese luego muchos errores, y no supiese imponerse a las discordias, a las rivalidades, ni a los celos de Europa. Imposible la hegemonía, imposible el equilibrio, Europa no puede escapar al dilema: o el arreglo, o la guerra perpetua. Y como quiera que la guerra perpetua la arruinaría, la despojaría y la sumiría otra vez en la barbarie, persisto en creer, a despecho de la locura que ha hecho presa en todos los Estados europeos, que ha de llegarse a una inteligencia, al menos entre los pueblos mayores. El instinto de conservación será más fuerte que los rencores y que las ambiciones». — GUILLERMO FERRERO.

CARRERAS DE ANCIANOS

Según refiere «Le Petit Journal», de París, se ha celebrado recientemente en Soulans (Francia), una carrera a pie interesante y original, y no por la distancia ni el modo de salvarla, sino por las circunstancias personales de los corredores. Según el citado periódico, tres hicieron el recorrido en 1 minuto 21 segundos; uno, en 1 minuto 22 segundos, y otro, en 2 minutos 23 segundos; pero dichos deportistas contaban como mínimo cincuenta y tres años y sesenta y uno el que más; con otra característica digna de mención; sus pesos oscilaban entre 93 y 102 kilos.»

¡Luego dicen que la juventud no es eterna!

El que, con pleno conocimiento de lo que dice, puede contestar: «Sí, sé todo eso», es más sabio que muchos de los que ostentan títulos de sabiduría oficial. Pero todavía es más sabio el que, sabiendo esas cosas, ajusta a ellas su vida y procura enseñarlas a los demás.



10.000 personas en la República

USAN DESDE HACE AÑOS LA FAMOSA

Agua Salles

que devuelve al cabello canoso su primitivo color

y no se crea que todas son mujeres, no. Hay por lo menos tantos hombres como señoras, y esto se explica. En nuestra época, ser viejo es molesto, y por eso el hombre también trata de que la vejez venga lo más tarde posible.

En esta tierra de grandes actividades se requieren hombres fuertes y jóvenes. Un hombre canoso encuentra difícilmente una posición o una novia.

¿Qué mal hay, pues, en corregir los efectos del tiempo?

El Agua Salles
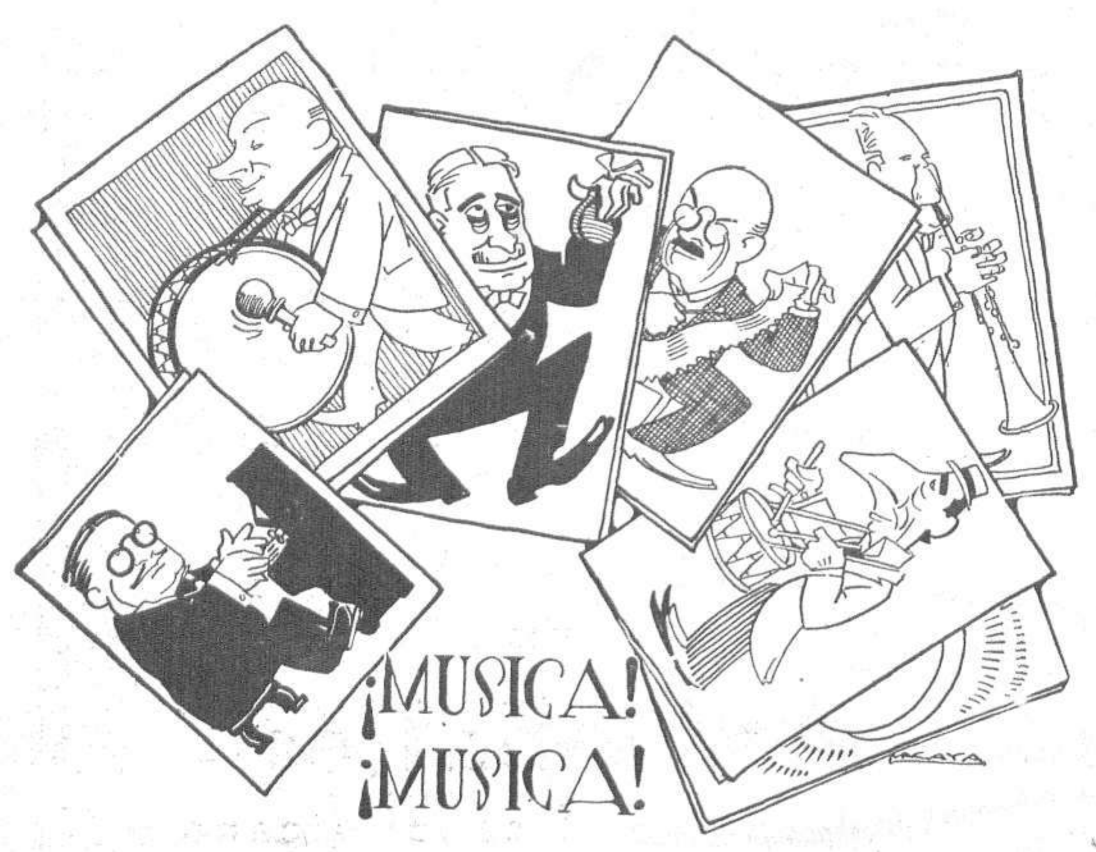
tiene un buen efecto sobre la barba y el cabello; no es peligrosa y no necesita usarse cada día.

La hay en dos tipos: INSTANTANEA y PROGRESIVA

SE VENDE EN TIENDAS, PERFUMERIAS Y FARMACIAS

E. SALLES, perfumista-químico. — París.

A. LOURTAU y Cía. - PARANA, 182. BUENOS AIRES



¡MUSICA! ¡MUSICA!

Lleno de las mejores intenciones,
un ilustre melómano ignorado
nos manda unas canciones
que vamos a copiar con sumo agrado.

SUBLIME MARCELO
(Para bombo.)

No hay vencedor
igual a mí.
Soy lo mejor
que existe aquí.
Repetiré
siempre: Ego sum.
Tenedme fe.
¡Bum!, ¡bum!, ¡bum!, ¡bum!

EL ALEGRE TOMAS
(Para castañuelas.)

Me ocupo de agricultura,
estudio el carbón de cok
y hablo de la acupuntura.
Toc, toc, toco, tocotoc.
Uso el traje de viajero
igual que el traje de frac.
Soy un sabio verdadero.
Tac, tac, taca, tacatac.

MELANCOLIA MINISTERIAL
(Para serrucho.)

Fuí un Molina dichoso cuando estuve callado
y en mi casa vivía muy feliz y muy bien.
Y hoy me veo agredido y me veo atacado.
Uuú, uuú, uuú. ¡Ya lo ven!
Basta hablar de mis planes y la gente se irrita.
Yo no sé, compañeros, lo que va a ser de mí.
¿Qué le digo de malo, que la turba se agita?
Uuú, uuú, uuú, uuí.

EL DEVOTO JOSE LUIS
(Para órgano.)

Yo vivo en La Plata muy tranquilamente
y ante las protestas suelo hacerme el sordo.
Puede que algún día sea presidente;
pero, por las dudas, sigo estando gordo.
Ducho en elecciones y en abogacía,
hablo seriamente de urna o mixtifori.
Soy un buen creyente. ¿Llegará el gran día?
Gori, gori, gori, — gori, gori, gori.

HIPOLITISMO ENTUSIASTA
(Para clarín.)

Despreciemos al vil mercachifle
que se vende por cinco centavos.
Empuñemos la lanza o el rifle
¡y a atacar a los ruines esclavos!
No ama a Dios quien no grita y protesta.
Por lo tanto, gritemos así:
— ¡Muera Gallo! ¡Cortadle la cresta!
Tararí, tararí, tararí.

CANCION DE NOEL
(Para tambor.)

Posible es que algún
pedazo de atún,
con cierto desdén,
me diga: — ¡Muy bien!
Produce irrisión
su necia opinión.
En Roma o Pekín
ya saben, por fin,
que yo tengo un gran
plan, plan, rataplán.

SUEÑO DORADO
(Para platillos.)

¿Dónde la banda está?
¿No me la cederá?
¿Júzgame un chiquilín?
¿Cómo la he de obtener?
¿Qué es lo que debo hacer?
Chin, catachín, chin, chin.

LUIS GARCIA

DISCOS DOBLES NACIONAL

SOMBRAS
TANGO DE
SERVETO-PRACANICO
CANTADO POR
IGNACIO CORSINI
DISCO Nº 224

DUO GARDEL-RAZZANO
(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)
Disco doble «NACIONAL», de 25 Ctms., a $ 3.25

18088 { **Triste Entrerriano.** Est. (Solo Gardel) Lombardi-Ricardo. **China Hereje.** Triste (Solo Gardel). J. P. López.

ROBERTO FIRPO. — Orquesta Típica.
Discos dobles «NACIONAL», de 25 Ctms., a $ 3.—

6229 { **Sombras.** Tango. F. Pracánico. **Vencedor.** Tango. R. Firpo.
6234 { **Sanjuanina Mía.** Zamba. F. Navarrete. **El Celaje.** Tango. García-Zavaleta.
6236 { **El Retoque.** Tango. Zuasnabar-Iriondo. **Jardín de la República.** Tango. R. Rossi.

FRANCISCO CANARO. Orquesta Típica y Jazz-Band

6952 { **Au Revoir.** Shimmy. Jazz-Band. W. T. de Carvalho. **La Mimosa.** Tango. Típica. Ferrazano-Pollero.
6955 { **Chin - Chu - Lín.** Shimmy. Jazz-Band. V. Greco. **Luis Angel Firpo.** Tango. Típica. F. Márquez.
6958 { **Francesita.** Tango. Típica. E. Delfino. **¿Se Acuerdan Muchachos?...** Tango. Típica. E. Delfino.

ORQUESTA TIPICA PACHO. (Juan Maglio)

7411 { **América.** Shimmy, con serrucho. Jazz-Band. C. Maglio. **Viejecita Mía.** Tango. Típica. C. Marcucci.

ORQUESTA TIPICA LOMUTO

7602 { **Nunca Más...** Tango. F. J. Lomuto. **El Consentido.** Tango. Iribarne-Valdéz.

ELEUTERIO YRIBARREN. — American Jazz-Band

8014 { **Margot.** Schotis. N. Verona. **In a Tent.** Fox Trot. Koehler.
8015 { **Neath Egyptian Skies.** (Bajo los cielos Egipcios). Shimmy. J. Wälter. **Woman of Heart.** (Mujer de corazón). Shimmy. P. Cimaglia.

IGNACIO CORSINI. (Tenor, con dos guitarras)

224 { **SOMBRAS...** Tango. Serveto-Pracánico. **Juan de los Santos Arena.** Estilo. J. de Charras-Corsini.

Fonógrafo Glücksmann
SIN BOCINA
La máquina parlante más perfecta y más barata... Precio, con 200 púas $ **45.-**



De Avellaneda

Núcleo de caracterizados concurrentes que asistieron al acto conmemorativo del 5.° aniversario de la Sociedad Española de Socorros Mutuos, en el cual fué inaugurada la bandera social de esta prestigiosa institución mutualista.



Vista parcial del banquete servido en el local de la Sociedad Italiana, en celebración del aniversario antedicho.

y ante las protestas


Heno de Pravia
GAL
FABRICA DE PERFUMERIA
MADRID
RIBAS 921
Como el aire de Mayo
acariciador y suave, invade el cuarto de baño
de la mujer cuidadosa
la fragancia del jabón
HENO DE PRAVIA
Suaviza, blanquea y
perfuma deliciosamente
la piel.
DE VENTA EN TODAS PARTES
PERFUMERÍA GAL. - MADRID
Representante general para Argentina y Uruguay:
JORGE E. CHADWICK
ESMERALDA, 132. - BUENOS AIRES
RIBAS -4-23

AMERICA Y EUROPA

OPINIONES DE DON PRUDENCIO AMARRETE

FRECUENTEMENTE acompaño a mi buen amigo Amarrete a pasar unas horas nocturnas en el gran Casino. Don Prudencio sigue encantado de la vida de San Sebastián en este final de otoño. Suelen acompañarnos a los salones de «entretenimiento» algunos indianos que ya conocéis por anteriores referencias: Danzarain, el ugartista, que tanto hace rabiar a don Prudencio con sus objeciones al peludismo; el pulpero del Saladillo; el quesero del Tandil; El estanciero de Trenque Lauquen; el tambero de Cañuelas; el fondista del Once, y otros exresidentes que ruedan transitoriamente por estos pagos natales.

Los indianos no tocan una ficha. La abstención es mitad virtud y mitad cautela. Temen que alguien les vea jugar y se lo comunique a los gerentes del Banco de Buenos Aires, dando con ello lugar a la restricción del crédito. Esta virtud y este temor desaparecerán en sus descendientes, que de seguro derrocharán ciento a ciento lo que sus progenitores reunieron uno a uno. Los dispendiosos realizan la misión providencial de dislocar las acumulaciones formadas por la sordidez de sus ascendientes.

El mundo estaría perdido si no hubiera perdidos.

Amarrete tampoco juega personalmente. Sólo prueba fortuna por delegación, comanditando con sobrias vacas a una amiga íntima, que se le ha acoplado en cuanto desembarcó, la cual siente por mi amigo aquella predilección que se deriva de todo estipendio remunerativo. Amarrete, que es gaucho viejo en estas lides, lo sabe, pero lo disimula, correspondiendo a la farsa objetiva de la moza con otra comedia no peor fraguada. Y así nos divertimos la banda de patos.

Como sabéis, a don Prudencio gústanle los temas generalizadores; la economía mundial, tan enlazada con el problema de la carne; la situación social y política de Europa; sus relaciones y concomitancias con América; la corriente inmigratoria; todos esos grandes y transcendentales asuntos propios de todo hombre de peso que viene al Viejo mundo, no a farrear — aunque farree algo, como se ha visto por la comandita — sino con fines de observación y estudio, como ha venido mi amigo Amarrete.

Y anoche le ofrecí ocasión de explanar estos grandes tópicos al presentarle a mi amigo Robledal, ex diputado español del régimen caído. Como Amarrete habla un lenguaje que no es familiar a Robledal, orador castizo y pulido, tuve que servir con frecuencia de intérprete.

DESPUÉS de la presentación, Robledal preguntó a don Prudencio:

— ¿Qué juicio ponderado y ecuánime le sugiere al caballero los acaecimientos de la vetusta Europa y, más concreta y determinadamente, los de nuestra España, que algo es también del caballero, pues colijo que el apellido Amarrete viene de amarrado, palabra castiza de nuestro léxico?

— Vea, señor: en mi páis se ha producido un entrevero de razas de la madona y un bochinche de lenguas de la gran flauta, y ya no hablamos como en España; pero nos entendemos, que es el fin principal de todo lenguaje. Yo, efectivamente, desciendo de españoles, y de ello me honro, amigo. El primer español de mi raza se apretó el gorro, va para ciento cincuenta años, llegando águila al páis en tiempos del virrey Vértiz. Lo que tuvo en Buenos Aires, se mandó mudar a Jujuy; luego pasó a Potosí, al olorcito del oro, y como le fuera medio mal porque ya el Potosí era una misiadura, rumbió otra vez para la querencia de Jujuy, a rascarse nuevamente en aquel palenque. Allí nacieron los primeros Amarretes de que hay memoria. Por lo que me dijo una vez don Angel Justiniano Carranza, que era lo más erudito en abolengos y le seguía el rastro a cualquier familia, el verdadero apelativo de aquel español era Amarrado; pero allá, mediado el último siglo, se transforma en Amarrete, yo no sé si por capricho de algún miembro de mi raza, o porque, tomado el apelativo para la butifarra, el uso pudo más que el enchiquerado de la filiación verdadera. A Robledal se le han escapado varios conceptos y no pocas palabras. Intervengo con explicaciones oportunas.

— Don Pancho — dice Amarrete, refiriéndose a mí — es mi lenguaraz en España.

Ante el gesto de incomprensión del diputado, añado yo: «Quiere decir intérprete».

— ¿Ha viajado mucho el caballero por Europa?...

— De punta a punta. Sólo me detuve en la frontera rusa; no hice más que asomar la jeta; sin pasar adelante, porque aquello, señor, es un batifondo de la gran siete.

— Los comunistas son, desgraciadamente, más de siete — observa el diputado.

— La gran siete son muchos sietes, señor. Los rusos no han hecho más que imitar a las misiones del Paraguay. Allí también se estableció el comunismo; pero la cosa no marchaba; todo quedó empacado, porque, amigo, en faltando el cebo de la ambición, ya la gente no hace más que sebo...

Intervengo de nuevo, explicando a Robledal el significado de las palabras de Amarrete, y el diputado se queda sorprendido ante la fuerza plástica de tal lenguaje.

— Sólo en el cielo — añade don Prudencio — es posible la vida sin propiedad; allí se puede vivir sin miedo, porque las almas carecen de órganos materiales; no hay estómago, ni amor, como el de esa macabisa a quien tengo que habilitar para que haga unos tiritos en el rulo. Tampoco se precisan en el cielo automóviles, porque todo el mundo marcha en el pingo de sus alas. Pero otra cosa es con guitarra aquí, en la tierra. Mándese al tacho la propiedad, y ¿qué pasará? Un empacamiento mundial, mi amigo; no hay que hacerle. El progreso se atasca y no sale adelante ni con cuarta. Ahí no más, sobre el pucho, echaría la humanidad lo que echó la taba.

El diputado se queda atónito. Vuelvo a intervenir con oportunas explicaciones.

— Es un lenguaje maravilloso — dice Robledal. — ¿Y hablan así los argentinos en el Parlamento?

— En el hemiciclo no; pero en los pasillos sí — le respondo.

— En la cancha no hacen más que macanear, como en todas partes — añade Amarrete.

— ¿Y qué le parece a usted la situación económica y monetaria de Europa?

— Vea, señor: la Uropa va a parar las patas si no enderieza por otros rumbos. Lo primero que tienen que hacer los pueblos uropeos, tuita la gringada, es comer más carne, que podemos abastecer los americanos si aquí no andan jorobando con las aduanas. Cuando los pueblos no le meten duro y parejo al asao, todo se vuelve, mi amigo, revolu-

ciones, entreveros, bochinches y batifondos. Pero mancha bien la gente, y entonces, compañero, todo marcha como balsa de aceite. En lo respetive a la moneda, me he raido a gritos pensando en lo que decían antes de nosotros los financistas uropeos. Cuando los Estados americanos andaban como bola sin manija, los sabios de Uropa tomaban nuestra moneda para el churrete. ¿Qué diremos aura nosotros? Vea, señor, Alemania; vea Austria; su papel moneda no sirve ni para tacos de escopeta. Dele, amigo, a la piedra litográfica, haciendo plata, igual que antes nosotros. ¿Dónde están los sabios uropeos para salvar las finanzas? Las guerras nos fundieron a nosotros, y la guerra les ha fundido a ellos. No hay que hacerle, amigo; en todas partes pasa lo mismo, y ya los uropeos no pueden darse corte ante los americanos con su plata, que no vale un zorro, aparte la libra, porque los ingleses son los únicos que saben capiar los temporales monetarios. Inglaterra, amigo, es el gran páis; sale siempre a flote; no se funde nunca. Los ingleses parecen medio sonsos comparados con los latinos; pero cuando se trata de plata son lo más madrugadores, y antes de que nosotros hayamos movido un ojo, ya se han alzado con toda ella, recogiéndola a ponchadas,

Este párrafo obliga al lenguaraz a una larga explicación.

— Comprendo, comprendo — dice Robledal; — algo se me va; pero percibo la substancia de la argumentación. ¿Y qué opina usted, señor Amarrete, de la situación de España?

— Señor, yo soy extranjero y...

— Ningún americano es extranjero en España — replica gentilmente Robledal.

— Gracias, señor...

— Opine no más, don Prudencio — dice Danzarain; — ¿no ve cómo yo opino sobre los radicales y sobre don Marcelino?

— Usted, mi amigo, es un hijo del páis con gorra de vasco.

— El señor — pregunta Robledal, — ¿es también de Buenos Aires?

— Soy vasco — dice Danzarain.

— Vasco y ugartista — añade Amarrete en tono lamentoso.

— Ah, vamos, indiano — apunta Robledal.

— ¿Indiano? ¡Indio! — exclama don Prudencio con festiva indignación.

— Déjese de macanas — dice el ugartista — y opine sobre España. El señor y todos nosotros queremos oirle.

— España sería un gran páis si los españoles no fueran medio locos de verano. Por lo que he podido observar, aquí se han levantado los milicos y les han colgado la galleta a todos los políticos, porque...

El diputado abre desmesuradamente los ojos con gesto de incomprensión. Le explico lo que dice Amarrete.

— Porque los políticos — prosigue — eran unos matufieros y unos caloteadores...

Nuevas explicaciones.

— El páis lo sabía y no hacía nada para que se mandaran mudar. Si el páis los hubiera hecho salir como rata por tirante, no habría sido necesaria la cuartelada del general Primo de Rivera, que los ha corrido a todos, no con el sable, sino con la vaina solamente, porque los políticos, como no tenían fuerza abajo, en el llano, y arriba se teme a los milicos, se han encontrado sin palenque ande ir a rascarse.

— ¿Comprende usted? — pregunto al diputado.

— Algo: eso del palenque... la rata, el tirante, los milicos, mandarse mudar... Pero, sí, vamos, que nos hemos quedado a la intemperie.

— Yo no quisiera — apunta prudentemente Amarrete — que mis palabras le hicieran volar los patos al señor diputado y...

— Quiere decir que teme ofenderle...

— Nada de eso, caballero...

— Porque, en la desgracia, es fácil montar el picaso, no tolerando que...

— Nada, caballero, yo no monto nada; siga usted

— Leyendo los diarios me he armado un gran bochinche sobre lo que actualmente impera en España: unas veces leo que es una revolución, otras veces leo que es una dictadura.

— Ambas cosas — dice Robledal.

— Levantados los milicos a la voz de ¡aura! de don Primo, la revolución se ha convertido en dictadura.

— Cabal — dice el diputado.

— ¿Y para qué?

— Para que no vuelvan los políticos.

— ¿Y quién los llama?

— Nadie.

— ¿Y quién los llamaba antes?...

— Esa pregunta, señor Amarrete, nos llevaría muy lejos... — dice Robledal.

— Pues las revoluciones no deben empacarse, mi amigo, y han de ir todo lo lejos que demande el páis para salir del atolladero. Si don Primo quiere afirmar su obra no se debe andar con macanas, y tiene que seguir revoliando el sable, hasta que toda la cancha quede libre del antiguo régimen, porque si no, es al cohete, compañero, los del régimen vuelven a levantar cabeza y a trepar de nuevo, haciéndose dueños de la situación. Así pasó en Buenos Aires: los cívicos le dimos en el mate al juarismo; pero sólo quedó medio asonsao, y lo que se fué despabilando, nuevamente subió como barrilete con el Zorro y su aparcero Pellegrini. Y los del Parque, mi amigo, volvimos a caer debajo y agachar el lomo durante 25 años, que se dice pronto, ¡la gran flauta! hasta que vino el Peludo y los barrimos del presupuesto, donde se habían prendido como guachos. Pero si a mi compadre don Hipólito no le alcanza la vida, los radicales estábamos de cólera quién sabe hasta cuándo...

— Más valiera que no hubiera triunfado el Peludo — dice Danzarain.

— ¡Cáyese, vasco cachafaz! (Dirigiéndose a Robledal:) Vea, señor: este vasco ladino es ugartista. Ya no queda más que él y don Marcelaino. En mi páis, todos los vascos son peludistas, excepto este chúcaro que se nos ha ido del rodeo.

— Don Prudencio, como es amigo del gobierno, ha venido a farrear por Europa — dice el ugartista maliciosamente.

— Yo he venido con mi plata, amigo, porque yo no necesito del gobierno ni fósforos. Y no he venido a farrear, sino a estudiar lo de la carne, porque ya estaba harto de escuchar tanto macanazo. Y le llevo la solución al Peludo, en cuanto tengamos una tenida tete a tete en Micheo, o en la calle Brasil. Y salvaremos el páis, inclusive a este pícaro Danzarain.

— Yo no tengo vacas. Las fleté para lo de Anchorena cuando estaban altas, y lo metí todo en ladrillos en Buenos Aires.

Robledal no ha entendido una palabra de la operación del vasco.

En esto se acerca a don Prudencio la socia de la vaca.

— ¿Te dejaron sin medio, mi hijita?...

— Trece colorados seguidos. Dame mil pesetas, porque ahora vienen los negros...

— ¡Ay, mi negra! Me vas a largar fundido a Buenos Aires...

— Ya le contaré yo al Peludo cómo ha estudiado usted la carne en Europa — dice Danzarain.

— Cuénteselo no más, mi amigo. Ya sabe el Peludo, por experencia propia, que los hombres de estudio necesitamos alguna expansión, porque no somos santos de palo.

Y volviéndose a la ninfa, agregó:

—Andate, macabisa; metéle a los negros, que son lo más salidores...

Francisco Grandmontagne.

De Bernal



Señoritas a cuyo cargo estuvo la venta de cédulas en la kermesse que con todo éxito se realizó a beneficio del Cuerpo de Bomberos Voluntarios de esta localidad.

LA CARIDAD ES UN DEBER

Esto no es ya solamente un precepto religioso; es una verdad filosófica, un axioma moral, una irresistible tendencia de la sociedad. Con motivo de un grave mal que remediar, o de un gran bien que hacer, convocad hombres de todas clases y opiniones, un demócrata y un absolutista, un millonario y un artesano, un ateo y un creyente; la forma de sus razonamientos variará mucho; los medios que propongan para alcanzar el fin propuesto serán también diferentes; pero lo que digan todos partirá de esta verdad y volverá a ella: «La caridad es un deber».

El filósofo ve en la caridad un elemento de bienestar, el político un elemento de orden, el artista un tipo de belleza, el creyente la sublime expresión de la voluntad de Dios. Es como la aurora; cada viviente la saluda en su lenguaje, pero no hay ninguno que deje de saludarla. — CONCEPCIÓN ARENAL.

Un necio no es más que fastidioso; pero un pedante es insoportable. — NAPOLEÓN.

El dogma y la autoridad fueron siempre azotes del género humano y los más violentos enemigos de la luz y de la verdad. — H. P. BLAVATSKY.



MODELO 11. — COPA Y ALA PAJA FINA CON GRAN MOÑO Y BORDE DE TERCIOPELO NEGRO DE SEDA.

MODELO 12. — COPA Y ALA EN PAJA TIMBÓ CON GRAN MOÑO DE TRES LAZOS Y BORDE DE TERCIOPELO NEGRO DE SEDA.

Señora:

La Casa Izquierdo Carlos Pellegrini, 490, ofrece a Ud. en su Departamento de MODAS, el surtido de Sombreros más grande y novedoso en pajas, castores y terciopelos.

Estos tres modelos, los ofrecemos, por esta sèmana solamente a

$ 19.50

Los pedidos del interior los despachamos en el día y debe agregarse $ 1.— para embalaje y flete.



MODELO 13. — ALA EN PAJA RAMALLÉ, CON COPA, BORDE Y GRAN MOÑO DE TERCIOPELO NEGRO RIBETEADO CON CINTA DE COLOR.

Casa Izquierdo

La más importante de Sud América

Carlos Pellegrini, 490.—Bs. Aires

Unión Telefónica 38 Mayo, 0313

De Banfield


Jira campestre en la quinta "Monte Correa", organizada por el centro "Los Unidos", para solaz de sus asociados.

EL MAGO

Juan Fort—hastiado de todo a la edad de cincuenta y nueve años —encontróse con un mago.

— Hombre extraño — le dijo — me asombra tu serenidad. Amas la vida, la obscura, la inútil, la odiosa vida que yo desprecio... No creo en Dios. ¡Malditos sean los seres y las cosas y el sol que nos alumbra!

— ¡Blasfemo! — exclamó el mago. ¡Arrepiéntete! ¡Cambia tus míseras voces por una frase de alegría y de esperanzas! ¡Dios existe! ¡La vida es sagrada! ¡El sol es sagrado!

Juan Fort sonrió despectivamente. Entonces el taumaturgo tendió el brazo armado de una varilla milenaria, y con ella tocó la frente del réprobo. Este retrocedió cinco metros de un salto formidable y quedóse inmóvil, como petrificado. Una vigorosa sensación de juventud cruzó por su alma y su cerebro, vibrantes de imágenes antiguas.

— En cada salto recobrarás diez años — murmuró el mago.

Y avanzando siempre sobre el ateo, clavado en el suelo por una voluntad desconocida, cuatro veces le hizo retroceder violentamente con cuatro solemnes ademanes de su brazo.

Y Juan Fort se vió cómo era a los nueve años, con su traje corto y sus largos bucles amarillos.

El varón prodigioso caminaba hacia él con la diestra tendida hacia adelante. Un momento más y lo hundiría en la Nada. Un miedo terrible le hizo temblar. Dobló las rodillas gimiendo:

— ¡Perdón! ¡Perdón!

Pero, al incorporarse, el mago había desaparecido; y el Juan Fort, aun más viejo de lo que antes era, sintió la impresión del hombre que en plena claridad del día recobra de súbito la vista perdida en la infancia. — FROYLÁN TURCIOS.

Bodas de Oro y Plata



Los esposos Bresiani-Ferrante que han celebrado últimamente sus bodas de oro. — Chascomús.



Señora Catalina Albertenzo y señor Miguel A. Giuliano, que han conmemorado el 25.° aniversario de su enlace. — Casilda.



Los esposos Altieri-Quiroga, rodeado por sus familias el día en que festejaron sus bodas de plata. — Rosario.



Los esposos Guassoroni-Magrini, rodeados por sus descendientes el día que se cumplió el 25.° aniversario de su enlace. — La Niña (F. C. C. C. B. A.).

EL GRAN GAMA



DÍA de Difuntos, día lúgubre, día triste!... Hacia las ocho de la noche, de la parte de Serpins oyóse grande bullicio. Mucha gente que corría. Francisca, la criada del mayorazgo, pidiendo socorro con una voz que se desgañitaba. ¿Serían ladrones? ¿Habría fuego? ¿Se habría armado alguna trifulca? Nadie lo sabía. Hacia allá se dirigían en tropel hombres armados de guadañas, escopetas viejas y garrotes, todos en actitud de pelea, hablando alto. El sacristán, derecho a la torre para tocar a rebato; mujeres y niños, alarmando la villa, corriendo y gritando; los prudentes, cerrando las ventanas para no meterse en jaleos ni servir de testigos... esto era lo que se veía.

Averiguóse, por fin, que el mayorazgo Gama se había encontrado repentinamente mal con un cólico, resultado de una abundate cena de castañas y gloria. Hombre sanguíneo, revolcábase por el suelo de la cocina como una pipa, bramaba que ni un toro, con los ojos saltones, saliéndoseles de las órbitas. Dos criados valientes cogieron al moribundo como a un costal de trigo y le echaron sobre la cama. El cirujano Mendoza, su viejo enemigo, vino cuando ya ni respiraba, y dirigiéndole la contera del bastón, desprecióle.

—Recen por su alma si es que la tenía. Se acabó; no volverá a decir sandeces.

El mujerío, alrededor de Francisca, la acompañaba en su dolor, llorando con ella, consolándola con delicadeza. No se comprendía el sentimiento de la muchacha por este mastodonte avaro y gordo, el hombre más antipático de aquellos contornos; ella, sin embargo, rechazando consuelos, decía:

—No, que me quería mucho. Me había prometido unas arracadas para Navidad. ¡Ay, qué amo tan bueno!

Sin embargo, todos estaban seguros de que el mayorazgo no se las habría dado. Era un alma de cántaro, como decía Mendoza; no tenía amor a bicho viviente. Durante un largo período, tal vez de treinta años, nadie supo

que el gran Gama escribiese o recibiese una carta. Huérfanos, viudas y necesitados que acudieron a su riqueza en busca de amparo, en vez de beneficio, tenían como cierto el abrazo salvaje de aquel oso indomable.

Su único heredero debía ser un sobrino residente en Trancoso. El alcalde Meneses se encargó de escribir al colega de allá, participándole lo ocurrido. No se hizo esperar la respuesta telegráfica, diciendo que en breve llegaría a Serpins el doctor Juan Gama, sobrino del mayorazgo.

¡Gente crédula en demasía! Sin ninguna clase de informes, pusiéronse desde luego a imaginar a este hombre diferente del fallecido. Que sería risueño y condescendiente, limosnero y afable.

Se prepararon para recibirle afectuosamente en los brazos, apenas llegase, y resolvieron considerarle como bienvenido.

La tarde que llegó era gris y lluviosa; las personas los árboles y el aire aparecían negruzcos y sucios. Cuando vieron al doctor Gama, creyeron asistir a la resurrección del tío — gordinflón, soberbiote y de tal volumen, que le costó salir de la diligencia. — El cochero hizo este comentario:

— Debía de pagar dos asientos. Ya en Braga fué la misma broma para meterle dentro.

No obstante, cuando Gama se encontró fuera de aquella vieja arca de Noé, sintió la amplia sensación de la libertad conquistada, y se mostró sonriente, benévolo y afable. La primera impresión fué buena, y no alteró lo que habían presumido.

El alcalde, al volver de Serpins, afirmó en la botica:

— Tenemos hombre. Tal vez pueda sacarse algún partido.

A lo cual Mendoza respondió, dando una chupada al cigarro:

— ¡Son parientes, amigo mío!

— De modo que usted no admite...

— Admito todo..., pero no me lo parece.

Que dejasen la cosa por su cuenta, pidió Meneses, premeditando un golpe de gran político. La cuestión era de tacto. Todos pican en el anzuelo; la cuestión está en saber arreglarlo. No le había hecho mala impresión, y una carta que había recibido del colega de Trancoso había aumentado sus esperanzas. Y al día siguiente, por la mañana, se presentó en casa del "nuevo conterráneo", palabras éstas que pronunció de manera que quedase impresa la idea de naturalización oficial, de una especie de carta de ciudadanía, extendida allí mismo por él.

Se habló de todo. A Meneses le gustaba darse importancia: que tenía relaciones, que recibía muchas cartas, que en Lisboa hablaba con ministros. Como ferviente conservador, afirmaba que Lopo, Barjona y el mismo Fontes le trataban afablemente y le recibían en tertulias íntimas. Hacía grandes gastos, conquistando, dirigiendo, aconsejando.

— Su tío — dijo, después de conveniente preparación — era muy estimado entre nosotros. Caritativo, llano en el trato, bondadoso, lo que se llama un corazón abierto. Su piedad y religión eran proverbiales.

El doctor Gama limpió dos lagrimas que humedecieron sus párpados. Conservóse silencioso algunos momentos, y en tono compungido respondió:

— Le agradezco sus palabras, porque sé que son verdaderas. ¡Conocí aquel corazón magnánimo, aquel hombre antiguo, aquel tío admirable! Era tal como dice usted, un santo, un hombre bueno.

— Creí que nunca había visto usted a su tío... — balbuceó tímidamente.

— Durante estos últimos veinte años nos carteábamos con frecuencia. Nuestros corazones se unieron en hermosas páginas, como solamente él sabía escribirlas.

— No le aprecié desde ese punto de vista, pero sí en la convivencia. Era un hombre altamente religioso, y no de esos modernos que se burlan de los buenos principios. Una fiesta, aquí popularísima, Nuestra Señora del Regazo, que él hacía todos los años a su costa, con pompa y lucimiento, le había dado entre nuestra gente verdadero renombre de buen católico. Creo adivinar que en este punto usted no romperá con la tradición...

El doctor Gama se reconcentró. Tomó aspecto reflexivo, tragó en seco dos veces.

— Si mi religioso tío — respondió, — a la memoria del cual tanto debo, acostumbraba a hacer la fiesta de Nuestra Señora del Regazo, con pompa y lucimiento, no seré yo quien venga a interrumpir esa piadosa práctica. Necesito, sin embargo, consultar sus libros y papeles secretos para conocer la manera exacta con que él procedía, y en la mismísima forma procederé yo también.

— ¿Dejaría él alguna nota acerca de esto? — observó con aire de duda Meneses. — ¿No ofendería eso su modestia?

— No, de seguro que no. Conozco a fondo el alma de mi tío, por nuestra activísima correspondencia. Deben existir documentos y libros; estoy seguro de que existen.

Causó extrañeza tal revelación. Tuvo, sin embargo, el mérito de alegrar y limpiar la aborrecible y sórdida memoria del avaro Gama.

— ¡Cuántas virtudes se enmascaran de vicio en este mundo para que no las ofenda la luz cruda de la publicidad! — ponderaban filosóficamente algunos hombres meditativos de aquella tierra.

Afluyó mucha gente a visitar al nuevo mayorazgo de Serpins.

De aldeas próximas vinieron por caminos pedregosos varios eclesiásticos y propietarios montados en sus yeguas peludas.

Hablaron de él para diputado del distrito, y cada cual sacaba de ello esperanzas de engrandecimiento personal. El administrador de la Casa de Misericordia, animado por el buen acogimiento que había tenido Meneses, trató de estar a solas con el hombre para recomendar a su generosidad el hospital, cuya vigilancia tenía a su cargo.

— Su caritativo tío, mi viejo amigo, era el mejor protector de la Santa Casa. Por Pascuas, y en el aniversario de la muerte de la señora mayorazga, teníamos siempre regalos de ropas, gallinas y dinero. Sin auxilio semejante no habríamos podido vivir, y me atrevo a pensar que su continuador, su heredero, tampoco nos dejará sin su protección.

— Si mi caritativo tío — replicó solemne, — cuya memoria tanto respeto, auxiliaba al hospital de esta tierra con ropas, gallinas y dinero, no seré yo quien desmerezca de su santa memoria, dejando de hacerlo. Necesito, sin embargo, consultar sus libros y papeles secretos, con objeto de conocer los términos precisos en que hacía esas dádivas para continuarlas.

—¿Y existirán esos documentos?

—¡De seguro! ¡Oh, casi puedo jurarlo! Yo conocía profundamente sus costumbres.

Después de esto, los señores más encopetados se reunieron con la idea grandiosa de solemnes exequias por el alma del mayorazgo de Serpins. El alcalde, hombre circunspecto y de edad, fué encargado de llevar este proyecto al regocijo fúnebre del doctor Gama, que se mostró sensible a tales pruebas de afecto, confesando:

—Es muy seguro que la virtud tendrá siempre el debido premio, digan lo que dijeren escépticos y maldicientes.

El alcalde observó:

—Esperábamos mucho de aquel querido conterráneo. Aun hace poco había prometido auxiliarme en una empresa difícil. Hay aquí una calle que es la gran arteria de nuestra circulación. Estrecha en un punto, es necesario para ensancharla, derribar una pequeña finca, que pertenecía a su señor tío y al presente pertenece a usted. Me había prometido él que esa expropiación sería gratuita y el ayuntamiento que presido, para perpetuar tan valioso acto, había resuelto dar a la arteria en cuestión, que será en el porvenir una especie de avenida, el nombre del donante. La Providencia dispuso otra cosa, y ahora es el nombre de usted el que está en nuestra intención.

—¡Eso no! ¡Su nombre es el que debe perpetuarse! Si mi generoso tío, a cuya memoria tanto debo, había decidido concurrir para esa obra en la forma que usted me dice, no seré yo quien deje de completar su pensamiento. Necesito sin embargo leer sus libros y papeles secretos para conocer los términos precisos en que aquel tío patriota deseaba hacer la donación. Todo mi empeño es cumplir al pie de la letra su voluntad... sagrada para mí y recordada por todos con cariño.

—¡Modo de pensar y de proceder verdaderamente noble! Temo, sin embargo, que el señor mayorazgo no haya dejado escrito... que...

—Lo escribía todo. Durante más de veinte años le conocí yo en lo íntimo. Era un verdadero literato para la familia. Tengo casi la seguridad, hasta lo juraría sobre un libro de horas, si fuera necesario, que mi llorado tío dejó algo sobre este particular. Lo escribía todo, absolutamente todo, ¡no tiene usted idea! Ando buscando sus memorias y sus voluntades, y las encontraré. Ya he encontrado algo. La nota de sus rentas en deuda. Todo lo escribía, créalo...

* * *

El doctor Gama agradeció individualmente los homenajes prestados al nombre de su antecesor. Exequias magníficas, concurrencias de todo el clero del concejo, misa de tres sacerdotes; en el coro, violines, clarinetes y flauta; un sermón del afamado padre Carapeta ensalzando desmesuradamente las virtudes del difunto...

Un poeta de vena fúnebre escribió una elegía, que fué impresa y divulgada. Un notario y el escribiente de Hacienda organizaron correspondencias para los periódicos de Oporto, agrandando los hechos. En una tierra pequeña no se podía hacer más, y el juez, hombre entendido, afirmó que en las grandes no se haría mejor.

Todo el mundo creía al doctor Gama contento y en sazón. Fué, sin embargo, precisamente después de esta solemne demostración, cuando comenzó a mostrarse sibilino y rígido. No daba lugar a conversaciones largas, y las que no podía evitar, las guiaba hacia un campo genérico, pronunciando sonoramente las palabras desde lo alto de su magnífico busto. Una vez que le llevaron con maña, en una especie de visita, a la finca que debía derribarse para el ensanche de la calle, dejóse conducir, encontró magnífica la idea, pero evitó hacer ninguna promesa comprometedora.

¿Querría este Gama faltar a aquello con que se había mostrado conforme? No podía ser... le creían incapaz... era, tal vez, su manera de ser... Sin embargo, hacíase urgente una aclaración, y para obtenerla se pusieron de acuerdo Meneses, el administrador y el alcalde, haciéndose acompañar de Mendoza, que era desembarazado y no se mordía la lengua. Se vistieron aparatosamente de levita, sombrero de copa, guantes... todo como el caso requería. Entraron en aquella sala húmeda y fría de la casa Serpins. Las ventanas daban a un huerto de naranjos, cuyo verde obscuro entenebrecía el ambiente. El techo se ahuecaba en una intención de amplitud, concentrando la claridad. Las sillas dormitaban a los lados, casi abandonadas.

Charlaron de todas las cosas: labores del campo, demandas, política, mejoras... y en un momento oportuno bien aprovechado el alcalde planteó tímidamente la cuestión:

—Bien lo sabe usted... Tenemos que enviar *nuestros presupuestos* a la superioridad... Desearíamos algo seguro. Sus promesas...

—Promesas, promesas... Aun no he tenido tiempo de pensar seriamente en los asuntos de nuestras conversaciones...

—Pero, nuestros compromisos... La fiesta de Nuestra Señora del Regazo a la puerta... — insinuó Meneses.

El administrador agregó:

—Los enfermos necesitados no pueden esperar. Usted comprende...

—Comprendo, pero son cosas difíciles. ¡Tengo muchísimo que hacer! Una casa grande y con una administración muy complicada. Caseros, rentas, géneros, ganados, ¡el diablo! Aun no he podido... realmente todavía no he podido...

Mendoza, que era avinagrado, listo, y a quien le cargaba el muerto, aprovechó el momento para despejar la situación, y al mismo tiempo para echar una gran mancha sobre todos los Gamas, pues había sido siempre de parecer que este sobrino equivalía al bestia de su tío. En un tono que, a primera vista, podría parecer inconveniente, dijo:

—Querido señor, las cartas sobre la mesa. Estos caballeros han recabado solemnes promesas de usted. Fundados en ellas, han hecho declaraciones en público, y vienen a exigir, con todo derecho, que usted cumpla su palabra. He aquí de lo que se trata, sin más rodeos.

—La memoria de su tío lo merece todo — insinuó el alcalde, para suavizar la dura arremetida de Mendoza.

El sobrino de Gama, echando solemnemente el busto hacia adelante, levantó la cabeza, y con los párpados medio cerrados, afirmó:

—Si mi noble tío, cuya memoria yo venero y acato en el más alto grado, acostumbrase a hacer todas esas dádivas que ustedes dicen, habría dejado notas o recuerdos sobre tal cosa,

que aun no he encontrado. Pero, aunque las encuentre, declaro desde este momento solemne que hallo abominable — ¡abominable es el término! — este procedimiento de querer influir en el tribunal de mi conciencia. ¿Es cosa que pueda hacerse, perturbar una conciencia, sea de quien fuere, de un rey o de un mendigo? ¡Imponer a un hombre delicado y casi tímido, como yo, tal carga y en tales términos! ¿No se podrá tachar de indelicadeza, de violencia y hasta de coacción? Yo lo recuso, y lo recuso terminantemente.

¡Fué tremendo el asombro!

¡Los cuatro se miraron sin comprender! ¡Después de las exequias, del sermón, de la poesía, de las correspondencias, salirse con ésta! Mendoza, avinagrado e irónico, tirando la colilla del cigarro al sofá, respondió con voz levantada:

—¡Pamplinas, historias!... Lo que usted no quiere es dar nada; ahí está el toque. Por fuerza había de ser un avaro como el jumento de su tío. Por la cara se sacan las obras. Es un segundo Gama.

Y retirándose de los otros que ya se dirigían hacia la puerta, añadió:

—A un bárbaro de éstos sólo se le enseña con media docena de palos. Es lo que se merecía. ¡Grandísimo tunante!

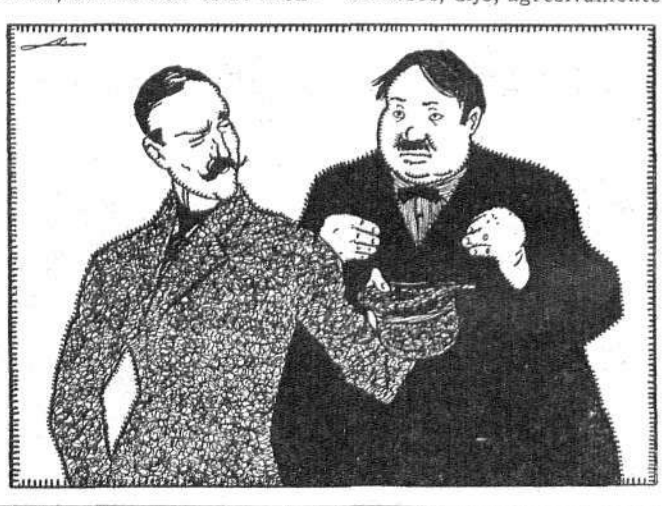
El doctor Gama se quedó asombrado y apoplético. ¡Qué procedimiento tan inaudito! ¡Valientes canallas! Corrió al balcón rebosando impetuosa rabia y, viéndolos todavía en el jardín, les gritó:

—¡Hambrones! ¡Ni una perra! ¿Lo oisteis, so hambrones?

Mendoza se volvió, y, con un gesto de puños cerrados, dijo, agresivamente:

—¡En esos morros, en esa cara de calabaza es donde debía ser! ¡Grandísimo animal!

Y todas aquellas hermosas esperanzas y promesas fueron polvareda levantada por el viento de esta discordia resultante de una doble bellaquería.



DIBUJOS DE BESARES

Teixeira de Queiroz

(BENITO MORENO)

CONCERTOLA

EL INSTRUMENTO DE DIVERSION MAS COMPLETO Y PERFECTO QUE EXISTE

REUNE TODOS LOS ADELANTOS QUE LA CIENCIA HA DESCUBIERTO PARA **DELEITE** DE LA **HUMANIDAD**

INDISPENSABLE EN TODO HOGAR DONDE SE APRECIA LA BUENA MUSICA

PROPORCIONA ALEGRIA, INSTRUCCION Y PLACER



LEA NUESTRAS GRANDES OFERTAS:

N.º 310. — **Bonita CONCERTOLA,** mueble en roble con persianitas delanteras. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis........................ $ **55.—**

N.º 341.— **Rica CONCERTOLA** para mesa, mueble en nogal de Italia o terminación caoba, tapa con cerradura. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis... $ **99.50**

N.º 4.— **Hermosa CONCERTOLA** para mesa, mueble en madera de roble o terminación caoba. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis................ $ **125.—**

N.º 4 bis. — **Espléndida CONCERTOLA** para mesa, mueble fino en roble o terminación caoba. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis................ $ **150.—**

N.º 5.— **Regia CONCERTOLA** de salón, mueble fino en roble o terminación caoba, con armario guarda discos. Poderoso motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis.................... $ **250.—**

N.º 5 bis. — **Magnífica CONCERTOLA** de salón, mueble en roble o caoba con finos adornos de marquetería. Gran motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis........ $ **330.—**

N.º 9. — **Gran CONCERTOLA** de lujo, estilo Luis XV, modelo igual al dibujo, regio mueble en roble o caoba, membrana, brazo y demás accesorios dorados a fuego. Regio motor Suizo de dos cuerdas de amplio desarrollo. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis........... $ **380.—**

ACORDAMOS CREDITOS PARA LA ADQUISICION DE LAS CONCERTOLAS 4bis - 5 - 5bis y 9.

SOLICITEN INFORMES

DISCOS

ALGUNAS NOVEDADES DE GRAN EXITO

Orq. Típica ROBERTO FIRPO
Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.— c/u.

6229 { **Sombras.** Tango. / **Vencedor.** Tango.
6235 { **Ranita.** Tango. / **He Marie.** Shimmy.
6239 { **Wagneriana.** Shimmy. / **Cuesta Arriba.** Tango.

Orquesta Típica y Jazz Band FRANCISCO CANARO
Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.— c/u.

6952 { **Au Revoir.** Shimmy. / **La Mimosa.** Tango.
6956 { **Amelia.** Vals Boston. / **Pobre Madrecita.** Tango.
6957 { **Sumarah.** Shimmy. / **Norma.** Tango.
6958 { **Francesita.** Tango. / **¿Se Acuerdan Muchachos?...** Tango.

Orquesta Típica OSVALDO FRESEDO
Discos dobles «VICTOR», de 25 centímetros, a $ 3.— c/u.

77097 { **Manantial.** Tango. / **Mi Criollita.** Tango.
77101 { **La Garçonne.** Tango. / **Vida Cruel.** Tango.

Orquesta Típica T. COBIAN
Discos dobles «VICTOR», de 25 centímetros, a $ 3.— c/u.

77154 { **Locura.** Tango. / **Gaucho Lindo.** Tango.
77187 { **Olvidando.** Tango. / **Floreal.** Tango.

Orquesta "PACHO". (C. Maglio)
Disco doble «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.—

7411 { **América.** Shimmy con serrucho. / **Viejecita Mía.** Tango.

Dúo GARDEL RAZZANO
Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.25 c/u.

18087 { **Desdichas.** Tango. Solo por C. Gardel. / **Tu Vieja Ventana.** Vals. Dúo.
18088 { **Triste Entrerriano.** Estilo. Solo por C. Gardel. / **China Hereje.** Triste. Solo por C. Gardel.

Solicite suplemento N.º 22, contiene todas las últimas novedades.
SE REMITE GRATIS

Otros modelos de CONCERTOLAS y GRAFOFONOS "AMERICA" con corneta amplificadora.
desde $ **35.—** hasta $ **1.300.—**

CONCERTOLAS VALIJA de VIAJE

ideales para excursiones, picnics, fiestas campestres, etc.

a $ **85.— 99.50 y 130.—**

SOLICITEN GRAN CATALOGO ILUSTRADO N.º 21 ENVIANDO $ 0.20 EN ESTAMPILLAS.

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES
No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.

De San Fernando



Núcleo de distinguidas señoritas a cuyo cargo estuvieron los kioscos en la kermesse benéfica realizada en el Club del Progreso.

Simpáticas concurrentes al baile realizado en el Club del Progreso, con el fin de allegar fondos para instituir una sección náutica en dicha entidad.



MALTA URANO

IMPORTADA

LA PREFERIDA POR LOS MEDICOS PARA SU CONSUMO PROPIO

De sabor agradable, sin ser dulce.
Estimula el apetito.
No es la más barata.
De esmerada fabricación.

Para las madres que crían, para los niños, ancianos, personas débiles y convalecientes, es lo mejor.



Venta en los almacenes y farmacias.

Si encuentra dificultad para adquirirla, diríjase a sus únicos importadores:

1170, BARTOLOME MITRE, 1174

TELEFONOS: U. T., Rivadavia, 1990 — C. T., Central, 133

LOS LIBROS

BRASA SECRETA

POR SUSANA MONTIEL

CADA día se hacen más numerosos los indicios de que buena parte de nuestras contemporáneas se sienten insensiblemente inclinadas a expresar sus sentimientos en verso. Es posible que una de las causas del fenómeno sea la circunstancia de que entre los hombres se advierte también, y en mayor grado, esa inclinación, pues las mujeres casi siempre tienden a imitar lo que los hombres hacen; más, en todo caso, es profundamente satisfactorio que la cara mitad femenina de la literatura nacional, por decirlo así, pueda presentar a la crítica tantos libros de versos, porque ello implica que la poetisa, especie más rara aún que el poeta, en todas partes, es abundante entre nosotros. Este libro de versos, por lo demás, es debido a la inspiración sana, amable y modesta de una poetisa llena de sentimiento y no corta de imaginación, y ya se sabe que el sentimiento y la imaginación son los dos elementos esenciales de la verdadera poesía. Algunas de las composiciones de la autora son de una sencillez encantadora, y aun en aquellas en las cuales un espíritu menos delicado que el suyo pudo dejarse llevar de arrebatada exaltación, la titulada «Extasis», por ejemplo, se advierte la divina sencillez que da su verdadero sabor a los actos fundamentales de la vida.

CIEN POEMAS DE KABIR

TRADUCCIÓN DE JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

EN los días mismos en que murió el autor de «Mis montañas» apareció esta versión (del inglés) de poemas del famoso poeta indostánico Kabir. Es posible que escandalicemos a más de uno; pero es lo cierto que siempre nos ha parecido excesivo el entusiasmo de algunos escritores contemporáneos por ciertos poetas orientales; pero comprendemos perfectamente que un espíritu como el de Joaquín V. González se enamorase, por afinidad, diremos, de la filosofía y del arte de Tagore, de Kabir, etc., pues su ideal de vida podía concretarse también en las dos palabras mágicas: Amor y Verdad; «el Amor, que es la Verdad suprema del corazón, y la Verdad, que es el Amor supremo de la Inteligencia o el Espíritu». Y ocioso es manifestar, que dada esa circunstancia y la insuperable preparación del traductor, estos cien poemas constituyen un verdadero joyel literario, avalorado por el primoroso estudio que los precede, en el cual hay páginas que pueden figurar entre las mejores del gran escritor argentino.

SOMBRA HISTÓRICA

POR DARDO CORVALÁN MENDILAHARSU

HA reunido el autor en este volumen una quincena de artículos sobre temas históricos, publicados en diarios o revistas. Todos los asuntos a que esos artículos se refieren son interesantes, ora traten de hechos ora de personas. El autor, que también tiene su archivo particular, es un estudioso inteligente, y a pesar de que algunos de sus trabajos denuncian tendencias por lo menos bastante discutibles, su libro será de utilidad para la apreciación de ciertas épocas y de ciertos personajes de la historia nacional.

CARDOS EN FLOR

POR DELIO PANIZZA

PUEDE parecer una estulticia; pero debemos confesar que no nos parece bien que se impriman libros de versos en el formato de éste, demasiado grande y prosaico. Los libros de versos deben ser pequeños, manuales, bonitos... Dicha la estulticia, cabe reconocer que el autor es poeta de sana inspiración y bien dueño de su arte. Hay en sus versos emoción, ternura, amor, y cuando el autor toma la trompa épica, como en su «Canto a la Raza», sabe tocarla noble y elocuentemente, aun cuando se ve obligado a poner en sus versos vocablos tan poco poéticos como Constitución, Magna Carta, y otros.

TIERRA MOJADA

POR B. GONZÁLEZ ARRILI

NO podría decirse que el autor de este libro es optimista en lo referente al juicio que le merece la especie humana; pero tiene sindéresis suficiente para no irritarse, como ocurre a otros escritores costumbristas, que con su irritación, por justificada que sea, dañan su arte. El señor González Arrili es, ante todo, un escritor que sabe escribir y un narrador que sabe narrar. A la verdad no es culpa suya que los hombres sean como son. De ahí que sus relatos tengan marcado sabor de realidad sin que el autor se haya propuesto, en ningún momento, hacer realismo literario. Por eso, son singularmente conmovedoras sus narraciones, porque lo trágico de las unas, lo lamentable de las otras, lo meramente humano de todas, se adivina visto y sentido. Y es también mérito, ya señalado en otra parte, del autor, no haber caído en lo convencional, en lo ficticio, al presentarnos hechos y vidas de gentes de los campos o de los pequeños pueblos.

"LOS EGOÍSTAS" Y OTROS CUENTOS

POR GUILLERMO ESTRELLA

PREMIADO este libro en un Concurso abierto por una casa editora, creemos que no tendrá lector que no reconozca como muy merecido el premio. El señor Estrella no es un escritor de cuentos de aquellos que se dan a escribirlos porque suponen que es fácil tarea hacerlo; por el contrario, convencido de lo dificultoso y arriesgado de la empresa, el autor ha escrito sus cuentos como si no se hubiese propuesto escribirlos. Es posible que lo que llevamos dicho parezca algo abstruso a más de uno de nuestros lectores; mas es esa la impresión primordial que nos ha hecho la lectura de este libro. Pero nos explicaremos: hemos querido decir que el señor Estrella no pertenece al número de autores de cuentos que «piensan» sus argumentos sino al número de aquellos que los «sienten», que son, entre los dos, los que por nuestra parte preferimos. Para los autores como el de «Los Egoístas», es la vida misma, no el caracoleo del propio pensar, la que da argumentos para cuentos, y cuando se logra poner en éstos, como es el caso del señor Estrella, la nota de originalidad en la manera de verlos que aun a los hechos más vulgares de la vida quita su vulgaridad, resultan buenos cuentos. Y, naturalmente, tal originalidad, para ser del todo eficaz, ha menester sus gotitas de «humour», que son como las gotitas de bitter que se pone a los licores demasiado dulces para que no resulten empalagosos, por buena que sea su calidad. En suma: un libro que por esos y otros motivos se destaca en la abundante cosecha de cuentos que da todos los años nuestra estancia literaria.

BELLEZAS DEL NORTE Y CENTRO ARGENTINOS

POR ADRIÁN PATRONI

SI nuestro país fuese del tamaño de la Suiza, es indudable que todos lo conoceríamos perfectamente, que todos habríamos gustado más de una vez las bellezas naturales y artificiales que encierra; pero, por desgracia, en la República Argentina las distancias son muy largas y no siempre se hallan siquiera medianamente compensadas con el mínimo de comodidades que piden aun los viajeros menos exigentes, de manera que es por todo extremo explicable que haya tantos argentinos de los cuales puede decirse que no conocen su país. Por suerte, hay también quienes lo conocen, quienes han estado en Humahuaca y en Catamarca, en Santa Fe y en Salta —y todavía les falta bastante por conocer — y cuentan en libros entretenidos y bien ilustrados lo que han visto, bien que no siempre se trate de bellezas propiamente dichas. Al número de esos libros pertenece éste del señor Patroni, que seguramente será leído con deleite por quienes deseen viajar por buena parte del país sin salir de su cuarto, que es, indudablemente, la manera más cómoda de viajar.

PARFUMERIE

L· T· PIVER

PARIS



Sus Polvos,
Lociones
y Extractos son
agradables
y persis-
tentes.



POMPEÏA **FLORAMYE**





Jabón
REINITA
De alta calidad.
Distingue a
la persona
que lo
usa.



VIVITZ **AZUREA**

De Victoria



El Presidente de la Asociación Ferroviaria Nacional, señor Miguel Leguía, el senador provincial, señor Silva, y autoridades municipales y escolares que concurrieron al acto de la toma de examen a las alumnas de la Escuela de Corte y Confección que sostiene dicha entidad.

Grupo de alumnas que recibieron su diploma.

Resultado del Gran Concurso Organizado por la Fotografía Bixio & Castiglioni.

Temperatura Máxima Registrada: 35.5 Grados, el 22 de Enero de 1924.

El domingo 3 de febrero de 1924, a las 9 horas, ante el Escribano Público señor Luis María Gutiérrez, y en presencia de numerosos interesados, se procedió a la apertura de **5367** sobres que contenían igual número de soluciones.

Después de una prolija revisación, se comprobó que las soluciones exactas, o sean, las que indicaban el día 22 de enero de 1924, como el de mayor temperatura, ascendían a **173**. En consecuencia y a los efectos de adjudicar los tres valiosos premios, fueron mezcladas convenientemente las fórmulas que habían acertado y se solicitó la cooperación de tres niños presentes, los que por orden de importancia extrajeron los tres sobres que deberían resultar los premiados; habiendo sido favorecidos los remitentes de las siguientes fórmulas:

PRIMER PREMIO. — **Un piano con autonola "AUGUSTO ROTH". Valor $ 2.600.—. Señor Ramón Vélez Infante, Lonquimay (F. C. O.).**

SEGUNDO PREMIO. — **Gran concertola "AMERICA". Valor $ 380.—. Señor Niels Ebbe Sorensen, Luis María Campos, 1327. Capital.**

TERCER PREMIO. — **Una bicicleta para niño "EXQUISITE". Valor $ 135.—. Señor Atilio Cerimedo, Sarmiento, 364. Capital.**

Además remitieron soluciones exactas las siguientes personas: Delia De Luca, Luis E. Guschmer, Ernestina Grandolini, Mercedes P. de Burgue, Josefa Taiana, Eugenia G. de Zarlenga, E. E. Guerin, Celia Carughi, Elida R. Z. Icart de Guzmán, José María Sanguinetti, Sarah Otero, Adolfo Reumann, Carmen María Bilbao, Andrés Canevaro, Albertina L. de Bertoli, Margarita Ryan, Sarah B. de Elía, Rosa B. de Cautero, Manuel E. Azereto, Pedrito Martínez y Aransolo, F. Mattherrs, G. V. Kaysser, Angela M. Crovetto, C. Maver, Angélica Leiva, Amada E. Galimberti, Mariana I. de Uthurralt, Corina J. Zanini, Antonina Alvarez, Celia Elena Claps, Martha Corvalán, Teresa T. de Balbi, Pedro Rafecas, Martina Peciña Aguirre, etc., etc.



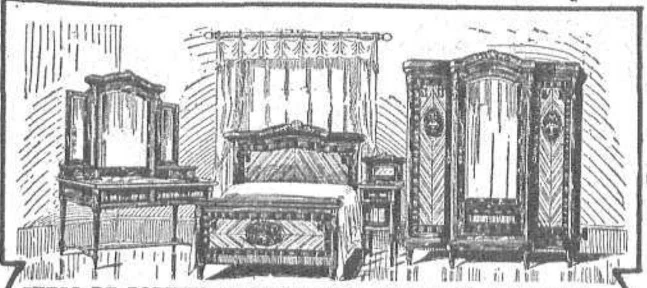


CORRIENTES 1172-80

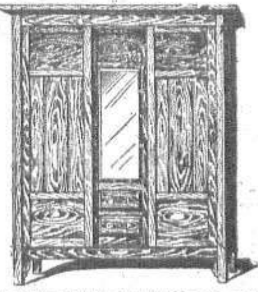
BUENOS - AIRES

ESTAMOS EN PLENA REEDIFICACION

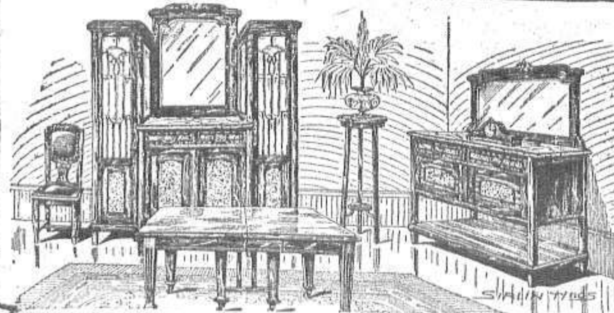
y por falta de espacio en nuestros locales, vendemos con notables rebajas. Jamás se le ofrecerá a Vd. una oportunidad como esta. Aprovéchela.



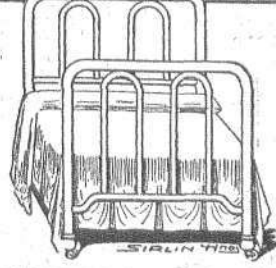
JUEGO DE DORMITORIO, construído en cedro, caoba o roble norteamericano, decorado con "marqueterie" fileteado en palo rosa, amplio formato 3 cuerpos, lunas biseladas, mármoles belga color rosa, herrajes y aplicaciones de bronce. Compuesto de: 1 ropero, 1 cama matrimonial con elástico reforzado, 2 mesas de luz con espejo, 1 «toilette» y 2 sillitas dormitorio. El juego completo...... $ **560.—**



GUARDARROPA construído en nogalina maciza, imitación roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, luna biselada, herrajes de bronce; medidas: alto 215 centímetros, ancho 143 centímetros. **Precio de gran reclame**...................... $ **85.—**



JUEGO DE COMEDOR, construído en cedro, caoba o roble norteamericano, decorado con "marqueterie" de raíz, fileteado en palo de rosa, lustrado a muñeca, espejos y cristales Saint Gobain, mármoles Breche Violette, herrajes aplicaciones y «vitraux» de bronce. Compuesto de: 1 aparador con vitrinas laterales, 1 trinchante, 6 sillas tapizadas y 1 mesa con tabla de agregar. Las 2 piezas. **Precio de reclame,** pesos **460.—**. Completo.......................... $ **565.—**



CAMA DE HIERRO esmaltada en blanco, con elástico imperial reforzado a doble tejido, todo en hierro; 2 plazas, **$ 45.—**; 1 ½ plaza, pesos **35.—**; 1 plaza...................... $ **25.—**



JUEGO 1407. — En mimbre tupido, amplio formato, modelo de gran aceptación, barnizado en color crema o natural. Compuesto de: 1 sofá, 2 sillas, 2 hamacas y 1 mesa................ $ **70.—**



CAMA DE BRONCE, modelo 55, con elástico imperial. De 2 plaza, metros 1.38, pesos **120.—**; 1 ½ plaza, metros 1.05, **$ 100.—**; 1 plaza, metros 0.90, pesos...................... **65.—**

Los pedidos que recibimos por carta del interior, merecen toda nuestra atención, y los atendemos con la misma preferencia que si nos fueran hechos personalmente.

CATALOGOS

General de MUEBLES edic. Nº 9
CAMAS de BRONCE " " Nº 2
CAMAS de HIERRO esmalt. Nº 1
JUEGOS de MIMBRE edic. Nº 3.

Al solicitar catálogo, rogamos mencionen el artículo que les interese, a fin de enviarles así el catálogo correspondiente.


Nueva Comisión directiva de la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos, de la que se espera, con fundados motivos, una proficua labor.

EL «CESPOLISMO» EN EL TEATRO

La palabra «cespolismo la lanzó Alan Dale en un valiente artículo de protesta que escribió contra el envilecimiento del lenguaje.

El escritor norteamericano decía: «El teatro está en estos momentos sirviendo de «cespool» (escurridura de cuanto hay de más repugnante en el arrabalero); la palabra ja hizo fortuna, y ella y sus derivados se emplean ya corrientemente para designar toda manifestación de la perversa escuela.

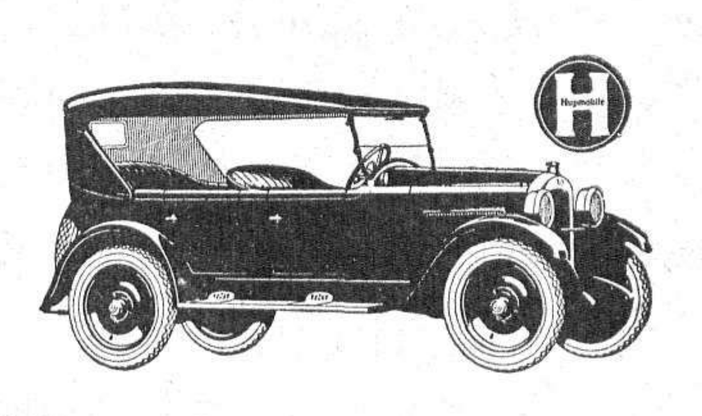
De algún tiempo a esta parte se ha desbordado, extendiéndose cual mancha de aceite, el soez vocabulario del «slage» (escoria) o sea el lunfardo de los bajos fondos, del «underwold», como se llama en Nueva York a toda esa turbia sociedad que vive del crimen o a sus márgenes.

Algunos autores poco escrupulosos lo llevaron al teatro y, lo que es triste y vergonzoso, obtuvieron ruidosos éxitos, porque el público al parecer «bien» sintió morboso placer al ver cómo las más elegantes y distinguidas artistas manchaban sus bellos labios lanzando las inmundas regurgitaciones del albañal social.

Y los «managers», atentos tan sólo al lucro, se dieron pronto cuenta de ello y recomendaron a sus proveedores de «obras de arte» que las fabricaran bien saturadas de grosería. El argumento era cosa secundaria; lo importante es que en el momento del «climax», como dicen en su jerga, las bocas vomiten asquerosos adjetivos, interjecciones procaces, ya que en la procacidad finca el éxito de tales engendros.

No hemos descendido nosotros tan bajo, pero algo, y aun algos, se anduvo en el camino.

E. A. D.



La PESQUISA DEL VIEJO QUILQUES

Ahura verá Comisario — dijo el viejo Quilques. — Yo creo que pa la aviriguación di un dilito, cuando faltan datos siguros, se necesita inteligencia y habilidá. Nada vale la prática en los casos medio escuros, d'esos que no dejan rastros.

— Me parece — arguyó el aludido — que si la prática no vale, tuito lo demás es al cuhete.

— Yo sé, amigo, qu'és lo que ustedes entienden por prática: tener al servicio e la polesía unos cuantos endevidos de la pior calaña, encargaos de delatar a los amigotes de oficio, a condisión de tener libertá pa seguir desbalijando al prójimo cuantas veces quiera. Ansina, cualquier Comisario es un gran detetive, a no ser que los ayudantes no sepan quien es el asesino o el ladrón, o no quieran «batir» como ellos dicen en su lengua bárbara y entonces la autoridá queda como «tente en el aire», dando garrotaso e siego, que es lo mesmo que aquí pego y aquí no pego; por este lao voy y por este me caigo; a este sospechoso le doy de palos y al otro lo meto en sepo colombiano pa que cante... contra flor el resto, con acompañamiento e marimba. Lindo papel ¿no?

— Ansina se estila en tuitas partes...

— Es claro, por la sabiduría que Dios ha dao a esos junsionarios, defensores del orden público...

— Resulta de tuito lo qui acaba de sostener — respondió el Comisario, con visible mal humor, — qui usté sería un pesquisante e novela. Pagaría por verlo mañobriar, pa aprender un poco...

— Yo no soy maistro e naide — expresó el viejo, con modestia, — y no pretendo dar lisiones a un veterano como usté, qui han respetao en su empleo tuitos los gobiernos, por la fama qui le han criáo su propios atos, aunque no faltarán malas lenguas qui afirmen lo contrario... Siempre hay gente envidiosa en este mundo... pero podría contarles un suseso bastante estraño en el que tomé una parte muy prensipal, aunque es mejor que me calle, pa que no digan dispués que me gusta echarme pa atrás.

— Tuito eso — dijo el juez, — no tiene fundamento, porque ya, una ocasión le dijimos que naide ponía en duda su palabra. L'hemos créido siempre un hombre honrao, incapás de echar balacas, pa darse tono...

— Les doy mil grasias; — dijo el viejo con sorna, — por el güen conseto en que me tienen y es con esa confiansa que les estoy contando la historia e mi vida; que si no, estaría siempre callao como un indio...

— Eso no — interrumpió Ñacurutú — porque si nosotros los indios semos un poco reservaos, es por respeto a los cristianos...

— En poblao — dijo Quilques, — porque lo qu'es en el desierto...ese respeto no es bastante dino de elogio...

— Mire, amigo — contestó el indio, mostrando su amarilla dentadura — no vaya a crer que solamente hay salvajes en la toldería...

— Tiene rasón el hombre — dijo el viejo — porque más di uno he conosido con bastante cencia pa ser casique...

— Güeno — gritó el «pulpero», impaciente — con tanto truco y retruco, el amigo Quilques no va a tener tiempo e contarnos nada...

—Eso se llama poner bien la armada en las guampas, amigaso — dijo el juez, — y pido a tuitos los presentes que estén atentos porque el amigo Quilques va a usar de la palabra...

— Ta bien — respondió éste, inclinando la cabeza, en actitud de «hacer memoria» — el suceso tuvo lugar, siendo yo segundo Comisario en «Barriga Negra». El primero, era un hombre un poco albitrario, que se ráiba de mí, cuando cumpliendo mi deber, en los robos e ganao o en otros delitos, trataba e reflesionar algo antes de largarme por esos campos pa prender gente como quien se pone a pialar reses en la manguera, sin fijarse si están o no en güenas carnes. Se darán cuenta que ansina menudeaban los atropellos como monedas en sitio e lujo y si alguna vítima protestaba, el talero junsionaba con efeto e mordasa. No había quien lo sacase e su sistema. Yo, como es natural, no miraba con güenos ojos su proseder incorreto y más di una ves nos enriedamos los dos en debates acaloraos, hasta qui un día me dijo él, mirándome con lástima:

— Aprontesé p'al primer delito que se cometa. Estoy ganoso e ver como se las arregla solo. De siguro que va a quedar esclaresido con la mesma fasilidá que se destrensa un botón de laso.

Yo me callé, porque no hay nada más desagradable que estar bajo las órdenes di un hombre inorante y bruto, que se cré un poso e sabiduría, y me salí del despacho apretando los dientes.

Algún tiempo dispués, salimos juntos una noche a recorrer la sesión. Tuito estaba tranquilo y no se sentía más ruido qu'el de las rodajas de las espuelas y el golpeteo, en ocasiones, de los sables en las caronas de los dos recaos, cuando al asercarnos a una pulpería, en la orilla el pueblo, vimos que había luz, aunque las puertas estaban entornadas. En un redepente, la luz se apagó y sonó un tiro adentro e la casa. El Comisario se apió con ligeresa y yo hise lo mesmo. Golpiamos y como naide venía a abrirnos, saltamos el serco di alambre tejido y nos metimos por el fondo e la casa, llegando hasta la trastienda del almasén. La escuridá era completa y prendimos un fósforo. Fué sufisiente pa destinguir a unos cuantos endevidos rodiando una mesa.

— Proseda — me dijo el Comisario, — como si yo no estuviese.

— Ta bien — le contesté en seguida, y ordené:

— Prendan luz y naide se mueva.

Apareció un hombre en manga e camisa con una vela que acababa reciensito di encender, y a su escasa lus pude ver a ocho o diez hombres emponchaos en pie y a uno que se agarraba el pecho con la zurda, como si estuviese herido. En la mesa había un juego e naipes desparramaos y una lámpara e vidrio hecha pedasos.

— ¿Lo han lastimao? — le pregunté al que tenía la mano en el pecho.

— Sí, señor — me contestó, con los ojos medio serraos. — me parese que estoy mal herido.

—¿Quién fué el heridor?

—Yo no sé, señor, porque nos quedamos a escuras.

—Traiga otra vela prendida —le grité al que estaba en manga e camisa, qu'era el pulpero, asigún averigüé, y cuando volvía con ella, dije al herido.

—¿Ande mesmo tiene el balaso?

—Aquí, en este lao, serca el hombro.

—Yo lo miré y me pareció muy pálido.

Me figuré qu'el tiro se lo pegarían de frente, porque de lao, era imposible.

Inmediatamente dispuse que me entregaran las armas. Unos tenían pistolas y otros cuchillos o puñales, pero tuitas las de juego si hallaban cargadas.

—¿Ande está la pistola conque hisieron el disparo?

Como me contestaran que no sabían empesé a registrarles con tuita minusiosidá, imaginandomé qu'el que tiró el tiro, tendría dos pistolas, o pistola y cuchillo, entregando un arma sola.

Hise un primer registro en el almasén, revolviendo estantes, cajones y barricas de asúcar, arros, fariña y yerba, sin resultao.

El Comisario me miraba dende un rincón achicando los ojos, como el que tiene curiosidá por ver una cosa, sabiendo que se va a ráir en grande.

—Güeno —grité pa que me oyeran bien, —tuitos están presos...

—¿Y yo tamién? —preguntó el pulpero, poniendo cara de afligido.

—Usté el primerito —le respondí. —Dispués probará su inosensia... si puede...

Y agregué:

—Haga acostar al herido en un banco largo y ayudesén tuitos pa llevarlo a la comisaría.

Ansina s'hiso y el Comisario y yo los íbamos arriando al tranco e los caballos.

—¿Y qué me cuenta d'esto? —me preguntó el Comisario. —¿Qué consecuensia ha sacao?

—A mi me parese qu'el suseso ha pasao ansina: estaban jugando al truco y han disputao; el herido ha sacao el puñal y li ha mandado un viaje al compañero d'enfrente, voltiando la lámpara, que se apagó, en el momento qu'el otro le deserrajaba el tiro.

—¿Y la pistola?

—La pistola l'ha escondido el pulpero o la ha tirao al poso e valde. Cuando sea día claro veremos.

—¿Conose al herido?

—Sí; es Artidoro Fernández, que fué milico y asistente suyo el año pasao y que se va a casar el mes que viene con Romilda Pérez, la hija del puestero Remigio, de la estansia e «Los Cardales».

—¿Y quién supone que sea el heridor?

—¿Cómo lo ví a saber tan pronto? Dejemé tomar las declarasiones. Cuando haiga hecho tuito lo que corresponde, espero que podré desirle el nombre el autor.

—¿Y cuánto va a echar? Porque no puedo tener presa a esta gente hasta la eternidá.

—Dos días, no más, Comisario —le contesté con un poco e rabia, —porque el hombre ya me tenía muy cargao.

Y me respondió, poniendo cara e duda:

—Me parese que si lo descubre en tan poco tiempo, lo van a nombrar jefe de investigaciones del pueblo. ¡Y bien se lo meresería, canejo!

Faltaban cuatro horas pa ser los dos días, cuando el Comisario me dijo:

—¿Qui hay de nuevo? —demostrando en sus visajes que no esperaba contestación satisfactoria. —¿Ya está pronto el sumario?

—Sí, señor.

—¿Hiso tuitas las deligensias?

—Tuitas.

Dispués, paresió ponerse pensativo y me volvió a preguntar, mirandomé a los ojos:

—¿Encontró la pistola?

—Sí, señor.

—¿Ande?

—Ahura verá, Comisario. Me llamó la atensión dende el primer istante, que tuitos inoraban quién jué el qu'hiso el disparo y me dije: se han confabulao pa salvarlo, contando con el consentimiento del mesmo herido. En las declarasiones pasó lo mesmo, como podrá verlo en el sumario. Ya que no podía sacar nada en limpio de las declarasiones, me juí a vigilar la casa de Artidoro, escondiendomé entre el cicutal que tapa el patio. El padre remendaba un bosal, muy tranquilamente y la madre daba el máis a las gallinas, mientras tomaba mate.

Y dije pa mí: Pu aquí está güena la familia, ¡grasias! Y en seguida, arrastrandomé entre los yuyales, me juí al bajo en que había dejao el caballo, p'haser lo mesmo en casa e la novia.

Romilda cosía un vestido viejo, cantando un verso di amor, sentada junto a la solera el rancho, a la sombra e la enredadera e campanillas, y la madre preparaba un queso dentro la enramada.

—Esta gente —pensé— sabiendo —porque yo se lo mandé desir con un milico, —que Artidoro está herido, demuestran tener muy mal corasón, espesialmente la novia. Y me rái del gran sentimiento e la futura, disiendo entre dientes:

—Esta es una mujer que uno puede dejar viuda sin amargarse la agonía.

Y me vine al galope tendido pa la comisaría, ya algo satifecho del rumbo e mi pesquisa.

Entré en el cuarto el enfermo, que dormía con muy linda respirasión.

—Es una suerte que no tenga fiebre, —pensé. ¡Ah, gaucho aforturao! ¡Si hubiese sido yo, ya estaría con una cruz ensima, en el sementerio e la cuchilla.

Con tuito cuidao pa no dispertarlo, me le aserqué y le busqué el lao ande tenía la herida. Dispués de'esaminarlo, le agarré el braso y le pegué un tirón... Ricién al segundo o al tersero, abrió los ojos y lo que me reconosió se puso un poco asorao, pero sin quejarse. Ya me lo figuraba...

En esto, el Comisario me interrumpió pa desirme:

—Lo que me interesa es saber si dió con el heridor y si encontró la pistola...

Y yo le respondí mirandoló en los ojos como él me había mirado antes...

—El que deserrajó el tiro, quedrá decir ¿no? Ese ya lo tengo en mi poder...

—¿Y quién es?

—Asombresé Comisario, es el mesmo herido...

—Entonse se lastimó sin querer...

—¡Si no está lastimao!

—¿Es una farsa, entonse?

—Sí señor, y usté Comisario, es el que la organisó...

—¿Yo?

—Usté mesmo... y la pistola está áhi en el cajón de su mesa...

Al verse descubierto, largó la carcajada y me dijo, por supuesto sin dar el braso a torser:

—Algún chismoso...

—Sí, el mesmo Artidoro... pero yo había colegido ya tuito, con un poco e dedusión...

—¿Qué quiere desir eso?...

—Quiere desir, Comisario, que no hay padre que no esté afligido cuando le han herido un hijo, ni novia que cante versos di amor, cuando el novio está en peligro e morirse... ni herido que no sea curao por el médico e polesía o por el boticario... aunque sea de primera intensión; ni Comisario chichoneador, amigo e divertirse a costa de los demás, que se burle de un gaucho disconfiao que pa descubrir al autor de un delito, no presisa recurrir al palo, al sepo e laso... y a los maliantes.

SANTIAGO MACIEL



CON EL MINISTRO
DON DANIEL MUÑOZ





Señorita Angélica de la Cuesta Padilla



Por su material literario y artístico, PLVS VLTRA es ampliamente alabada en todo el mundo, como una de las revistas más exquisitas de la cultura hispanoamericana. La imprenta argentina ha revelado su poderío al producir esa obra donde encuentran espléndida hospitalidad las mejores firmas nacionales y extranjeras. Cada número de PLVS ULTRA constituye un valioso álbum en el cual se reproducen a cuatro colores obras maestras pictóricas. La información artística y de actuali-



HE AQUI EL

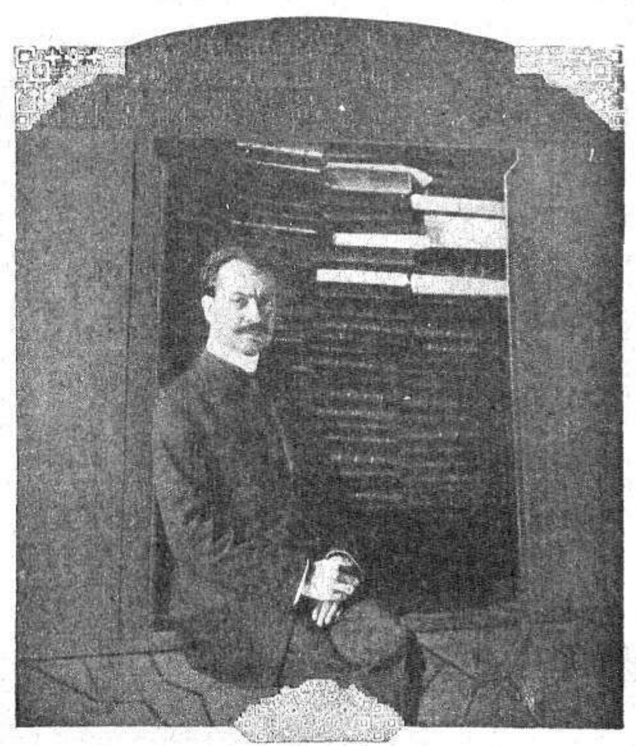
«Ricardo Rojas. Su obra», semblanza del ilustre polígrafo argentino. ¿Por qué y cómo se baña usted señora?, amena charla de playa, por **Antonio G. de Linares.** «El último payaso». ¡Frank Brown, Frank Brown, a mí!, retrato literario del benemérito ídolo de los chiquilines, por **Fernán Félix de Amador.** «La Exposición Figari en París», por el crítico francés **Louis Vauxcelles.** «Las melenas triunfadoras», comentario sobre la nueva moda femenina, por **Carolina Adelia Alió,** ilustraciones de **Larco.** «Cocohuay», tradición nativa, por **Ernesto Morales,** ilustración de **Alvarez.** «Fábulas del Oriente», relatadas por el **Emir Emín Arslan,** dibujo de **Sirio.** «Con el ministro don Daniel Muñoz», interesante reportaje de **Santiago Maciel.** «El pintor que fué torero», ingenioso artículo escrito por **Ramón Gómez de la Serna.** «Por tierras del Perú» impresiones de arqueología y folklore incaico, por **Luis E. Valcárcel,** ilustrada con fotos artísticos. «La industria dinamarquesa», con inter-

NÚMERO SUELTO DE "PLVS VLTRA"
$ 11.— M/N. ENVÍE SUS PEDIDOS
VLTRA", CALLE CHACABUCO, 151-155



dad ponen al lector en contacto con el mundo. PLVS VLTRA no debe faltar en los hogares abiertos al progreso, ni en todos aquellos puntos de cita para las personas cultas. Es la publicación equilibrada, ponderada, que no sacrifica al lucro ninguna de las manifestaciones capaces de embellecer el espíritu. El número de enero, recientemente aparecido, algunas de cuyas páginas reproducimos, presenta una amplia y notable colaboración firmada por escritores y artistas de renombre.





RICARDO ROJAS SU OBRA

SUMARIO:

viú y autógrafo del Presidente del Consejo de Ministros danés, doctor Zahler, por **D. Barrios Guevara.** «Segovia», fiel pintura de la histórica ciudad, por **José María Salaverría,** con fotos de gran valor. «Lilian Hárrison», un elogio de la admirable deportista. «Al compás de la guitarra», comentarios a una fotografía de danza criolla, impresa a dos colores. «El franciscanismo en el arte español», estudio técnico, subscripto por **Julián de la Cal.** «Raza canina. La Exposición de Mádison Square Gasten», y otras notas de actualidad y arte cuidadosamente elegidas. Las reproducciones a cuatro colores, trabajos de exquisita nitidez y fidelidad, son: «Mujer toledana», óleo de **Eduardo Soria.** «Mi madre», óleo de **Jorge Larco.** «Autorretrato», óleo de **Antonio Mancini.** A dos colores: «Retrato de la señorita Angélica de la Cuesta Padilla», de Witcomb, además de numerosas ilustraciones fotográficas, hacen de esta colaboración artística y literaria uno de los números más interesantes.



EL VLTIMO PAYASO

$ 1.— M/N. SUBSCRIPCIÓN POR AÑO, AL SEÑOR ADMINISTRADOR DE "PLVS TELÉFONO: UNIÓN T. 2316 (AVENIDA).

De Liniers, F. C. O.


Vista parcial del público que asistió al festival artístico y danzante organizado por la Comisión directiva de la sociedad "Juventud de Villa Luro", en honor de la comisión de señoritas.

LEYENDA LAPONA

En las orillas de un lago azul vivía Sacket cazando y pescando, acometiendo al oso blanco, confiándose en frágil leño a las ondas del lago, revuelto siempre de tempestades.

Joven, fuerte, intrépido, cada noche cruzaba el lago para ver a su amada, la bella Milka, de ojos de zafiro, que vivía en la otra orilla en obscura cabaña de madera; Milka, que le esperaba anhelante como Hero a su Leandro.

Una tarde Sacket aguzaba las armas y remendaba las redes cuando llegó a él un viajero.

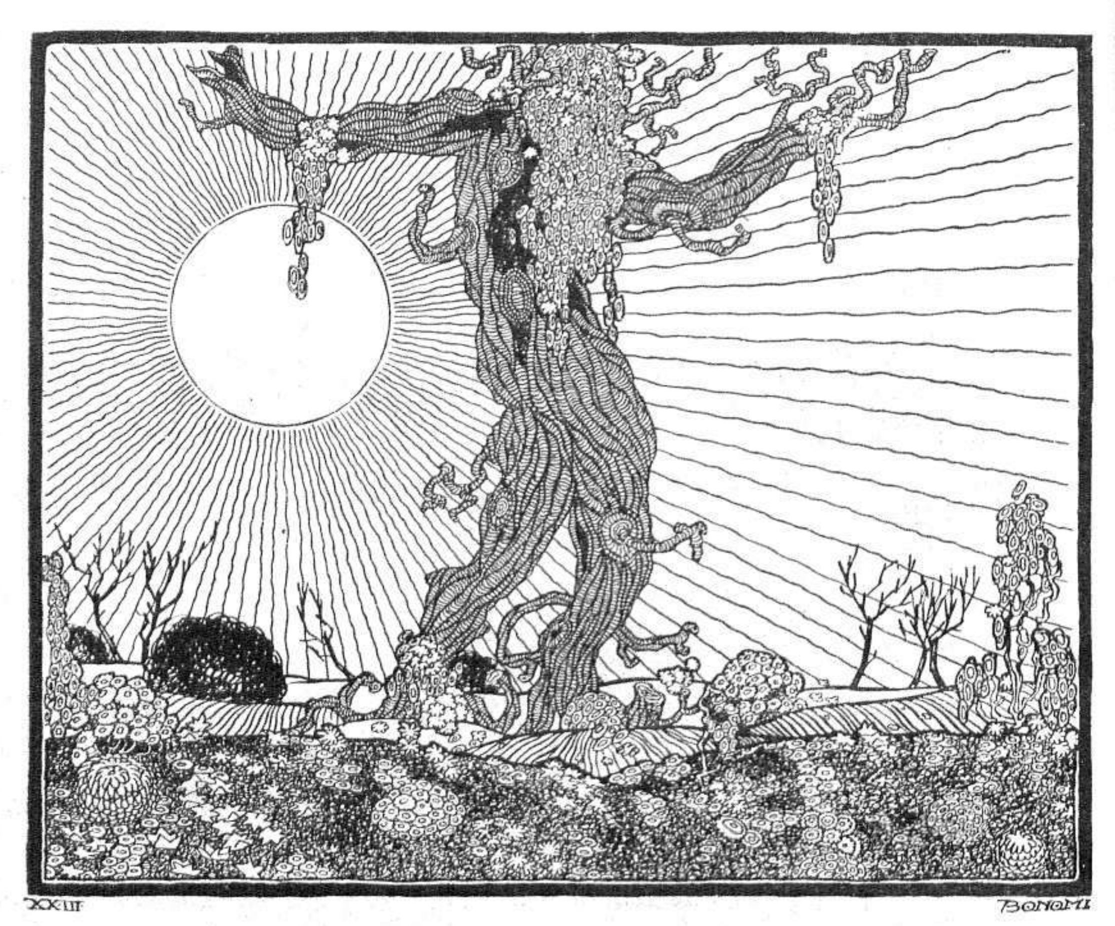
— ¡Milka se muere! ¡Milka te llama! ¡Milka quiere darte el último beso! ¡Que tú Sacket, cierres para siempre sus bellos ojos de zafiro! Sacket corre al lago, desata la barquilla; pero en vano intenta moverla. ¡Lo que siempre fué superficie agitada de las ondas es terso espejo!

Sacket quiere marchar sobre la superficie helada, correr, volar, pero el hielo cruje y se abre a su paso. ¡La vida le importaría poco, hasta la perdería si hubiese cerrado con un beso los bellos ojos de Milka; mas morir sin verla, morir sin que ella lo bese con sus labios ya contraídos por la muerte, no puede ser!

Sacket piensa correr por las riberas del lago; pero entonces llegará tarde. ¡Y Milka lo espera, Milka sufre. Milka detuvo a la muerte hasta verle!

Entonces Sacket arranca dos tablas en su cabaña, se las ata a los pies y se desliza sobre el lago helado, raudo, cual si le empujaran los dioses, y así llega a la cabaña de Milka, que le espera. Unen sus labios en beso supremo, y Milka muere, y Sacket cierra piadoso los bellos ojos de zafiro...

He aquí, lector, el poético origen de los patines.



ALMAS Y PAISAJES

MAL AÑO

Con aridez hostil y gestos espectrales,
se mueven los resecos tallos de los cardales
por el viento, que baja de la pelada sierra
alborotando grandes polvaredas de tierra.
No llueve; el cielo siempre azul que no se inmuta;
las lomas tienen sed, la cañada está enjuta;
cada día se inclinan más sin color las hojas;
las tardes aparecen trágicamente rojas;
y es cual un gran dolor que definirse quiere
en lo que arriba sangra y en lo que abajo muere...
Como no sobrevive la más ligera fronda
ni se halla el agua en veinte leguas a la redonda:
los ganados baguales se acercan en tropel
husmeando en el aire frescuras de jagüel.
Sobre los surcos vaga la visión del truncado
anhelo, cada vez más descorazonado.
Para tanta labor cosechar un dolor
Tan grande, dice el alma honda del sembrador,
mirando convertirse sus riquezas futuras
¡en unos tallos secos y en unas tierras duras!
Medio día... A lo lejos se oye un chirriar de ruedas;
de algún incendio brotan las negras humaredas:
la tierra humea al sol como al fuego una llaga.
Un galope que cesa y un rumor que se apaga...
Sólo turban la angustia de la pampa desierta
los caranchos, que vuelan sobre una vaca muerta.

LANCE

Llegó la hora trágica de su destino:
por antiguos rencores y odios rivales,
que dirimió la punta de sus puñales
en la campestre fiesta de baile y vino.

Y tal vez porque el otro fué más ladino,
o más afortunado — para sus males —
se desplomó cegado por los fatales
relámpagos de acero de un remolino...

Al sentir hasta el fondo la puñalada,
tuvo aún la fiereza de una mirada.
Después... crispado el labio, convulso el ojo

Y apretando sus manos al pecho herido,
definitivamente quedó tendido
sobre la tibia púrpura de un charco rojo.

EN FAMILIA

Un olor agridulce viene desde las eras
donde se pudre el tallo de la cortada espiga.
Y reanima la tierra su maternal fatiga
Con el lento caer de las lluvias primeras.

Mientras el mozo canta sus trovas plañideras,
distrayendo el holgar a que el tiempo le obliga,
el viejo se adormece bajo la paz amiga
porque las horas pasen un poco más ligeras...

Se oye un lento galope que la campaña cruza;
persiguiendo a las víboras revuela una lechuza;
las moscas impacientan con su girar zumbón.

Y pensando en la hija que un día se fugara,
detiene su costura la madre... Por su cara,
se desliza una lágrima donde tiembla un perdón.

ERNESTO MARIO BARREDA



LA VIUDA INCONSOLABLE

Todas las gentes de la pequeña ciudad, absolutamente todas las gentes, vivían impresionadas por el dolor inconsolable de aquella desgraciada viuda. Ricos y pobres, viejos y jóvenes, sanos y enfermos, no había un solo ser humano que no compadeciese a la viuda, que no admirase su extraordinario amor por el difunto.

Matilde era, pues, célebre, junto con su duelo histórico y su amor extraterrenal. Su fama había pasado de la localidad y se extendía por las provincias vecinas. Su pueblo sentía un especial orgullo de que allí existiese aquella pasión maravillosa. Las jóvenes que iban a casarse soñaban en amar como Matilde, y hasta imaginaban, quizá con una insignificancia de placer perverso, que el marido se les moría y ellas alcanzaban a fuerza de sufrir y de amar la misma gloria que Matilde. Más de una casada deseó la muerte de su cónyuge para llorarlo con aquellos extremos que hacían envidiar a Matilde. Y en cuanto a los hombres, no había uno solo que no anhelase una mujer como Matilde, capaz de querer con pasión tan excepcional y de sufrir por uno tan terriblemente.

Cuando en rueda de comadres se hablaba de alguna casada que había pecado o se divertía, jamás faltaba quien recordase a Matilde exclamando: «¡Ella sí que sabe querer!». Y todas quedaban cabeceando con filosofía. La suerte de Pedro Yáñez, el sinvergüenza de Yáñez, fué envidiada por los hombres. ¡Ser recordado siempre, y después de una existencia tan divertida!

Matilde llevaba ya seis años de viudez. Vivía encerrada en su casa, vistiendo siempre de riguroso luto. Cuando alguien iba a verla se la encontraba fatalmente con el pañuelo en los ojos. Las novenas y las misas que Matilde mandara rezar por su marido en aquellos seis años fueron innumerables. Llegaba a la iglesia como una sombra trágica. Nadie le veía la cara, pues tapábasela con un pañuelo. Sus hombros eran sacudidos por la congoja y sus pasos vacilaban. Si alguna vez se le vió el rostro, apareció, a los ojos de los afligidos curiosos, demacrado, exangüe, «como el de un cadáver viviente», según la feliz expresión de uno de los poetas del pueblo.

El dolor de Matilde era tanto más grande y augusto cuanto que Pedro fué el mayor sinvergüenza de la localidad. Tuvo amores con todas las muchachas de los suburbios, dormía en su casa sólo por casualidad y tiró a la calle, en borracheras y mujeres, la fortuna de Matilde. Tres años antes de morir había abandonado a su mujer, instalándose con una perdida a cien metros de su hogar.

La pobre Matilde, que era una santa, no quiso pedir la separación de cuerpos. Creía que ese mínimo divorcio contrariaba a la religión y la indisolubilidad matrimonial. Y aceptó el sacrificio que le ofrecía Dios con una resignación ejemplar.

No hay para qué decir que Matilde tenía multitud de adoradores. No hablaban con ella, pero se valían de intermediarios, sobre todo de las sirvientas de la casa. Como éstas obtenían buenas comisiones, el ser sirvienta de Matilde fué el puesto más codiciado entre las muchachas pobres. Pero Matilde era insensible a aquellos requerimientos amorosos. Cierto que ninguno de sus pretendientes servía para algo, pero esto no disminuía la inalterable fidelidad de la muy santa mujer.

Sin embargo, comenzaba a susurrarse, pero sin que nadie creyera la calumnia, que Matilde había aceptado a uno de sus cortejantes. Hablábase de que una sirvienta llevaba y traía mensajes y cartitas y hasta de que el cortejante había ido a la casa misteriosamente. En las novenas y misas que ella mandara decir en las últimas semanas, alguien la encontró menos demacrada que otras veces, y su paso era no ya vacilante, sino resuelto y aun con algo de saltarín. Pero todo esto eran calumnias. Matilde, la santa Matilde, la viuda histórica, la del duelo y el amor históricos, era absolutamente incapaz de semejante infidelidad a la memoria de su Pedro.

Todo el mundo admiraba aquel duelo, sí, menos una persona: el padre de Matilde. Don Antonio estaba harto de ser el padre de la infortunada viuda. Más de una vez habíale echado indirectas a su hija, pero como ella acentuara la tristeza de su rostro, él había callado, respetando aquel dolor augusto.



Pero un día ya no pudo más y habló claramente.

— Mira, Matilde; me estás reventando con tu luto histórico, con tu dolor exagerado y quiero creer que teatral. Esto ya no es vida para mí. Estoy condenado a andar con cara de entierro. Si me presentan a alguien, el presentado me pregunta si soy el padre de la viuda; y yo, naturalmente, debo ponerme triste. En el club no puedo reirme, porque me reprocharían esa risa, sufriendo tú como sufres. Pasaría por un padre desnaturalizado, por un monstruo.

Matilde permanecía en silencio.

— Y lo peor de todo, es que ese duelo me parece absurdo. No comprendo que puedas querer tanto a un hombre que se gastó tu herencia materna, arruinándote, que pasaba semanas enteras sin ir a su casa, que te hizo sufrir, que fué moralmente cruel contigo y que hasta te dejó por otra. No, no comprendo que lo quieras con pasión tan grande. Matilde exclamó.

— ¿Yo quererlo a ese hombre? ¡Si lo odio!

Si el suelo se hubiera abierto para tragar a los dos, el padre no habría tenido mayor sorpresa.

— ¿Cómo? ¿Y ese duelo histórico, y esos llantos, y esas misas?

Matilde, con una sonrisita mezcla de placer perverso y de satisfacción triunfante, dijo:

— Todo eso lo hacía por odio. Mi marido aparecería más canalla ante el mundo cuanto mayor fuese mi cariño. ¿No es verdad? Si yo hubiese demostrado indiferencia o un afecto insignificante, la gente habría dicho: «Con razón la abandonó». Pero para haber dejado por otra a una mujer que lo quería con tanta pasión, era preciso ser un monstruo, el más infame de los hombres. Y esto quería yo: que el miserable de mi marido fuera considerado por todo el mundo como un infame monstruo.

El padre, con los labios unidos y estirados, cabeceaba asombradamente.

— Además — agregó Matilde, ahora sonriendo con picardía y gracia, — los hombres se enamoran fácilmente de las mujeres que han querido mucho a sus maridos. Y yo... a mí... en fin, que es triste sentirse sola...

— Pero en esto has fracasado —saltó el padre, saliendo de su estupor. —Hasta ahora, por lo menos, creo que nada has conseguido...

—Pues te equivocas, papá. El luto histórico se acabará en estos días. Ya no tiene razón de ser.

MANUEL GALVEZ



La invasión triunfal del

Xerez-Quina RUIZ

atraído por la franca y general aceptación, se caracteriza por su función educadora en la selección de la bebida sana que tonifica y estimula el apetito, dejando la impresión de óptimo buen gusto.

Pruebe Vd. esta delicia y ha de convencerse que es el único tónico aperitivo que le conviene tomar diariamente.



BUENOS AIRES, 16 DE FEBRERO DE 1924

AÑO XXVII

CARAS Y CARETAS

N.° 1324

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



Despedida del ex-Ministro Plenipotenciario de Italia

El conde Colli di Felizzano con el Ministro de Relaciones Exteriores, el Presidente del Departamento Nacional de Higiene, doctor Gregorio Aráoz Alfaro, el Introductor de Embajadores y destacadas personalidades de la colectividad italiana, a bordo del vapor «Principessa Mafalda» en el que regresa a su patria, después de haber realizado brillantemente su gestión en nuestro país. Al distinguido diplomático se le exteriorizó a su partida la simpatía que supo granjearse en el seno de la sociedad argentina y entre sus connacionales.

NOTA GRAFICA E
CORRESPONSAL DESDE

El general Ludendorff con los miembros austriacos de la organización de Hitler, a su llegada a la estación de Schliersee, en la Selva Negra, conversando con el capitán Goering, uno de los ases de la pasada guerra. La cinta en el brazo es la insignia ostentada contra los judíos.

He dejado entre la nieve a Nuremberg, la artística ciudad de Baviera que nos habla, con su antigüedad milenaria, de los tiempos de Federico Barbarroja y de las lizas caballerescas del medioevo; y en tres horas de marcha en el rápido he llegado, hace cinco días, a la capital del reino, la opulenta y encantadora Munich.

La capital del reino he dicho, y no hay error en ello; cabecera principal de un Estado que forma parte integrante de la República Alemana, Munich y Baviera conservan casi en absoluto, dentro de su propia autonomía, todas las instituciones, formas y ritos del antiguo régimen; y la monarquía, si no de forma, reina y gobierna en realidad, de hecho.

Dejemos estos asuntos de política y echemos un vistazo sobre la ciudad. Es menos bella que Nuremberg, verdadera alhaja o joya de la antigüedad, pero la aventaja como ciudad populosa con un aire o «cachet» especial de señorío.

Todo el arte de Alemania está concentrado tal vez en ella, y sus Museos encierran colecciones y riquezas tan valiosas que, realizadas, significarían algo parecido, o más, a lo que se debe por «reparaciones».

Sus calles son amplias y bien trazadas, su edificación elegante y confortable, y su pueblo alegre y tranquilo.

Terminada la hora de la visita a los Museos, me retiro de la Pinacoteca antigua, y ambulando casi sin rumbo llego hasta el más viejo y curioso de los «Kellers» más afamados de la ciudad.

Es la «Casa de la cerveza»... Hace un frío intenso; medio metro de nieve cubre las calzadas y aceras. Se camina con dificultad y los copos persisten en caer, vistiendo todo de blanco como a una novia en desposorios. Y entro en

D. BARRIOS



El kronprinz Ruprecht de Baviera golpeando tres veces con el martillo, según costumbre, sobre la piedra fundamental colocada para el monumento a los caídos, frente al Museo de Artillería de Munich.



El kronprinz Ruprecht, los príncipes Leopoldo y Eugenio y el Ministro - Presidente del Estado de Baviera en el acto del homenaje a los caídos de la policía bávara. Detrás del kronprinz (con sombrero de copa puesto) se distingue la silueta de von Kahr.

En Alemania

IMPRESIONES DE NUESTRO
LA CAPITAL BAVARA

aquel sótano, que es una sala enorme, con martillos y recodos, diríase una cripta, con techos ojivales, que alberga en esos instantes algunos centenares de parroquianos. Y el cuadro es único, y la algarabía también...

Estoy, sin duda, en uno de los más clásicos lugares de la vieja Alemania, y ubicado ante una mesa, frente al enorme jarrón que me traen, me dispongo a observar y tomar apuntes mentales de la variedad de tipos que desfilan ante mi vista. En un sitio próximo, un rubio teutón ya entrado en años, de expresión a ratos dura, suavizada otros, lee con calma sin igual un viejo libraco — matemáticas o astronomía, acaso, porque hace a intervalos largos cálculos sobre un papel, — mientras, a su frente, una joven pareja que ha llegado recientemente se dedica, con amable desenfado, a recíprocos transportes de caricias y besos, y van vaciando también sendos jarrones de la «munchens morocha»...

Más allá, tipos de artistas... Largas melenas, escuálidos unos, rozagantes los otros; melancólicos, hoscos y sombríos, cuando no desbordando en sonoras carcajadas. Mi vista va tropezando con aquel enjambre de seres, que han de pasar de tan distinta manera su Nochebuena. Uno de ellos logra, no obstante, fijar mi atención. Va y viene de una mesa a otra, sin preocuparse de los ocupantes, y pareciera estar en constante busca de algo... que no encuentra. Es un atorrante legítimo, clásico, puro... tan puro como la cerveza de la casa...

Nos retiramos a descansar.

Mañana iremos a Garmisch Partenkirchen, sobre la Selva Negra, la estación invernal de la alegría y del sport. Después a Stutgart, Francfort, Hannover y de nuevo a Berlín para regresar a Copenhague.

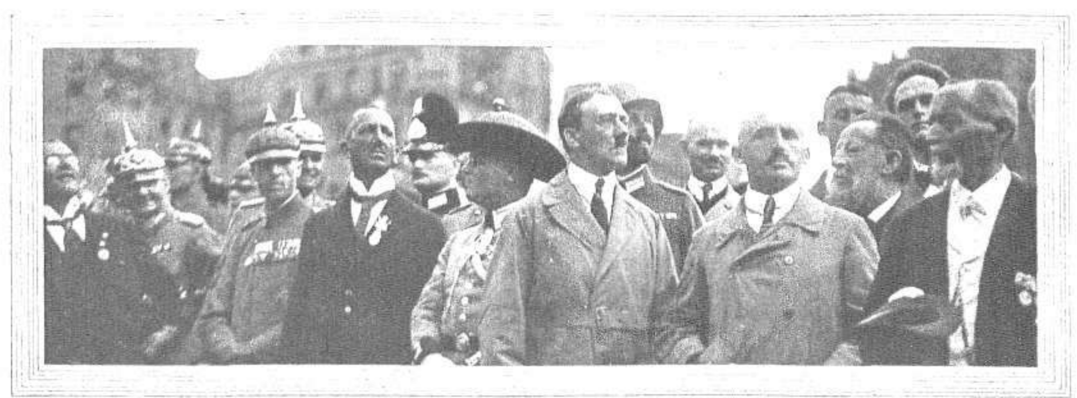
GUEVARA



El doctor von Kahr, el llamado dictador de Baviera, Delegado Supremo del Consejo de Ministros, personaje que disfruta de gran popularidad y el hombre de confianza del destronado príncipe Ruprecht, con cuyo gobierno toda la región se muestra satisfecha y esperanzada.



El leader nacionalista Hitler dirigiendo la palabra a los militares voluntarios y adictos en los alrededores de Munich, en los días en que preparaba a los elementos bávaros para la acción.



Oficiales del Ejército alemán y jefes nacionalistas rodeando al famoso leader y agitador político durante una gran demostración patriótica celebrada en Nuremberg, primera fotografía obtenida de su actuación pública en los asuntos del país.

Collar de porcelana fina y policroma que se hallaba sujeto a una de las camisas utilizadas por el Faraón. Los adornos representan flores y pétalos de brillantes colores.

Una de las cabezas de león de la carroza descubierta en la antecámara de Tutankhamon. Es de madera labrada, con "gesso" y dibujos de oro muy artísticos.

EN·LA TVMBA DE TVTAN-KAMON

AYER, Napoleón, apoyándose sobre los estribos de su caballo blanco, presa de una emoción histórica — las únicas que lograban conmoverlo — pudo decir, dirigiéndose a sus legiones victoriosas del Egipto, la genial y espartana arenga: «soldados: desde lo alto de las Pirámides 40 siglos os contemplan».

Hoy, el sucesor testamentario del ilustre prócer británico a cuyas últimas excavaciones se deben tan sorprendentes como valiosísimos descubrimientos, ha llegado ante el gran ataúd pétreo del fastuoso Tutankhamon, formado por un vasto recipiente de piedra de un brillante color rosado, único ejemplar artístico funerario de la XVIII dinastía.

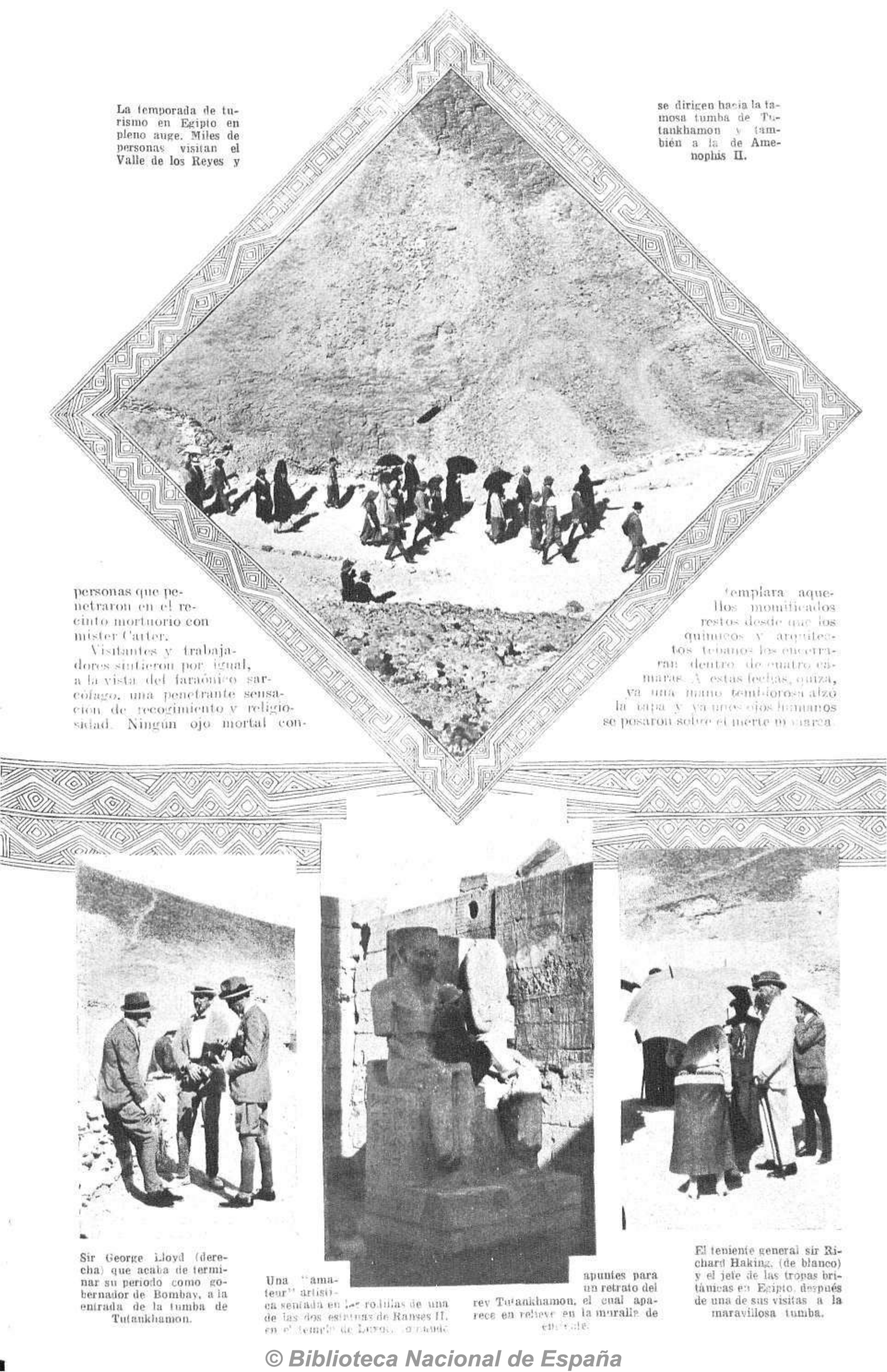
Los intensos momentos de descubrirse ante la momia, que cuenta, en el eterno rosario del Tiempo, 3,200 años, debieron ser también *únicos* para las contadas





Seis bellos anillos encontrados en una especie de corbata real. Estas prendas son de oro macizo con incrustaciones de piedras finas y su trabajo es de exquisita naturaleza.

Fotografías exclusivamente para CARAS Y CARETAS, por convenio especial con el diario "The Times" de Londres.



La temporada de turismo en Egipto en pleno auge. Miles de personas visitan el Valle de los Reyes y se dirigen hacia la famosa tumba de Tutankhamon y también a la de Amenophis II.

personas que penetraron en el recinto mortuorio con míster Carter.

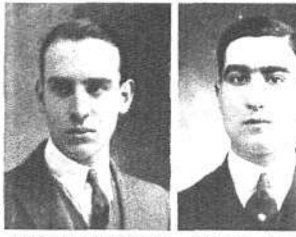
Visitantes y trabajadores sintieron por igual, a la vista del faraónico sarcófago, una penetrante sensación de recogimiento y religiosidad. Ningún ojo mortal contemplara aquellos momificados restos desde que los químicos y arquitectos tebanos los encerraran dentro de cuatro cámaras. A estas fechas, quizá, ya una mano temblorosa alzó la tapa y ya unos ojos humanos se posaron sobre el inerte monarca.

Sir George Lloyd (derecha) que acaba de terminar su período como gobernador de Bombay, a la entrada de la tumba de Tutankhamon.

Una "amateur" artística sentada en las rodillas de una de las dos estatuas de Ranses II, en el templo de Luxor, tomando apuntes para un retrato del rey Tutankhamon, el cual aparece en relieve en la muralla de enfrente.

El teniente general sir Richard Haking, (de blanco) y el jefe de las tropas británicas en Egipto, después de una de sus visitas a la maravillosa tumba.

Maestros Mayores de Obras egresados de la Escuela Industrial de la Nación


Alejandro Marchetti.


Joaquín Casanova.


Alfredo E. Gentile.


Víctor Juan Pedretti.


Salvador D'Antuono.


Manuel S. Alarcón


Mauricio Edelstein.

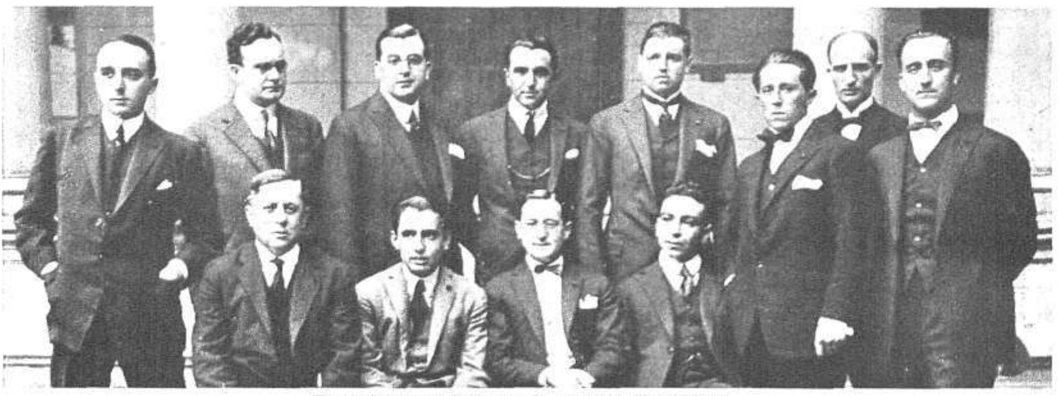

Eugenio Jalabert.


Diego Tarrico.


Rafael Abril.


Jorge Ran.

COLACION DE GRADOS EN LA UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO


Los médicos egresados de la Facultad de Medicina.


Los ingenieros que se graduaron en la Facultad de Ingeniería.


Arquitectos recibidos en la misma Facultad.


Facultad de Derecho y Ciencias: abogados que obtuvieron su diploma.

TEMPORADA DE MAR DEL PLATA

LOS NIÑOS EN LA PLAYA



Coco Salleras Imaz. — No le oigo. ¿Qué dice? ¿Una fotografía? Ah,... bueno, pronto, que no estoy para bromas.



María Rosario y José Antonio Podestá, esperando bajo un toldo, con angustiada resignación, el momento inevitable de la diaria zambullida.



Niña de Bullrich, que encuentra tan divertido jugar con la arena como con sus muñecas.



Mario Alberto Bottaro Castilla, mostrando complacido su arrogante postura.





Palmira María Campos. Mi postura no es muy elegante, pero...



Ana María M. Barros. — ¿Les hace gracia verme con pulseras? ¡Qué quieren! Yo soy así. Jamás entro en el agua sin mis alhajas.



Susana y Graciela Muñoz. ¿Estamos bien así?



Julio Millet Iriarte. — No me compliquen la vida. A mí me basta con un taparrabo.



Miguel Devoto, Alonso Arón y Rodolfo Pegassano, tres simpáticos tiburoncitos para quienes el baño es un juguete.

FOTOS DE VARGAS.



Uno de sus "sparrings" colocándole los guantes para empezar un "round" de entrenamiento.



Herminio Spalla, el gran pugilista italiano, campeón de todos los pesos de Europa.

Poniendo a prueba, con su "sparring" Porzio, la potencialidad de su fuerza.

SPALLA

EL CAMPEON EUROPEO SE ENTRENA

CERCANA la lucha entre Firpo y Lodge, dos gigantes del «ring» por su tamaño y pujanza, una tercera e interesante figura se destaca en nuestro mundo boxístico, ahora en pleno auge: la de Herminio Spalla un pugilista que no asombra por su corpulencia pero cuya habilidad, agilidad y resistencia son muy apreciables a juzgar por sus entrenamientos públicos, habiendo causado excelente impresión en todos los aficionados y profesionales que los presenciaron.



En el "punching ball".



Haciendo ejercicios de resistencia con las mandíbulas y el cuello.

Durante un notable y enérgico "round"

Haciendo "footing".

Spalla dominando admirablemente a su "sparring" Porzio.

La guardia favorita del campeón.

FOTOS DE ALFONSO



CORONEL EMILIO B. SARTORI

JEFE DE LA CASA MILITAR DEL PRESIDENTE DE LA NACIÓN

POR SIRIO

MILITAR de grandes prestigios por su brillante foja de servicios, su nombramiento para desempeñar el alto cargo ha sido recibido con generales muestras de aprobación.

FIGURAS DE ACTUALIDAD



EVA BRAND, LA «ESTRELLA» VIENESA LUCIENDO UNA ORIGINAL «TOILETTE» COLOR VERDE - AZUL.

LA BELLA ARTISTA CARMEN CARTELLIERI EN ROBE DE CREPÉ DE CHINA CON BORDADOS DE PERLAS.

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL EN VIENA.



HOMBRES CÉLEBRES

NAPOLEÓN

El 15 de agosto de 1768 Francia tomaba posesión de Córcega, isla vendida por los genoveses. El 15 de agosto de 1769 nacía en Ajaccio Nápoleón Bonaparte o Buonaparte, súbdito francés por casualidad. Esta casualidad tuvo enormes consecuencias históricas. Figúrate, lectorcito, que los genoveses hubieran conservado el dominio de la isla prosiguiendo la lucha contra los patriotas corsos. Napoleón acaso sólo hubiese sido un jefe o el jefe supremo de las tropas nacionalistas. Teniendo en cuenta su indiscutible genio militar y sus grandes ambiciones, quizás se le veneraría ahora como libertador de su patria, y Napoleón rey de Córcega no habría hecho el daño que hizo en el mundo.

Napoleoncito era un nene batallador que se distinguía en las guerrillas reñidas por él y sus compañeros contra los pibes de los arrabales de Ajaccio. Era orgulloso, tesonero y listo. Cuando no tenía que estudiar o apedrearse con los enemigos infantiles, se

iba a una cueva que hay en la costa y allí estaba horas y horas meditando. Su mamá, Leticia Ramolino, señora de mucho talento y belleza, dirigió la educación del futuro emperador, pues el padre, el abogado Carlos Buonaparte, trabajaba continuamente para sostener una numerosa familia, porque Napoleón tenía cuatro hermanos y tres hermanas.

El gobernador de la isla consiguióles a los dos hermanos mayores José y Napoleón una beca para la escuela preparatoria de Antun (Francia) a donde se trasladaron en 1778. Allí aprendieron el francés. Dícese que Napoleón conservó siempre el acento italiano, y que durante sus rabietas gritaba y juraba en el adulterado idioma de Dante propio de Córcega.



Pasó a la Escuela Militar de Brienne, demostrando extraordinarias aptitudes para las matemáticas. En 1784 ingresaba en la Escuela Militar de París. Diez años duraba entonces la carrera y él la terminó en seis. La muerte de su padre le convirtió en jefe de la familia. A los diez y siete años era segundo teniente. Volvió a Córcega al estallar la Revolución Francesa (1789) y allí hizo política, regresando luego a Francia.

Había estudiado muchísimo y con gran provecho. Sabía griego, latín y era un lince para las matemáticas. Su primer hecho de armas lo realizó en Ajaccio (1791) siendo ya teniente primero y jefe del batallón de la guardia nacional voluntaria. Por cierto que la hazaña no resulta muy honrosa, pues consistió en ordenar a sus soldados que hicieran fuego sobre sus compatriotas. Tuvo que ir a París para justificarse ante el tribunal militar.

Después de algunas peripecias poco interesantes, Bonaparte, nombrado jefe de batallón, dirige la artillería en el sitio de Tolón cooperando a la toma de la plaza que estaba en poder de los ingleses. Fué nombrado general a la edad de veinticuatro años.

En 1796 se casó con Josefina de Beauharnais pocos días antes de ser nombrado general en jefe del ejército que operaba en Italia. Su victoriosa campaña le hizo célebre. Luego fué enviado a Egipto (1798) para preparar desde allí una expedición contra la India Inglesa. Derrota a los turcos y, dejando el ejército al mando de Kléber, vuelve a París y el 9 de noviembre de 1799 da un Golpe de Estado y se hace nombrar cónsul en compañía de otros dos. Puede afirmarse que desde entonces fué el dueño de Francia. Al poco tiempo era primer cónsul. Hizo prisionero al Papa Pío VI y se lo llevó a Valence donde el anciano Pontífice murió. Para vencer a las tropas austriacas pasó los Alpes, cayendo por sorpresa sobre el enemigo al cual derrotó.

Es necesario confesar que Napoleón era tan buen organizador como estratega. Francia debe a su primer cónsul grandes reformas e instituciones. Si se hubiera conformado con estos, pocos males habría acarreado; pero el hombre quiso ser emperador del mundo y su ambición trajo terribles desgracias.

El día 2 de diciembre de 1804 el Papa Pío VII coronó en París a Napoleón I. Ya en tren de conquistas hizo la guerra a los austriacos, prusianos, rusos, españoles e ingleses. Ganaba batallas decisivas, invadía países y de en cuando en cuando le pegaban un palo. Es el inventor de la guerra moderna.

Poco a poco se le fué nublando la estrella. Todos, como siempre sucede, se reunieron contra el grande. Eso de dominar el mundo es una tarea imposible.

Se divorció de Josefina y casóse con María Luisa, hija del emperador de Austria que le dió un hijo. Napoleón hacía y deshacía reinos. Sus hermanos fueron mariscales, duques y reyes, y a sus señoritas hermanas las casó con reyes, duques y mariscales.

Mientras tanto los españoles ayudados por los ingleses derrotaban a los ejércitos napoleónicos. La campaña de Rusia (1812), que emprendió con 450.000 soldados, fué un desastre. Sólo volvieron de Vilna 15.000.

Sin embargo, Napoleón no quiso hacer la paz, pues todavía esperaba vencer a toda Europa. Resultado: que un ejército de rusos, prusianos, austriacos, etc., invadió Francia y el emperador tuvo que abdicar el 11 de abril de 1814. Nombrado monarca de la isla de Elba, nuestro hombre se fuga y antes del año, entra en Francia, expulsa a Luis XVIII y vuelve a ser emperador.

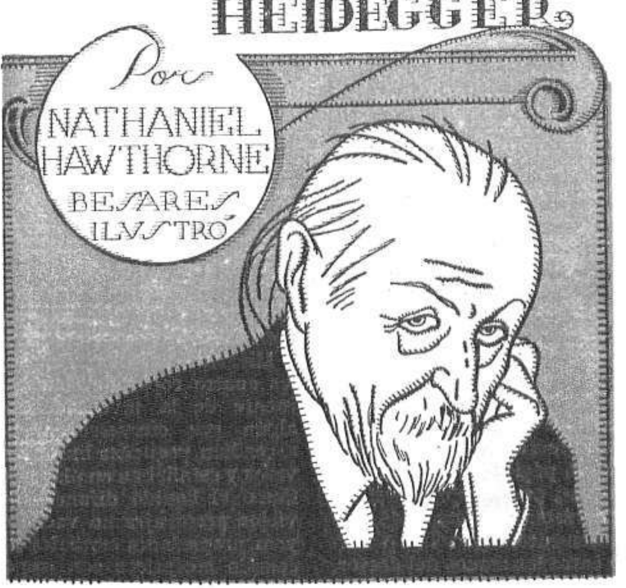
A los cien días, el 18 de junio de 1815 un ejército angloprusiano lo derrota definitivamente en Waterloo. Los ingleses lo metieron en la isla de Santa Elena y allí murió el 5 de mayo de 1821.

Napoleón al extender las ideas de la Revolución Francesa y al invadir a España influyó en la Independencia Argentina.

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA

EL EXPERIMENTO DEL DOCTOR HEIDEGGER



El anciano doctor Héidegger, hombre muy original, invitó una vez a cuatro amigos suyos para que se reunieran en su estudio. Eran tres caballeros de barba blanca: el señor Médbourne, el coronel Killigrew y el señor Gascoigne; y una ajada señora, la viuda Wycherly. Todos ellos eran viejos y melancólicos personajes, que habían sufrido infortunios durante su vida, y cuya mayor desgracia consistía en que no gozaban tiempo ha del reposo de la tumba. El señor Médbourne había sido en el vigor de su edad un próspero comerciante; mas perdió toda su fortuna en especulaciones arriesgadas y era por entonces poco menos que un mendigo. El coronel Killigrew había malgastado sus mejores años, su salud y su energía en pecaminosos placeres que le produjeron multitud de incomodidades, como la gota y otros varios tormentos de cuerpo y alma. El señor Gascoigne era un político arruinado, hombre de mala fama, que le había perseguido hasta que el tiempo le borró de la memoria de la presente generación, haciéndole obscuro en vez de infame. En cuanto a la viuda Wycherly, contaba la tradición que fué una belleza en sus días; mas había vivido largo tiempo en profundo aislamiento a causa de ciertas historias escandalosas que levantaron contra ella la opinión de la sociedad. Es digna de mencionarse la circunstancia de que los tres viejos caballeros, el señor Médbourne, el coronel Killigrew y el señor Gascoigne, habían sido en otro tiempo pretendientes de la viuda Wicherly, y estuvieron una vez a punto de cortarse el cuello por gozar del privilegio de su amor. Y antes de proseguir, quiero dejar apuntado que se susurraba que tanto el doctor Héidegger como sus cuatro invitados se encontraban a veces algo fuera de sus cabales; cosa no del todo sorprendente tratándose de personas ancianas atormentadas por actuales sufrimientos o por angustiosas remembranzas.

—Mis antiguos y queridos amigos — dijo el doctor Héidegger, haciéndoles tomar asiento. — Deseo que me ayudéis en uno de los pequeños experimentos con que acostumbro divertirme a solas en mi estudio.

Si hemos de dar fe a la historia, el estudio del doctor Héidegger era un sitio de los más curiosos: una obscura cámara, amueblada a la antigua, festoneada de telarañas y cubierta de polvo desde tiempo inmemorial. Apoyados contra el muro veíanse varios estantes de roble, cuyos anaqueles inferiores estaban llenas de infolios gigantescos y libros góticos en cuarto, mientras la parte superior guardaba los pequeños libros en duodécimo con cubierta de pergamino. Sobre el estante central había un busto de Hipócrates con el cual, según fuentes autorizadas, acostumbraba a sostener consultas el doctor Héidegger en todos los casos difíciles de su profesión. En el rincón más obscuro del aposento, había un armario de roble, alto y estrecho, a través de cuya entreabierta puerta se divisaba confusamente un esqueleto. En el espacio comprendido entre dos estantes pendía un espejo mostrando su alta y empolvada superficie dentro de un deslustrado marco dorado. Entre muchas otras historias maravillosas que se relataban acerca de este espejo, decíase que las almas de todos los pacientes difuntos del doctor habitaban dentro de su vera, y se encaraban con él siempre que miraba en aquella dirección. El lado opuesto de la cámara estaba decorado con el retrato de cuerpo entero de una joven dama, vestida de raso, seda y brocado en descolorida magnificencia, y con semblante tan pálido como su atavío. Hacía medio siglo que el doctor Héidegger estuvo a punto de casarse con la joven señora; mas sucedió que, afectada de ligero malestar, tomó una de las recetas de su prometido y murió en la mañana de las bodas. Queda aún por mencionar la principal curiosidad del estudio: un enorme infolio, encuadernado en cuero negro y cerrado con pesados broches de plata. No llevaba letras en el lomo y nadie podía decir el título de la obra. Pero sabíase perfectamente que era un libro de magia, y una vez que lo cogió una camarera, simplemente con la idea de quitarle el polvo, el esqueleto se removió en su armario, el retrato de la dama colocó un pie sobre el pavimento y varios rostros de fantasmas asomaron en el espejo; en tanto que la bronceada cabeza de Hipócrates fruncía el ceño y decía: «¡Detente!»

Tal era el estudio del doctor Héidegger. En la tarde de estío a que se refiere nuestra historia, había una pequeña mesa redonda, negra como el ébano, en el centro de la habitación, sosteniendo un ánfora de cristal cortado, de bella forma y delicado trabajo. Los rayos del sol penetraban a través de la ventana, entre los pesados festones de dos cortinas de damasco descolorido, y caían discretamente sobre el ánfora; de manera que un suave resplandor se reflejaba en los cenicientos rostros de los cinco viejos reunidos en torno. También había cuatro copas

de champaña sobre la mesa. — Mis antiguos y queridos amigos — repitió el doctor Héidegger. — ¿puedo confiar en vuestra cooperación para realizar un experimento extremadamente singular?

Hay que advertir que el doctor Héidegger era un viejo caballero muy original, cuyas excentricidades habían llegado a ser la base de mil fantásticas historias. Es posible que algunas de estas invenciones, dicho sea para vergüenza mía, puedan remontarse hasta mi propia y verídica persona; de modo que, si algunos pasajes de este cuento chocan con la credulidad del lector, soportaré gustosamente el estigma de novelero.

Cuando los cuatro visitantes oyeron hablar al doctor de su famoso experimento, no imaginaron maravilla mayor que la muerte de un ratón por medio de alguna bomba neumática, el examen de cualquier basura en el microscopio, o alguna otra tontería por el estilo, con las que tenía el hábito de importunar a sus amigos. Mas, sin aguardar respuesta, el doctor Héidegger atravesó renqueando la habitación y volvió con aquel enorme infolio encuadernado en cuero negro, que la opinión general declaraba ser un libro de magia. Desabrochando las plateadas cerraduras, abrió el volumen y sacó de entre sus góticas páginas una rosa o lo que fué alguna vez una rosa, pues que entonces las verdes hojas y pétalos de púrpura habían adquirido un tono parduzco, y la flor entera parecía a punto de convertirse en polvo entre las manos del doctor.

— Esta rosa — explicó suspirando el doctor Héidegger, — esta misma rosa que veis aquí marchita y casi deshecha, floreció hace cincuenta y cinco años. Me le dió Silvia Ward, cuyo retrato pende allí; y yo pensaba llevarla sobre el pecho el día de nuestras bodas. Cincuenta y cinco años la he conservado como un tesoro entre las páginas de este libro. Ahora bien; ¿creeríais posible que esta rosa de medio siglo pudiera revivir alguna vez?

— ¡Qué ocurrencia! — exclamó la viuda Wycherly con un impertinente movimiento de cabeza. — ¡Podríais preguntar igualmente si un rostro arrugado de vieja puede rejuvenecerse alguna vez!

— ¡Mirad! — respondió el doctor Héidegger.

Descubrió el ánfora y echó la rosa seca en el agua que allí había. Al principio se mantuvo la flor en la superficie, sin absorber nada de humedad, al parecer. Pronto, sin embargo, pudo notarse un cambio singular. Los arrugados y secos pétalos se agitaron, adquiriendo un tinte carmesí más vivo, como si la flor despertara de algún sueño mortal; el esbelto tallo y las ramitas de follaje tomaron tonos verdes; y por último la rosa de medio siglo atrás apareció tan lozana y fresca como cuando Silvia Ward la obsequió a su prometido. Apenas si lucía completamente abierta; pues algunas de sus delicadas hojas encarnadas apretábanse todavía modestamente sobre su húmedo seno, donde brillaban dos o tres gotas de rocío.

— Es ciertamente una linda ilusión óptica — dijeron descuidadamente los amigos del doctor, pues habían presenciado mayores milagros en espectáculos de prestidigitación; — haced el favor de mostrarnos de qué manera se realiza.

— ¿Habéis oído hablar alguna vez de la *Fuente de la Juventud?* — preguntó el doctor Héidegger.

— ¿Aquélla que fué a buscar Ponce de León, el aventurero español, hará dos o tres centurias?

— Pero, ¿la encontró al fin Ponce de León? — preguntó la viuda Wicherly.

— No — respondió el doctor Héidegger, — porque nunca la buscó en su verdadero sitio. La Fuente de la Juventud, si estoy bien informado, se encuentra situada en la parte meridional de la península de la Florida, no lejos del lago Macaco. Su manantial está sombreado por varias magnolias gigantescas, que aun cuando cuentan innumerables siglos se conservan tan frescas como violetas por la virtud de este agua maravillosa. Un amigo mío, conociendo mi afición a esta clase de estudios, me ha enviado la que veis en aquel vaso.

— ¡Ejem! — murmuró el coronel Killigrew, que no creía una palabra de la historia del doctor; — y ¿cuál sería el efecto de este líquido en la naturaleza humana?

— Podéis juzgarlo por vos mismo, mi querido coronel — replicó el doctor Héidegger, — y vosotros todos, mis respetados amigos, sois los bienvenidos para beber de este líquido maravilloso la cantidad necesaria para devolveros el brillo de la juventud. Por mi parte, he tenido tantos disgustos antes de envejecer, que no tengo prisa de volverme joven otra vez. Con vuestro permiso, observaré solamente los progresos del experimento.

Mientras hablaba, llenaba el doctor Héidegger las cuatro copas de champaña con el agua de la fuente de la juventud. Parecía impregnada de algún gas efervescente, porque continuamente ascendían pequeñas burbujas desde el fondo de los vasos y estallaban en plateado rocío en la superficie. Como el líquido difundía agradable perfume, los viejos personajes no vacilaron en creer que poseyera propiedades cordiales y reconfortantes y, aun cuando escépticos con respecto a su poder rejuvenecedor, sentíanse inclinados a beberlo inmediatamente. Pero el doctor Héidegger les detuvo por un momento.

— Antes de que bebáis, mis respetables y antiguos amigos, — dijo — sería conveniente que, con la experiencia que habéis adquirido durante vuestra vida, adoptárais algunas reglas generales de conducta al afrontar por segunda vez los peligros de la juventud. ¡Pensad que sería un crimen y una vergüenza si, con las ventajas especiales de que vais a disfrutar, no fuérais modelo de virtud y de sabiduría para todos los jóvenes de vuestra edad!

Los cuatro venerables amigos del doctor sólo respondieron con una débil y trémula carcajada; tan ridícula les pareció la idea de que, conociendo cuán próximo sigue el arrepentimiento las huellas del error, hubieran de extraviarse nuevamente.

— Bebed, entonces — dijo el doctor inclinándose. —Me regocijo de haber elegido con tanta discreción los sujetos para mi experimento.

Con temblorosas manos levantaron las copas hasta sus labios. Si el licor poseía en realidad las virtudes que le atribuía el doctor Héidegger, no podía emplearse en cuatro seres humanos que lo necesitaran más lastimosamente.

Parecía que nunca hubieran tenido juventud ni placeres, que hubieran sido un producto anormal de la *naturaleza*, siempre las *mismas criaturas* grises, decrépitas y sin savia que se encontraban en derredor de la mesa del doctor, tan yertas de cuerpo y alma que ni siquiera sentían entusiasmo ante la idea de rejuvenecer. Bebieron el agua y colocaron de nuevo los vasos sobre la mesa.

Indudablemente pudo notarse al punto cierta animación en el aspecto de los invitados; algo así como el efecto producido por un vaso de vino generoso, con un resplandor de claridad repentina que irradiaba en los cuatro rostros a la par. Apareció un sonrosado de salud en sus mejillas, reemplazando la palidez terrosa que les hacía asemejarse a un cadáver. Miráronse unos a otros, imaginando que algún mágico poder principiaba a borrar en realidad la honda y triste huella que el Tiempo había grabado desde muy

atrás en su entrecejo. La viuda Wícherly arregló su capota, casi sintiéndose mujer de nuevo.

—¡Dadnos un poco más de este agua maravillosa! — exclamaron ansiosamente. — Hemos comenzado a rejuvenecer, pero estamos todavía demasiado viejos. ¡Pronto, dadnos un poco más!

—¡Paciencia, paciencia! — dijo el doctor Héidegger, que sentado, observaba los efectos del experimento con filosófica frialdad. — Habéis puesto largo tiempo para haceros viejos. No dudo que os contentaréis con rejuvenecer en una hora. ¡Sin embargo, el agua está a vuestra disposición!

Llenó las copas nuevamente con el licor de la juventud, del cual quedaba lo bastante en el recipiente para volver tan jóvenes como sus nietos a la mitad de los viejos de la ciudad. Mientras estallaban aún las burbujas en el borde, los cuatro invitados del doctor se apoderaron de los vasos y bebieron el contenido de un solo sorbo. ¿Era ilusión acaso? No habían acabado de pasar el líquido por su garganta cuando pareció presentarse un cambio en toda su naturaleza. Tornáronse sus ojos claros y brillantes; una sombra obscura se extendió sobre sus plateados rizos; y se encontraron reunidos en torno de la mesa del doctor Héidegger tres caballeros de mediana edad y una dama salida apenas de la primera juventud.



— ¡Mi querida viuda, estáis encantadora! — exclamó el coronel Kílligrew que había conservado la mirada fija sobre el rostro de la señora, mientras las sombras de la edad se desvanecían como la obscuridad ante la aurora de un nuevo día.

La hermosa viuda sabía desde largo tiempo atrás que los elogios del coronel Kílligrew no siempre se basaban en la estricta verdad; así, saltando de su asiento se abalanzó al espejo, temiendo aún que sus miradas tropezaran con el feo rostro de una mujer de edad. Entretanto los tres caballeros se comportaban de manera tal que daba lugar a creer que el agua de la fuente de la juventud poseía ciertas cualidades espirituosas; a menos que la exaltación de sus ideas fuera simplemente el alegre desvanecimiento producido por la súbita desaparición del peso de los años. La imaginación del señor Gascoigne parecía encaminarse a tópicos políticos; mas no era fácil determinar si sus elucubraciones se referían al pasado, al presente o al futuro, pues que las mismas ideas e idénticas frases habían estado en boga durante los últimos cincuenta años. Ya anunciaba a plena voz proposiciones sobre el patriotismo, la gloria nacional y los derechos del pueblo; ya musitaba algunos planes atrevidos en receloso y taimado murmullo, tan cautelosamente que ni siquiera su propia conciencia llegara a apoderarse del secreto; o expresábase de nuevo con acento mesurado y docta entonación de orador, como si oídos reales escucharan los bien redondeados períodos de su arenga. El coronel Kílligrew entonaba al mismo tiempo una alegre canción báquica, tamborileando en su vaso el compás del coro, mientras sus ojos bogaban sobre el risueño semblante de la viuda Wycherly. Al otro lado de la mesa el señor Médbourne sumíase en profundos cálculos de dólares y centavos, que tenían que ver particularmente con un proyecto para proveer de hielo a las Indias Occidentales o equipar un tiro de ballenas para los témpanos polares.

En cuanto a la viuda Wycherly, permanecía frente al espejo haciendo monadas y cortesías a su propia imagen y saludándola como al amigo más amado que existía en el mundo para ella. Acercó su rostro muy junto al espejo para observar si la pata de gallo y las importunas arrugas marcadas largo tiempo atrás habían desaparecido verdaderamente. Examinó si la nieve de sus cabellos habíase fundido por completo y si podría echar atrás su capota con entera seguridad. Al fin, volviéndose alegremente, avanzó hacia la mesa en una especie de paso de baile.

— ¡Mi viejo y querido doctor! — exclamó, — ¡por favor, brindadme otro vaso

— ¡Ciertamente, mi querida señora, ciertamente! — replicó el complaciente doctor. — ¡Mirad! Ya tenía los vasos llenos.

En efecto, los cuatro vasos aparecían llenos hasta el borde de aquel agua maravillosa, cuya delicado rocío, efervescente en la superficie, semejaba el trémulo chispear de diamantes. Estaba ya tan próximo el ocaso que la habitación se hallaba más sombría que nunca; pero un resplandor suave, análogo al de la luna, emanaba de la gran ánfora, reposándose por igual sobre los cuatro invitados y sobre la figura venerable del médico. Sentóse éste en un sillón de roble, de alto respaldar y primorosamente tallado, con tal aire de antigua majestad que habría podido caracterizar al Tiempo, cuyo poder jamás había sido discutido, salvo por esta afortunada tertulia. A pesar de que bebían ansiosamente en aquel momento la tercera copa del licor de la fuente de la juventud, sintiéronse casi atemorizados por la misteriosa expresión de la fisonomía del doctor Héidegger.

Pero pronto la alegre efusión de la juventud cundió por sus venas. Hallábanse ahora en la dichosa adolescencia. Recordaban la vejez, con su séquito miserable de preocupaciones, sufrimientos y enfermedades, tan sólo como un sueño desagradable del cual acababan de despertar alegremente. La frescura de alma, perdida tan temprano, y sin la cual las escenas sucesivas de la vida eran únicamente una colección de cuadros descoloridos, prestaba otra vez su encanto al porvenir. Sintiéronse como seres nuevos creados en un universo nuevo...

— ¡Somos jóvenes! ¡Somos jóvenes! — exclamaban en su éxtasis.

La juventud, al igual que la vejez, borraba los caracteres fuertemente marcados de la edad mediana y asimilaba mutuamente a todos aquellos personajes. Era un grupo de muchachos alegres, casi enloquecidos con el regocijo exuberante de sus pocos años. El efecto más singular de su alegría era el impulso de mofarse de las enfermedades y de la decrepitud de que habían sido víctimas hasta hacía pocos instantes. Reían locamente de su extravagante atavío, de las chaquetas de amplios faldones y los chalecos flotantes de los jóvenes, y de la antigua capota y vestimenta exótica de la deslumbrante señora. Uno de ellos púsose a cojear alrededor del cuarto como un abuelo gotoso; otro colocó en su nariz un par de gafas, pretendiendo descifrar las góticas páginas del libro de magia; el tercero tomó asiento en una gran silla de brazos y procuraba imitar la venerable dignidad del doctor Héidegger. Todos alborotaron regocijadamente, saltando en torno de la habitación. La viuda Wycherly (si una damisela tan fresca podía llamarse viuda) se acercó bailando ágilmente hasta la silla del doctor, con el sonrosado rostro brillando de maliciosa alegría.

— ¡Doctor, viejo y querido corazón mío, levantaos y danzad conmigo! — exclamó. — Y entonces los cuatro jóvenes rieron más estrepitosamente que nunca al pensar en la extravagante figura que haría el pobre viejo doctor.

— Os ruego dispensarme — respondió el doctor tranquilamente. — Estoy viejo y reumático y mi tiempo de bailar concluyó muchos años ha. Pero cualquiera de estos jóvenes será muy feliz de tener tan linda pareja.

— ¡Bailad conmigo, Clara! — gritó el coronel Killigrew.

— ¡No, no; yo seré su compañero! — profirió el señor Gascoigne.

— ¡Fuí su prometido hace cincuenta años! — exclamó el señor Médbourne.

Todos se agruparon en torno de ella. Uno cogió sus dos manos con impulso apasionado; otro pasó el brazo en derredor de su talle; el tercero hundió la mano entre los sedosos rizos que asomaban debajo de la capota de la dama. Sonrosada, palpitante, luchando, riñendo, riendo y lanzando por turno su aliento ardoroso en la faz de cada uno de los pretendientes, hacía ella ademán de desprenderse, más sin llegar a librarse del triple abrazo. Nunca se había presenciado cuadro más vivo de rivalidad juvenil con hermosura tan hechicera como galardón. Sin embargo, por extraña ilusión, debida a la obscuridad de la cámara y a los antiguos vestidos que aun llevaban los invitados, se dice que el gran espejo reflejaba la figura de los tres ancianos, canosos y ajados abuelos, contendiendo por la fealdad angulosa de una vieja encogida y arrugada.

Pero eran jóvenes: por lo menos sus pasiones lo demostraban. Inflamados hasta la locura por la coquetería de la damisela viuda que no otorgaba ni rehusaba por completo sus favores, los tres rivales comenzaron a cruzar amenazadoras miradas. Sujetando con una mano el anhelado galardón, echaron la otra mutuamente a sus gargantas, llenos de rencor. Mientras luchaban aquí y allá, cayó la mesa, destrozándose el vaso en mil fragmentos. La preciosa agua de la juventud corrió en brillante arroyo sobre el pavimento, humedeciendo las alas de una mariposa, envejecida al declinar el verano, y que había venido a morir allí. El insecto voló ligeramente a través de la habitación y fué a colocarse en la nevada cabeza del doctor Héidegger.

— ¡Venid, venid, caballeros! ¡Venid Madama Wycherly! — exclamó el doctor. — Tengo que protestar seriamente de este tumulto.

Aquietáronse y se estremecieron; porque parecía, que el Tiempo gris les llamara haciéndoles retroceder de su luminosa juventud, muy lejos, hasta el helado y obscuro valle de los años. Miraron al doctor Héidegger, quien tomó asiento en su tallado sillón, sosteniendo la rosa de medio siglo que había recogido entre los fragmentos del estrellado vaso. A un movimiento de su mano, los cuatro revoltosos ocuparon sus asientos a la mayor brevedad, pues su violento ejercicio habíales fatigado en extremo, a pesar de la juventud de que creían disfrutar.

— ¡Mi pobre rosa de Silvia! — exclamó el doctor Héidegger, exponiéndola a la luz de las nubes del poniente; — parece que se marchita otra vez.

Y así era en verdad. Bajo las miradas de la reunión continuó ajándose la flor hasta que apareció tan seca y frágil como cuando el doctor la había arrojado en el vaso. Sacudió el anciano las pocas gotas de rocío que aun pendían de sus pétalos.

— La amo tanto ahora como en su húmeda frescura, — observó el doctor, oprimiendo la marchita rosa contra sus labios ajados. Mientras hablaba, la mariposa voló otra vez de su nevada cabeza y cayó sobre el pavimento.

Los invitados se estremecieron de nuevo. Una frialdad extraña, que no sabían si atribuir al cuerpo o al espíritu, apoderábase de ellos gradualmente. Se miraron unos a otros e imaginaron que cada minuto que se escapaba arrebatábales un encanto, y dejaba en su semblante surcos más profundos donde nada se notaba en el momento precedente. ¿Era acaso una ilusión? ¿El cambio de una vida entera limitábase a tan breve espacio, y eran ya sólo cuatro ancianos sentados con su viejo amigo, el doctor Héidegger.

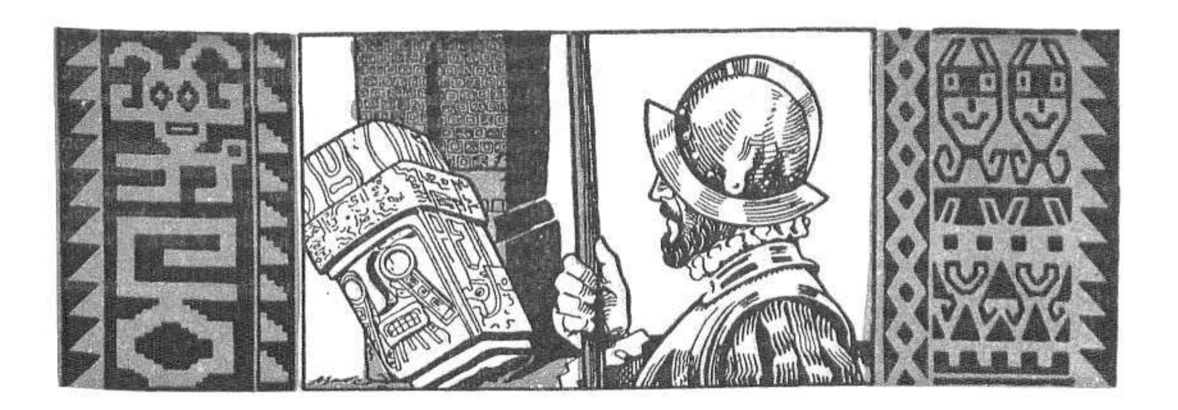
— ¿Nos volvemos viejos tan pronto, otra vez? — exclamaron dolorosamente.

Así era en realidad. El agua de la juventud poseía solamente virtudes más pasajeras que las del vino. El delirio que creaba había desaparecido. ¡Sí! Eran viejos otra vez. Con impulso repentino, que demostraba que era aún mujer, la viuda oprimió sus flacas manos contra su semblante, deseando que la tapa del ataúd cayera sobre ella, ya que no podía volver a ser hermosa.

— Sí, amigos míos; sois viejos otra vez — dijo el doctor Héidegger: — y ¡ay! el agua de la juventud se ha derramado toda por el suelo. Bien; no lo lamentaré; pues aun cuando la fuente brotara en los mismos umbrales de mi puerta, mis labios no la habrían de tocar; no, aunque el delirio que produjera durase años en vez de algunos instantes. ¡Esta es la lección que me habéis enseñado!

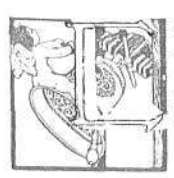
Pero los cuatro amigos del doctor Héidegger no aprovecharon para sí la lección. Resolvieron organizar una peregrinación a la Florida y beber mañana, tarde y noche de la Fuente de la Juventud.





LOS POLVOS DE LA CONDESA

CRÓNICA DE LA ÉPOCA DEL DÉCIMOCUARTO VIRREY DEL PERÚ



EN una tarde de junio de 1631 las campanas todas de las iglesias de Lima plañían fúnebres rogativas, y los monjes de las cuatro órdenes religiosas que a la sazón existían, congregados en pleno coro, entonaban salmos y preces.

Los habitantes de la tres veces coronada ciudad cruzaban por los sitios en que, sesenta años después, el virrey conde de la Monclova debía construir los portales de Escribanos y Botoneros, deteniéndose frente a la puerta lateral del palacio.

En éste todo se volvía entradas y salidas de personajes más o menos caracterizados.

No se diría sino que acababa de dar fondo en el Callao un galeón con importantísimas nuevas de España, ¡tanta era la agitación palaciega y popular!, o que, como en nuestros democráticos días, se estaba realizando uno de aquellos golpes de teatro a que sabe dar pronto término la justicia de cuerda y hoguera.

Los sucesos, como el agua, deben beberse en la fuente; y por esto, con venia del capitán de arcabuceros que está de facción en la susodicha puerta, penetraremos, lector, si te place mi compañía, en un recamarín de palacio.

Hallábanse en él el excelentísimo señor don Luis Jerónimo Fernández de Cabrera Bobadilla y Mendoza, conde de Chinchón, virrey de estos reinos del Perú por S. M. don Felipe IV, y su íntimo amigo el marqués de Corpa. Ambos estaban silenciosos y mirando con avidez hacia una puerta de escape, la que al abrirse dió paso a un nuevo personaje.

Era éste un anciano. Vestía calzón de paño negro a media pierna, zapatos de pana con hebillas de piedra, casaca y chaleco de terciopelo, pendiendo de este último una gruesa cadena de plata con hermosísimos sellos. Si añadimos que gastaba guantes de gamuza, habrá el lector conocido el perfecto tipo de un esculapio de aquella época.

El doctor Juan de Vega, nativo de Cataluña y recién llegado al Perú, en calidad de médico de la casa del virrey, era una de las lumbreras de la ciencia que enseña a matar por medio de un *récipe*.

— ¿Y bien, don Juan? — le interrogó el virrey, más con la mirada que con la palabra.

— Señor, no hay esperanza. Sólo un milagro puede salvar a doña Francisca.

Y don Juan se retiró con aire compungido.

Este corto diálogo basta para que el lector menos avisado conozca de qué se trata.

El virrey había llegado a Lima en enero de 1629, y dos meses más tarde su bellísima y joven esposa doña Francisca Henríquez de Ribera, a la que había desembarcado en Paita para no exponerla a los azares de un probable combate naval con los piratas. Algún tiempo después se sintió la virreina atacada de esa fiebre periódica que se designa con el nombre de terciana, y que era conocida por los Incas como endémica en el valle del Rimac.

Sabido es que cuando, en 1378, Pachacutec envió un ejército de treinta mil cuzqueños a la conquista de Pachacamac, perdió lo más florido de sus tropas a estragos de la terciana. En los primeros siglos de la dominación europea los españoles que se avecindaban en Lima pagaban también tributo a esta terrible enfermedad, de la que muchos sanaban sin específico conocido, y a no pocos arrebataba el mal.

La condesa de Chinchón estaba desahuciada. La ciencia, por boca de su oráculo don Juan de Vega, había fallado.

— ¡Tan joven y tan bella! — decía a su amigo el desconsolado esposo. — ¡Pobre Francisca! ¿Quién te habría dicho que no volverías a ver tu cielo de Castilla ni los cármenes de Granada? ¡Dios mío! ¡Un milagro, Señor, un milagro!...

— Se salvará la condesa, excelentísimo señor — contestó una voz en la puerta de la habitación.

El virrey se volvió sorprendido. Era un sacerdote, un hijo de Ignacio de Loyola, el que había pronunciado tan consoladoras palabras.

El conde de Chinchón se inclinó ante el jesuíta. Este continuó:

— Quiero ver a la virreina; tenga vuecencia fe y Dios hará el resto.

El virrey condujo al sacerdote al lecho de la moribunda.

II

SUSPENDAMOS nuestra narración para trazar muy a la ligera el cuadro de la época del gobierno de

don Luis Jerónimo Fernández de Cabrera, hijo de Madrid, comendador de Criptana entre los caballeros de Santiago, alcaide del alcázar de Segovia, tesorero de Aragón y cuarto conde de Chinchón, que ejerció el mando desde 14 de enero de 1629 hasta el 18 del mismo mes de 1639.

Amenazado el Pacífico por los portugueses y por la flotilla del pirata holandés *Pie de palo*, gran parte de la actividad del conde de Chinchón se consagró a poner el Callao y la escuadra en actitud de defensa. Envió además a Chile mil hombres contra los araucanos, y tres expediciones contra algunas tribus de Puno, Tucumán y Paraguay.

Para sostener el caprichoso lujo de Felipe IV y sus cortesanos tuvo la América que contribuir con daño de su prosperidad. Hubo exceso de impuestos y gabelas, que el comercio de Lima se vió forzado a soportar.

Data de entonces la decadencia de los minerales de Potosí y Huancavelica, a la vez que el descubrimiento de las vetas de Bombón y Caylloma.

Fué bajo el gobierno de este virrey cuando, en 1635, aconteció la famosa quiebra del banquero Juan de la Cueva, en cuyo banco — dice Lorente — tenían suma confianza así los particulares como el Gobierno. Esa quiebra se conmemoró, hasta hace poco, con la mojiganga llamada *Juan de la Cova, coscoroba.*

El conde de Chinchón fué tan fanático como cumplía a un cristiano viejo. Lo comprueban muchas de sus disposiciones. Ningún naviero podía recibir pasajeros a bordo si previamente no exhibían una cédula de constancia de haber confesado y comulgado la víspera. Los soldados estaban también obligados, bajo severas penas, a llenar cada año este precepto, y se prohibió que en los días de Cuaresma se juntasen hombres y mujeres en un mismo templo.

Como lo hemos escrito en nuestros *Anales de la Inquisición de Lima*, fué esta la época en que más víctimas sacrificó el implacable tribunal de la fe. Bastaba ser portugués y tener fortuna para verse sepultado en las mazmorras del Santo Oficio. En uno solo de los tres autos de fe a que asistió el conde de Chinchón fueron quemados once judíos portugueses, acaudalados comerciantes de Lima.

Hemos leído en el librejo del duque de Frías que, en la primera visita de cárceles a que asistió el conde, se le hizo relación de una causa seguida a un caballero de Quito acusado de haber pretendido sublevarse contra el monarca. De los autos dedujo el virrey que todo era calumnia, y mandó poner en libertad al preso, autorizándolo para volver a Quito y dándole seis meses de plazo para que sublevase el territorio; entendiéndose que si no lo conseguía pagarían los delatores las costas del proceso y los perjuicios sufridos por el caballero.

¡Hábil manera de castigar envidiosos y denunciantes infames!

Alguna quisquilla debió tener su excelencia con las limeñas cuando en dos ocasiones promulgó bando contra las *tapadas*; las que, forzoso es decirlo, hicieron con ellos papillotas y tirabuzones. Legislar contra las mujeres ha sido y será siempre sermón perdido.

Volvamos a la virreina, que dejamos moribunda en el lecho.

III

Un mes después se daba una gran fiesta en palacio en celebración del restablecimiento de doña Francisca.

La virtud febrífuga de la *cascarilla* quedaba descubierta.

Atacado de fiebres un indio de Loja llamado Pedro de Leyva bebió, para calmar los ardores de la sed, del agua de un remanso en cuyas orillas crecían algunos árboles de *quina*. Salvado así, hizo la experiencia de dar de beber a otros enfermos del mismo mal cántaros de agua, en los que depositaba raíces de cascarilla. Con su descubrimiento vino a Lima y lo comunicó a un jesuita, el que, realizando la feliz curación de la virreina, prestó a la humanidad mayor servicio que el fraile que inventó la pólvora.

Los jesuitas guardaron por algunos años el secreto, y a ellos acudía todo el que era atacado de tercianas. Por eso, durante mucho tiempo, los polvos de la corteza de quina se conocieron con el nombre de *polvos de los jesuitas.*

El doctor Scrivener dice que un médico inglés, Mr. Talbot, curó con la quinina al príncipe de Condé, al delfín, a Colbert y otros personajes, vendiendo el secreto al gobierno francés por una suma considerable y una pensión vitalicia.

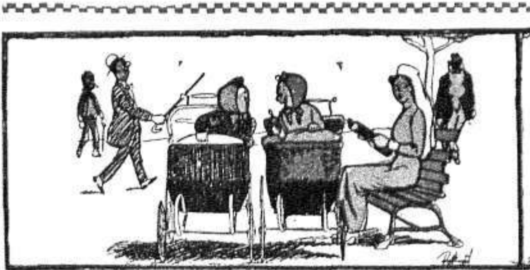
Linneo, tributando en ello un homenaje a la virreina condesa de Chinchón, señaló a la quina el nombre que hoy le da la ciencia: *Chinchona.*

Mendiburu dice que, al principio, encontró el uso de la quina fuerte oposición en Europa, y que en Salamanca se sostuvo que caía en pecado mortal el médico que la recetaba, pues sus virtudes eran debidas a pacto de los peruanos con el diablo.

En cuanto al pueblo de Lima, hasta hace pocos años conocía los polvos de la corteza de este árbol maravilloso con el nombre de *polvos de la condesa* (1).

RICARDO PALMA

(1) La primera esposa del conde de Chinchón llamóse doña Ana de Osorio, y por muchos se ha creído que fué ella la salvada por las virtudes de la quina. Un interesante estudio histórico publicado por don Félix Cipriano Zegarra en la *Revista Peruana*, en 1879, nos ha convencido de que la virreina que estuvo en Lima se llamó doña Francisca Henríquez de Ribera. Rectificamos, pues, con esta nota la grave equivocación en que habíamos incurrido.



— ¿Duermes mucho de día?
— Lo más que puedo, a fin de "hacerla" rabiar de noche a "ésta"...



Ella. — Como dices que te encantan los animales por lo silenciosos que son...

Página Infantil

Isabel y María

Luisa Setién

Jorge Sebastián Chico

Cachito Elkin



TARDE EN SAN BERNARDO

ÓLEO DE

PASCUAL F. AYLLON

NOTAS GRAFICAS DE ROSARIO



Séptima regata del Campeonato interno del "Rosario Regatas Club". Ganadores de la 6.ª carrera, 1600 metros: Larriacq, Latorraca, Sicard, Ortiz, Stein, Causa, Edwards, Taiana, Oroño y Calvo.



Iglesias, Aletta, Rowe, Demin y Volberg, ganadores de una de las carreras de 1600 metros.



Equipo vencedor de la 4.ª carrera, 1600 metros: Volberg, Thomas, Morello, Monti, Larriacq, Ernstberger, Achilli, Cané y Stein.



Señoritas Botto, Rocca, Lazcano y Loyola, en los jardines del Club, durante la hermosa reunión deportiva.



Señoritas Boccacio, Wheiler, Klein y Rimoldi presenciando las pruebas.

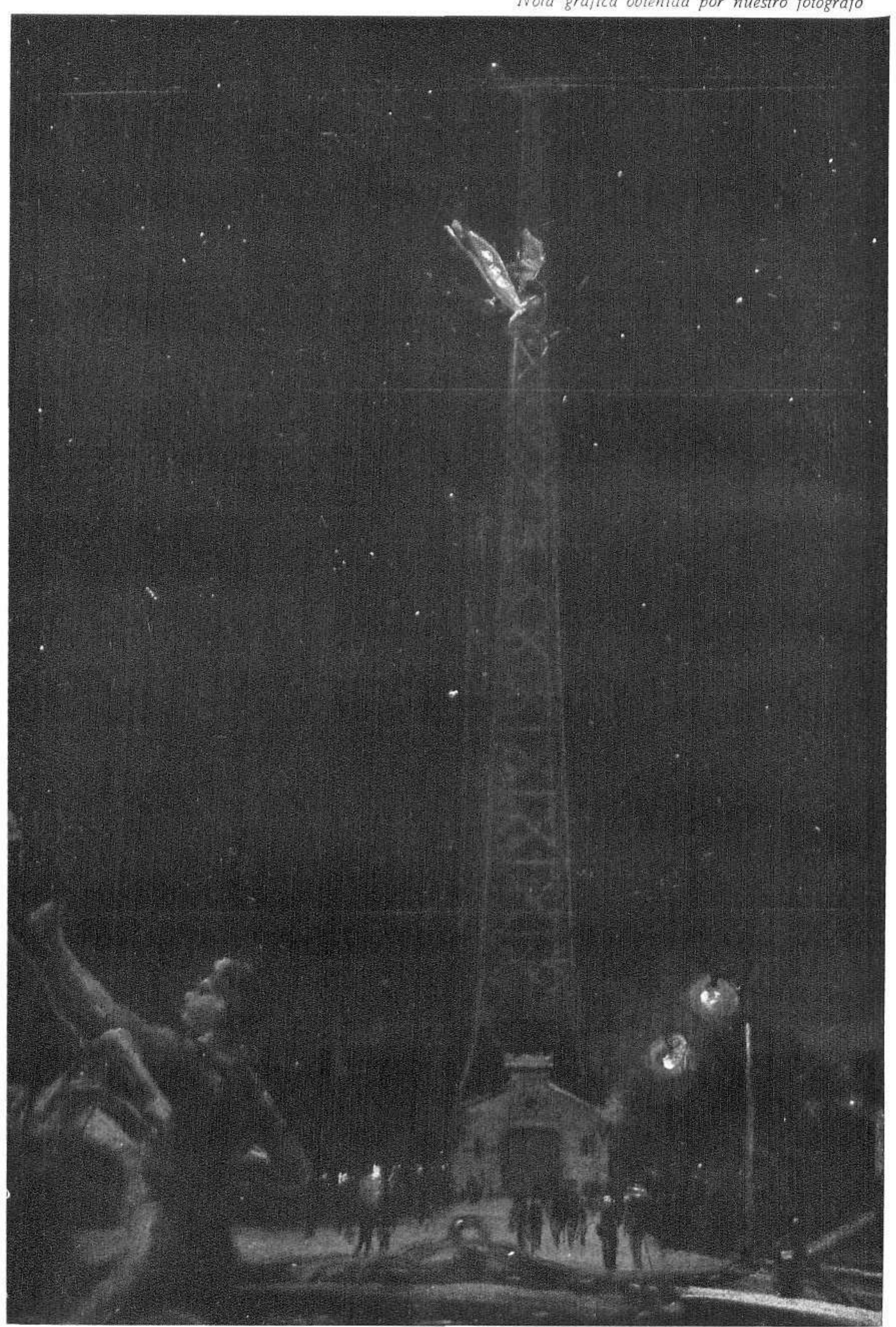


Bodas de plata de la "Sociedad Humberto I". — Grupo de socios fundadores de la prestigiosa institución que fueron obsequiados con una medalla de oro y diploma.

SENSACIONAL Y TRAGICO

UN APARATO CHOCA, CAE Y SE INCEN

Nota gráfica obtenida por nuestro fotógrafo



IMPRESIONANTE MOMENTO EN QUE EL ALA IZQUIERDA DEL «CURTISS» DE HANSEN CHOCA CONTRA LA TORRE, QUEDANDO AQUÉLLA DESTROZADA. EL APARATO, SIN DIRECCIÓN, SE PRECIPITÓ VERTIGINOSAMENTE SOBRE TIERRA, INCENDIÁNDOSE EL MOTOR AL PRODUCIRSE EL TREMENDO GOLPE.

ACCIDENTE DE VOLACION

DIA ANTE UNA ENORME MULTITUD

Sr. Arroyo al producirse el suceso



Reciente fotografía de J. Pedro Hansen, el infortunado piloto de las hábiles maniobras cuya brillante carrera había culminado, hace pocos meses, en la travesía de los Andes, muerto ahora en la plenitud de su vida.



El capitán aviador Isaac Morel, que reconoció el cadáver, con algunos pilotos y los facultativos de la Asistencia Pública que lo examinaron.



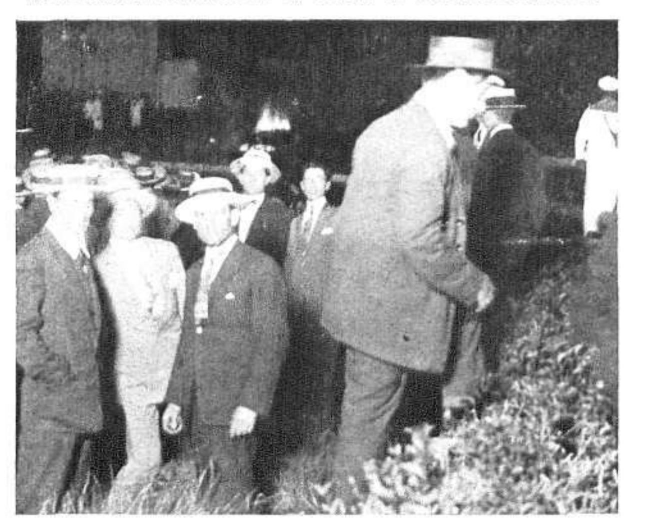
El oficial Pozzo, que sufrió algunas heridas y quemaduras al acudir presuroso al lugar de la catástrofe, logrando extraer los restos del aviador secundado por otras personas.

La torre de la Dársena Sur contra la que, a pocos metros de la plataforma, chocó el aeroplano de Hansen. Se pueden observar perfectamente los pedazos del ala-

El aparato envuelto en llamas apenas se estrelló contra el suelo, instantánea obtenida por uno de nuestros fotógrafos antes de que se acudiera al salvamento de los despojos del infortunado tripulante.

Las 25.000 personas que presenciaban regocijadas la lucida fiesta aeronáutica celebrada la noche del sábado pasado en el Balneario Municipal, víéronse sobrecogidas de espanto ante la trágica y espectacular caída del aviador Hansen, que habiendo descendido hasta menos de 100 metros, chocó violentamente contra una de las torres de la estación radiotelegráfica de la Dársena Sur, quebrándose el ala izquierda de su aparato algunos metros por debajo de la plataforma de la torre donde se hallaba el farol indicador. En esto, la máquina giró rápidamente, rebelde a todo control, y la caída se produjo, yendo a estrellarse el aeroplano en una pequeña hondonada, cerca del teatro Hernández. Al chocar contra el suelo hicieron explosión el motor y las bombas para el bombardeo, y las llamas, instantáneamente, envolvieron y devoraron a tripulante y aparato. No sin trabajo fué extraído el malogrado piloto.

La consternación que produjo el fatal accidente fué tan grande, que muchas personas se afectaron hasta el punto de perder el conocimiento sobre todo aquellas que llegaron a ver el cuerpo del desdichado aviador, el que aparecía desnudo y roído por el voraz elemento, presentando un aspecto desolador tanto la cabeza como otros miembros, los que apenas podían reconocerse como pertenecientes a un ser humano. En la muñeca del brazo izquierdo tenía colocado un reloj de pulsera con el vidrio roto, parado a las 21 horas, 15 minutos y 43 segundos.



Parte del público presenciando el incendio del aeroplano después que, con bastantes dificultades por la carencia de agua, se consiguió extraer el cadáver carbonizado de Hansen.



Autoridades y marinería ante los restos quemados del aparato Curtiss piloteado por Hansen, que cayó a una distancia de 15 metros [illegible] al bajo que corrían.

ANUARIO DE "LA RAZON"



Conteniendo 352 páginas nitidamente impresas e ilustradas con profusión, acaba de ser editada esta obra por nuestro estimado colega vespertino. Su abundante e interesante material respecto de Economía, Finanzas, Agricultura, Ganadería, Comercio, Bellas Artes, Literatura, Teatro, Deportes, Ferrocarriles, etcétera, etc., la hacen muy apreciable para el lector en general y especialmente para cuantos deseen documentarse en debida forma acerca de nuestros adelantos, así en el orden cultural como en el del progreso, de todo lo cual es un fiel exponente. Así lo ha entendido el público, que le prestó su favor desde los primeros momentos, dándose en seguida cuenta de la amplitud y competencia con que están redactados todos sus artículos, y de la variedad que ofrecen los mismos.

Este esfuerzo editorial iniciado y realizado por los actuales directores de *La Razón*, doctor Angel L. Sojo y señor Gaspar Cornille, merece los más sinceros elogios por el servicio periodístico que significa tan esmerada edición, excelentemente recibida en todo el país.

General Alberto Noailles



Relativamente joven, desempeñaba el extinto, debido a sus propios merecimientos y a sus altas cualidades de carácter y dedicación, el elevado puesto de jefe del Estado Mayor del Ejército en cuyas funciones le sorprendió la muerte. Militar por excelencia, dedicó al ejercicio de tal profesión todas sus energías, habiendo conseguido, grado por grado, alcanzar la posición que últimamente ocupaba. De gran capacidad técnica y además autor de varias obras de carácter táctico, su desaparición ha sido hondamente deplorada.

Carlos M.ª Pacheco

Temperamento alegre y sensitivo a la vez, había sido, en la noble acepción de la palabra, un espíritu bohemio siempre dispuesto al cultivo de toda tendencia intelectual. Sus populares sátiras escénicas, a veces aceradas; la fuerza cómica de sus diálogos; los ingeniosos y agudos rasgos con que sabía trazar sus caricaturas literarias, y los toques sentimentales, con frecuencia dramáticos, que abundan en sus numerosas obras, acusan un notable talento y una personalidad vigorosa. El éxito le fué pródigo durante su larga carrera.



DE MONTEVIDEO



Nápoli Yanicelli, del Club Nacional de Regatas, ganador de la Copa "El Telégrafo".



Taranco, Sáenz, Gainza, De Santiago y Goldie, tripulantes del bote vencedor en la de "senior four".



Enrique Steward Vargas, del Montevideo Rowing Club, ganador de premio Junior Single Scull.



Alberto Armas, Yanicelli y R. Velez, del Club Nacional de Regatas, vencedores en las regatas de novicios



Grupo de distinguidas señoritas presenciando desde la borda de un barco las incidencias de las regatas.



Teófilo Tans, del Club Washington, ganador de la travesía de la bahía de Montevideo, acompañado de sus dos

Centenario de Falucho



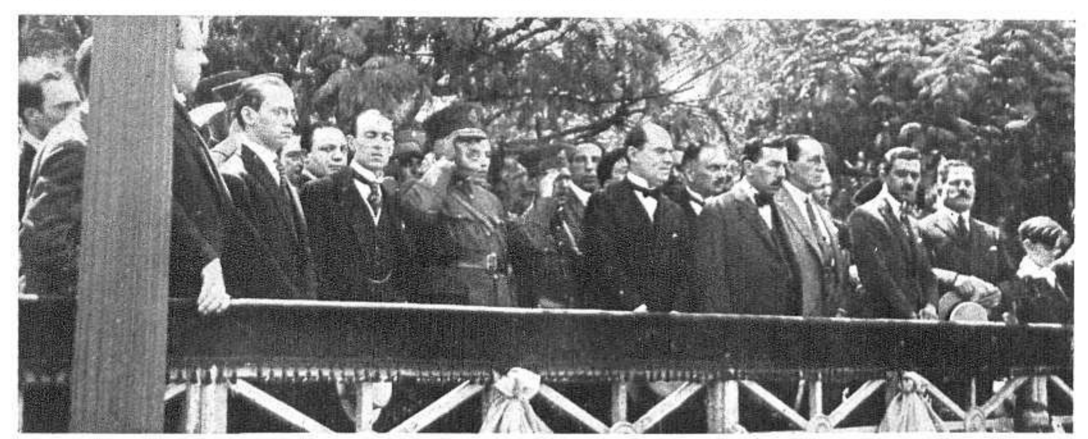
El sargento 1.º Manuel Caballero pronunciando su discurso en representación del Círculo Militar.



La gente de color ante el monumento levantado a la memoria del héroe del Callao, sobre el que depositaron numerosas ofrendas florales como testimonio de sincera admiración.

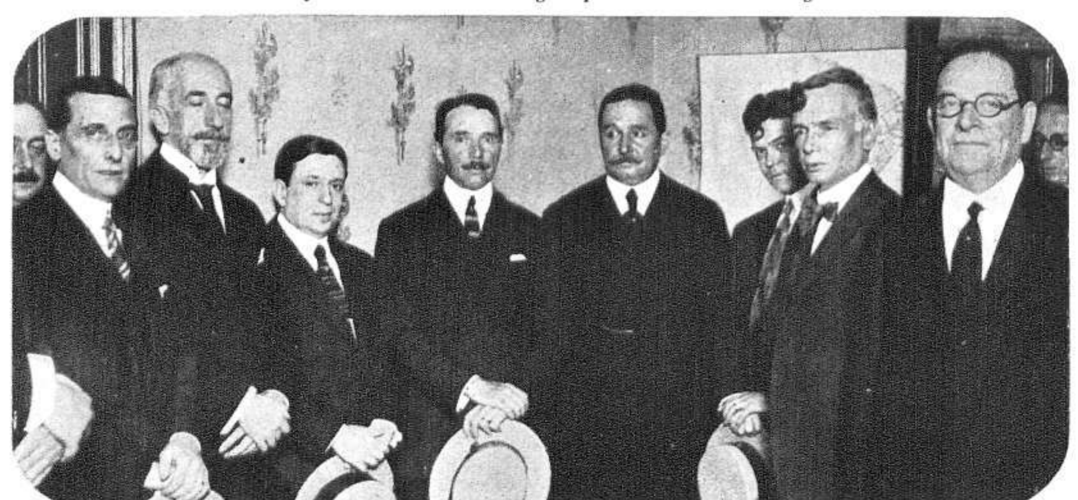


El doctor Emilio del Solar, representante del Perú, leyendo su oración patriótica.



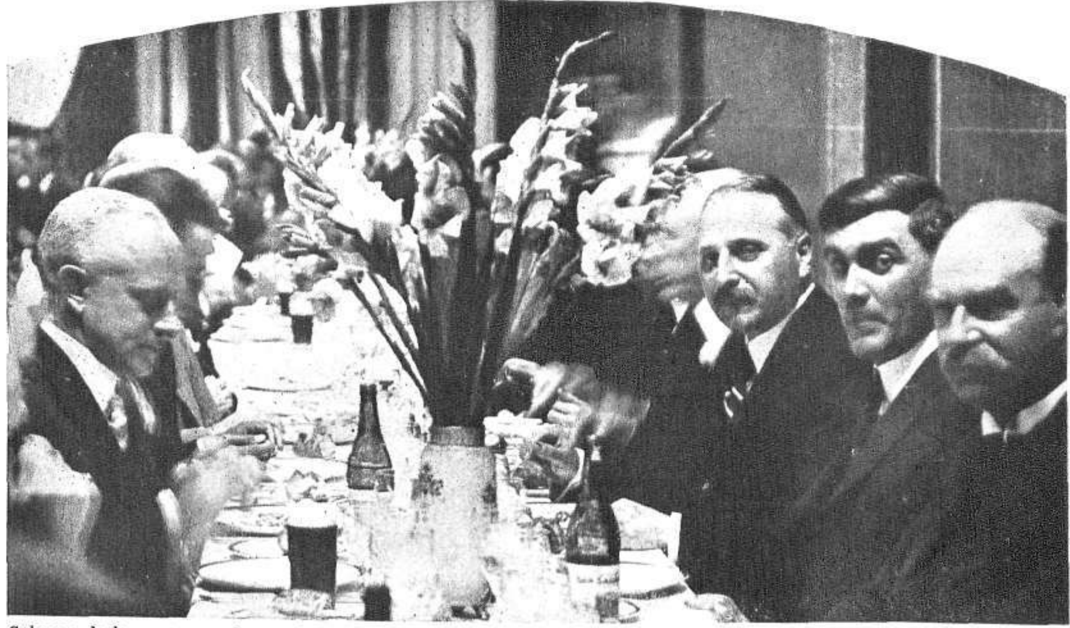
El ministro de Guerra, delegados de diversas asociaciones y otras personas escuchando los acordes del Himno Nacional en el solemne acto del homenaje tributado al heroico soldado con motivo del primer centenario de su valerosa muerte.

Toma de posesión de sus cargos por los nuevos magistrados



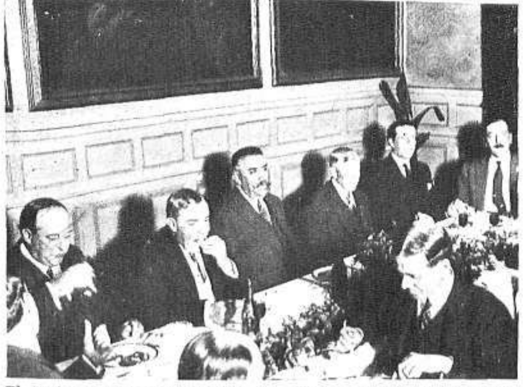
El doctor Aquileo González Oliver juntamente con las personas que asistieron a su toma de posesión como juez de instrucción, hallándose entre ellos el doctor Ricardo Ortiz de Rozas, que poco antes había prestado juramento como camarista

El American Club agasaja al nuevo Embajador argentino en Norte America



Cabecera de la mesa ocupada por el doctor Honorio Pueyrredón, el Embajador de Norte América, Mr. John Wallace Riddle; el presidente del American Club, don Arturo Gordon, y los socios de la conocida agrupación, organizadores del banquete ofrecido en honor del primero con objeto de significarle su simpatía por su nombramiento para ocupar la Embajada Argentina en Wáshington. En la demostración, que resultó muy brillante, tuvo a su cargo el único discurso de práctica nuestro diplomático, que fué muy felicitado.

Demostración



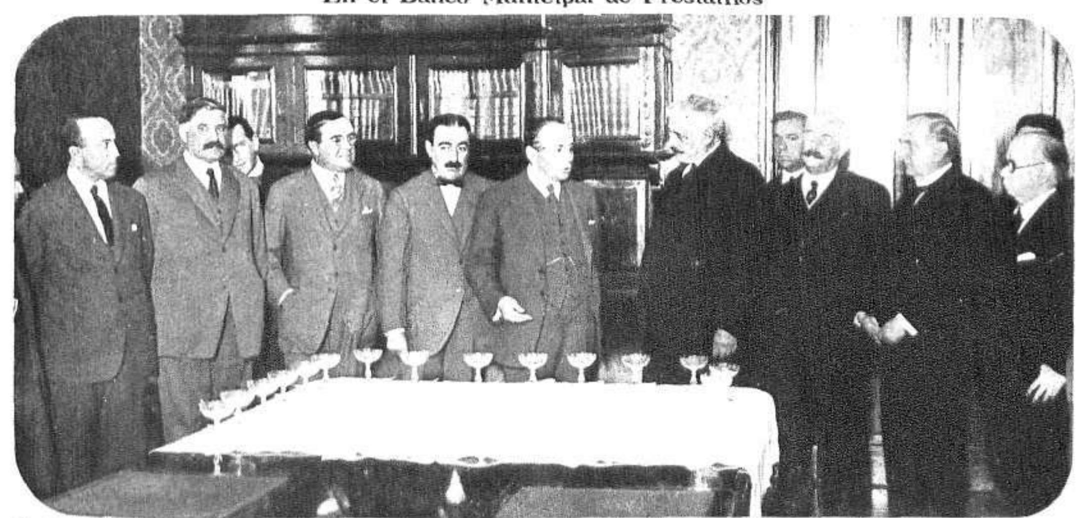
El teniente coronel Francisco R. Denis a quien un grupo de amigos obsequió con un banquete para celebrar su reelección como gobernador del Territorio de Neuquen.

Festival danzante



Familias que fueron invitadas al festival organizado por la Comisión Directiva del Club Social Eslava a beneficio de la Asociación de Nuestra Señora de Luján.

En el Banco Municipal de Préstamos



El secretario de Hacienda de la Municipalidad, doctor Ravignani, pronunciando su breve discurso ante los miembros del Directorio y altos funcionarios de la institución, después de haberse hecho cargo del puesto de gerente el señor Luis M. Beascochea.

La obra inhumana de un alcoholista



Eristo Pereyra, el inhumano marido, detenido en la comisaria.

Alcoholista consuetudinario y sujeto de instintos perversos según el concepto del vecindario, Pereyra martirizaba a su segunda esposa brutalmente, teniéndola encerrada y golpeándola a diario cuando regresaba a su hogar en estado de ebriedad, sin que la infeliz se atreviera a denunciarlo a pesar de los consejos de algunos vecinos, hasta que, por denuncia de uno de ellos, la policía tomó cartas en el asunto, apoderándose de la víctima, que yacía postrada en el mísero lecho de su pieza, entre la suciedad y el abandono más grandes, siendo su estado de debilitamiento tan atroz, que no pudo responder a las preguntas que le hacían, por lo que fué hospitalizada.



Tristísimo aspecto de Ruperta Salazar, la esposa martirizada, cuya postración hace temer por su vida.



El revuelto y sucio lecho que en una pieza de la casa de la calle Galván número 3367 ocupaba el matrimonio.

Sangriento incidente entre padre e hijo



Roque Maggia, heridor de su hijo.



Pedro Maggia, que al detenderse lesionó a su padre.

Enardecidos y violentos después de sostener una disputa por motivos domésticos, un padre y su hijo se toman brutalmente a golpes. El primero, apoderándose de una cuchilla y aprovechando un descuido de su contrincante, le infirió una profunda puñalada, dejándolo gravísimo, habiendo recibido él fuertes golpes en las espaldas propinados con una banqueta. El suceso tuvo lugar en la finca de la calle Caldas número 236, en una de las habitaciones de la misma ocupada por ellos.

La policía, pocos momentos después, arrestaba al padre y conducía al hijo a hospital Torcuato de Alvear.

Discusión que termina en drama



Domingo Orzatti, herido gravemente de tres balazos.



Angel Lavatto, el autor de los disparos.

En plena vía pública, dos vecinos, enemistados porque uno de ellos, sin escuchar las protestas del otro, construyera un galpón sobre la pared medianera que dividía las fincas que ambos ocupaban con sus respectivas familias, pasaron de un fuerte altercado a los hechos, escuchándose en seguida siete detonaciones producidas por Lavatto, tres de cuyos proyectiles se incrustaron en el vientre de Orzatti, que fué recogido en gravísimo estado. El primero, que es estudiante de medicina, manifestó al ser arrestado, que había obrado en legítima defensa al verse amenazado por su enemigo, que esgrimía un cuchillo.

Tragedia entre hermanos

Una deslealtad difícil de calificar porque entraña los más ruines sentimientos, determinó una sangrienta colisión entre dos hermanos, uno de ellos, José Angel, llegado hace poco a esta ciudad y siendo hospedado por el otro, Victor, en su propio hogar, compuesto por su esposa y una hijita de dos años. Parece ser que sin respeto ni consideración ninguna a la hospitalidad y al parentesco, el primero importunaba con torpes solicitudes a su cuñada, aprovechando las ausencias del marido, que es agente de policía; y en vista de que ella se resistía indignada, una de las veces logró dominarla a golpes y realizar su propósito. Cuando regresó su esposo, la víctima le refirió desesperada lo sucedido, y entonces éste esperó la llegada de su hermano para reclamarle, y al enfrentarse con él, el abusador negó cínicamente el hecho, acabando por confesar, y entonces fué cuando Victor, ciego de ira, le disparó los tres balazos.



Victor Córdoba, que descerrajó tres tiros de revólver contra su hermano José Angel.

Incendio en una fábrica de automóviles



Escombros a que quedó reducido el edificio ocupado por un taller de reparaciones y carrocería para automóviles, negocio perteneciente a los señores Franconi y Duni y cuyas pérdidas se avalúan en unos 90.000 pesos.



"La Olivarera del Mediterráneo" de Lucca y Oneglia comunica que ha confiado sus intereses en la Argentina a la firma especialista

Freixas y Cia

de Buenos Aires por razones del mayor prestigio.

La curiosidad afable que existe por conocer y probar el aceite «F» quedará satisfecha con una honradez que tiene en el favor constante de los consumidores, en todo el mundo, la mejor prueba.

AUTO-MOTO-AVIACION

ACTIVIDAD DE LA QUINCENA

La «Copa América», disputada el 27 de enero último, estableció una nueva performance de velocidad sobre carretera, (99 kilómetros por hora) conseguida por el ganador, el automovilista argentino Raúl Riganti, sobrepasando el «record» del circuito de una distancia total de 200 kilómetros, que estaba en poder de Pedro Malgor, desde 1920, con 2 horas, 33 minutos, 31 segundos 3/5. Riganti marcó 2 horas, 4 minutos, 2/5.

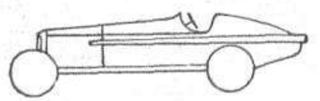
El Touring Club Argentino ha resuelto organizar su primera Exposición Nacional de vialidad, en ocasión de su tercer desfile de rodados antiguos y modernos, a efectuarse el 25 de mayo próximo.

El mayor Pedro L. Zanni y sus compañeros de viaje, alférez de fragata Nelson T. Page y mecánico Francisco Beltrame, partieron el 31 de enero último, con destino a Londres, donde ensayarán el anfibio Vicker-Vimy, que piensan utilizar para el vuelo alrededor del mundo a intentar en abril próximo.

Después de las carreras de la quincena, se habla ahora de los futuros «raids» automovilistas de Buenos Aires a Chile, que llevarán a cabo, en el transcurso del corriente mes, Pedro Malgor, Guillermo Burke, A. Longhi, ingeniero Follis y P. Fiore, todos ellos atravesando la Cordillera de los Andes.

PREPARACION DE UN AUTO PARA CARRERA

Cuando el propietario de un automóvilde sea participar en una carrera, debe tener presente ante todo, que no todas las máquinas tienen condiciones parae llo, debiendo ser el auto por sí mismo y en las condiciones que se encuentra, veloz, resistente, de rápido pique, de buena refrigeración y lubrificación, etc.



Vista de un coche de carrera moderno cuya carrocería, apropiada para carrera, es construída en forma lo más cilíndrica posible para evitar la excesiva presión de aire. Es preferible que la parte trasera termine en una forma ovoide, para facilitar el deslizamiento del aire.

Una vez probadas todas estas cualidades puede entonces disponerse para preparar el coche, debido a que los que se usan generalmente en este país, son del tipo Standard para paseo o turismo, no para carreras, por lo cual necesitan hacerles las modificaciones que a continuación detallamos para ponerlo en condiciones de competir con probabilidades de éxito.

Empezaremos por sacar completamente la carrocería y desarmar el motor. Revisaremos bien éste en todos sus puntos, observando que el cilindro no esté rayado y esmerilando todas las válvulas, cambiándole los resortes por otros un poco más fuertes.

Cambiaremos también los aros por otros nuevos, colocándose en la última ranura inferior un aro concéntrico para impedir la subida del aceite y evitar pérdidas de compresión. A los pistones se les alivianará agujereándolos. Se quitará el magneto, se limpiará bien haciendo imantar los imanes. Al poner nuevamente el magneto en el motor se le avanzará un diente, teniendo luego cuidado al ponerlo en marcha de colocar la manecilla del avance, en retardo, avanzándola luego al marchar.

Regúlese perfectamente el carburador para que pueda responder con facilidad en las altas velocidades.

Al resorte principal del embrague se le registrará para apretarlo a objeto de que no patine, siendo preferible que sea un poco más brusco pero que no resbale.

Se removerá la dirección de su sitio normal colocándola más bajo y con una inclinación como más convenga al conductor del auto, afirmándola con una planchuela de hierro al piso de la carrocería.

Se desarmará completamente el diferencial, y se colocará una nueva corona con dientes del mismo paso, pero que tenga dos dientes menos que la corona anterior.

En cuanto al piñón motriz se hará lo contrario, es decir, se le colocará un piñón con un diente más.

Este cambio hace que la corona gire con más rapidez que antes; por lo tanto, con el mismo régimen del motor, el coche corre mucho más velozmente. Además de estas innovaciones, que podríamos llamar primordiales, se harán otras, tales como la revisión y limpieza de los elásticos, a los que conviene forrarlos también con piolín grueso y bien engrasado cuidando que las vueltas del piolín estén bien juntas una a la otra; colocarle amortiguadores uno para cada rueda para evitar las violentas sacudidas del coche y elásticos, y terminados todos estos y otros arreglos que muchas veces concibe mejor el mismo corredor, hay que cuidar de que el coche esté bien equilibrado, es decir, que la parte trasera debe siempre ser más pesada que la delantera, unos 50 kilos; si así no lo fuere se asegurarán fuertemente con bulones unos lingotes de hierro en la parte de atrás del auto, debajo del piso de la carrocería, hasta que obtengamos este peso. En esta forma se asegura un mejor agarre de las ruedas y además se evita que en los sitios donde el auto salte mucho a causa de los pozos, baches, etc., caiga de «narices», pues esto, a más de perjudicar al coche, puede hacerlo volcar fácilmente.

La inspección necesaria de los automóviles.

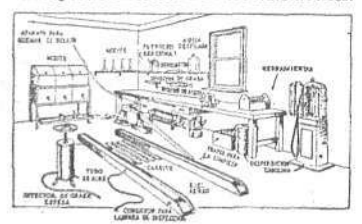


Diagrama de un taller ideal para los trabajos de inspección y de pruebas. Todas las herramientas están dispuestas al fácil alcance de los operarios, lo que facilita y acelera el trabajo.

ROTURA DE UN ELASTICO

Si se ocasiona la rotura de una hoja de estos elásticos y no poseemos otra para reemplazarla, entonces se tomarán dos trozos de hierro planos cualquiera, pudiendo servir perfectamente las palancas de los neumáticos, colocándolas una debajo y la otra encima del elástico roto. Ahora ataremos todo con un hilo de cáñamo de manera que quede completamente ajustado; en seguida se moja con agua y el conjunto queda fuertemente sujeto.



De esta manera y marchando despacio, podemos recorrer muchos kilometros hasta llegar a sitios poblados y arreglar la avería definitivamente, poniendo una hoja nueva o haciendo arreglar la rota.

COSAS QUE DEBEMOS RECORDAR DIARIAMENTE

No hay que salir nunca sin examinar si hay suficiente nafta, agua y aceite.

No acelere inútilmente el motor, cuando el coche está parado.

No haga funcionar el motor de arranque por largo tiempo. Si el motor no arranca después de 2 ó 3 tentativas, baje e investigue la causa.

No se olvide aflojar la palanca de frene, antes de partir.

No use nunca lubrificantes de baja calidad. El aceite bueno por caro que sea, es siempre barato.

Nunca se cambie de velocidad o frene, sin antes desembragar.

Al partir en la mañana, especialmente en invierno, hágase uso siempre del cebador del carburador.

Permita al motor que se caliente, y luego marche, antes no.

Examine que los neumáticos estén todos debidamente inflados.



NOTA COMICA DEL

GLAUDA

VERMOUTH ARGENTINO

—No se arrime usted mucho, señora.

—¿Porqué?

—Porque ya sabe usted que los peces grandes se comen a los chicos.

De General Villegas


Alumnas del Colegio María Inmaculada que rindieron exámenes obteniendo las más altas clasificaciones.

UN SEXTO SENTIDO DE LAS MUJERES

El profesor Richet de la Academia Francesa de Medicina, ha descubierto que las mujeres tienen un sentido más que el hombre, sentido que ha bautizado con el difícil nombre de *Criptacathesia*, el cual consiste en la percepción intuitiva de la mentira.

El profesor Richet afirma que de cada diez mujeres, nueve pueden discernir perfectamente cuando les mienten sus maridos, y que éstos están en condiciones de inferioridad ante ellas, por cuanto en el hombre se manifiesta pocas veces tal facultad. Así ellas les mienten impunemente.

Esta sensacional noticia ha sido telegrafiada por el corresponsal del Universal Service de Nueva York, a quien hay que dejar el honor y la responsabilidad del estupendo descubrimiento.

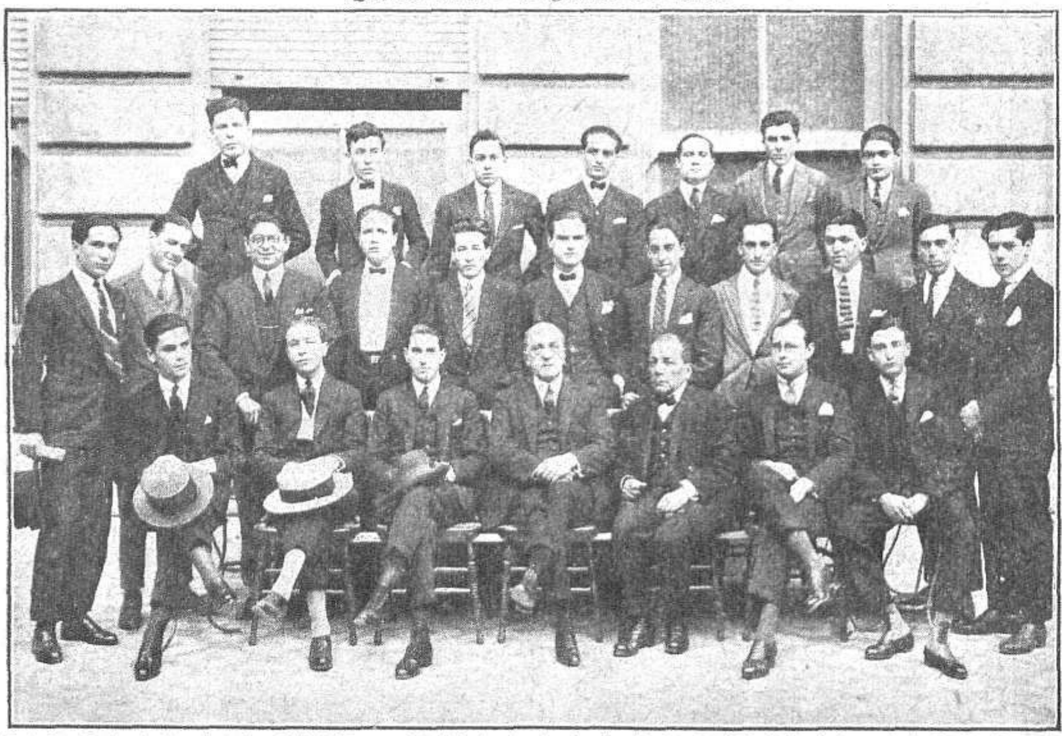
En la mayor parte de las ocasiones la audacia para decir la verdad no debe reconocer límites ni obstáculos. — LUIS VIDART.

Admirar la virtud del prójimo es ya una prueba de virtud. — TEMISTIUS.


DÖRFEL

Bachilleres egresados del Colegio Nacional "Mariano Moreno"

Quinto año. — Segunda División



Sentados. De izquierda a derecha: Aníbal Macrae, David Leicach, Arquímedes Pantín, José M. Bollo, (vicerrector), doctor Juan A. Martínez (profesor de Historia), Enrique Casagrande y Carlos Badaraco. Parados. Primera fila. De izquierda a derecha: Alfonso Albanese, Moisés Cantis, Ricardo Abreu, Rodolfo Pantín, Ignacio Castellá, Raúl Bogao, Julio Lazcano, Francisco Grillone, Enrique Ranzoni, Antonio Pepe y Juan C. García. Parados. Segunda fila. De izquierda a derecha: Horacio Marsán, Mario Deffis, Alfredo Tessier, Américo Riccio, José Lorenzo Fernando Punta y Avelino Merlo.


ARMADO CON UN
"COLT"
Vd. se sentirá amparado por la "protección más eficaz y efectiva", dado que un Revólver o una Pistola Automática
COLT
No Fallan Jamás
Los Revólveres y Pistolas
"COLT"
se hallan en venta en las principales armerías y ferreterías. Pídalos a su proveedor.
Escríbanos solicitándonos el Catálogo Ilustrado y el hermoso grabado: "La Señorita del Revólver".
COLT'S PATENT FIRE ARMS MFG. Co.
HARTFORD. CONN., E. U. de A.

LA CIUDAD MAS ANTIGUA DE ITALIA

Una de las ciudades más antiguas de Italia, si no la más antigua, es Ravena.

El «cicerone» que me acompañaba, una vieja mujer encargada de la custodia de la Iglesia de San Vitale y del Mausoleo de Galla Placidia, me aseguraba que la fundación de Ravena remonta nada menos que a siete generaciones antes de la guerra de Troya.

Me pareció mucho:

—Pero, ¿está segura? ¿Quién le dijo?

—¿Quién me dijo? Lea usted lo que ha escrito Dionisio de Halicarnaso, el historiador griego y verá...

—¿Usted lo ha leído en Dionisio de Halicarnaso?

—Yo no, porque no conozco el griego, pero los que pueden leerlo dicen así. Si tuviéramos que saber todas las cosas por lo que hemos aprendido directamente, nuestros conocimientos serían muy limitados.

La vieja me había tapado la boca con una contestación inesperada y no me quedó más remedio que morderme los labios. Sin embargo, quise insistir, por ese bendito amor propio que es muchas veces hermano menor del orgullo.

—¿Así que Ravena resultaría más antigua que la misma Roma?

—¡Qué tiene que ver! ¿Y qué habría con eso? Fíjese que según otro autor, y a ese sí que no le creo, Ravena ha sido fundada nueve siglos después del Diluvio universal. Así que ya ve. ¡Roma puede quedarse chiquitita!

Pues bien: con Diluvio universal o sin él, antes o después de la guerra de Troya, la moral del cuento es que la fundación de Ravena es de aquellos acontecimientos que quedan envueltos en tradiciones legendarias.



Capitel en la Iglesia San Vitale con monograma de Teodorico.

La ciudad debió ser antiguamente una especie de Venecia edificada sobre islotes ubicados entre el Pó, el Savio, el mar y los grandes esteros que se extendían por el lado del Poniente.

Por efecto de los aluviones, muchos esteros se llenaron y la ciudad quedó unida a tierra firme, siendo entonces necesario rodearla con una muralla, que en gran parte resiste aún a las injurias del tiempo.

Ravena puede llamarse la ciudad de Teodorico, pues el mayor período de su esplendor se debe al reinado de este emperador, que llegó al trono manchándose con el asesinato de Odoacre.

Entre el pueblo de Ravena corre hoy también una tradición curiosa respecto a Teodorico.

Se dice que temía morir de una muerte violenta, tal vez por los remordimientos que le ocasionaba el crimen de que fué víctima Odoacre. Un adivino le había predicho que moriría por efecto de un rayo y que se cuidara mucho en los días de tormenta.

Teodorico, que debió saber aquello de que hombre avisado medio salvado, no se lo hizo repetir dos veces y dió orden para que se construyera un monumento cuyo techo fuera de un solo pedazo de mármol de Istria. Dicho monumento serviría como abrigo contra la posibilidad de ser herido por los rayos y al mismo tiempo de mausoleo después de su muerte. Una galería subterránea pone en comunicación el Mausoleo con el palacio de Teodorico y, siempre según la tradición, el poderoso emperador, cuando el cielo amenazaba tormenta, se trasladaba desde su palacio hasta el Mausoleo por bajo tierra.

Pero estaba escrito que el rayo debía matarlo, y un día en que el huracán lo sorprendió en abierta campiña realizóse la profecía.

El Mausoleo de Teodorico se conserva aún en perfecto estado y no se llega a comprender cómo en aquellos tiempos fuera posible a los arquitectos elevar hasta 16 metros de altura ese techo monolítico cuyo peso representa unos 300 mil kilos y cuyo espesor es de un metro, y la circunferencia de treinta y tres.

Mas es preciso volver a la viejecita que está encargada de la custodia de la Iglesia de San Vitale y del Mausoleo de Galla Placidia.

La vieja estaba dispuesta a dejarme patitieso, haciendo alarde de su erudición histórica, pero sobrevino un incidente que hizo enmudecer al oráculo.

Es preciso conocer el corazón de los hijos de la Romaña. Creo que no existe en Italia otra gente más dada y expansiva. En cuanto un forastero llega a una de las tantas ciudades que componen la región que lleva este nombre, resulta objeto de atenciones y cuidados como si fuera un hermano que hubiese quedado ausente largo tiempo, y no hay peligro que le permitan gastar un solo centavo.

Pues bien: yo pregunté a la vieja si se podía visitar la tumba y el Mausoleo de Gala Placidia y la dejé bastante asombrada con mi ignorancia.

—¿Quién fué esta Gala Placidia? En realidad, muchos me habían hablado de esta dichosa Gala Placidia, pero confieso que en mis recuerdos históricos no figuraba para nada.

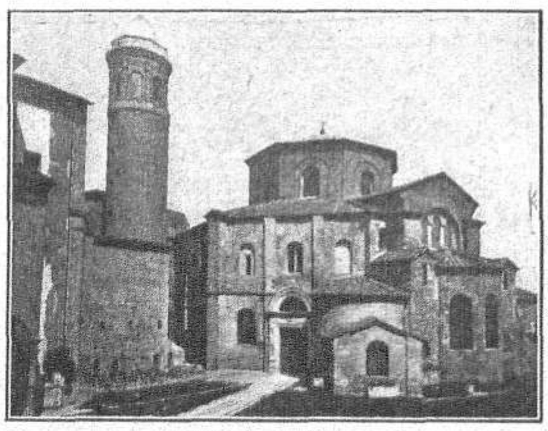
—¡Cómo se ve que el señor es forastero!...

—Soy forastero hasta cierto punto.

—Y entonces, ¡cómo puede ignorar!...

—¡Qué vamos a hacerle, señora!

—Gala Placidia fué una princesa romana nacida el año 388, hija de Teodosio el Grande. Alarico la tomó prisionera cuando ocupó Roma, y el año 414 se casó con Ataulfo, sucesor de Alarico. Más tarde Gala Placidia fué devuelta a Honorio, su hermano, quien el año 417 la casó con uno de sus generales, Constancio. Enviudó el año 422 y fué desterrada a Constantinopla. Teodosio II le dió un ejército con el cual pudo apoderarse del Imperio de Oriente, que gobernó en nombre de su hijo Valentiniano III hasta la muerte.



Iglesia de San Vitale.

—Dichosa de usted que se acuerda de todas estas fechas... ¿Y dónde está sepultada la princesa?

—En ese arca más grande, frente a la entrada... Es decir... Estaba. No está más. ¿Ve usted este orificio que ahora está cerrado con un redondel de mármol? Servía un tiempo para que se pudiera contemplar el cuerpo de la reina, ricamente vestido y adornado con alhajas valiosísimas, como era costumbre en aquel entonces. Un día unos muchachos, para ver mejor, se arrimaron a este orificio con una vela encendida y prendieron fuego a los

vestidos de seda que muy pronto dejaron el esqueleto reducido a ceniza.

—¿Y cómo es que una tumba que encierra el cuerpo de tan poderosa reina presenta un aspecto tan primitivo? Pues no me dirá usted que este sarcófago resulta muy artístico y elegante... No es ninguna obra de arte...

—¡Pero, señor! ¿No se da cuenta usted de que ha sido devastado? Vea estas ranuras, estos agujeros. En otro tiempo el sarcófago estaba completamente enchapado con planchas de mármol finísimo incrustadas de plata... Es un milagro que los bárbaros no se hayan llevado íntegro el mausoleo.

—¿De cuáles bárbaros habla usted, señora?

—De los franceses... Los franceses que cayeron en Italia con Napoleón han hecho «tabula» rasa de todo... Lo que robaron en Ferrara, en Bolonia, nadie lo sabe...

—Pero los que devastaron el mausoleo de Gala Placidia debieron haber sido anteriores.

—Yo no sé... Mis viejos siempre acostumbraban echar la culpa de todos los robos artísticos a los franceses.

A título de recompensa por las explicaciones que me había proporcionado, di a la vieja un par de monedas de una lira, lo que le dió motivo para agradecerme de una manera demasiado expansiva. El amigo que venía conmigo, mi huésped, el señor Cayetano Ravaioli, creyó oportuno intervenir:

—De ninguna manera... No he de permitir de ninguna manera que usted gaste un centavo mientras respire aire de mi ciudad. Sacó del bolsillo cinco liras y quitó a la vieja las dos monedas de níquel.

La vieja quedó mal, pues evidentemente hubiera preferido quedarse con las dos propinas y se encerró en un «digno» mutismo que resultó imposible modificar.

Así que cuando pasamos a la Iglesia de San Vitale, tuvimos que conformarnos con mirar ese monumento único en Italia y que, según aseguran, es igualito al templo de Santa Sofía de Constantinopla, si bien mucho más reducido.

La iglesia de San Vitale fué construída por Juliano Argentario el año 521 y consagrada el año 547 por el arzobispo Maximiano. Es por consiguiente anterior al templo de Santa Sofía.

La iglesia es octogonal, rodeada por dos órdenes de tribunas, estando la superior destinada a las mujeres. Una cúpula central, sostenida por ocho sólidos pilones, corona majestuosamente el templo, revestido de mosaico en la parte reservada al presbiterio y a las tribunas.

Los mosaicos parecen recién terminados y constituyen obras de extraordinaria importancia para el arte, la historia iconográfica y las costumbres de aquellos tiempos.

Sarah Bernhardt, cuando quiso encontrar el modelo exacto de los vestidos que debía llevar en «Teodora», se vino a Ravena e hizo copiar los que se admiran en el mosaico que representa a la emperatriz Teodora con un vaso de oro adornado con piedras preciosas, mientras entra en el templo y un oficial de la corte levanta el cortinado de la puerta. La emperatriz está rodeada por dos ministros y siete matronas.

El otro mosaico, situado frente al primero, representa al emperador Justiniano, que ofrece una patena de oro para el sacrificio de la misa. Lo rodean muchos personajes de la corte y el arzobispo Maximiano, que carga la Cruz mientras dos diáconos llevan respectivamente los Evangelios y un turíbulo.

D O C T O R

A.

V A C C A R I

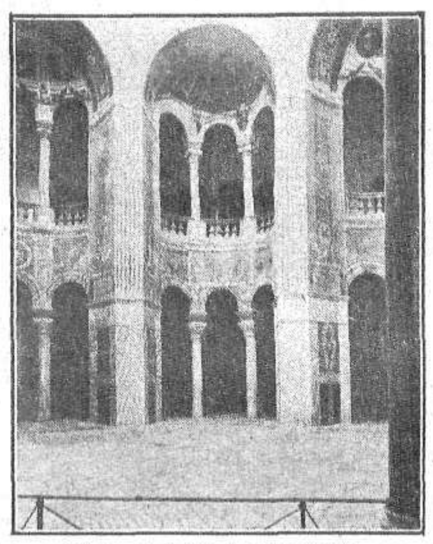
Para observar mejor los mosaicos hay que subir al «gineceo» o tribunas destinadas a las mujeres, de donde resulta fácil también ver las aberturas que dan a los pozos donde se escondían los tesoros en los momentos angustiosos de las invasiones bárbaras. Son nichos en los que se bajaban, mediante cadenas y roldanas, las cajas que contenían los objetos que era preciso esconder y que se disimulaban luego con una plancha de mármol que se ajustaba perfectamente a la boca de cada nicho.

Las columnas de San Vitale son de mármol de Oriente, todas de una sola pieza y están rematadas por capiteles bizantinos maravillosamente trabajados, en alguno de los cuales se advierten curiosos monogramas.

Otro monumento magnífico, que merece de por sí un viaje a Ravena, es el Baptisterio, salón octagonal de unos once metros de diámetro, que en la segunda mitad del siglo v fué transformado por orden del obispo Neone en fuente bautismal, mientras antes servía de baño público.

La cúpula, revestida de mosaicos admirables, representa a San Juan Bautista que echa las aguas del Jordán sobre la cabeza de Cristo, sumergido en el río hasta las rodillas. Alrededor se hallan los doce Apóstoles en tamaño natural y más abajo ocho nichos, cuatro de los cuales contienen los libros de los Evangelios.

Es este el edificio más antiguo que se levanta en Ravena, pues dicen los que han efectuado prolijos estudios sobre sus fundamentos, que el primitivo nivel queda unos catorce centímetros bajo el nivel del mar y tres metros bajo el nivel actual de la ciudad, siendo así que ningún otro edificio presenta semejante característica.



Interior de la Iglesia de San Vitale.

En realidad, Ravena despierta en el alma de quien la visita una visión de grandeza y de acontecimientos antiguos que dejan una honda impresión y al mismo tiempo una cierta tristeza.

La que fué la capital de Oriente, la ciudad que, según aseguran los cronistas de épocas lejanas, encerraba unos 900 edificios entre monasterios y oratorios, vive hoy tranquila y medio apartada de las demás, y apenas si despierta, en ciertos meses del año, cuando contadas comitivas de turistas norteamericanos e ingleses vienen por unos días a envidiar tantos tesoros.

Me decía mi huésped que, no hace mucho, un señor norteamericano se quedaba horas y horas en contemplación de las bellezas de San Vitale y las lágrimas le brotaban de los ojos y suspiraba:

—¡Si sabrán lo que tienen los que viven acá!

Puede ser que hubiera algo de exagerado en este comentario del turista, tan enamorado del arte antiguo; pero es un hecho que conozco una señorita de Bolonia que vino a ésta no sé cuantas veces, y no se preocupó nunca de los monumentos. Ni sabía que existieran, mientras estaba perfectamente al corriente de todos los detalles que se relacionan con el Teatro Allighieri y el Mariani.

—La primera vez que usted regrese a Ravena, ¿por qué no me acompaña a ver esas maravillas? —me propuso mi amiga.

—¿Para qué? Ahí no hay bailes, niña, no se encuentran novios...

—¡Cómo no! Si son iglesias, ¿no habrá misas? ¡Y qué mejor oportunidad para encontrar novio que la de escuchar una misa!

Padrinazgos Presidenciales



Los esposos De la Sala, con su hijo Roque Marcelo. — Campana (F. C. C. A.).



Los esposos Ibáñez, el padrino, señor Manuel Mujica, y madrina señora Elvira R. P. de Irigoyen. — Villa Sauce.



El señor Pablo Pelossi y señora, el padrino, senador D. G. Tapia, que representó al doctor Alvear. — San Antonio de Areco.



El Jefe de Policía, señor R. Pinondo, que representó al Presidente en la ceremonia del bautismo del séptimo hijo varón de los esposos Cano. — Gualeguaychú.



De la pirámide al pie
y a las márgenes del Nilo,
en un ambiente tranquilo
se hallaba la hermosa Fohé.

Y era grande su aflicción,
porque, para el buen aseo,
contrariaba su deseo
el no tener buen jabón.

Si en aquel tiempo pasado
Reuter hubiese existido,
Egipto hubiera tenido
jabón jamás superado.

En el reino de Faraón
del **Reuter** nada se hablaba,
y todo el mundo notaba
la falta de un buen jabón.

Escuela Profesional N.º 1



Alumnas de la Escuela Profesional N.º 1 egresadas este año con el título de profesoras de bordados.

LA MUJER IDEAL SEGÚN LOS JAPONESES

Los nipones estiman que la mujer ideal debe ser:

Primero. Aquella que baja los ojos y se tiñe las mejillas de púrpura, como los arces de otoño, cuando los hombres le dirigen la palabra.

Segundo. La que nunca en ninguna forma contradice a sus padres, hermanos, parientes y amigos.

Tercero. La que sin ser hermosa tiene un no sé qué que la hace encantadora y arranca suspiros de quienes la contemplan.

Cuarto. La que no cuelga su saber de las narices para exhibirlo.

Quinto. La que nunca deja ver su ira, y cuando ríe no lo hace a carcajadas.

Sexto. La que tiene menor cantidad de vanidad y el espíritu limpio.

Séptimo. La que no derrama a cada paso abundantes lágrimas.

Octavo. La que es poco celosa y desconfiada.

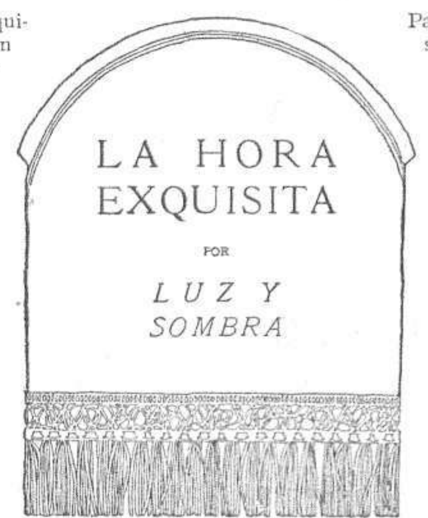
Noveno. La que tiene el rostro limpio y ovalado, de perfil correcto, contorno pleno y miradas que derraman amorosa ternura.

Décimo. La que se viste sin petulancia.

Undécimo. La que no pronuncia más de cien palabras por minuto.

Duodécimo. La que no emplea las horas en arreglarse el peinado.

Décimotercero. La que prefiere su casa a la calle.



La hora del te es la hora exquisita, tanto en invierno como en verano, cuando la vista es halagada, el apetito satisfecho y el gusto también.

Para la ciudad son reservados los manteles bordados y de encaje, junto con todos los ornamentos frágiles de la mesa de lujo.

Para el campo son las telas estampadas, de fácil lavaje y variables hasta lo infinito. No hay más que la dificultad de la elección. Hay las telas puro hilo de todos los colores, desde el «oro» hasta el «fresa», desde el azul al glicina, desde el verde hasta el anaranjado; las servilletas, como el mantel, son simplemente terminadas con una vainilla, pues las franjas ya no se usan; a veces se cierran dentro de un *biais* blanco, a menos que no se prefiera el centro blanco y el margen de color. Las servilletas cuadradas miden 30 centímetros de lado y los manteles 1.40 metros.

Hay también servicios adamascados sobre fondo de color, muy bonitos. Sobre un fondo blanco-crema, gris pálido u oro, unas cintas de damasco blanco forman marco al mantel y a las servilletas, terminando en los ángulos por unos moños decorativos. Otro modelo lleva grandes cuadros formados por líneas azules o coloradas, y, dentro de cada uno de ellos hay coronas de *bluets* o de rosas, o una sola rosa deshojándose. Otros manteles de fondo blanco llevan enormes ramos de todas las flores del campo, ramas de durazno o manzano cargadas de flores o frutos.

En el caso de tener que acompañar manteles desparejados, que no forman parte de un verdadero servicio de mesa, las servilletas serán enteramente blancas en tela antigua o *granité*, con vainilla o ribeteadas por algo que recuerde el color del mantel, uso muy práctico y sin pretensiones.

Algunos servicios de te, en porcelana, hacen juego, ya sea por el color o por el dibujo, con el mantel; es un gusto bonito pero un poco monótono para una mesa de te. Muy novedosos son esos servicios de porcelana con grandes puntos azules sobre fondo blanco, y otros de tierra *habano claro*, ribebeteados de verde con una decoración de hojas del mismo color. He visto un lindo servicio de tono citrón con decoración de ramas de citrón cargadas de frutos; otros servicios, todos blancos, eran decorados por motivos de flores del campo, manzanas, etc. Hay servicios de te decorados con tulipanes o rosas rojas un poco violáceas, cuya disposición recuerda las porcelanas de Strasburgo; otras con caprichosos motivos negros y racimos colorados, tienen un estilo marcadamente japonés.

Para las que aman lo rústico, hay servicios que semejan canastas de flores con ribetes rojos o azules, o sencillamente ribeteados de azul y decorados de una rosa estilizada por pocas pinceladas azules.

Pero cuando el sol nos arroja sus dardos con excesiva vehemencia, más que el te, son las bebidas refrescantes las que hacen parecer exquisita la hora de la merienda.

Es a la mujer inglesa y a la norteamericana a las que debemos la receta de esas deliciosas esencias llamadas *Cups*, animadas por la presencia de frutas bañadas en champaña.

El célebre Champagne-Cup es una mezcla de hielo triturado, azúcar en polvo, curazao, rajas de pepino y coñac. El Claret-Cup se acerca más a los gustos del paladar latino. Es una mezcla de hielo triturado, azúcar en polvo, marrasquino y curazao; sobre esto se esparcen los frutos de la estación, como fresas, duraznos, ciruelas, rajas de banana, y luego se añade una buena cantidad de excelente Burdeos rojo.

«The Lady of the Lake» es una sinfonía «luculiana» un poco diferente de las otras. Al hielo menudo se añade el jugo de 1/4 de limón, medio vaso de curazao, medio de granadina y un vaso de coñac.

Estas mezclas no se pueden alterar ni se puede substituír un licor por otro sin peligro de echarlo todo a perder, pues las recetas son el fruto de largos estudios en los tiempos felices en que Norteamérica no era todavía «seca». Así nació el excelente «Lady-drink», remedio infalible contra la melancolía y el «spleen».

En uno de esos famosos cubiletes de plata, de que se sirven con tanta destreza los «coteleros», se pone hielo, 1/4 de vaso de benedictino, carazao, ginger-brandy y kummel.

Además de los «cocktails» y de los *cups*, hay los Ice-cream cuyos encantos ningún paladar ignora. El Ice-cream-soda se obtiene llenando a mitad un vaso con hielo picado, 3/4 de curazao, medio vaso de licor de crema de vainilla, una copita de kirsch, una yema; se añade entonces la crema bien batida y se sirve.

En este campo todas las iniciativas son elogiables, y yo os aconsejo intentar alguna de esas mezclas admirables que unen, dentro de la rica crema helada, los aromas diferentes del durazno, de la piña y de la fresa...

Hay mil variaciones delicadas, mil sinfonías inéditas realizables, en las que la mujer encuentra satisfacción y triunfos...



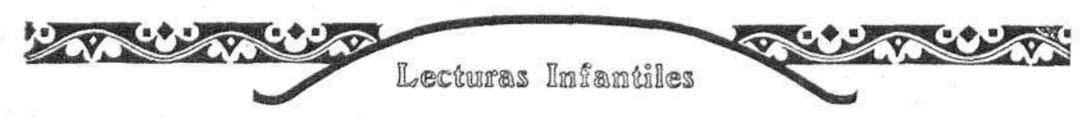
JEREZ QUINA
PEDRO DOMECQ



Insuperable Vino
Tónico Aperitivo

COÑAC DOMECQ

IMPORTADORES
MERELLO H^NOS^
BUENOS AIRES



LA CASA PATERNA



TERMINADAS las clases y pronto el baulito, arreglado por la amorosa mano de su madre, Juanito fué a pasar las vacaciones a la estancia que su tío Antonio posee en la provincia de Buenos Aires.

Juanito se divertía muchísimo, andaba a caballo desde la mañana temprano y hacía varias excursiones al arroyo que se hallaba a dos leguas de la casa de su tío, acompañado siempre de sus primos que eran unos niños excelentes. Otras veces, salían en un cochecito guiado por el negro Raúl, el peón más antiguo de la estancia, a quien su tío tenía en gran estima. Cuando la época de la vendimia, Juanito pasó momentos inolvidables viendo cómo las vides eran despojadas de su riquísima fruta, de la cual el niño comió en gran cantidad. Siempre que escribía a su papá o a su mamá, terminaba diciendo: «Estoy muy bien y me divierto muchísimo».

Sus hermanitos Pepito, Carlitos y Chichita, cuando oían aquello experimentaban el deseo de participar alguna vez de las diversiones de que hablaba Juanito, confiando en que, al ser más grandecitos su buen tío los invitara a ellos también.

Poco días antes de la apertura de las clases, Juanito, tuvo que regresar a su casa.

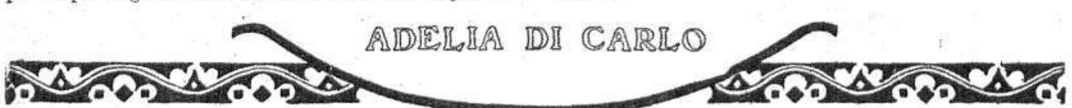
Su mamá apenas lo vió lo abrazó fuerte, muy fuerte. Pepito, Carlitos y Chichita saltaban y palmoteaban a su alrededor gritando: ¡Qué contentos estamos de que hayas vuelto! ¡Qué contentos!

Pasadas las primeras efusiones del cariño, la mamá dijo a Juanito:

— Ahora te parecerá triste y pequeña nuestra casa. ¡Te aburrirás mucho en ella! ¿no es verdad, hijito!

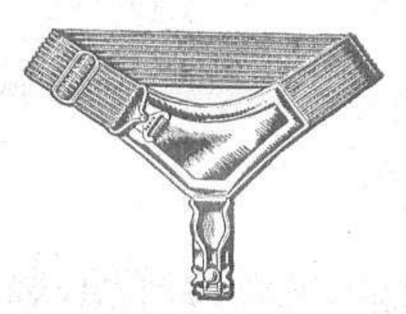
— ¡Oh, mamá! — exclamó Juanito. — Te equivocas. Mi casa me parece más que nunca bellísima. Cada sitio, cada rincón, me son familiares y queridos, porque esta es mi casa, mamita. No puedo decírtelo bien, ¡no sé cómo describirte mi alegría al volver a encontrarme en ella!

Dicho esto se arrojó entre los brazos de su mamá. Y la madre comprendió *todo* lo que su hijo quería decirle.



LIGAS PARIS

No Hay Contacto de Metal con la Piel.



Las Ligas Paris aportan comodidad a la pierna y comodidad en general. Su calidad es siempre más alta que su precio. Al comprarlas pida claramente la marca PARIS.

A. STEIN & COMPANY

Chicago, U.S.A. - New York, U.S.A.



Enseñamos

por correspondencia, sin que usted se mueva de su casa, los siguientes cursos: **BACHILLER, CONTADOR, TENEDOR DE LIBROS, MECANICA, ELECTRICISTA, INGENIERO, DIBUJANTE, CALIGRAFO, INGLES, FRANCES, CASTELLANO, CALIGRAFIA, ORTOGRAFIA, ARITMETICA, DIBUJO LINEAL y DIBUJO NATURAL.** Otorgamos los diplomas correspondientes.

LLENE y MANDE este cupón.
Señor Secretario General de la Institución Americana doctor **Sidney A. Smith - Entre Ríos, 464 - Buenos Aires.**

Le agradecería me envíe el folleto explicativo que esa Institución ofrece gratis. Me interesa el curso de........

....

Nombre..

Dirección..



¡OFERTA EXCEPCIONAL!

RELOJ de plata 900, máquina Suiza, Ancora, 15 rubíes, con pulsera de gamuza fina, para caballero $ **23.00**

El mismo enchapado en oro 18 kilates, garantido 10 años. Precio nunca visto hasta ahora..... $ **25.00**

Con cada reloj regalamos un vidrio de repuesto.

N.º 142. — **GEMELOS** plata 900, iniciales que se deseen en esmalte, el par pesos....... **4.90**

N.º 170.—**AROS** etruscos, imitación plata u oro viejo, el par..... $ **4.00**

N.º 529. — **PLATA** vieja, piedra de color el par. $ **3.50**

N.º 528. — **PLATA** 900, gancho de oro 14 k., piedras marquesinas, pesos..... **7.50**

N.º 530. — **PLATEADO** fino, brillantes y color, el par a pesos.... **2.90**

N.º 141. — **ANILLO** plata 900, iniciales que se deseen en esmalte, a pesos..... **5.00**

N.º 531. — **PLATEADO** fino, brillantes y perla, el par pesos..... **2.90**



PULSERA de seda, con placa de plata 900, nombre que se desee en esmalte........... $ **5.00**

La misma, de oro 18 kil. sellado, maciza..... $ **15.—**

Los giros postales dirigir a nombre de P. SEITLER

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno.

La Suiza Americana

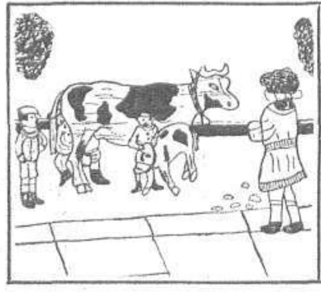
RELOJERIA - D. SEITLER - JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES

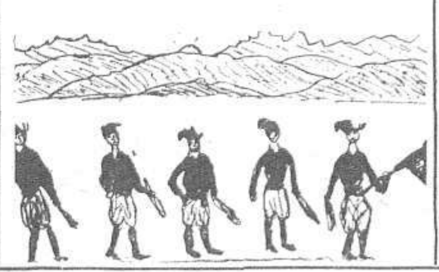



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES

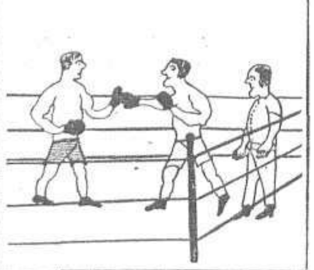
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1626 — El lechero.
ALBERTO L. MULLER.



1627 — El Fascista.
ELISA BALLA. — ROMA.



1628 — Un encuentro entre aficionados.
JOSÉ LUIS AVELEYRA.





1629 — María asustando a Carlos.
ROSA DOMÍNGUEZ.



1630 — Mirando cómo baja el aeroplano.
HÉCTOR F. DEMARCHI.



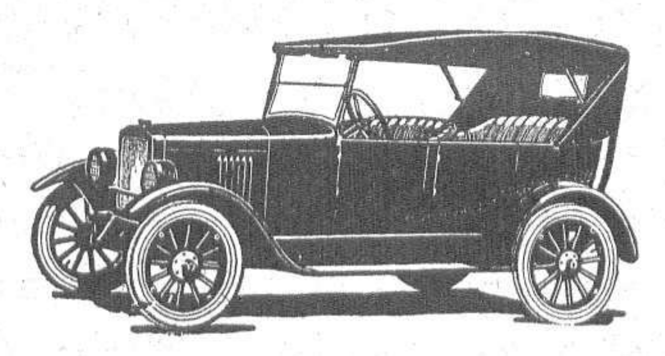
1631 — De paseo por mi rancho.
AMÉRICO B. GONZÁLEZ PERROTET.



que reune las comodidades y posee la calidad de un coche de precio elevado.

SUMAMENTE ECONOMICO correspondiéndole el **RECORD MUNDIAL DE ECONOMIA EN EL CONSUMO DE NAFTA.** Hace un recorrido de 14 Km. 400 con un litro.

Examine Vd el **Gray** *de Turismo*



Motor cuatro cilindros (suave y silencioso), tres velocidades, arranque eléctrico, velocímetro, luz en el tablero, etc. Comodidades para **CINCO PASAJEROS,** carrocería de sólida construcción, cuatro puertas.

Con distribuidor..........	$ 2.900.—
Con Magneto Bosch.......	» 3.050.—

S/W. B. A.

SOLICITENOS UNA DEMOSTRACION

DISTRIBUIDORES ESCLUSIVOS



Bme MITRE 1215 BUENOS AIRES

TENEMOS ALGUNAS PLAZAS DISPONIBLES PARA AGENTES ACTIVOS

UN AHORCADO EN EL CERRO

POR B. GONZALEZ ARRILI





No ha visto el ahorcao? — preguntó el zambo Togas antes de dar los buenos días, entrando a la redacción con una prisa desusada e inquietante.

— ¿Al ahorcado?...

— ¡Sí, al ahorcao!... se ha ahorcao un hombre en la Cruz del Cerro... Dende aquí se ve, si quiere verlo... — y señalaba en dirección a la calle con su manopla velluda.

Entonces salimos todos, incluso los vecinos tipógrafos, componedor en ristre, hasta la mitad de la calzada y se nos fueron los ojos hacia oriente y hacia arriba buscando aquella cruz blanca que es como un punto sobre la cúspide.

Doraba el sol toda la serranía con uno de esos derroches de luz que no se explican las humanas y acobardadas pupilas. La larga serie de picos se alineaba ausentándose en infinitos colores, predominante el verde obscuro y un sepia de tierra salpicada de luces, igual que si una gran mano hubiéralos espolvoreado con mica que reproducía luego inacabablemente, el rebrillar de la luz. El cielo, serenísimo, tintábase apenas de celeste, y era cual un ilusorio tul celeste y oro, visible hasta distancias fantásticas en que hundíase el alma como con vértigo... ..

Del cerro amigo, maravilloso y cercano, sobre cuya cima viejos cariños lugareños y dulces y más viejas creencias de un cristianismo elemental y simple como el agua, pusieron dos enormes maderos en cruz que año a año — para las fiestas, — se engalanan de un blanco de cal deslumbrante al sol, sólo se adivinaban puntos radiantes.

— Ya lo han sacao... ya lo han bajao... Ve... Ve... — decía a gritos el zambo.

Todos nos esforzábamos por ver, pero no veíamos nada. Oíamos en cambio, la conversación de dos tipógrafos que recordaban un suicidio en aquella misma cruz ahora invisible sobre el fondo serenísimo del cielo.

Decíanse los tipógrafos, mirando al cerro, cachacientos, con la boca ocupada por el *acuyico* y pegoteados en los labios los puchos semiapagados de sus «villagrán»:

— Fué don Pegro, el de La Viña, ahora años, que se colgó una noche en la crus. Al otro «diya» lo vieron, pero, ¡jé pucha! iá había estáo dijunto cuando subieron los melicos...

— Hoy día serán como diez años...

— ¡Así será! Dies años que se me hacen un mes...

— ¿Y no la viste a la Candelaria?

— ¿La Candelaria?...

— ¡La hija que supo tener Pegro, pó!...

— ¡Ah!... La hija e Pegro... No, no la vide... Debe andar por los valles... De po allá era la magre.

— Ya lo han sacao... ya lo bajan, ve... ve... — interrumpió el zambo Togas señalando con recias manotadas en el aire un camino supuesto sobre la rugosa falda del cerro.

Todos aguzábamos la mirada, pero no veíamos nada sobre el lomo del San Bernardo.





Así le parece hablar al empleado que pide aumento de sueldo.



— ¿Toma usted azúcar?
— Nunca, cuando es bueno el café.
— ¡¡ Entonces !!
— Sí, sí: ¡ déme usted unos cuatro terrones!...

Quedámonos pensando — ya vueltos a nuestro lugar y a nuestro quehacer, dentro de la casona, — en aquel suicida que pendiente de un brazo de la cruz blanca, a cuatrocientos o más metros de altura, sobre la ciudad tranquila y bella, balanceábase como un gallardete que el viento apenas inquieta.

Mientras, Polo, que desempeñaba a conciencia sus improvisadas funciones de «repórter», marchó con el zambo a la Jefatura de Policía en busca de «datos» con que tejer su mejor crónica para el diario de la tarde.

Pocas veces se ofrecía al foliculario policial materia con qué amasar una truculenta gacetilla y eran inútiles sus dotes de truchimán para el caso, pues se iban los días uno de tras de otro sin que ocurriese novedad. Todo era para Polo ir a la jefatura de mañana y recoger una lista de detenidos del día anterior; pequeños infractores, tal cual ebrio alborotador, algún cochero desobediente. Un suicidio, ¡y un suicidio en la Cruz del Cerro!, no era pues, cosa de desperdiciar. Hacíase necesario probar las excelencias de su imaginación, de su ingenio de pesquisante, de su pluma de «diarista», como él se llamaba, y llenar dos o tres columnas del diario, «con tipo 6», detallando, en pequeños capítulos con adecuados epígrafes, el hecho, conforme veía él que lo hacían determinados diarios de Buenos Aires, que llegaban «entre el canje»...

Durante todo el camino hecho en compañía del zambo charlatán, la abstracción de Polo era tanta que ni lo oyó. Pensaba en títulos y en subtítulos. Este sí, éste no, iba escogiendo los que mejor encajarían en la crónica de un suicidio, al cual debería «rodearle algún misterio», ineludiblemente.

Polo sabía que, según Davicito Mardoqueo, un suicidio era una venganza personal, personalísima, contra uno mismo, y estaba, además, seguro, de que nadie tomaba venganza sin motivo suficientemente poderoso. ¿Por qué se quita de la vida un hombre? ¿Para qué se marcha de este mundo, colgado de una soga que se ata a uno de los brazos de la cruz que está custodiada allá arriba por el Salvador, de bronce, y sirve para que los pajarillos ensayen sobre ella el encanto de sus trinos? ¿Qué mano empuja un hombre a la muerte? ¿La del amor, la del dinero, la del dolor?...



Polo regresó a la redacción, cercana la hora del medio día. No lo acompañó el zambo manoteador y parlanchín. Polo estaba cabizbajo y hasta parecía un poco pálido. La noticia del suicidio «no se había confirmado». Los empleados de policía que subieron el cerro apresurados y sudorosos, «echando los bofes», se habían encontrado con un monigote de paja colgado de la cruz y un cartelón que decía: *Si quiere comer bien, bébase antes tres o cuatro copas de X. el gran aperitivo que vende Fulano de Tal, calle Cual, al lado de la casa de don Valentín Lentín»...*

Polo se indignaba recordando el resultado final de sus justificadas esperanzas de repórter policial...

—¿Y a ese Fulano de Tal no le hará nada la policía para que otra vez no se burle de todos con su propaganda? — preguntó uno.

— Eso digo yo — respondió Polo entre dientes, arrugando en sus manos la lista de «detenidos» que le entregaran en la Jefatura, tres pobres ebrios que abusaron del ya famoso aperitivo mucho antes de oirlo elogiar...

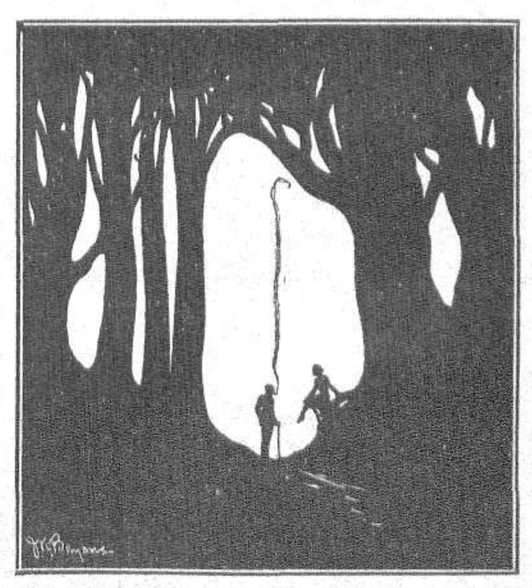
Al fin, Polo, resignado, púsose a escribir un *suelto* que comenzaba así: «Esta mañana apareció un hombre colgado de la Cruz del Cerro que domina la ciudad. Pero el hombre, no era un hombre. Era un muñeco... La policía, floja como siempre, en el cumplimiento de su deber, etc., etc.»

Togas dejó de hacerse ver por la redacción lo menos durante quince días, y con Polo no volvió a hablar en más de un año...



UN HIJO DEL SIGLO

— A ver, Pepito: ¡cuenta con los dedos la edad de tu hermanita!
— ¡No; porque la edad de las mujeres nunca se sabe!...



El. — Mi bisabuelo plantó estos árboles cuando era niño.
Ella. — ¿Y piensas que lo voy a creer?
El. — ¿Por qué no?
Ella. — ¿Cómo ha podido un chico plantar unos árboles tan grandes?...

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 103

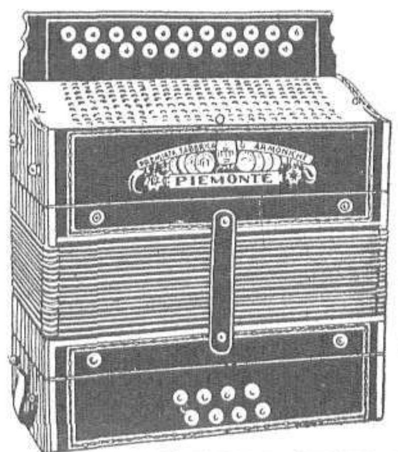
Nombre y apellido ....

Domicilio ....

Población ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

ESPECIALIDADES DE LA CASA AMERICA



ACORDEONES FINOS

N.º 6012. — **ACORDEON "AMERICA"**, de 8 bajos y 19 voces, con método para aprender sin maestro y embalaje gratis.................................. $ **21.00**

N.º 6015. — **ACORDEON "PIEMONTE"**, de 8 bajos y 19 voces de acero, con método y embalaje gratis.. $ **30.00**

N.º 6017. — **ACORDEON "PIEMONTE"**, de 8 bajos y 21 voces de acero, modelo igual al dibujo. Con método y embalaje.............................. $ **67.50**

Grandioso surtido en acordeones SEMITONADOS, a PIANO y CROMATICOS, exclusivamente artículos finos y modelos de STRADELLA. Solicite gran catálogo N.º 26 enviando $ 0.20 en estampillas.

¡¡JAMAS!! se ofreció un instrumento tan perfecto a un precio tan reducido. No titubee, decídase, esta es la oportunidad para adquirir una verdadera

CONCERTOLA

la máquina parlante ideal que lleva deleite y alegría a todo hogar.

Oferta Excepcional hasta el 29 de Febrero.



N.º 317 bis. — **CAJA** en madera finamente pulida, terminación caoba con tapa y puertitas reguladoras del sonido. Motor Suizo perfeccionado. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.............................. $ **75.00**

Otros modelos de Concertolas, desde $ 45.— hasta $ 1.300.—

Gran catálogo N.º 21 de Grafófonos, Concertolas y discos remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas.

¡¡NUNCA VISTO!!
GUITARRA VALENCIANA

Legítima por solo **$ 39.-**

Como reclame para dar a conocer su calidad insuperable.



Es un instrumento precioso, construído con todo esmero en nogal extrafino de los Pirineos, con cuádruple filete alrededor de la tapa armónica. Lo remitimos con método para aprender sin maestro y embalaje gratis.

Solicite gran catálogo ilustrado N.º 23 enviando pesos 0.20 en estampillas.

Otros modelos de Guitarras Españolas, Nacionales e Italianas, desde $ 12.—hasta $ 500.—.

CUERDAS ARMONICAS DE SONORIDAD, DURACION Y AFINACION INCOMPARABLE

Pídanos un encordado de ensayo y se convencerá.

Encordado Tripa Romana Impermeable colorada y bordonas seda amarilla................................ $ **2.70**

Encordado Tripa Romana Impermeable amarilla y bordonas seda violeta................................ $ **3.60**

Encordado Tripa Romana «Concertola» y bordonas seda violeta.................................... $ **4.20**

Por los tres encordados juntos cobramos solo pesos.. **10.—**

VIOLINES FINOS
Modelo STRADIVARIUS



FABRICACIÓN ESMERADA, SONORIDAD INCOMPARABLE.

N.º 4100 bis.—**Violín** tipo «Conservatorio», completo, con estuche, arco y pez, a **$ 33.-**

N.º 4101 bis. — **VIOLIN** de orquesta completo, con estuche, arco y pez, a pesos.......... **38.—**

N.º 4102 bis. — **VIOLIN** de salón, completo, con estuche, arco y pez, a.............. $ **45.50**

N.º 4103 bis. — **VIOLIN** de gran orquesta, completo, con estuche, arco y pez, a pesos .... **53.—**

Embalaje gratis.

Otros modelos desde $ 25.—. Solicite gran catálogo ilustrado N.º 24 enviando $ 0.20 en estampillas.

CUERDAS ARMONICAS

Con el fin de dar a conocer nuestras cuerdas insuperables, hacemos por un tiempo limitado las siguientes ofertas, porte pago a cualquier punto:

Encordado fino, para estudio.................... $ **1.90**
Encordado extra, para concierto, con 4.ª de plata. » **2.60**
Encordado «Concertola» de gran concierto, 4.ª de plata » **3.40**
Comprando los tres encordados en una sola vez.... » **7.50**

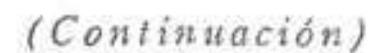


Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES

No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.



EL IDIOMA CASTELLANO EN LA ARGENTINA



Por FLORENCIO GARRIGOS (Hijo)

(Continuación)

COMPLEMENTAR

Ha sido derivado de «complemento» y a la verdad que es vocablo útil, no sólo por el rodeo de palabras que evita cuando se intenta denotar la idea que entraña, sino porque resulta de suyo una forma muy expresiva. «Y en los casos en que falta esta audacia, que *complementaría* la originalidad de la visión genial, lo que puede salvar la independencia del espíritu incapaz de resistir, conscientemente, a la autoridad que prevalece». (José E. Rodó, *Motivos de Proteo*). «... corrieron los años hasta llegar 1820 en que se *complementó* la transformación del país argentino en el séntido del federalismo». (F. Ramos Mejía, *El Federalismo Argentino*).

CONFECCIONAR

Entre nosotros los medicamentos no se *confeccionan* sino se preparan; en cambio, se *confeccionan* los programas para fiestas, las leyes, los discursos y otras muchas cosas que no son en modo alguno, como ingenuamente lo pide la docta Corporación, obras materiales. Un valor paralelo damos al sustantivo que expresa la acción y el efecto del verbo: «Respecto del método adoptado para la *confección* del Código, Alberdi se sorprende de que el doctor Vélez haya desdeñado seguir los códigos modernos más célebres». (M. G. Merou, *Alberdi*).

CONFORTABLE

A primera vista parece deducido de «confortar»; más, si tal fuera su procedencia, siguiendo la analogía de «desagradable», «perdurable», «perjudiciable» y «saludable», debería significar lo que conforta y no lo que es agradable y cómodo, acepción que ha tomado indirectamente del inglés. Por lo demás, la existencia del verbo explica perfectamente la esterilidad de los esfuerzos que hacen los lexicólogos para desautorizar el empleo del difundido anglicismo. «El comercio, que es el gran pacificador del mundo después del cristianismo, es la industria internacional y universal por excelencia, pues no es otra cosa que el intercambio de los productos peculiares de los pueblos, que permite a cada uno ganar en ello su vida y vivir vida más *confortable*, más civilizada, más feliz». (Juan B. Alberdi, *El Crimen de la Guerra*).

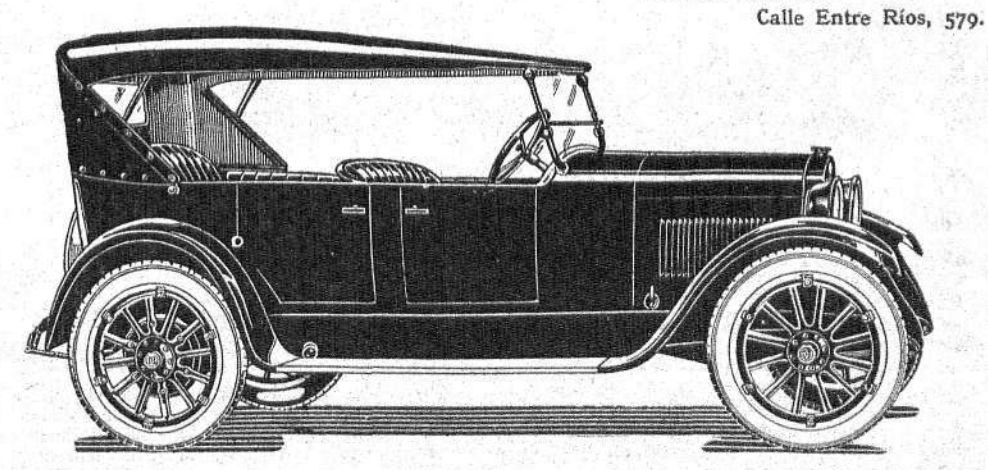
CONSTANCIA

No obstante hallarse canonizada por un largo uso, la acepción de hacer constar que también tiene este vocablo no ha sido reconocida por el Diccionario, para el cual «constancia» es únicamente «firmeza y perseverancia del ánimo en las resoluciones».

A despecho de la opinión de cuantos interpretan torcidamente los mandatos de la Academia, creemos que constancia, en la acepción anotada, no es un despropósito.

El verbo «constar» requiere el sustantivo expresivo de su acción y efecto, y, a falta de otra más exacta, la voz «constancia» desempeña holgadamente esa función, no sólo en el lenguaje forense, sino en el habla culta. La circunstancia de ser esta última acepción distinta de la oficial, no puede obstar a su legitimación, pues es notorio que multitud de voces del léxico tienen variadas y hasta contradictorias significaciones.

(Continuará.)



SARRASQUETA SUEÑA CON CARNAVAL



Sarrasqueta, gozando de antemano con lo que se divertirá en Carnaval, sueña con tirar tantos miles de serpentinas que hará encarecer la mercadería.



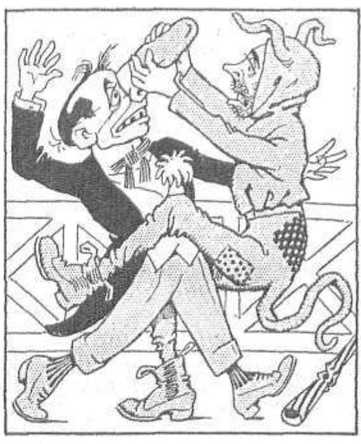
Sueña con arrojar tantos millares de bombitas con agua más o menos olorosa, que para llenarlas tendrá que dejar seca la dársena Norte.



Sueña con alquilar un carruaje adornándole artísticamente para lucirse en el corso oficial, y ganar el primer premio en el concurso de carrozas.



Sueña que ha alquilado un palco en el corso, desde donde se burla de sus ingleses, disfrazado con una gran nariz para no ser conocido.



Sueña con que un acreedor implacable, disfrazado de diablo, después de darle una pateadura, le arranca la nariz postiza y le lesiona la propia.



Sueña que después de romperle ambas narices, viene el agente, a quien no obedece por creerle otra máscara, el que le pasa a la comisaría por desorden y desacato.



Sueña con encanto y placer que está en un baile de máscaras, bailando tangos con corte y quebrada con una hermosa bohemia nacida en Barracas, que hace bailar a un oso



Sueña que el oso que baila con la bohemia se pone celoso, y furioso quiere quitarle la pareja dándole un apretado y cariñoso abrazo.



Al sentirse estrujado y asfixiado por el animal, se despierta viendo con placer que en la vida todo es sueño y los sueños, sueños son.

DIBUJOS DE REDONDO

Carta de París:

LA UVOTERAPIA

UNA OPERACION DE POLICIA SANITARIA

Desde tiempo inmemorial — la cuestión se halla ya tratada en los Santos Libros, — la cura de uvas frescas fué utilizada con éxito para la depuración de la sangre viciada, la limpieza del tubo digestivo, el tratamiento de los trastornos gastrointestinales y de las enfermedades de la piel, provocadas por la subida de la espuma o escoria del fuero interno.

Esta medicación, que ha hecho ya sus pruebas, no tiene más que un defecto: no estar al alcance de todos los que tienen necesidad de ella: 1.º) porque no dura más que una estación; 2.º) porque no siempre se dispone de una viña; 3.º) porque todos los estómagos no pueden soportar una carga tan grande, "de la cual sólo una pequeñísima parte es útil".

Pero un gran sabio francés, Mr. Jacquemin (de Malzéville, cerca de Nancy), cuyo nombre es ya conocido y bendecido en el mundo entero, tuvo la feliz inspiración de extraer del zumo de las uvas, precisamente esta parte útil, es decir, **EL FERMENTO** "saccharomyces ellipsoideus)" que, después de una selección rigurosa, sometió a una especie de reeducación con objeto de aclimatarlo a la vida intraestomacal. Tuvo, por otra parte, buen cuidado de no emplear más que "uvas de países cálidos", cuyos fermentos están habituados a temperaturas aproximadas a la del cuerpo humano.

De este modo ha instituído una medicación tan eficaz como la cura tradicional de uvas frescas, sin tener los inconvenientes de esta última. Nada puede igualar al **FERMENTO PURO DE UVAS JACQUEMIN**, tanto desde el punto de vista preventivo, como desde el punto de vista curativo, para combatir las afecciones provenientes de la impureza de la sangre o de la disminución de la nutrición: dispepsia, embarazo gástrico, enteritis, estreñimiento, obesidad, diabetes, infarto del hígado o de la vejiga, anemia, neurastenia, trastornos cutáneos, tales como la urticaria, barros, eczema, etc....

Hacer una cura con el **FERMENTO DE UVAS**, es ejecutar positivamente, en la economía, una operación de policía sanitaria.

EMILE GAUTIER.

Pueden hallarse todos los informes complementarios y detalles completos sobre el tratamiento, así como la opinión autorizada de eminentes facultativos, en el interesante folleto ilustrado: **"La Medicina de los Fermentos"**, que se enviará gratuitamente a los que lo soliciten, con sólo mandar su nombre y dirección al Depósito General: 684 San Martín, Buenos Aires.

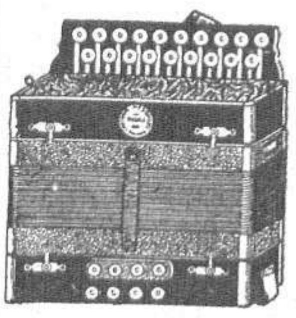


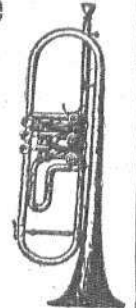
Parte de la concurrencia a la fiesta campestre realizada por la Asociación Internacional de Cultura Profesional, en ocasión de cumplirse el décimo año de su fundación.

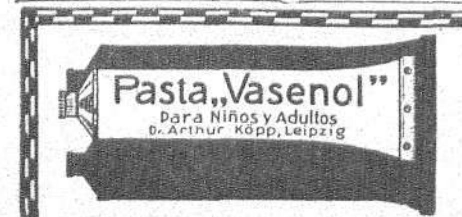
La Comisión organizadora de la fiesta con el fundador de la F. I. de C. De izquierda a derecha: Luisa Sieber, Catalina Moreale, Ricarda González, E. F. Riva, Aida Sibilin, Emiliana López, Anita Tiberi. De pie: José Barreiro y José Rodríguez.









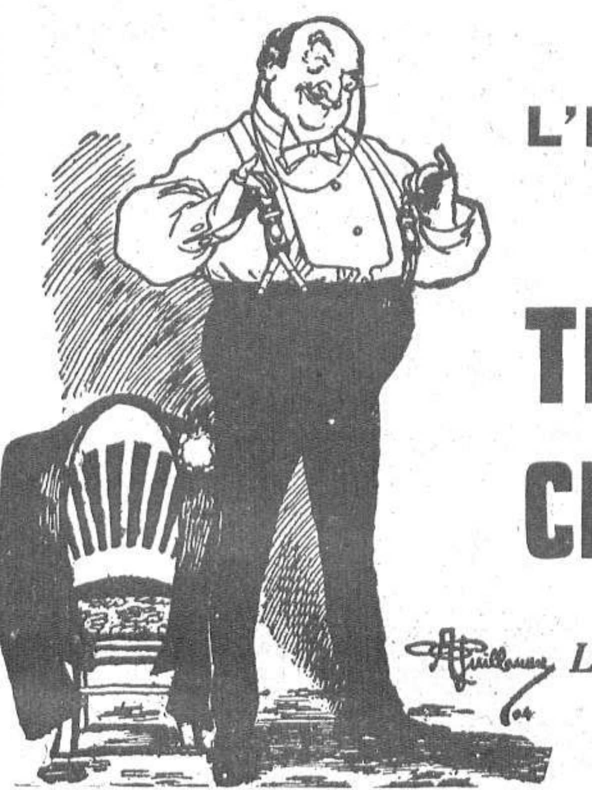



Muebles
Rebajados en un 35%
Tapicería
DORMITORIOS
DESDE
$ 530
Lorenzini & Peretti
731 B. Mitre 745
Buenos Aires
COMEDORES
DESDE
$ 550

SAN LORENZO. — Núcleo de familias que concurrieron al lunch ofrecido por un núcleo de oficiales del 4 de Infantería, retribuyendo atenciones.



SAN AGUSTIN. — El Gobernador, doctor Mosca, presidiendo el acto con que fué inaugurada una escuela en esta localidad.



L'HOMME CHIC

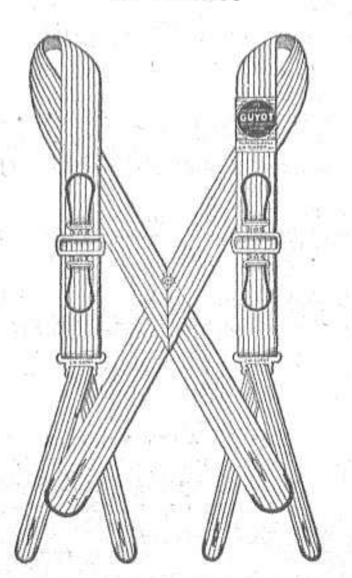
lleva sólo

TIRANTES CH. GUYOT

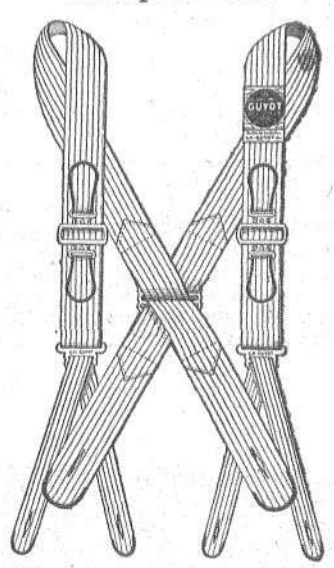
LA PRIMERA MARCA DEL MUNDO

*La Casa **Ch. Guyot** participa a su clientela que acaba de crear un modelo nuevo enteramente elástico.*

Modelo conocido no elástico



Nuevo Modelo enteramente elástico con espalda móvil



*Exíjase el nombre **Ch. Guyot** impreso en encarnado al revés de los tirantes*

REHUSAR LAS IMITACIONES

ENTREVISIONES
CANASTILLA DE BODA



N la elegante residencia del potentado don Juan Rabioscuende se expusieron por fin la canastilla de boda y los regalos recibidos por su pálida y sarracénica hija María Teresa, que iba a contraer matrimonio con Don Ramiro Mirabolín.

Los salones de la elegante casa de la calle de los Clásicos, decorados con arte y riqueza, habían sido transformados con mucho gusto en exposición de encajes y bordados, trajes y abrigos, pieles y joyas y centenares de objetos artísticos de gran valor.

En una vitrina aparecían las joyas y cerca de ella los demás regalos cruzados entre las familias de los contrayentes.

El señor Mirabolín ha regalado a su prometida un precioso aderezo de perlas y brillantes, una sortija, pendientes y pulsera, también de brillantes y perlas, y cuatro trajes; la señorita de Rabioscuende al novio magnífica botonadura de zafiros y brillantes. Los señores de Rabioscuende a su hija un espléndido collar de perlas, cuatro trajes y tres abrigos, y a su futuro hijo, un automóvil; la señora viuda de Mirabolín a la novia, un reloj de perlas y brillantes; el abuelo de la novia, don Isidro Rabioscuende, una *echarpe* de piel de marta, un abanico y un mueble antiguo, y al novio, un reloj de oro; el señor don Rufo Mirabolín, unas hermosas bandejas de plata; la hermana de la novia al señor Mirabolín, un alfiler de brillantes y zafiros; el novio a la futura hermana política, una sortija de esmeraldas; los hermanos del novio, condes de Ardenbuch, escopetas de caza y una lámpara, y don Pedro Mirabolín, una vajilla, cristalería de *Baccarat* y una colección de tapices; los tíos de la novia, señores de Flores, imperdibles de perlas y brillantes y boquillas de concha; señores de Abascuende, estuche de cubiertos; señores de Bloch, mantelería bordada; señores de Murcianales, jarrón; baronesa de Perinola, colección de lámparas y mesa de billar; caballero de Maestranza don Luis Ratibor, tibores; familia de Espínola, escritorio de plata; Joaquín Españoleto, centro de *Baccarat*, etc.

Entre otras muchas distinguidas personas, también han enviado a los novios regalos las siguientes: señor Ruipon, fruteros de plata; doña Márgara Elizal, petaca de plata; don Serafín Aldabanera, lámpara japonesa; don Luis Uriarter, juego de te de «vermeil»; don Joaquín Penalín, galletero de plata; don Ramiro Jadragua, mantequera y caja de cigarros; doña Encarnación Godinez, florero; don Eustaquio Santola, saco de viaje; Gertrudis Rerlarela, heladera; viéndose en abrumador conjunto más fruteros y bandejas de plata, joyeros con arras de oro, estuches de cubiertos, servicios de mesa, candelabros de plata, servicios de helados, juegos de entremeses, pilas de agua bendita, marcos de plata y vinagreras, cestas de labor, servilleteros, figuras de porcelana, fuentes de plata, cajas de cartuchos, estatuas y carteras.

Los trajes de la novia se hallaban en un salón aparte. El vestido de boda blanco de *charmeuse* y tisú de plata, con velo de tul, y en torno suyo los demás, que eran: uno negro de noche bordado con azabache; otro de crespón *beige*, bordado en blanco; otro de crespón estampado; otro de viaje, azul marino, con trencillas; otro azul de punto de seda; otro de gasa, y tres abrigos de seda, de piel y de paño.

La ropa blanca era una verdadera idealidad por sus labores y encajes, habiendo sido hecha por la mejor casa de confecciones, y el resto en el «Colegio de María Inmaculada por las pacientes y esmeradas manos de las novicias.»

Mis apuntes de repórter elegante estaban ya casi ultimados, asesorándome del que había de ser el padrino de la boda aquel tipo extraño de don Rogelio, que se sentaba en los salones con una sonrisa burlona y dictaminadora.

— Es una canastilla completísima — dije a don Rogelio.

Don Rogelio sonrió con su sonrisa de siempre, y me dijo:

—¿No echa Vd. nada de menos?

—No... Le aseguro que no —dije yo con pleitesía.

—¿Es que ha encontrado mi regalo por alguna parte?

—No... Es verdad. ¿Dónde está? Habrá sido espléndido...

—En primer lugar, entre los trajes. Faltaba un elegante traje parecido el de boda y que nadie se cuida de precaver...

Don Rogelio movió entonces la hoja de un biombo y me enseñó un maniquí que temblaba bajo una mortaja.

—Aquí tiene usted la elegante mortaja de la novia... Ahora puede Vd. decir que está completo el canastillo...

—Pero, ¿cómo le han aceptado el regalo ese?

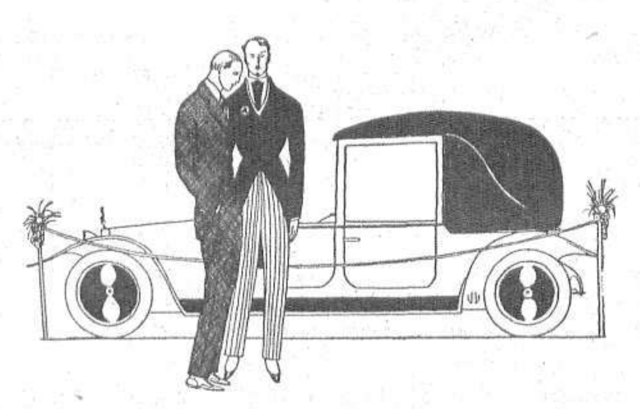
—Porque pagaré todos los gastos de la boda y les regalo diez mil duros para entierro y panteón... Hay que pensar en todo... Puede Vd. decir en su periódico que ha visto el *trousseau* más completo del mundo, más completo que el de los mismos reinos.

□□

LOS DOS SERVILLETEROS

El matrimonio incompatible pero resignado comía todos los días frente a frente, con frialdad, haciendo el gesto de sacar la servilleta del servilletero como el que se hace al sacar un puñal de su vaina.

La adaptación a la mesa, la aclimatación a su sitio la lograban gracias a aquellos ademanes que permitían desenvolver el despliegue de la servilleta, su flamear de banderola blanca y de vela conque cubrían su expresión dura e intransigente. Después, clavadas en su sitio las servilletas, jugaban un momento con los servilleteros de Ostende, preciosos servilleteros en metal dorado con nieles caprichosos, pareja infausta que compraron el primer año de su matrimonio.



Ejercían sobre ellos aquellos servilleteros una disciplina extraña, y cuando más acalorados se mostraban en una discusión, al jugar con los servilleteros había un momento en que se les quedaban mirando fijamente y se comprimían e iban amainando y callando poco a poco.

Ya se sabía, los servilleteros aquellos les ataban al banco más firme, al banco de la matrimonial mesa de comedor. Era de ver cómo eran lo más particular y personal de la mesa aquellos dos servilleteros solitarios en un frente a frente desdeñoso desde que una hora antes de la comida se ponía la mesa.

El no podía faltar a la comida. Si al acordarse de su casa no hubiera visto más que los platos, los cnbiertos y una servilleta bien dobladillada o metida en forma de abanico en una copa, no habría ido muchas noches, pero se acordaba de su servilletero original, especialísimo, marcando un sitio que era el suyo, que no podía ser sino el suyo entre todos los de la ciudad por la identificación que marcaba el servilletero de metal nielado, y se levantaba como magnetizado por el brillante objeto lejano y se dirigía a su casa.

Hasta que un día la cicatera esposa le alzaprimó más, le maltrató, le vejó aprovechándose de que el servilletero era el grillete que le esposaba a él así como el suyo le unía por el otro brazo a él, y entonces, con un rasgo de energía y valor, el marido enservilletado cogió el servilletero con decisión y tirándolo por el balcón del comedor gritó satisfecho mientras tomaba la puerta:

—¡Ya soy libre! ¡Libre al fin!

Y levantaba sus manos desencadenadas, desenservilletadas, como sueltas del círculo de metal apretado del servilletero oprimente.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

BREVES POEMAS EN PROSA

El nuevo poema no lo dirá nadie, porque nadie lo sabrá escribir.

El nuevo poema quema los labios y deja en los oídos un violento chasquido doloroso.

Es nuevo y no se escribe. El poema nuevo se vive con la propia sangre y se marca el ritmo con las lágrimas de los propios ojos. El poema nuevo nadie lo podrá decir.

Tus ojos verdes que vieron muchas cosas que yo no vi, han comprendido el poema de la nueva edad. En el fondo de tus pupilas pequeñísimas, apenas dos puntitos negros en el centro de los discos de pura esmeralda, yo he visto las letras de las estrofas raras del poema nuevo.

El poema nuevo nadie lo podrá decir. Quema los labios y deja sordos los oídos. El nuevo poema nadie lo podrá escribir.

Unos ojos azules, húmedos, llorosos, y unas pestañas largas. Luego una voz muy suave que pasa por entre labios rojos y anchos, dejando ver la blancura perfecta de los dientes. Manos que acarician. Pero sobre todo unos ojos azules, húmedos, llorosos, y unas pestañas largas...

□

Vino de muy lejos.

Turbia la mirada, la sonrisa triste y la voz cansada. Vino de muy lejos.

Los ojos claros se clavaban fijos cuando hablaba.

Los rubios cabellos ásperos y rebeldes. La voz opaca, la mirada turbia, la sonrisa triste.

Vino de muy lejos.

Roberto Smith



CERES. — Concurrentes a la demostración ofrecida al señor Comargo por su reciente designación como director de la Escuela Provincial en Pilar, justo ascenso a su ininterrumpida tarea de educacionista.

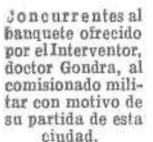
EL PORVENIR DE LOS PUEBLOS

Los Pueblos deben estudiar su pasado, examinar su presente y buscar en el porvenir para la formación de un ideal que responda en todo y por todo a la sentimentalidad colectiva y esté en armonía con el espíritu de la raza. El acierto está en saber hacer una bien depurada selección de los elementos de distintas civilizaciones, ajustándolos a las realidades presentes. Pero es indispensable, para la conquista del porvenir, que haya siempre un ideal como bandera de combate, en las luchas gigantescas del progreso. Con un ideal, sea como fuere, se vigoriza el alma de las nacionalidades. Un pueblo sin ideales está incapacitado para mirar con plena confianza al porvenir. — H. Carrillo.

De los peces que nadan con mayor velocidad, se lleva la palma el salmón, que puede hacer unas veinticinco millas por hora.

La población de Hungría es la que da mayor cantidad de matrimonios proporcionalmente al número de habitantes. Portugal tiene la cifra menor en tan original estadística.

De Tucumán



Concurrentes al banquete ofrecido por el Interventor, doctor Gondra, al comisionado militar con motivo de su partida de esta ciudad.



El doctor González Iramain, Ministro de Hacienda y Obras Públicas, rodeado por los tenientes coroneles Tello, Lagos, Alvarez, por los mayores Llasur, Cejas, Godoy, etc. que han sido comisionados para presidir las próximas elecciones.



AGRICULTURA



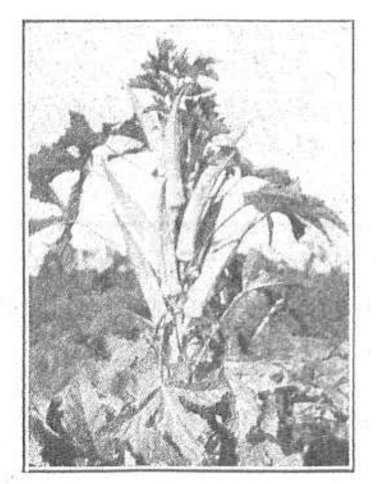
CULTIVOS HORTÍCOLAS: EL GOMBO O KIMBOMBO

Una hortaliza rara o poco conocida y cultivada es la llamada Gombo o Kimbombo (*Hibiscus esculentus*), de la familia de las malváceas, originaria de las Indias orientales, según algunos, y de la América Central, según otros.

Es una planta anual, con tallo derecho, grueso, poco ramificado y que alcanza a 1 metro y hasta 1.50 de altura; tiene hojas grandes dentadas, de color verde obscuro en su vara superior y grisáceas en la inferior; sus flores únicas, amarillas, y sus frutos son una especie de vainas, largas, puntiagudas, piramidales, con 5 costas o bordes pronunciados.

Su cultivo es fácil y puede efectuarse sin dificultad en cualquier parte de clima templado y cálido; en estas últimas condiciones, y sobre todo donde no se teman heladas tardías, una vez desarrollada la planta se puede obtener una producción constante y sucesiva, durante muchos meses del año, con solamente efectuar siembras repetidas y escalonadas.

Se conocen diversas variedades de gombo o kimbombo, pero todas se refieren a tres tipos principales: verde enano, verde alto y lady finger, que pueden ser de vaina larga o vaina corta, vaina verde o vaina blanca. Las mejores variedades son las de fruto verde y largo.



Planta de gombo con sus frutos.

Se pueden cultivar en cualquier suelo de mediana consistencia, friable y profundo, aunque parece que prospera más y mejor en los algo calcáreos.

La siembra suele efectuarse sobre cama caliente o bajo casilla, cuando es temprana, en julio y agosto, o bien al aire libre, más tarde, de octubre en adelante, siempre que no se teman heladas fuertes; si se quiere obtener una producción prolongada, la siembra se repite cada dos o tres semanas.

Lo más fácil es sembrarlo al aire libre, sobre terreno bien preparado y mullido, en líneas distantes de 1 a 1.50 metros, según se trate de variedades enanas o altas, y a 15 ó 20 centímetros entre planta y planta en las filas, a 3 ó 4 centímetros de profundidad.

Si la estación es templada o el suelo caliente y húmedo, la semilla germinará fácil y prontamente, y el primer trabajo a efectuarse después que las plantas hánse desarrollado y crecido un poco, es ralearlas, para que queden de 30 a 40 centímetros de distancia entre sí en las filas. Más tarde se cuidará la limpieza del suelo para combatir las malezas y conservarlo removido por medio de carpidas frecuentes.

Terminada la floración, los frutos o vainas se van formando, y para cosecharlas no ha de esperarse su madurez completa; al contrario, es un fruto que se come en estado verde, en su primer período de desarrollo, cuando precisamente es aún tierno y sus semillas apenas empiezan a formarse; deben, pues, recogerse las vainas en estado herbáceo, cualquiera que sea su tamaño y a medida que se van formando; cosechándolas así, nuevas vainas se irán mostrando, y la producción llega a ser continuada y sucesiva hasta la estación avanzada.

La aplicación de estos frutos hortícolas es principalmente en sopas, o bien como complemento en los platos de carne y en la formación de salsas con tomates o pimientos; las vainas tiernas tienen una constitución algo mucilaginosa, y un sabor propio y peculiar; se comen también en ensaladas, crudas o cocidas; sus semillas verdes, ya un poco desarrolladas, se comen en las mismas formas que las arvejas o los porotos, y en los países orientales de Europa, tostadas o torradas, se emplean como sucedáneo del café; el tallo seco de la planta y las vainas maduras y secas contienen una fibra que se utiliza en la fabricación de papel. Dadas sus múltiples aplicaciones alimenticias, sobre todo, esta planta podríase cultivar y difundir útilmente, sin dificultad, pues su semilla se encuentra en venta en las casas del ramo.

INSECTOS NOCIVOS: LOS DEL ALGODONERO

Diversos insectos atacan los algodonales, pero los más conocidos y los que, desgraciadamente, causan en algunos años serios perjuicios, son: la isoca del algodonero (*alletia orgillacea*); la oruga del capullo (*heliotis absoleta*), y la lagarta rosada (*pectinofhora gossypiella*).

La isoca del algodonero es una oruga o gusano de color verde obscuro con líneas anaranjadas a lo largo del cuerpo, que invade las plantaciones en diversas épocas, devorando las hojas, los brotes y hasta los botones; estos insectos se reproducen hasta 6 ó 7 veces en el año y producen grandes daños.



Espolvoreando un algodonal.

La oruga del capullo, de color verdoso obscuro, casi negruzco, se alimenta al principio con las hojas del algodonero, pero después taladra los capullos y penetra en ellos destruyendo su contenido e impidiendo su formación y madurez.

Para combatir estos dos insectos son indicadas las aplicaciones de Verde de París, o arseniato de plomo o de calcio en polvo, sobre las hojas, por medio de fuelles a mano o a tracción animal; o bien con el conocido medio de las dos bolsitas de tela rala atadas a la extremidad de un palo y que va sacudiendo un hombre a pie o de a caballo.

La lagarta rosada, que ataca solamente los capullos, en los que vive, y de cuyo contenido se alimenta destruyéndolos, solamente puede combatirse con medios preventivos, como ser: quemar los tallos y capullos viejos que quedan en el rastrojo; arar hondo para enterrar las larvas, y limpieza prolija de galpones, depósitos, desmotadoras, etc., a fin de destruír las larvas existentes o los capullos o residuos que puedan ser vehículo de su propagación.

Estos medios de lucha son de aplicación ineludible si se quiere salvar la producción algodonera, que va delineándose como una próxima y grande industria nacional.

HUGO MIATELLO
INGENIERO AGRÓNOMO

SECRETAS

(AMBOS SEXOS)

El tratamiento verdaderamente eficaz y rápido para enfermedades secretas de las vías urinarias.

INYECCION 918

No tiene similar. Es electroactiva. No ataca el canal urinario y NUNCA PRODUCE ESTRECHEZ.

Dos inyecciones diarias durante 8 a 15 días bastan para casos recientes de **gonorrea, blenorragia, uretritis orquitis, prostatitis, catarro vesical, flujos varios etc.** Casos crónicos necesitarán algo más tiempo pero el resultado es seguro en todo los casos.

Empleo sencillo y cómodo; no necesita régimen especial.

SE VENDE EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

Si su farmacéutico no la tiene, pídalo directamente a los

Laboratorios Farmacéuticos D'Inzeo, Lda.

Departamento de distribución: GARAY, 339 - Bs. Aires.

SOLICITE FOLLETO EXPLICATIVO



Precio del frasco $ 5.50 m/n. franco de porte.

LA SALUD DE LOS NIÑOS





El alimento argentino más sano y racional para criaturas.

De venta en Farmacias y casas de alimentación.

De Tucumán



Fiesta campestre realizada por la Asociación Tucumana de «Referees», festejando la terminación de la temporada deportiva.

Asamblea del Club Atlético presidida por el comandante Araujo, especialmente convocada para elegir nuevas autoridades sociales.



VILLA MARIA. — Grupo de niños entre los cuales fueron distribuidos gran cantidad de juguetes, debido a la generosa iniciativa del Patronato de la Infancia.

LA ORACIÓN

La oración es el arma esencial de las religiones. Aquel que ya no puede orar porque duda si hay un Ser a quien suba la oración, se encuentra cruelmente solitario y prodigiosamente empobrecido. Por tu parte ¿qu es lo que crees sobre el asunto? En este momento sería difícil decirlo. Todas tus creencias positivas están en estudio, dispuestas para toda metamorfosis. ¡La verdad ante todo, aun cuando nos turbe y nos trastorne! Pero lo que yo creo es que la idea más alta que podamos formarnos del principio de las cosas, será la más verdadera, y que la más verdadera será la que haga al hombre más armoniosamente bueno, más sabio, más grande y más dichoso.

Mi credo está refundiéndose. Sin embargo, todavía creo en Dios y en la inmortalidad del alma, creo en la santidad, en la verdad y en la belleza. Creo en la redención del alma por la fe en el perdón. Creo en el amor, en la abnegación y en el honor. Creo en el deber y en la conciencia moral. Creo hasta en la oración. Creo en las instituciones fundamentales del género humano y en las grandes afirmaciones de los inspirados de todos los tiempos. Creo que nuestra naturaleza superior es nuestra verdadera naturaleza.-F. Amiel.

En 1913, Inglaterra tenía un ejército de 80.919 hombres. En 1922, 106.514. Francia, a su vez, disponía en 1913, de un ejército de 450.859 soldados, y en 1922, de 666.743. Rusia, que en 1913 tenía 900.000 hombres sobre las armas, tiene actualmente un millón trescientos mil. El Ejército rojo, es, pues, el más numeroso de Europa.

De los pasajeros que hicieron el viaje aéreo entre Londres y París, en el último verano, el setenta por ciento fueron norteamericanos.

Cuando la cabezada y las trabas están sueltas, no caces con garrote sino con gram (1).

(*Proverbio indio*).

TRES Y UN EXTRA

por

RUDYARD KIPLING



DESPUES del matrimonio llega la reacción, grande unas veces, pequeña otras; pero más tarde o más temprano llega y es preciso que las dos partes salten por encima de ella, si quieren seguir con la corriente el resto de la vida.

En el caso de Cusack Bremmil, esta reacción no se declaró hasta el tercer año después de la boda.

Bremmil era las más de las veces algo difícil de aguantar; pero fué un buen marido hasta que el pequeñuelo murió y Mrs. Bremmil se vistió de negro, adelgazó y lloró como si el Universo se hubiera desplomado sobre ella. Acaso el marido debió consolarla· creo que trató de hacerlo; pero cuanto más lo intentaba más se apesadumbraba ella y más desagradable se volvía él.

El hecho es que los dos necesitaban un tónico y le encontraron.

Mrs. Bremmil pudo halagarle con sus sonrisas; pero no se trataba entonces de reir.

En estas circunstancias Mrs. Hauksbee apareció en el horizonte, y donde ella aparecía había grandes probabilidades de perturbación.

En Sinla su apodo era *El Petrel*, el ave tormentosa, calificativo que según mis noticias había ganado cinco veces. Era una mujer pequeña, morena, delgada, casi flaca, con ojos grandes de azul violeta que le bailaban en las órbitas y con las maneras más suaves del mundo.

Bastaba que se citase su nombre en los tes de la tarde para que todas las señoras se levantasen y dijesen que era una bendita.

Era inteligente, graciosa, espléndida, brillaba de un modo superior a su especie y poseía la malicia y la picardía de mil demonios. Podía ser buena hasta para su propio sexo, pero esto no viene ahora a cuento.

Bremmil se salió de sus casillas después de la muerte del niño y de la perturbación que le siguió, y Mrs. Hauksbee se le anexionó. No le gustaba a esta señora ocultar sus conquistas: se le anexionó públicamente, viendo que todo el mundo lo advertía.

Bremmil paseó a caballo y a pie con ella, cuchicheó con ella, la acompañó a cacerías, a expediciones de placer, y la llevó a merendar en casa de Peliti, hasta que la gente arqueó las cejas diciendo ¡qué asco!

Mrs. Bremmil permanecía entretanto en su casa, revolviendo las ropitas del niño muerto y llorando ante la cuna vacía. No se ocupaba de nada más; pero algunas de sus queridas y benévolas amigas le explicaron lo que pasaba, con la extensión necesaria para que pudiera apurar toda la crema.

(1) Especie de semilla que en la India Oriental se da como pienso a los caballos — (*N. del T.*).

Mrs. Bremmil las oyó tranquilamente y les dió las gracias por sus buenos oficios.

No era tan inteligente como Mrs. Hauksbee, pero no era tonta: ocultó sus designios y no dijo nada a Mr. Bremmil de lo que había oído.

Esto es digno de que se recuerde. Hablando o gritando jamás hizo hasta ahora un marido nada tan bueno.

Cuando Bremmil estaba en casa, lo que no sucedía muy a menudo, era más cariñoso que de costumbre, pero descubría el juego. Su cariño tendía, en parte, a tranquilizar la propia conciencia, y, en parte, a tranquilizar a su mujer· en ambas cosas fracasó.

Un día, el 26 de Julio, Lord y Lady Lytton invitaron a Mr. y a Mrs. Bremmil a Peterhoff a un baile, a las nueve y media de la noche.

— Yo no puedo ir —dijo Mrs. Bremmil, pensando bien lo que decía — está muy reciente lo del pobre Floro; pero eso no debe detenerte a ti, Tomás.

Mr. Bremmil replicó que no haría más que asomarse un momento. En esto mentía y su mujer lo notó. Adivinó — una mujer adivina con más exactitud que un hombre — que había prometido ir desde el principio y con Mrs. Hauksbee.

Entonces meditó, y el resultado de sus meditaciones fué que la memoria de un niño muerto era menos importante que el amor de un marido vivo.

Formó, en vista de esto, su plan arriesgándolo todo en él.

En aquella ocasión reveló que conocía perfectamente a Tomás Bremmil, y con arreglo a este conocimiento procedió.

— Tomás — le dijo — el 26 tengo que ir a comer a casa de Longmores; tú debes irte al Círculo.

Esto le ahorró a Bremmil el trabajo de inventar un pretexto para irse a comer con Mrs. Hauksbee, por lo que se mostró reconocido, tierno y vil, todo a la vez, lo que no deja de ser hermoso.

A las cinco de la tarde salió a caballo, y a las cinco y media una enorme caja con tapa de cuero llegó a casa de Mrs. Bremmil de parte de Phelps.

Mrs. Bremmil sabía vestirse; no necesitaba para nada emplear una semana diseñando y cortando trajes, poniendo ballenas, plegando, guarneciendo o como esas cosas se llamen.

El traje que había encargado era espléndido y de alivio de luto. Yo no puedo describirlo; era lo que el periódico *The Queen* llama una creación; una cosa que os deja atónito y con la boca abierta.

Ella se preocupaba poco con lo que estaba haciendo, pero al contemplarse ante el espejo, vió con alegría que jamás había estado tan hermosa. Era una rubia espléndida y cuando quería estaba admirable.

Después de la comida en casa de Longmores se fué al baile, a donde llegó un poco tarde, y lo pri-

mero que vió fué a su marido dando el brazo a Mrs. Hauksbee. Aquello la hizo enrojecer, y cuando los hombres se amontonaban a su alrededor rogándole les concediera un baile, estaba realmente hermosísima. Los concedió todos menos tres que dejó en blanco. Una vez su mirada y la de Mrs. Hauksbee se encontraron, y ésta conoció que empezaba la lucha entre ellas.

Mrs. Bremmil inició el combate, no ocupándose al parecer de que existía su marido en el mundo, lo que comenzó a disgustar a éste, que jamás había visto a su mujer tan encantadora.

Colocándose a su paso, la miraba, embobado unas veces, furioso otras, cuando pasaba bailando con una de sus parejas, y cuando más y con más asombro la contemplaba más afectado se sentía.

Apenas podía creer que aquella fuera la mujer de ojos enrojecidos por el llanto, y que mal ataviada con una bata negra, salpicaba de lágrimas los platos cuando se sentaba a la mesa.

Mrs. Hauksbee hizo cuanto pudo por retenerle; pero, pasado algún tiempo, Mr. Bremmil, se acercó a su mujer y le rogó que le concediera un baile.

— Témome mucho que llega usted tarde, Míster Bremmil, respondió ella, mientras sus ojos centelleaban.

Rogó de nuevo, y por fin, le fué otorgado el quinto vals: afortunadamente no le tenía comprometido.

Bailaron, y al verles, hubo algún movimiento de admiración en la sala.

Mr. Bremmil, sospechaba que su mujer sabía bailar, pero nunca imaginó que lo hiciera tan admirablemente.

Terminado el vals, el marido pidió que le concediera otro, no como un derecho, sino como un favor.

— Enséñame tu programa, querido — dijo Mrs. Bremmil, y el marido lo presentó temblando, como un chiquillo travieso presenta al maestro las manos llenas de dulces de contrabando. Estaba completamente sembrado de «HH» para bailar y para cenar...

Mrs. Bremmil, no dijo nada; sonrió despreciativamente, borró con su lápiz las haches puestas sobre los números 7 y 9, y puso sobre ellas su propio nombre. No; su nombre no, sino uno muy cariñoso, que sólo ella y su marido usaban en otro tiempo.

Hecho esto le devolvió el programa, mientras amenazándole con un dedo le decía:

— ¡Ah! ¡Simple, simple!

Mrs. Hauksbee oyó esto y aunque procuró dominarse comprendió que había perdido la batalla.

Bremmil aceptó reconocido el baile número 7, y con arreglo al número 9, se sentaron bajo una de las pequeñas tiendas del jardín. Lo que el marido dijo y lo que la mujer hizo, no nos importa.

Cuando la banda tocó *The Roast Beef of Old England*, los dos salieron a la galería y Mr. Bremmil fué a buscar el coche de su mujer, mientras ella se dirigía a ponerse el abrigo.

Aprovechando esta coyuntura, Mrs. Hauksbee se le acercó y le dijo:

— ¿Supongo que me llevará usted a cenar?

Mr. Bremmil se puso rojo, la miró con aire entontecido y respondió:

— ¡Ah!... ¡Yo!... Me voy a casa con mi mujer. Esto no ha sido más que una ligera equivocación. Y siguió hablando de suerte que parecía que la única responsable de todo era Mrs. Hauksbee.

Mrs. Bremmil volvió envuelta en un plumón de cisne, con una nube blanca alrededor de la cabeza. Parecía radiante de alegría y no le faltaba razón para estarlo.

La pareja desapareció en la sombra marchando Bremmil muy arrimado a su mujer en el coche.

Entonces Mrs. Hauksbee, que a la luz de las lámparas me pareció algo mustia y cansada, me dijo:

— Oiga usted y no lo olvide: La mujer más tonta puede gobernar a un hombre inteligente; pero se necesita una mujer muy lista para manejar a un tonto.

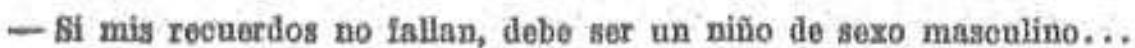
Dicho esto nos marchamos a cenar.

DIBUJO DE BESARES





BUENA MEMORIA



— Si mis recuerdos no fallan, debe ser un niño de sexo masculino...



El. — ¡Mira como nos ve esa vaca!
La señora. — Debe ser la madre del ternero que comimos hoy...



Señorita Felisa Cohen con el señor Fabio Rujimsky. — Lomas de Zamora.



Señorita Celina Rachi con el señor Ricardo Tenido. — Trenque Lauquen.



Señorita Teresa Crapivinsky con el señor Adolfo Portnoy. — Avellaneda.



Señorita Viviana Hernández con el señor Ismael Curti. — General Villegas.

Robustez, desde la Infancia hasta la Vejez



En eso consiste la mayor felicidad y satisfacción que puede sacarse de la vida.

La protección de la salud es igualmente esencial en todos los años de nuestra vida y en toda época es indisputablemente verdad que la

EMULSION de SCOTT

produce robustez y energía, y porque es alimento concentrado domina toda debilidad y renueva las fuerzas todas.

Emulsión de Scott protege la salud, no solo en la niñez y ancianidad, *sino para toda la vida.*



J. & E. ATKINSON LTD.

LONDON

PERFUMERIA

Los perfumes ATKINSON de reconocida fama mundial por su perfume delicado son los preferidos para el tocador de toda dama de buen gusto.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERIAS, FARMACIAS Y CASAS DEL RAMO



Jana
Maru
Simba

Fleur de Violette
» Jasmin
» des Anges



Fleur de Lilas
» Muguet
» Rose

Columbine
Royal Byar
Chypre-Eonia
Virelle
Ambre Chinois
Insouciance
Chef d'Oeuvre
Belle de Jour
Point du Jour

LOCIONES — EXTRACTOS — POLVOS — JABONES



Alumnas graduadas en el año 1923 de la Escuela Normal de Maestras de la capital.

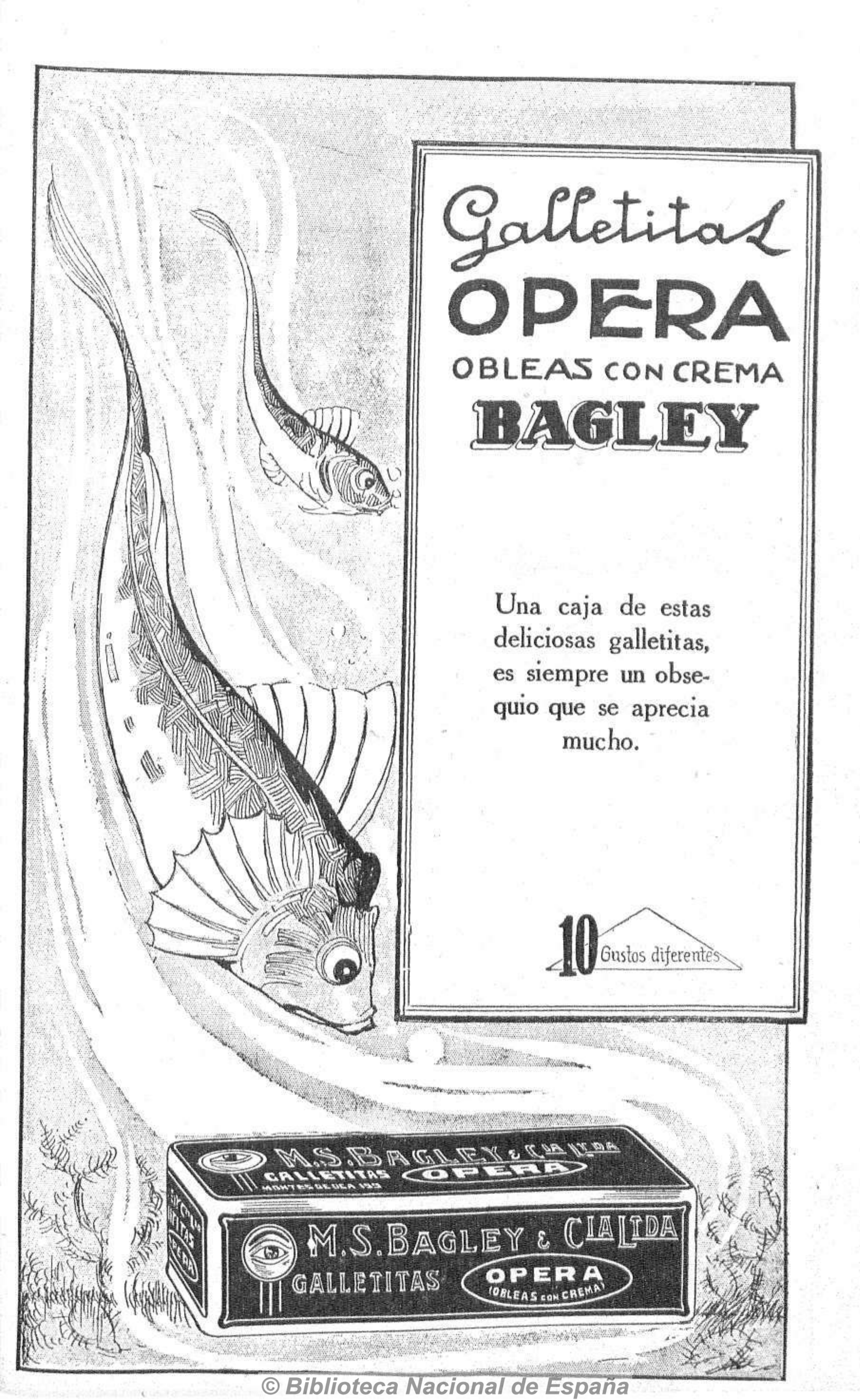
MERCEDES DE CORRIENTES. — Maestros normales egresados recientemente.


PRODUCTOS
SUPREMA
El tesoro del tocador...
de las damas anhelosas de revelar distinción y acrecentar su hermosura, lo constituyen los finísimos
PRODUCTOS
SUPREMA
POLVO GRASOSO
De gran adherencia y delicioso aroma.
AGUA COLONIA
De inconfundible y persistente perfume.
Soc. Gral. de Perfumes Productos
SUPREMA
P. BURS y Cía.
Bolívar, 1725. — Buenos Aires.
Gratis remitimos muestra del POLVO GRASOSO.
SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable
SUPREMA
INSUPERABLE
SUPREMA
COLOGNE



Núcleo de maestros que concurrieron a la fiesta campestre organizada por el personal docente de la Escuela Láinez.

Banquete ofrecido por un núcleo de correligionarios y amigos, al doctor Ricardo Rodríguez Saá, por su brillante actuación parlamentaria.


Galletitas
OPERA
OBLEAS CON CREMA
BAGLEY
Una caja de estas deliciosas galletitas, es siempre un obsequio que se aprecia mucho.
10 Gustos diferentes
M.S. BAGLEY & CIA LTDA
GALLETITAS
OPERA
(OBLEAS CON CREMA)

L U N A   L L E N A

—Luna del plenilunio,
¿de qué, de qué te llenas?
Tan plácida, tan suave,
tan dulce, tan serena;
tan dulcemente pálida...
Luna, ¿de qué te llenas?

—¡Oh, mentirosa vida!
Me lleno del anhelo
del hombre; de sus vagos
intentos;
me lleno de los tristes
recuerdos;
de la ilusión de todos
me lleno.
Todos me dan su alma:
los malos y los buenos.

—Luna, ¿de qué te llenas?
Di la verdad.
—Me lleno
—digo verdad— de cada
promesa y cada ruego
del hombre; de su débil
acento.
Me lleno de las lágrimas
heladas que corrieron
en mis catorce noches
de miedo.
—Di de qué más...
—De toda
palidez de misterio.

—Di bien de qué...
—Del frío
remoto de los muertos.
De nieves de la Sombra,
de escarchas del Silencio.

—Di bien de qué...
—De enigma,
de enigma de los muertos;
y cuando el viento sopla,
de polvo de sus huesos.
—Qué más?
—El sol me dora
—verdad—y sol devuelvo;
mas torno en plata el oro
de su mirar de fuego.
La plata estaño se hace
sobre los ojos viejos,
y el pobre estaño, micas
y talcos de los sueños.

—Luna, ¿de qué te llenas?
Di de qué más...
—De versos,
de música, de cantos,
de asombros y deseos;
de toda el alma humana:
de su clamor eterno.
Mas como todo pasa,
y como al fin todo eso
—desde lo más menguado
hasta lo más excelso—
mejor está perdido,
mejor está deshecho,
me vuelco y me deshago,
me rompo y me disuelvo...
¡Y a rellenar abismo
con lo que flote de eso!

Ya consagrando digo:
Comed, que éste es mi cuerpo.
Y en soledad que espanta
se queda el universo.
Una piedad inmensa
me transfigura luego.
Entonces, poco a poco,
mi juego recomienzo,
como inocente danza
del inocente cielo;
un velo prodigioso
tejiendo y destejiendo.
Y cuando un cáliz de oro
al firmamento elevo,
sediento dios lo llena
del vino de los sueños.

Soy la ilusión del mundo
y el vaso del sediento.

A R T U R O   C A P D E V I L A

EL POEMA SIN TEMA



Cuando toda la mente con delicia se entrega
A un solo pensamiento supremo y dominante
Que encanta los senderos de la conciencia ciega
Con el fulgor celeste de una estrella brillante;
Cuando esa idea única que colma, impregna, absorbe
Y rinde con el yugo de una dulce obsesión;
Que prestigia y exalta los aspectos del orbe
Y llena de luz nueva la vasta Creación;
Cuando ese pensamiento es del todo inefable,
Y no puede su esencia traducirse en canción,
—Ni en el canto más bello, ni en el más impecable,—
Te librarás, estrofa, de la idea suprema,
Tú no tendrás el sello del solo pensamiento.

Entonces el poeta puede dar nacimiento
Al poema sin tema.

ROSA GARCIA COSTA

NOTAS SOCIALES

No deja de tener interés, lectoras amigas, el observar serenamente la evolución de ciertas ideas, o mejor dicho, de las prácticas implantadas recientemente dentro del protocolo que rige las actividades de nuestra sociedad. En otras épocas, la frivolidad mundana era privilegio exclusivo del elemento femenino: del elemento juvenil, se entiende... a pesar de ciertas excepciones, y a que siempre viven en uno u otro ambiente esas eternas aves del paraíso que no quieren convencerse de que cada jornada nueva en la vida de una mujer, debe señalar un progreso en su mentalidad, o un nuevo interés en las obligaciones del propio hogar, o en las actividades de índole social, que revelen un propósito útil o generoso......

«*Les temps ont changé, bergère...*» reza la vieja canción... Mujeres hay en nuestro ambiente, y muy numerosas — para honra nuestra — que añaden al proverbial encanto femenino, el interés de actividades tan generosas como elevadas; figuras muy brillantes por cierto, utilizan, y encauzan también el natural anhelo de disfrutar de todos los placeres de la vida mundana, para que las luminarias de fiesta proporcionen luz y calor a los que carecen de los recursos más necesarios en su precario vivir... Sin embargo, vemos surgir síntomas muy graves — dentro de su misma nimiedad — que nos hacen temer que las iniciativas más brillantes de la vida mundana actual, esas iniciativas llenas de animación y fantasía, pasen hoy a ser el exclusivo privilegio de caballeros a los que se ha conferido un título que es un símbolo de esta nueva especialidad: «Animador...» y lo dicen en francés, creyendo que la traducción del título pueda hacer culminar todas las condiciones que él requiere...

¿Cómo podrá extrañarse, entonces, que tantas encantadoras figuras femeninas hayan decidido llenar su vida con obligaciones que representan una grave responsabilidad, o una tarea pesadísima para sus gráciles hombros? «¡*Les temps ont changé, bergère*!...»

Este comentario de rigurosa oportunidad, un tanto maligno tal vez, me ha traído un recuerdo muy lejano por cierto, pero que se impone por la analogía de esta novísima evolución... Llena de curiosidad, había acudido, en compañía de otras personas, a escuchar una conferencia sobre feminismo; ocupaba la tribuna la esposa de Guillermo Ferrero, la eminente Gina Lombroso... Pues bien: la entusiasta oradora nos demostró entonces *que no era la mujer* la que invadía en nuestra época el campo de actividades del hombre: muy al contrario... dado que era éste el que había ido invadiendo el dominio femenino. Allá en la edad más remota, las primeras actividades de la mujer se emplearon en rodear de plantas y de flores la cabaña primitiva; en amasar el pan, hilar el lino, tejer y teñir las telas para sus primeros vestidos... Pero los horticultores, panaderos y fabricantes las habían ido eliminando paulatinamente de esas gratas ocupaciones, de esas pequeñas industrias que ellas emprendieran merced al esfuerzo de su inteligencia, de su perseverancia...

¿Qué podría decir hoy la eminente señora de Ferrero si le fuese dado observar las curiosas modalidades de nuestra vida mundana, en alguna de las playas a la moda? Habría tema, sin duda, para una risueña disertación... Pero ya que no podemos tener el lujo de tan eminente comentarista, podemos contentarnos con las observaciones hechas con alguna malicia, naturalmente, por las encantadoras figuras femeninas que han decidido alternar sus días de... ¿descanso? entre las playas más brillantes, más de moda.

Parece ser que la tradición de una vieja rivalidad entre elementos muy prestigiosos de la sociedad argentina, perdura aún, a través del tiempo y de las generaciones... y que si los muy elegantes *gentlemen* nuestros no han puesto en práctica — a Dios gracias — las costumbres un tanto rudas de los habitantes de Córcega, están latentes aún ciertos enconos. Se suscitan todavía controversias, hasta para la colocación de una imagen en determinado santuario... justamente ahora, cuando se esperaba que al llegar el día en que ha de rememorarse un aniversario solemne, quedarían desvanecidas para siempre las viejas rencillas de Montescos y Capuletos...

Pero parece que las rivalidades por ciertos privilegios, o simplemente por imponer el ritmo de la vida mundana, han de ofrecer tema especialísimo a orillas del mar... Así nos llega el rumor del antagonismo surgido entre dos círculos muy representativos al parecer; si uno de ellos profesa un culto ferviente por los acontecimientos de la vida mundana europea, el otro afirma sus sentimientos nacionalistas, de manera que, entre una noche en Versalles o una noche criolla, hubo rivalidad, y muy sonada... También es cierto que no es privilegio exclusivo nuestro, el de la crítica más o menos severa, porque cuentan las crónicas llegadas de un país amigo, y muy vecino nuestro, que resulta peligrosísimo el pasearse sin defensa por la larga y pintoresca Rambla de un balneario cuyo nombre es toda una tradición en el Plata... que es tan severa la crítica del bellísimo tribunal femenino allí reunido, que la rambla ha cambiado ya de nombre: por fallo de sus víctimas, se ha convertido hoy en la Rambla de «La Mandíbula»... porque aseguran los veraneantes que toda figura que pasee por ella despreocupadamente, queda *triturada*...

Y para terminar, amigas lectoras, esta crónica mía, inspirada por nuestro común amigo Monsieur Potin, he de referirles una aventura muy original, para que desconfíen ustedes si llega el caso de anunciarse la visita de «La Dama Duende» en alguna de las *villeggiatturas* de verano... Entre la interesante correspondencia que me remite periódicamente la Dirección de esta Revista — correspondencia que me trae tantas veces la cálida expresión de simpatía de alguna amiga ignorada — merece anotarse una carta, fechada en Arroyo Seco el día 18 de enero.

La simpática corresponsal, refiere que «viajando por la provincia, tuvo oportunidad de conocer a una señora periodista, que le confió ser la colaboradora de CARAS Y CARETAS, que firma con el pseudónimo de «Dama Duende», y que aquella dama tuvo la gentileza de dejar en el álbum de autógrafos de mi amiga desconocida, un pensamiento firmado con el nombre que se había apropiado con tanta naturalidad... Muy reconocida a esta prueba de simpatía, la lectora de Arroyo Seco quiso mostrar su álbum a otras personas, conocedoras del ambiente social porteño, pero éstas se apresuraron a asegurarle que había sido víctima de un engaño, porque era público y notorio que tras el pseudónimo tan femenino, se ocultaba la difundida personalidad de un periodista cuyo nombre consigna también la interesante carta.

En verdad, amigas mías: si no fuera porque me resulta penoso el que una de esas amigas desconocidas cuya simpatía me estimula, haya sido víctima de un doble engaño, la aventura me parecería muy divertida. Tal vez pueda preocuparme — lo confieso — el que aquella misteriosa periodista no haya sabido encarnar mi segunda personalidad con todo el encanto necesario para conquistarme nuevas simpatías.

Después... a pesar de reconocer en el distinguido periodista dotes de inteligencia muy superiores, nunca he ambicionado el *escribir como un hombre*... sobre todo, no quisiera que esa impresión se grabara en el corazón de esas amigas a las que me une ya un firme vínculo espiritual...

LA DAMA DUENDE.

Buenos Aires, Febrero 1924.

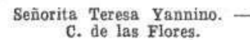
SRA. ESTHER ROSSELLI DE DUBARRY



Cuyo fallecimiento reciente en La Plata ha sido muy lamentado.

Necrología



Señorita Teresa Yannino. — C. de las Flores.

Señora Práxedes Mange de Molina. — C. de las Flores.



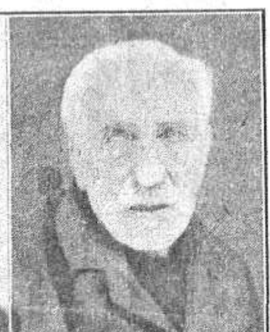

Señor Antonio Bonanni. — Capital.

Señor Celio D. Decio. — Patagones.




Señor Luis Mazzarella. — Capital.

Señor Francisco Manfredi. — Avellaneda.

Señor José César Pozzo. — Avellaneda.

Señor Clemente Lanzetti. — Capital.

Es tan cómodo conseguir lo mejor en farmacia a los mejores precios

haciendo los pedidos por carta o teléfono a GIBSON debido a que está tan bien organizado su servicio de expedición, que hoy en día se puede decir que hasta en la población más apartada de la República tienen a GIBSON en la misma localidad. Y lo más notable de esto es que se pueden hacer por carta o teléfono compras hasta las más insignificantes, que no por ello el pedido será despachado por GIBSON con menos atención que la que se da en cualquier parte a uno muchas veces mayor.

Realmente se puede decir que se tiene a GIBSON a mano gracias a su buen servicio de expedición. Se consigue así calidad, productos puros y frescos, excelentes preparados y los precios más convenientes.

FARMACIA Y DROGUERIA

DIEGO GIBSON

192, DEFENSA, 192

Unica Sucursal:

FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)

Unión Telefónica del 5921 al 5925, Avenida.



PASATIEMPOS

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor *número de soluciones exactas y otros* dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

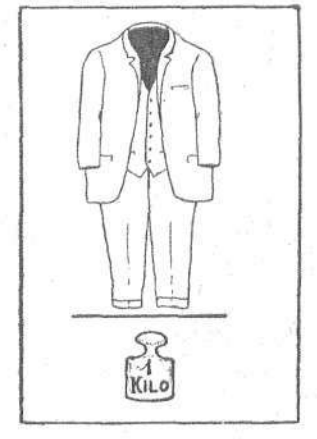
3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio *aunque se publiquen con seudónimo.*

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

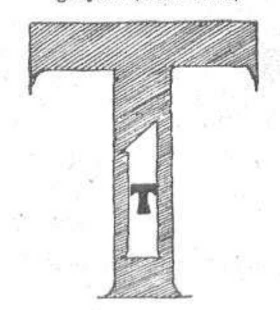
N.º 1

Frase comprimida, por «Tirteo». Ramos Mejía (F. C. O.)



N.º 2

Comprimido, por Oscar Anastasi. Gualeguaychú (Entre Ríos.)



N.º 3

Comprimido, por Juan Carlos Scurini. (Ciudad.)

100 ATUEL

N.º 4

Comprimido, por «Tirteo». Ramos Mejía (F. C. O.)

VOCAL DIOS

N.º 5

Comprimido, por Oscar Anastasi. Gualeguaychú (Entre Ríos.)



N.º 6

Comprimido, por Oscar Anastasi. Gualeguaychú (Entre Ríos.)



N.º 7

Comprimido, por Oscar Anastasi. Gualeguaychú (Entre Ríos).



N.º 8

Comprimido, por Oscar Anastasi. Gualeguaychú *(Entre Ríos.)*



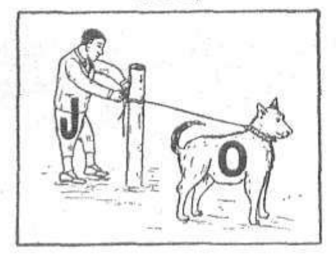
N.º 9

Comprimido, por «Tirteo» (Ramos Mejía, F. C. O.)

JUNIO — NOMBRE DE MUJER

N.º 10

Comprimido, por «Tirteo». (Ramos Mejía, F. C. O.)



N.º 11

Charada a vocablos, por Héctor F. Viglione. Córdoba. *(Fuera de concurso.)*

Hay un "negocio" en "San Borombón" que surte a "parte de la población".

N.º 12

Charada a vocablos, por Héctor F. Viglione. Córdoba. (Fuera de concurso).

Un trozo de "metal" "redondo" había por detrás y delante del tranvía.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

CONCURSO DE PASATIEMPOS

FEBRERO DE 1924.

CUPON N.º 1324

Reanudamos hoy la publicación de la página de «Pasatiempos», que tanto éxito ha obtenido en nuestros números anteriores, la que será insertada con regularidad.

En números próximos continuaremos también con una serie de capítulos sobre la moderna técnica del arte enigmático, iniciada hace algunos meses, comprendiendo los requisitos que deben reunir los diversos juegos.

Nota. — Se recomienda muy especialmente a los señores colaboradores, cuando envíen un pasatiempo en que intervenga un dibujo, no lo firmen al reverso, sino al pie del mismo, dejando un pequeño espacio entre aquél y la firma.



LOS CRIADORES DE OVINOS PUEDEN ESTAR SATISFECHOS CON LAS CONDICIONES ACTUALES

Hace pocos años, cuando los precios de los vacunos estaban en un estado completamente anormal, un gran número de personas vinculadas a la cría de ovinos se tornaron pesimistas debido a los bajos precios de la lana, que se mantuvieron durante un tiempo prolongado, y al hecho del creciente abarrotamiento de ese producto en el mercado central de frutos y en los depósitos de los consignatarios en los puertos del Sud y Compañías Marítimas de Navegación. Agréguese a esto la incapacidad, de parte de los criadores, para obtener en alguna forma precios remunerativos por su producción, y se comprenderá el terror y pánico producidos en el ánimo de muchos criadores, quienes habían dedicado muchos años de sus esfuerzos a la cría de lanares.

Fué en esa ocasión que el que esto escribe, siempre optimista, hizo notar lo disparatado que era la liquidación de majadas, y adelanté que los precios que en aquél entonces se cotizaban los vacunos no podrían mantenerse indefinidamente, y que la lana, tarde o temprano recobraría su lugar en las cotizaciones, y cuantas personas tuvieran paciencia para esperar un momento más propicio para esta mercadería, obtendrían su recompensa por ello. Pero, como yo lo he hecho constar en un reciente artículo, en estas mismas columnas, parece ser una característica de la mayor parte de la población argentina vinculada con la industria ganadera, seguir las corrientes de la mayoría. Así, por ejemplo, si un grupo de personas dedicadas a la cría de ovinos se desalienta por una baja en los precios de la lana, y decide vender sus majadas y dedicarse a la cría de vacunos, se producirá de inmediato un movimiento general de parte de los criadores para deshacerse de los ovinos o viceversa. Si, por ejemplo, el lino está a bajo precio durante una temporada, y el trigo y la avena se venden a altos precios, la gran mayoría de los plantadores sembrará de estas dos últimas clases de cereales. Es que existe, fuera de duda, una gran falta de paciencia, y sin esta virtud tan necesaria, pocos puede confiar en tener éxito en la industria o en los negocios.

Personalmente conozco cantidades de hombres cuyas impaciencias les han costado fortunas. Y la entera liquidación de majadas de ovinos en el mercado de Tablada, junto con la desaparición de centenares de hombres de las filas de los criadores de ovejas, se estima oficialmente que ha costado al país unos doce millones de cabezas desde 1914. Calculando a los precios actuales de la lana, uno puede fácilmente imaginar lo que esto significa para el comercio de exportación en la Argentina.

Es agradable hacer notar, por otra parte, la satisfactoria posición alcanzada por las lanas y sus perspectivas, juntamente con el restablecimiento de la confianza en esta industria.

Las filas de los criadores han aumentado en forma que dentro de unos pocos años podremos esperar que las existencias de ovinos adquieran el nivel de los años previos a la guerra. Aquellos que, como yo, han vivido muchos años en la república, están en condiciones de dar numerosos ejemplos del milagroso poder de restablecimiento comercial que caracteriza al país, y lo ocurrido con las lanas y los ovinos en los últimos tres años, es un ejemplo concluyente. Hace cuatro años era casi una imposibilidad vender carneros importados a precios suficientes para cubrir su costo de flete y manutención, mucho menos que diez días atrás, que en el depósito de Bullrich y Cía., de la Avenida Alem, nueve carneros Lincoln importados fueron vendidos a precios que oscilan entre $ 1.300 a $ 5.700, con un promedio de $ 2.288 por cabeza; carneros Romney Marsh vendidos a $ 3.600, $ 3.000, $ 1.750, y varios a $ 1.600.

Aquí no debe dejarse de hacer mención, para información de los criadores, que en Nueva Zelandia, en la actualidad, reina una gran consternación entre los criadores de ovinos, por el descubrimiento de que en el cruce sin distinciones de productos Romney machos con los Lincoln hembras, había afectado la calidad de los vellones. Este defecto fué notado primeramente en Bradford, Inglaterra, que es uno de los centros de tejidos más importantes del mundo. Los manufactureros descubrieron que en varios mechones del mismo vellón había fibras que eran en varios grados inferiores a la calidad general del vellón, y que estas fibras no podían hilarse con el resto de la lana; y en los casos en que los vellones aparecían con lo que se llama fibras muertas, el resultado de la cruza con carneros Romery, estas fibras carecían del poder absorbente del resto de la lana; no toman o absorben el teñido, lo que es considerado por los manufactureros como un gran defecto. Sobre todo, los criadores argentinos harían bien en ejercer un gran cuidado en el empleo de los carneros Romney Marsh con ovejas Lincoln. De acuerdo con las opiniones de expertos, recientemente recibidas de Nueva Zelandia y Gran Bretaña, tomará considerable tiempo, y probablemente el uso forzoso de los carneros Wensleydale, para remediar el daño ya hecho.

Un estimado corresponsal, residente en Londres, quien es un experto en asuntos relacionados con lanas, me acaba de enviar una interesante carta, fechada en diciembre 30, en la que me dice que la forma en que han terminado los remates de lana en esa semana demuestran claramente que se ha operado un gran cambio en la cotización de ese producto, puesto que los precios han llegado al punto más alto del año. La demanda fué extraordinariamente firme y nadie esperaba ver subir el precio de lanas cruzas en un cincuenta por ciento en un período corto de doce meses. El calculaba que desde octubre a noviembre, época de las ventas anuales, de cruzas finas habían subido en un quince por ciento; cruzas medianas de veinte a veinticinco por ciento y cruzas gruesas de un quince a veinte por ciento.

Esto significa un alza extraordinaria, puesto que nada parecido se ha visto desde marzo de 1920, que fué señalado por los manufactureros como una ocasión de gran suba. Permitámonos confiar que esta demanda no será circunstancial, pero esto debe tomarse como una resultante de la reorganización de las maquinarias y la producción, destruídas durante la guerra, y que nuevamente son puestas en orden. Lo que sigue a continuación es un extracto de la carta de mi corresponsal, que quizás interese a muchos lectores:

«Uno de los hechos más notables en la presente situación de las lanas, es la reentrada de Norteamérica como país comprador. Las existencias de Merinos en los Estados Unidos han disminuído mucho, en tal forma que otras cantidades deberán ser adquiridas por ellos. Los vende-

dores y comerciantes norteamericanos saben perfectamente que si esta lana fina (Merinos) no es adquirida desde ahora a marzo de 1924, no les quedará mucho por seleccionar luego. Por esto Norteamérica ha comenzado a comprar liberalmente en Sud Africa y Australia, y supongo que estarán operando en los mercados de Buenos Aires por lanas finas.

«Las lanas cruzas es probable también que se mantengan en demanda, y aquí (Londres) se considera generalmente que sólo la terminación del conflicto en el Ruhr traería como consecuencia la aparición de Alemania y Rusia como grandes compradores de lanas crudas. Es ahora sabido que Alemania está haciendo las grandes exportaciones para Rusia, pagándole este país con oro y no papel moneda. Esto explica porqué Alemania ha sido un comprador tan importante en Nueva Zelandia de lanas cruzas, y que una solución razonable de las complicaciones políticas y financieras traería como consecuencia una gran expansión de los negocios en la Europa central y occidental. Debido a esto es que el comercio es tan optimista, y todo hace creer en las posibilidades de hoy día muy satisfactoriamente. En lo que respecta a los plantadores de la Argentina, éstos deben sentirse contentos, puesto que debe creerse que son capaces de producir las materias primas que están actualmente en demanda. A mi entender no hay que tener temor por las dificultades de hallar rápida venta para la producción argentina del año 1923, junto con los remanentes que quizás queden todavía del año 1922, puesto que se murmura que varios de los productos mejor reputados de Australia, para el año 1924, han sido adquiridos con anticipación, sobre la base de los precios actuales...»

La información que precede hace su lectura placentera y augura el bien para los hombres que se dedican a sus ovejas. Asimismo, la demanda en este momento parece más firme por las de calidad fina; es alentador hacer notar, del examen cuidadoso de los cables recientemente recibidos, que las lanas cruzas medianas y gruesas se han vendido a buenos precios. Esto vendría a hacer creer que la compra a cuenta de Alemania es actualmente más pronunciada que lo que fué nunca desde la firma del armisticio. Es obvio que los alemanes no experimentarán dificultad ninguna al asegurarse la cantidad de lana que quieran, con tal de que los pagos sean satisfactoriamente arreglados. Se debe a ellos, en buena parte, el hecho de que en el mercado central de frutos y en diferentes partes del país, hayan subido los valores. De acuerdo con versiones circulantes en círculos bien informados, no está distante el momento en que los competidores alemanes efectuarán operaciones con más amplia base. Y cuando los cambios estén de nuevo en condiciones favorables para la exportación, es muy posible que su poder de adquisición signifique una ventaja para este país, que produce tantas lanas cruzas medianas y gruesas.

Todo considerado, el futuro aparece brillante para aquellos hombres vinculados a la industria de la cría lanar, y permitámonos tener la esperanza de que su grande éxito no sea mezclado con esa terrible enfermedad que se llama «Política».

Gus. G. J. Peters

De Mendoza



SAN RAFAEL. — Vista general del hermoso hospital recientemente inaugurado en esta ciudad.

Autoridades provinciales y locales entrando en el nuevo edificio.

Parte del público que presenció el acto inaugural.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL

Trimestre	$ 2.50
Semestre	» 5.00
Año	» 9.00
Número suelto	20 ctvs.
Número atrasado del cte. año	40 »

EN EL INTERIOR

Trimestre	$ 3.00
Semestre	» 6.00
Año	» 11.00
Número suelto	25 ctvs.
Número atrasado del cte. año	50 »

EN EL EXTERIOR

Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» » 4.00
Año	» » 8.00

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.





EL CASO EXTRAÑO DEL Dr. PEDRO FIGARI, PINTOR



POCAS veces se ha justificado de tal modo el asombro.

Nosotros, que conocíamos, de muchos años, al doctor Pedro Figari, que lo sabíamos jurisconsulto, político y escritor, nos asombramos viendo que fuera de su patria— en ambiente tan amplio como el de Buenos Aires — triunfaba con una Exposición de cuadros.

— ¡No es posible! — nos decíamos.

El doctor Pedro Figari, escribiendo su libro «Arte, Estética, Ideal» — hacía ya mucho tiempo — había demostrado ampliamente su cultura artística.

Estuvo en puestos públicos, orientando la enseñanza. Recordamos su gestión al frente de la enseñanza industrial, donde quebró lanzas, buscando inspiraciones en lo criollo, er lo autóctono.

Pero, como para pintar hace falta dominio de la técnica, nunca supusimos que el ex político y abogado fuera a resultar a la postre, bien pasado el medio siglo, por encima de todo, pintor.

Y este pintor acaba de triunfar franca y clamorosamente, en la capital de Francia.



EN estos días, la figura madura y robusta, grave y jovial aun tiempo, del doctor Pedro Figari, ha reaparecido en Montevideo.

El doctor Figari se fué de aquí llevándose quién sabe qué desengaños en el alma, y vuelve unos días — triunfador — a gozar de las brisas nativas y a estrechar la mano de los amigos fieles.

En su vida luchadora hubo de todo: días victoriosos y momentos de desánimo, ese desánimo que sobreviene cuando se ve que se ha malogrado una noble siembra o que no cristalizan nuestros mejores esfuerzos.

Fué un jurisconsulto distinguido, un discreto político, un laborioso funcionario...

Pero pocos, muy pocos — ¡acaso nadie, ni siquiera él! — llegaron a entrever al formidable artista que se escondía tras el abogado y el político.

La revelación, como un milagro, se dió en país extranjero. Una vez más se ha cumplido el «nadie es profeta en su tierra», fatal para los hombres de real talento.

A los honrosos juicios logrados por el doctor Pedro Figari en Buenos Aires, se agregan ahora las loas entusiastas que vienen de París. Los artistas franceses dicen que hay verdadera genialidad en los cuadros del maduro artista platino.

Pero, hasta para nosotros, resultaba extraño esto de que un artista tarde tanto en revelarse. Por eso, al enfrentarnos hoy con él, le hemos preguntado:

— ¿Cuándo descubrió usted sus aptitudes pictóricas?...

Y el doctor Figari vacila, un poco perplejo, tironeando los hilos de plata de su indómita barba:

— ¡Oh!... ¡La pintura me gustó siempre!... Pero yo entendía, por la propia contextura de aquel ambiente que respiraba en mi primera juventud, que era solo una forma de solaz para mi espíritu.

Comprendemos.

Vemos la actitud juiciosa de unos padres previsores que hacen al hijo abogado. Figari (al que le gusta pintar, sin percatarse, en rigor, del artista personal que lleva dentro) hizo todo lo que saben hacer en esta tierra los abogados con condiciones intelectuales ingénitas: defendió delincuentes, picó pleitos, hizo discursos, algún libro, escribió en la prensa...

Y a ratos perdidos, pintaba.

En países con tradición pictórica: Francia, España, Italia, el doctor Figari habría sido, simplemente, pintor.

Sin embargo, es probable que, a fin de cuentas, las circunstancias hayan favorecido al artista, ya que no le viciaron profesores y Academias y hoy, más allá de la mitad de la vida, es un artista personal.

EL doctor Figari se entregó de lleno, en alma y cuerpo, a la pintura, al salir de la Dirección de Enseñanza Industrial y encontrar desierto su bufete. Hacía años que no agarraba los pinceles. ¿Qué temas buscaría?...

Lo salvó su cariño al terruño, su ternura hacia la vida cruel de los pobladores de la campiña y su comprensión del suburbio... Vió lo pintoresco y lo trágico... Apresó el movimiento y retuvo el color. Dejad que nos hable:

— Apenas vislumbraba lo que podría intentarse para magnificar nuestro ambiente, nuestras tradiciones, las cosas de la vida colonial, con la elegancia de las viejas damas y las fiestas de los negros, tan opulentas de color...

Había que «sentir» todo esto, porque la técnica sola no emociona. Y lo ha conseguido. Hoy grandes maestros franceses como Vuillan, hablan de venirse a pintar al Río de la Plata.

Nosotros creemos, sinceramente, que al doctor Figari le ha hecho bien empezar tarde. De lo contrario, acaso los maestros hubieran malogrado el esbozo de una personalidad. Y hoy tal vez no fuera él, con grandes virtudes... y defectos, pero él.

EL doctor Figari habla con simpatía de los negros esclavos, tan fieles y valientes.

—¡ No pinte tantos negros! — le objetaba alguien en Buenos Aires, sabiendo que los cuadros de Figari iban a ir a Europa. —¿Qué van a decir los franceses de nosotros?...

Pero el artista, seguro de su obra, acertó a sonreir:

— ¡Lo peor que pueden decir de nosotros es que los tuvimos y no los hemos visto!

A. RUBÍN DE CELIS

EL BAÑO LUSTRAL

Yo estaba solo y triste cuando llegaste... Dentro
del corazón se alzaron voces para aclamarte
y para bendecirte por el feliz encuentro.

Sentí que nueva luz traías a mi arte
y nuevas emociones al corazón cansado,
que en combates de amor y gloria se reparte.

Fué como si de pronto se borrara el pasado:
tal como si naciera, feliz, a nueva vida,
limpio de toda angustia y de todo pecado.

Sentí que se cerraban los labios de mi herida
y que volvía a ver el rumbo de mis pasos,
la senda que pensara para siempre perdida.

Y sobre la montaña triste de mis fracasos
un arco de triunfo se levantó, fulgiendo,
y el placer de vivir tornó a colmar sus vasos.

Oh, dicha de tornar a la vida sonriendo,
con la boca estallante de besos y de rimas,
después que se ha sentido que nos vamos muriendo!...

Oh, voluptuosidad de soñar con las cimas
otra vez, y sentir hambre y sed de existencia,
después que se ha caído en las lóbregas simas!...

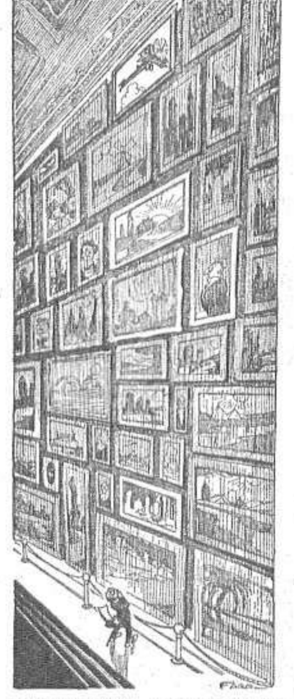
Tú has hecho este milagro de transformar mi esencia,
de insuflarme el anhelo de luchar contra todo
y sonreir, heroico, de frente a la inclemencia.

Yo estaba solo y triste... ¡Tú llegaste, y a modo
de una madre que alienta al hijo derrotado,
al corazón le hiciste que olvidara su lodo
y con lùz de tu alma hoy se siente bañado!

LOPEZ DE MOLINA



El cazador económico:
—¿Eres comestible, pajarito?



El joven artista, cuyo trabajo ha sido puesto en alto: — ¡Esto me pasa por meterme a pintor de aeroplanos!

AL FINAL DE LA RUTA

Señor, he caminado sobre toda mi vida
creyendo en el torcido corazón que se allega.
Fuí brasa destructora de mis mejores leños,
fuí una luz apagada con mi propia tiniebla.

Como sombra pasé sobre los muros blancos
de la ciudad imposible que no pude alcanzar,
mis días se alejaron en la columna de humo
y comí sus cenizas mezcladas con mi pan...

Ese mundo está hoy lejos, y al final de la ruta
me ha tocado una gracia que todo lo redime;
Señor: ya no soy llama devorando mi heno,
Señor: he florecido como una hierba humilde.

BLASON

Mi esperanza se exorna frente al cristal lejano
con el noble y antiguo traje de los abuelos;
mi fe siempre fué joya preciada de familia
tomada en el secreto del arcón del recuerdo.

Pretérito es mi escudo; mas es simple y nativo
el oro que se gasta luciente en sus cuarteles.
La expresión con el gesto dulcemente se acuerdan
y el corazón se anuncia como un ramito verde.

RICARDO GUTIERREZ

De Entre Ríos

VICTORIA.— Personal docente y alumnos últimamente egresados de la Escuela Normal.



CONCORDIA. — Caracterizados miembros de la colectividad italiana que ofrecieron una demostración a la condesa de Peci, por el éxito obtenido en sus conferencias.

Instituto Superior de Comercio "LUCA"








J. Nápoli. J. L. Schiaffino. E. J. Orlandi. J. Angiola. A. De Bonis. J. F. Rico. F. Rodríguez.

Nuevos Tenedores de Libros Diplomados egresados en diciembre 1923. Está abierta la inscripción para los cursos: Tenedor de Libros, Contadores Públicos, Balanceadores, Taquigrafía, Dactilografía, Cajeras, Empleados, Idiomas: Inglés, Francés, Italiano y Latín. Matemáticas en general. Ingresos y aplazados todos Colegios Nacionales. 6.º Grado libre, Música, Piano, Violín y Solfeo. Se expiden diplomas. Examen en marzo, julio y diciembre. Director: Prof. Francisco Luca, contador público, autor de la obra «El Abogado en Casa» e inventor de la Máquina de Multiplicar «F. Luca». Informes: Calle Alberti, 1209. Buenos Aires.




V. Platerotti. J. Fabbori. J. Castro. C. Rodriguez.



Es Poco Menos Que Milagroso.

Los Nuevos Rizadores **"West Electric"** Perfeccionados proporcionan el único método práctico para ondear el cabello por medio de presión en lugar de calor o de drogas, ambos perjudiciales.

Los Nuevos RIZADORES WEST ELECTRIC PERFECCIONADOS

Están permanentemente electrificados, lo cual es beneficioso para el cabello. En una palabra, los Nuevos Rizadores **"West Electric"** Perfeccionados son los únicos que valen su precio y por lo tanto merece la pena de insistir en los legítimos.

Universalmente recomendados como prendedores o sujetadores y usados diariamente por millones de mujeres y niñas. De venta en todas partes.

Agentes:
Arthur S. Hawtrey & Cía.
Santiago del Estero, 354, Bs. Aires.
Argentina.

WEST ELECTRIC HAIR CURLER CO.

PHILADELPHIA, Pa., U. S. A.

¡Señoras Madres!



Con el andador "GLASCOCK" conseguiréis que vuestros hijos, cuando empiecen a caminar se desarrollen con sus piernas derechas, sin troceduras.

El andador "GLASCOCK" es el único recomendado por los más célebres médicos, porque enseña a los niños a caminar y corta las encorvaduras.

Cuidado con las IMITACIONES. Los verdaderos se venden en los

Grandes Almacenes
FEENEY y Cía. — PERU y VICTORIA

Enfermedades internas

SANATORIO DE CLINICA MEDICA
"SAN ROQUE"

DIRECTORES:

Prof. Dr. JUAN JOSE VITON
" " LUIS AYERZA
" " J. C. ALONSO MUJICA

JUAN B. ALBERDI 1949
U. T. 3814, Flores.



Agfa

es la gran marca de
PELICULAS
FILM-PACKS
PLACAS
Drogas fotográficas

indispensables para que usted pueda obtener espléndidas fotografías de insuperables resultados cuando concurra a un Picnic, Garden Party o cualquier fiesta campestre.

SE VENDEN EN TODAS LAS CASAS DEL RAMO

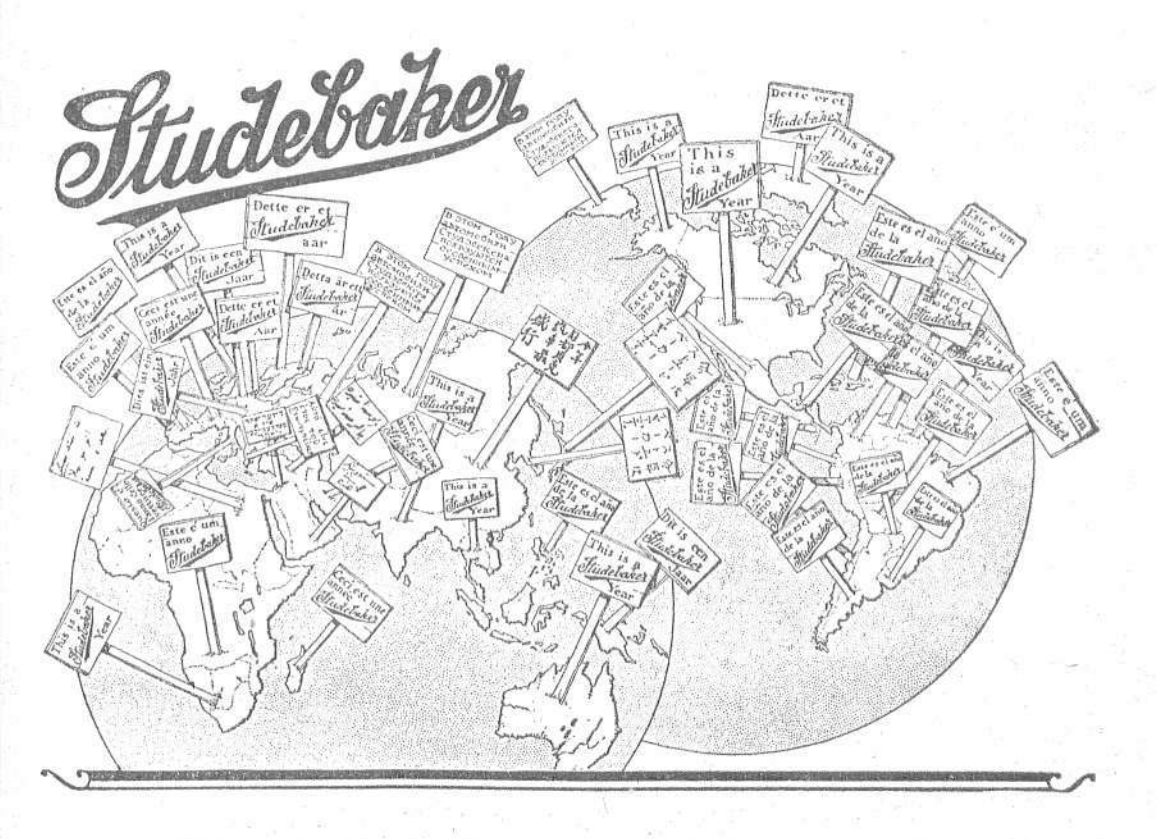
DEPOSITARIOS:
Pasta, Vianello y Cani.
Rivadavia, 1178. — Buenos Aires.

De Territorios



SANTA ROSA (Pampa). — El nuevo Gobernador de este Territorio, señor Jorge Moore, rodeado por algunos de sus colaboradores en el Gobierno.

Grupo de magistrados y altos jefes de reparticiones públicas, que hicieron acto de presencia en la toma de posesión del gobierno por el señor Moore.



En el Mundo Entero
Este es el Año del STUDEBAKER

De Buenos Aires a Madrid, de Norte a Sur y de Oriente a Occidente, el público automovilista está dando patentes muestras de la veracidad del lema de la Studebaker:

¡ESTE ES EL AÑO DEL STUDEBAKER!

En 1923, más de 140.000 personas compraron automóviles Studebaker. Millares más serán comprados este año, todo en virtud de que la gente reconoce que en el producto Studebaker obtiene el máximum de valor intrínseco. Vea Vd. un Studebaker antes de comprar automóvil.

The Studebaker Corporation of America

Montevideo:
Avenida 18 de Julio, 912

Buenos Aires:
Avenida de Mayo, 1235

De San Juan

Bachilleres egresados del Colegio Nacional


María González.


Angel Medina.


Eduardo Laplagne.


Arturo T. Videla.


J. M. Dalmiro Quiroga.


José A. Carrera.


Bernardo T. Romero.


O. E. de M. Pringles.


Aimé Sage.


Angel M. Beguin.

UNA CAUSA DE INCENDIOS POCO CONOCIDA

Después de un incendio es casi imposible determinar, las más de las veces, cuál fué la causa ocasional del siniestro, porque el fuego destruye todo rastro de ella, y esto, que en general se dice, es más aplicable a los incendios de los montes que se producen durante los veranos, y que suelen ocasionar grandes daños y pérdidas de consideración.

Cuando atraviesa el monte una línea férrea, se culpa a las chispas que las locomotoras despiden; en otros casos achácase el siniestro a imprudencias de fumadores que caminan por el predio forestal; hay ocasiones en que se sospecha la existencia de incendiarios, aunque no se conozcan ni éstos ni los móviles a que haya podido obedecer su infame acción, y se suele también acusar a ganaderos y pastores, que pretenden obtener beneficio, mejorando y aumentando los pastos por medios tan reprobables.

Pero, aparte de todo, existe una causa, en que no se había fijado la atención hasta que recientemente la ha invocado, según leemos en la revista francesa «L'Echo Forestier», M. Péijos.

Los fragmentos de vidrios de botellas que se tiran al suelo pueden actuar, en ciertos casos, como verdaderas lentes, concentrando los rayos solares e inflamando el pasto seco y otras materias inflamables que casualmente se hallen colocadas en los focos de las mismas y provocar el incendio del monte.

El señor Péijos hizo patente el hecho en su gabinete, al observar que sus guantes, puestos sobre la mesa de experimentación, despedían humo, habiendo descubierto que el origen de tal fenómeno no era otro que la concentración de los rayos de sol, que atravesaban uno de esos desperfectos, a modo de burbujas consolidadas, y que, bien miradas, son comparables a pequeñas lentes biconvexas.

LLÉNALO DE AMOR...

¡Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor!

Adolescente, joven, maduro, viejo: siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor.

En cuanto sepas que tienes delante de ti un tiempo baldío, ve a buscar al amor.

No pienses: «sufriré».

No pienses: «me engañarán».

No pienses: «dudaré».

Ve, simplemente, diáfanamente, regocijadamente, en busca del amor.

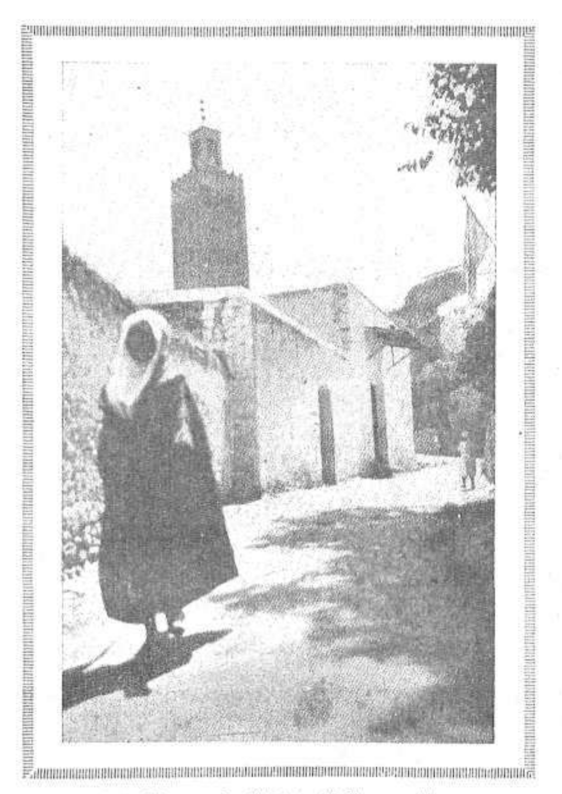
¿Qué índole de amor? No importa: todo amor está lleno de excelencia y de nobleza.

Ama como puedas, ama a quien puedas, ama todo lo que puedas... pero ama siempre. No te preocupes de la finalidad de tu amor. Él lleva en sí mismo su propia finalidad.

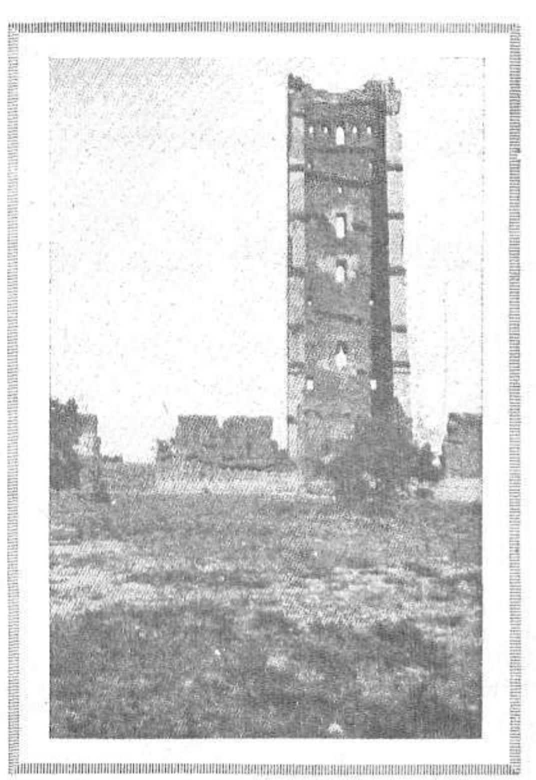
No te juzgues incompleto porque no responden a tus ternuras: el amor lleva en sí su propia plenitud.

¡Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor!

AMADO NERVO.



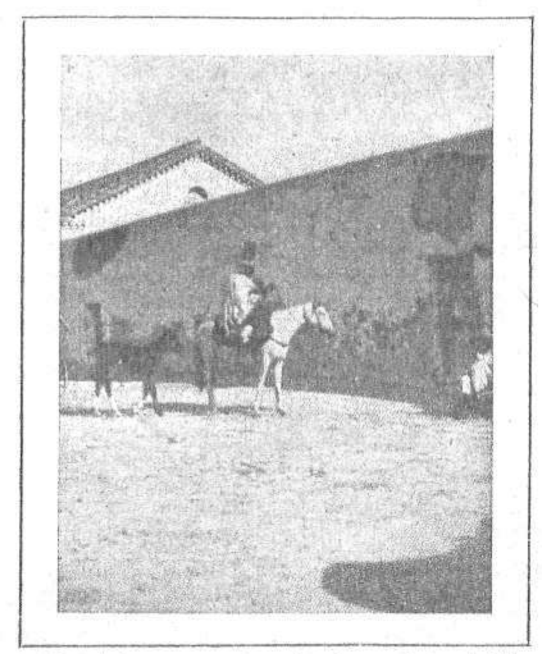
Minarete de la Mosquea de Sidi-Bou-Medina, santón muy reverenciado por los árabes, nacido en Sevilla.



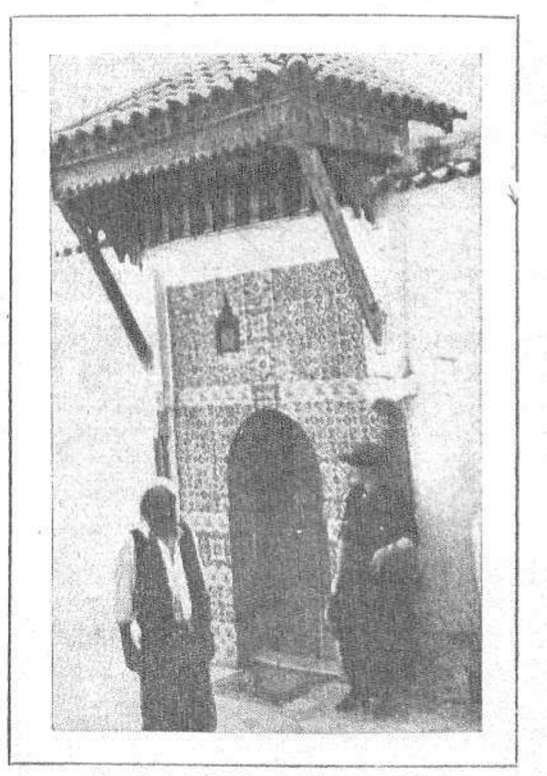
Mitad de la gran torre de Mansoura, ligeramente consolidada: Es el minarete de la Mosquea construído por Abou Yakoud en el centro de su campo fortificado, cuyo perímetro era de 4.000 metros delimitando una superficie de 100 hectáreas. Respecto a la destrucción de una mitad del minarete, una leyenda corre según la cual el sultán Merinida, que lo hizo construir, empleó para ello obreros musulmanes y judíos, y la parte caída sería justamente la hecha por estos últimos.

"CARAS Y CARETAS" EN ARGELIA

La antigua Agadir



Caballero indígena en una yegua tocado con el característico sombrero de copa alta, todavía modesto en este caso, y que colocan sobre la especie de turbante que va directamente aplicado a la cabeza. (Aín-Oursera).



Entrada de la tumba de Sidi-Bou-Medina.


RESISTENCIA (Chaco). — Concurrentes al mitin realizado en el Teatro Olimpo para solicitar la construcción de un nuevo edificio para la cárcel, por no reunir el edificio actual condiciones de higiene ni seguridad.

LOCOMOTORAS A ALCOHOL

Hay en el Brasil actualmente cerca de 80 fábricas modernas de azúcar de caña que poseen unas 800 millas de vía férrea de 0.75 a un metro de anchura, y cuyas locomotoras emplean como combustible la madera.

Como el problema del combustible es cada vez más difícil, numerosos fabricantes de azúcar fijan su atención en la reducción del consumo de madera y la posibilidad de encontrar sustitutos.

Uno de éstos, el más interesante, es el alcohol, que se obtiene en cantidades considerables en las plantaciones azucareras, extrayéndolo de los residuos de la melaza.

En Pernambuco se ha adoptado recientemente el empleo del alcohol, con adición del 5 por 100 de gasolina, para la calefacción del automóvil. Sería interesante tener locomotoras que pudieran funcionar sobre esta base.

LA EXTENSIÓN MUNDIAL DE BOSQUES

Según un trabajo publicado por Mr. Clerget, los bosques de los diversos países ocupan una extensión de 1.500 millones de hectáreas aproximadamente o sea la cuarta parte de la superficie de los continentes.

El Canadá figura a la cabeza con 300 millones de hectáreas.

Europa entera sólo posee 300 millones, de los cuales 210 pertenecen a Rusia y 20 a Suecia y Noruega.

Después vienen Austria y Hungría con 16 millones.

Alemania con 14 y Francia con 9 millones 700.000 hectáreas.

A Europa se la considera en dicho trabajo como el país menos poblado de árboles.

En la India hay 50 millones de hectáreas y 25 millones en el Japón.

ALFA-LAVAL

ALFA-LAVAL

DESNATADORAS
Y
Máquinas de Ordeñar

INSTALACIONES ECONOMICAS
PARA CREMERIAS Y GRANJAS
INSTALACIONES para FABRICACION de CASEINA

PIDAN CATALOGOS Y PRECIOS

Goldkuhl y Brostrom Lda.

CHACABUCO, 199 — BUENOS AIRES

ALFA-LAVAL

¿Cuál es el ideal de toda dama elegante?

Ser admirada y oir a su paso comentarios elogiosos a su hermosura. Si usted emplea el

POLVO GRASOSO

Brissac.

constantemente escuchará el homenaje que su belleza produce en los que la observen.



Este cupón es copia del que va dentro de la caja y no tiene ningún valor.

L. AUBERT y Cía.
JORGE NEWBERY, 3443-65
UNIÓN TELEF. 0945, CHACARITA

POLVO GRASOSO BRISSAC
BRISSAC

$ 1.60 la caja

Característica escena norteña de los asados a la criolla durante una gran juerga de pueblo, en que sale a retozar toda la gracia del alma serrana.



Andanzas y Ferias



Cada jolgorio su crónica. Tal debiera ser la obra de los que aman la leyenda de nuestras tierras, porque, dentro de la faz general con que suelen verse las cosas, no desaparecen determinadas ondulaciones del carácter, de la vida, del ambiente. Mas no es cúmulo informativo el detenerse a narrar en términos ordinarios como se van sucediendo las escenas, porque no pasa de ser ello una mera revisación de figuras faltas de alma, carentes de vibración, sin emociones.

¿Acaso está bien que veamos por fuera el tipo de la serrana emperifollada que transita por ante nosotros, sin abismar nuestra alma en la suya, sin adentrarnos como duendes hasta el sagrario de tantas ilusiones, tantas ingenuas cavilaciones, tamañas corazonadas?

Nuestras bellas regiones del monte y de la serranía rinden un culto inquebrantable, de un modo fervoroso, a todo lo que implica romerías, ferias y andanzas de juerga. Pareciera pueril mencionarlo para quienes no conociesen la psicología de las gentes pobladoras de tales pueblos. Empero, es, a no dudarlo, la primera y más resaltante modalidad que caracteriza el medio.

¿Qué más tiene para un buen norteño el concurrir al velorio de un angelito, que galopar tras los caminos hasta la feria de tal o cual pueblo, tal o cual tradición?

Saturadas vienen de tales hábitos las leyendas de que apenas llevamos noticias por meras narraciones, nunca tan substanciosas como el acercarse a las fuentes oriundas y mirar el espejismo claro de sus encantos; que con tener innumerables aditamentos medio indígenas, casi bárbaros no pocas veces, trasuntan diversas expresiones del más acendrado sentimientalismo, capaz de crear poemas o despertar las almas a las tremendas borracheras de la tragedia. Llenos están los campos riojanos, catamarqueños, jujeños y tucumanos, santiagueños y salteños — por no incurrir en más referencias — de sabrosas consejas y fantásticas remembranzas, capaces de prestar jugo y nervio a volúmenes copiosos, con la sola ilación de los millares de casos y episodios en que juega primordial papel esa incansable manía de caminantes, de caballeros libres y aventureros que retoza con muy buen éxito en el corazón de tales hombres.



Me refiero a las gentes del pueblo, nativos que a excepción de uno por mil no han traspuesto el límite de su provincia, o si lo ha hecho ha sido para echar pie a tierra donde las cosas del alrededor le han brindado iguales aquerenciamientos que aquellas dejadas atrás, muchas veces a impulso de una locura romántica, o impelidos por borrascas sentimentales, a la manera de pájaros cuyo vuelo incierto rige y gobierna el viento según su capricho. Y como quiera que la casta de esos andantes caballeros tiende a perderse mezclada en los turbiones de lo que rápidamente avanza enarbolando pendones de progreso, es natural que sus costumbres causen a quien a ellos acerque la mirada todo el estupor de lo exótico.

Las romerías frecuentadas otrora según arraiga-

Panorama de una tradicional feria popular en las inmediaciones de Jujuy.

das tradiciones por los pueblos en amalgama, van quedando para una clase única, típica, exclusivamente bullanguera y andariega que sabe de grandes zozobras y que por nada de la tierra dimitiría al goce de tales jaranas. Forman un primordial capítulo de sus vidas y animan azarosos instantes en que las almas van engarzando deseos y ensoñaciones; paladeos anticipados de amoríos tan fugaces como violentos; de Dios sabe cuáles ilusiones de albedrío indómito según las voces interiores de una raza que se eclipsa.

¿Y el espectáculo? Nada vale repetir una descripción abundantemente ofrecida ya por cronistas regionales que son los que conviven y auscultan esas palpitaciones. La romería criolla, la feria provinciana — que ya muy poco perdurarán como costumbres — son los cuadros genéricos en que se perfilan y colorean la mayor parte de las peculiaridades de cada región; en donde fluye descarnada y ostensible toda la idiosincrasia de las gentes.

¿Podría garantizar que semejantes visiones criollas tienen su belleza?

Un autor contemporáneo las acaba de vapulear enérgicamente en el transcurso de una larga producción, tratando de comprobar cómo las dichas costumbres, o más bien expresado, esos matices de la tierra gaucha, no pasan de ser un puñado de escenas más o menos pintorescas, o apenas curiosas mientras queda hartado el primer golpe de vista. El problema de la higiene mueve al escritor por combatir esas cosas. Yo afirmo que la belleza de ellas no es exterior. Tienen su raigambre en la incomprensible poesía del desierto, en esa brutal poesía que emana de la montaña, del bosque arcano en que nada nos dice la menor indicación de sus misterios, de las inmensidades en que puede galopar el viento a su indómito modo, cual si de ahí debiéramos adquirir el ejemplo de un carácter muy recio, muy altivo, más allá de nuestras propias cumbres. Es una belleza medio achicada por extraña urdimbre de temores y dudas. La belleza de lo que se siente muy dentro, pero que no se puede comentar porque al tomar forma en el verbo perdería quizás esa exquisita unción que la leyenda, trasuntando secular carrera, les presta como esencia y como causa.

Ahí del echarse a vuelo las mejores percalinas de las criollitas cuyos labios entreabren una ofrenda, exornada de rubíes y nácares que dan más de una comezón al sensualismo de los bailadores.

Músicas exóticas, orquestas modernizadas y bandas indescriptibles encienden la sangre en cabrilleos de danzas, a las cuales, concede cada uno la más grande importancia como demostración de sumas habilidades para el requiebro y los compases en la dulce añoranza que sugieren la zamba y las chacareras.

Allí se fraguan tragedias, con la simple agresión de una mirada que al acaso emerge de los ojazos más hermosos y se mete hacia las travesuras de un par de corazones hombrunos que nunca desdeñan la indirecta de un halago sin dejar de cifrar en su agudísima daga la suerte de cualquier aventura, aunque mal pese al orden de la colectividad o la conveniencia de permanecer aquietados por no deshacer comodidades o negocios.

También brotan del enredo de danzas y jolgorio muchas cepas de felicidad que luego echan buena sombra y rico fruto. En todo, el sentir de una sangre india que corrió en las horas de prueba como corren los arroyos, y no perdió su sello de sufrimiento y energía. Una mezcla de grandezas y pequeñeces. Una original amalgama de vicios y virtudes que lo mismo inducen a dar el beso de pasión que arman el brazo de una venganza.

Y el poco tiempo que les queda de subsistencia a estos fastos de leyenda transcurrirá sin modificación, sin cambio; será el eco de lo añejo, de lo que otrora importó una magnificencia y pasa en dirección al templo del recuerdo.



SANTIAGO FUSTER CASTRESOY

NEUQUEN. — El Jefe de Policía, señor Adalberto Stand, rodeado por un núcleo de destacados vecinos que lo hicieron objeto de un homenaje por su eficaz actuación.

Sr. Daniel B. Gonnet

ING. LUIGGI (Pampa). — Concurrentes a la demostración de aprecio ofrecida al Comisario de Policía, señor Daniel B. Gonnet, motivada por su próxima partida de esta localidad.



(CONTINUACIÓN)

— Yo también estoy interesado, señora Reverly — dijo Doyle evidentemente satisfecho de la atención que se le prestaba.

Y continuó así sus explicaciones:

— ¿Por qué estaban ellos allí? Con toda seguridad que buscaban algo relacionado con el caso y muy probablemente algo que interesaba a Lacy. El «negocio» tiene, por lo visto, muchos interesados. Y es por eso por lo que abandonó el excarcelado sus apenas iniciadas negociaciones con usted y por lo que *penetró* en la casa de Armstrong.

— ¿Quién? ¿Lacy? ¿No será una idea caprichosa de usted suponer que?...

Se contuvo al observar que el rostro de Doyle se encendía como respondiendo a una fuerte contrariedad.

— Ya le he contestado al principio, señora Reverly.

— ¿Y eso que probaría? — atajó ella.

— ¿Dice usted qué prueba? Primero el ofrecimiento de Lacy a usted, hace unos días, proponiéndole diez mil dólares por una carta, y ahora, hace menos de un día, deseando prestarle informaciones a cambio de algo. Pues, en efecto, nada prueba; jamás se podrá demostrar lo que prueban sus acciones: hay que ser brujo y leer el porvenir para descifrar tales problemas procediendo *a priori;* pero los lógicos más brillantes con quienes me encontré en situaciones tan difíciles y complicadas como ésta, practicando averiguaciones en extremo delicadas, no podrían presentar la solución de este problema antes del curso natural de los acontecimientos.

El detective echó una mirada a sus blancos zapatos veraniegos y terminó diciendo con cierta acidez en sus palabras:

— En cuanto a que mis razonamientos sean caprichosos, debo decirle, señora Reverly, que cuando usted estudiaba aritmética sin duda sus profesores le hacían probar, con la tiza en la mano, los ejemplos de las lecciones. ¿No era así?

— Sí, así era — repuso Ruth, sin saber todavía la «consecuencia» de esta pregunta.

— Muy bien — remató el detective: — entonces suponga que nosotros vamos ahora a la casa de Jim Armstrong y, sobre el terreno, probamos estos pequeños problemas... uno de ellos la entrada de Lacy en ella. ¿Tiene usted las llaves del edificio?

— Arriba las tengo.

— ¿Quiere usted que las utilicemos en una rápida visita?

— Perfectamente; la criada las bajará. También dispondré que el chófer...

— No. Será mejor que hagamos ejercicio. ¿Le disgusta?

— Muy satisfecha por mi parte.

Doyle no pareció escuchar estas últimas palabras. De pie ya, dispuesto a acompañarla, sus ojos permanecían absortos contemplando el azul horizonte que se dibujaba por la ventana abierta.

CAPITULO XVIII

LAS ACERTADAS DEDUCCIONES DE PATRICK H. DOYLE, EL DETECTIVE, CONFIRMADAS SOBRE EL TERRENO

Ambos se fueron al «cottage» de Armstrong sin haberse tropezado con alma viviente alguna.

Ruth, a pocos pasos de la casa, señaló a su acompañante el lugar preciso en que, de noche y por sorpresa, se le presentara Lacy.

— Está muy bien. Ahora vamos hacia la puerta — contestó Doyle.

Ya en la entrada, el hombre se detuvo para preguntar:

— ¿Quién posee llaves de la casa además de usted?

— Nadie más, que yo sepa. Yo soy la propietaria ahora.

— ¿Y esta puerta había sido cerrada con llave?

— Sí. La cerré perfectamente la última vez que estuve aquí.

Los perspicaces ojos del detective examinaron todos los detalles que ofrecía la fachada.

Ruth pudo notar en él los síntomas de su peculiar excitación; pero era difícil definir a qué clase de pensamientos correspondía por el control casi inmediato que Doyle desplazaba para ocultarlo. Resultaba innegable su interés profundo durante los cortos minutos que duró la inspección. Entonces, mejor que en ocasiones anteriores, se dió cuenta ella de que las prominencias frontales de su amigo trabajaban activamente con su gran poder de concentración.

— Entonces — dijo Doyle, formulando en voz alta su pensamiento, — si ni Gerlach ni Sánderson poseían llaves, necesariamente tuvieron que forzar alguna entrada.

— Recuerdo que hasta las ventanas estaban bien cerradas — aseguró Ruth.

— Y ahora es absolutamente «necesario» que hallemos dos ventanas forzadas — dijo él.

— ¿Por qué dos? — preguntó ella.

— Primeramente le diré porqué una fué forzada. — comenzó a explicar el detective. — Patrick H. Doyle jamás pierde oportunidad para demostrar sus razonamientos. El shériff y el detective vinieron aquí a media noche, protegidos por las sombras y la soledad. Ellos tenían las ocasiones que desearan para venir en pleno día; pudieron, como autoridades que son, solicitar de usted las llaves, y en caso de que se les rehusara la entrega pedir en la Corte de Justicia una orden por escrito, la que, siendo desobedecida, desde luego les autorizaba para proceder a un registro forzando la puerta. No hicieron nada de esto, que es camino derecho,



— Vivo o muerto — declaró la viuda de Lesoeur — yo no quiero ser desleal a la memoria de Francis.

Por lo contrario, creyeron conveniente protegerse de toda observación, lo que indica sin género de duda que no deseaban testigos que los sorprendieran en la casa.

—La deducción es correcta — comentó Ruth.

—Por supuesto — admitió él. — Y de no creer que Gerlach poseía dobles llaves, forzosamente se deduce que hubo asalto. Y el asalto siempre es mejor por una ventana; las puertas son más difíciles de abrir y las marcas de la violencia resultan más ostensibles, por lo que «aseguro» que entraron por una ventana.

La señora de Reverly le premió con una sonrisa de admiración. Su lógica no por sencilla era menos aguda.

—¿Y qué me dice usted de la segunda ventana? —inquirió.

—Después del descubrimiento por parte de Lacy de que los dos hombres habían visitado la casa, el primero decidió también penetrar en ella. Si hemos admitido que Gerlach y Sánderson no poseían dobles llaves, mejor podemos admitir que Lacy tampoco. Y estando la puerta cerrada, el hombre se dispuso a abrirse camino por una ventana.

—¿Y por qué no por la misma que ya estaba abierta? — preguntó extrañada ella.

—Muy sencillo — habló Doyle: — Sánderson y Gerlach son representantes de la ley; al menos lo es el primero. Ambos están ocupados en la investigación de un asesinato, y como procedieron con el decidido propósito de escapar a toda observación, tomaron sus precauciones. En cambio, Lacy carece de representación oficial alguna y acaba de salir de la cárcel bajo fianza, pudiendo, si se descuida, ser de nuevo aprehendido y acusado de robo, lo que complicaría en extremo su situación precisamente en los momentos en que su libertad resulta inestimable para sus negocios... una libertad que ha costado veinticinco mil dólares. En consecuencia, hubo de tomar infinitas precauciones para proceder a tal operación, muchas más que sus predecesores en el registro. Nosotros vamos a encontrar que una de las ventanas de la esquina de la barandilla ha sido forzada. Las marcas nos lo dirán. Esa es la violentada por la pareja. Pero, además, nosotros encontraremos otra ventana, lejos de la primera, también abierta, la que mostrará análogas señales, por la que penetró Lacy.

Este final de conclusiones las dijo el detective con una firme seguridad que excluía todo comentario, tanto más cuanto que se podían comprobar inmediatamente sobre el terreno.

—Muy bien; vamos a ver la certeza de sus deducciones, míster Doyle — habló ella con manifiesta curiosidad.

Juntos dieron una vuelta alrededor del edificio. En una de las esquinas existían dos ventanas, una de ellas habiendo sido perforada con un barreno de modo que sus hojas se abrieran.

Ruth le felicitó por su primer acierto, pero él, moviendo la cabeza, dijo:

—Media prueba no es una prueba. Vamos a ver otras.

Al final de la barandilla advirtieron huellas de pasos sobre la tierra. Un senderito daba a la puerta de la cocina, y a la derecha había una pequeña ventana.

Doyle, casi en el acto, señaló a su compañera las marcas de su apertura, indudablemente más groseras y visibles.

—Ya ve usted. Esto comprueba que Lacy penetró por aquí en segundo lugar, tal como antes razoné. ¿No le parece?

Ruth, con sincera admiración, hizo un gesto de curiosidad satisfecha. La teoría se confirmabá en todas sus partes.

—Yo le considero a usted un genio, ni más ni menos — declaró.

—Bien. ¿Le queda por dentro alguna duda todavía? — dijo él sonriendo complacido.

Y sin esperar respuesta añadió:

—Si con esta trivialidad he podido convencerla, usted debe mostrarse dispuesta a convencerse de otras cosas mucho más interesantes que este caso nos irá presentando. Lo que acabo de verificar es del género infantil. Bien: ahora vamos a entrar en la casa.

Dieron la vuelta para dirigirse a la puerta de entrada.

Ruth abrió con facilidad y apenas dieron dos pasos bajo techo cuando Doyle, de una manera brusca, se enfrentó con ella y se detuvo para decirle:

—Señora Reverly; una cosa puede usted hacer por mí en este momento. Si usted no se molesta, déjeme registrar a mí solo.

Fué una decepción para ella tal súplica. Pensaba: Es indudable que Doyle espera descubrir algo dentro que se relacione con la muerte de Jim Armstrong o con la de Lesœur, o acaso con ambas, y la echaba a un lado a ella, cuyo marido estaba preso por creérsele complicado en el crimen del último . la echaba como a una chiquilla importuna, como a una intrusa ante quien no se desea descubrir una cosa esencial.

Ella, naturalmente, ansiaba tomar parte activa en el esclarecimiento del caso, que tanto la afectaba en su felicidad. Además, en cierto sentido, abrigaba la creencia de que su cooperación era inevitable. Su confianza en Doyle había concluído por ser plena después de las dudas que la asaltaran al principio y si ahora su presencia parecía estorbar al hombre en sus pesquisas en favor de Bent, ella ya no poseía ni el natural orgullo de su colaboración ni los deseos que se le restaban con tal orden disimulada.

Como si le estuviera leyendo los pensamientos, el detective le explicó:

—Yo me siento mejor cuando estoy solo, señora Reverly, y le prometo no abandonarla aquí sino es absolutamente necesario.

—Muchas gracias — contestó ella.

Sin aguardar más, Doyle la dejó en la puerta y desapareció en el interior.

Regresó a su hogar y ordenó a Mike, el chófer, que dispusiera el automóvil y lo condujera frente a la puerta.

Luego subió al primer piso, entró en su habitación y se le ocurrió mirarse al espejo para arreglar sus cabellos, un tanto despeinados por la brisa matutina.

Abrió su ropero y examinó brevemente algunos vestidos, sacando uno que agradaba en particular a su esposo, saliendo pocos minutos después en su máquina con dirección a las oficinas de la autoridad local en una de cuyas piezas se hallaba recluído él.

Cuando se apeaba ante el edificio, un grupo de reporteros, corteses pero impertinentes, solicitaron de ella detalles para sus informaciones. Eran simpáticos muchachos destacados por los principales diarios de Nueva York, en cuyas columnas se comenzaba a seguir con interés el curso de las investigaciones.

También las cámaras fotográficas abundaban, pero ella, con gentil energía, supo esquivarlos a todos aunque no impedir que las instantáneas funcionaran.

Luego, ante los ruegos de algunos, se prestó a posar sonriendo y en seguida se fué a ver a su marido, temblando un poquito porque las circunstancias en que tenía que verle oprimían su corazón de mujer enamorada.

Al cuarto de hora salía confortada de la prisión. Sentía que la fe de su alma, una fe inquebrantable y encendida como nunca, había logrado prender en la de su marido, infundiéndole ánimos y, sobre todo, consolándole al evidenciarle, con su presencia, sus palabras y sus caricias, que ella poseía una confianza tan ilimitada y tan fuerte, que ningún acontecimiento conseguiría doblegar, y esto, quizá, era el consuelo que más necesitaba el prisionero a pesar de su buen temple.

Ruth consideró, para bien de las investigaciones, que debía mostrarse afable con Gerlach, el «dudoso» Gerlach, a quien conociera desde niña. La cordialidad y las buenas maneras siempre dan buen resultado, obrando en los espíritus más endurecidos. Es fácil desarmar con una sonrisa oportuna o con una frase conciliadora.

La conducta del shériff, cumpliendo su deber, no le parecía muy clara; algo más que el cumplimiento del deber, según sus presentimientos, movilizaban a la autoridad local.

Ya de regreso en su casa, todavía iba discurriendo porqué su idea acerca del proceder de Gerlach no le era a él favorable.

En fin; no quiso quebrantarse el cerebro cavilando. Probablemente la ocasión se presentaría cuando menos lo pensara; cuando los nudos principales de los misteriosos crímenes se desenredaran y todo tuviera explicación para todos.

Entonces los pequeños detalles, al presente incomprensibles, aparecerían claros como la luz del día... un proceso muy semejante al juego de los niños con sus rompecabezas, cuyos problemas se van resolviendo a medida que se van colocando piezas, siendo lo difícil emparejar las primeras.

Acomodóse en el sofá e intentó leer un diario, pero la atención no la obedeció.

Estaba distraída con los pensamientos ausentes. No tenía nada en qué emplear su actividad, nada qué hacer durante el resto del día.

El no siempre comprensible Patrick H. Doyle no deseaba su ayuda; más bien la creía un estorbo y forzosamente habría que esperar hasta que se le comunicaran noticias.

Se levantó y se apoderó del auricular telefónico, llamando a su primo Dick, que era siempre para ella una distracción y una grata compañía.

No estaba en casa. La madre del muchacho contestó prometiendo enviárselo en cuanto regresara. Desde por la mañana no había hecho acto de presencia en su casa.

En el recibidor le salió al encuentro su criada Agnes, ya de vuelta.

— Perdóneme la señora — comenzó la muchacha después de saludar respetuosamente con una inclinación: — estaba esperando que usted terminara en el teléfono para hablarla.

— Muy bien Agnes — contestó su ama, — ¿qué deseas decirme?

— Yo supongo, señora, que usted habrá estado pensando por qué mi tía no ha venido a visitarla. Ella iba a venir a verla en la mañana, pero Gerlach le dijo que no lo hiciera. Entonces me encargó que le dijera que le parecía una verdadera ridiculez inculpar a Mr. Bent del asesinato de Lesœur. Como sentía temor en desobedecer la advertencia del shériff, se quedó en casa, pero no creyó una palabra de cuanto se le insinuó acerca de la culpabilidad del señor.

— Me satisface mucho que así piense tu tía, Agnes — dijo Ruth.

— Sí, señora; a mí también. Y me dijo asimismo que le dijera que deseaba verla si usted se molestaba en ir a su casa. Si eso no pudiera ser, se conformaría con entrevistarse allá con el detective míster Doyle. Mi tía, haciendo esfuerzos de memoria, ha recordado cosas que conceptúa muy importantes. Asegura que conoce dos o tres detalles que míster Doyle sabría esclarecer.

— ¡Oh! Me interesa mucho todo lo que me cuentas.

— Y mi tía no ha contado nada de eso a Mr. Gerlach, y cuando este caballero se marchó me dijo que no le tenía confianza alguna y que era un viejo gordo loco al culpar de asesinato a Mr. Bent.

— ¿Está tu tía en casa ahora? — inquirió Ruth.

La mucama asintió sonriendo.

— Sí, señora; está un poco indispuesta por la pena.

— Es natural, y me alegraré consolarla en lo que pueda — dijo el ama con sincera simpatía.

— ¿Va a ir usted y llevarse consigo a míster Doyle?

Ruth consultó su relojito de pulsera. Hacía más de dos horas que se separara del detective en la casa de Jim Armstrong, pero acaso el hombre anduviera rebuscando por allí todavía.

— Acompáñeme; vamos a ver si lo encontramos — dispuso la señora.

Llegaron al lugar y penetraron en la casa.

Repetidas veces lo llamó por su nombre con voz bastante fuerte, pero no obtuvo contestación.

Había llegado demasiado tarde.

Una idea la asaltó de repente.

Gerlach y Sánderson, y después Lacy, y a la mañana siguiente Doyle, habían registrado la propiedad aquella. Era muy posible que algo importante se hubiera descubierto con relación a las pesquisas que todos ellos hacían, cada cual desde su punto de vista.

Razonando de esta manera, tal como Doyle lo hubiera hecho, llegó a la conclusión de que, cualquier cosa indicadora o probatoria con que se hubiesen tropezado los visitantes, su naturaleza no requería conocerla de momento, bastando con que corroborara alguna deducción.

Ella, ciertamente, no tenía el genio detectivesco de Doyle, pero no carecía de sentido común.

Y decidió hacer por propia cuenta un registro en todas las habitaciones.

Sin embargo, al cabo de unos cuantos minutos de recorrer el interior de la casa, se convenció de que su poder de observación era nulo o bien que allí no había nada que pudiera llamar la atención del más escrupuloso registrador.

Las camas, las mesas, las sillas y los demás muebles, todos en su sitio sin apariencia de desorden alguno, acusaban un perfecto orden.

Revolvió todos los cajones, que ya conocía, y fueron infructuosas sus diligencias.

— Si Patrick H. Doyle pudo «sacar» cartas y otros documentos de estos muebles — pensó — o leer en ellos lo que yo no veo, tengo que confesar su genialidad.

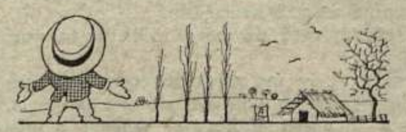
CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO

Comentarios

—La idea es excelente.
Me cambiaré de traje
para escribir de un modo conveniente
mis memorias de viaje

Oigo como un murmullo
de admiración. No cesan de admirarme.
Y la locomotora siente orgullo
de encabezar el tren que ha de llevarme.

Mi largo viaje pasará a la historia.
He visitado múltiples regiones.
He tenido proyectos a montones.
Soy una institución ambulatoria.



El paisaje es magnífico.
¡Qué valle prodigioso!
En lugar tan hermoso
se podría instalar un frigorífico.
Un escritor me observa
que hay poca poesía
en la carne en conserva.
Ese escritor no tiene fantasía.

El viajar me remoza;
pero a veces, no sé, no estoy contento,
acaso, porque siento
la nostalgia de Loza.



¿A un ministro que viaja
le conviene jugar a la baraja?
No me parece serio
Yo soy un proyectista distinguido
y mi vagón se encuentra convertido
en una sucursal del ministerio.

Algo inconsciente y vago
en mí despierta tu belleza, ¡oh, lago!
No me canso de verte,
ni ceso de admirarte.
Has tenido la suerte
de que venga un ministro a contemplarte.
Muchos lagos podrían envidiarte.

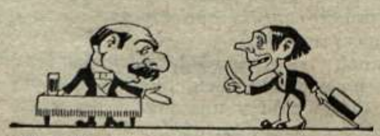
Los árboles gigantes
son como escarbadientes petulantes.
Con esta frase homérica
me haría popular en Norteamérica.)
He logrado probar que en este suelo
prosperan el olivo y el ciruelo,
el rábano y la trufa,
el níspero y la chufa.
(¡Qué gusto si me oyera don Marcelo!)



Al petróleo, ¡ah! señores,
hay que rendirle todos los honores.
Es útil y barato
y un regalo, además, para el olfato.
¡Producto insuperable!
Un cocktail de petróleo es admirable.
Voy a vulgarizar en un folleto
lo que hoy es para todos un secreto.

¿Qué hará Molina ahora?
Su labor es, sin duda, abrumadora,
y le hace estar en vilo,
nervioso e intranquilo.
Debo, en un telegrama,
hablarle de este hermoso panorama
y decirle que yo no me jubilo.

Es un cuadro estupendo
el que estoy contemplando.
El tren sigue corriendo.
Yo sigo proyectando.
Proyectar y correr: esa es la vida.
(¡Frase genial! La apuntaré en seguida).



Hoy di una conferencia
y todos me escucharon con paciencia.
Hablé dos o tres horas cuando menos.
Los hombres son muy buenos.
(Ha habido una excepción:
Un tipo me escuchó con atención
y dijo ¡el muy gaznápiro! después:
—Todo eso lo traduce del inglés.
¡Qué perversa intención!)

MONOS DE REDONDO

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Leyenda de la Patagonia: El hombre de los ojos azules, por **Manuel Rojas**, novela que mereció el 3er. premio en el gran Concurso Literario de CARAS Y CARETAS. Probidad, por **Roberto J. Bayró**. Goyo, por **V. Ruiz de Galarreta**. Tipos provincianos, por **Gregorio Guzmán Saavedra**. El milagro, por **Enrique M. Amorim**. Isipo, Nandurié y Aguapey, por **Ernesto Morales**. Siempre mujer, por **Lita Pereyra Camaño**. Señor Universo, por **G. Coria Peñaloza**. La contabilidad es pura retórica, dice un tenedor de libros, por **Enrique M. Rúas**. El juego del hombre, por **Miguel de Unamuno**. Un Hans Memling desconocido, por **Luis Lhomoneau**. La mano sangrienta de Mahomed II, por **J. Pin y Soler**. Alí Diab, por **Albert Payson Terhune**. Fragmentos de «El dolor de llegar», por **Emilio Carrere**. Personas desconocidas, novela de extraordinarias complicaciones, por **Arthur Somers Roche**.